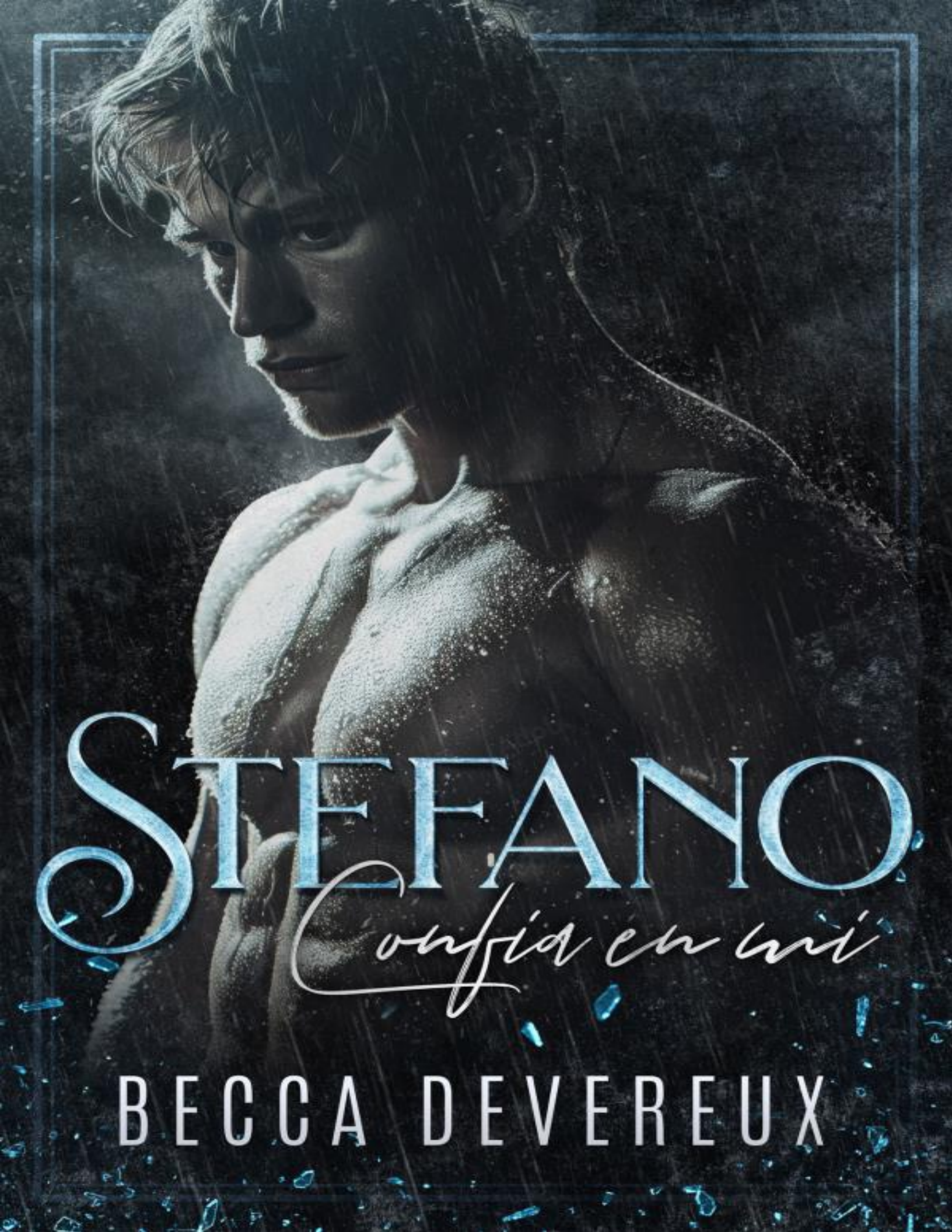




STEFANO

Confia en mi

BECCA DEVEREUX

Stefano
Confía en mí

Advertencia de contenido

Querida lectora:

Este libro es un dark romance de mafia. Contiene escenas sexualmente explícitas recomendadas para mayores de 18 años. Es una historia oscura, que puede resultar perturbadora y herir la sensibilidad de algunos lectores. Hay varias escenas violentas (ninguna de ellas entre la pareja protagonista), descripciones gráficas de tortura física, violencia parental y una escena de dudoso consentimiento.

El protagonista es muy gris. Si esperas el típico héroe, este no es tu libro. Stefano es manipulador, mentiroso y posesivo. Además de ser protector, fiel y estar absolutamente loco por la protagonista, hasta el punto de cruzar muchos límites moralmente cuestionables por ella. Tiene actitudes censurables y es capaz de todo con tal de quedarse con la protagonista. No es un héroe que busca redención. La relación entre Stefano e Isabella no es idílica. Quizá te frustren algunos de sus comportamientos, que no justifico bajo ningún concepto.

Una vez advertida del contenido, he de confesar que disfruté mucho al escribir este libro. Esta historia es para aquellas que sienten debilidad por los villanos que arrasarían el mundo para tener un solo segundo con la protagonista.

Espero que lo disfrutes.

Índice

[Tres días antes](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)
[37](#)
[38](#)
[39](#)
[40](#)
[41](#)
[42](#)
[43](#)
[44](#)
[45](#)
[46](#)
[47](#)
[48](#)
[49](#)
[50](#)
[51](#)
[52](#)
[53](#)
[54](#)
[55](#)
[56](#)
[57](#)
[58](#)
[59](#)
[60](#)
[61](#)
[62](#)
[63](#)
[64](#)
[65](#)
[66](#)
[67](#)
[68](#)
[69](#)
[70](#)
[71](#)
[72](#)

[73](#)

[74](#)

[75](#)

[76](#)

[77](#)

[78](#)

[79](#)

[Epílogo](#)

[¿Te has quedado con ganas de más?](#)

Tres días antes

Stefano

—¿Estás rompiendo conmigo? —me pregunta Mónica.

Sigue tendida en la cama del hotel. Está completamente desnuda. El pelo negro le tapa los pechos y tiene las mejillas arrojadas por el sexo. Es muy atractiva. Ese no es el problema. Ni tampoco que se le dé mal. Hace buenas mamadas y no se quejó cuando le expliqué que me gusta duro. Nada de achuchones ni besos, si puedo evitarlo. Me van los tirones de pelo y los polvos contra la pared. Lo hemos pasado bien. Pero nunca le dije que iríamos en serio. Soy de los que dejan las cosas claras desde el principio, para que no haya malentendidos. Así que no sé a qué viene su cara de indignación.

¿Qué demonios esperaba? ¿Flores y un maldito anillo en el dedo?

No le di motivos para albergar ese tipo de esperanza.

Estuvo bien mientras duró. Nos hemos divertido durante tres semanas en las que a veces también me acostaba con otras. Pero ya me he hartado. No es culpa suya. Seguro que encontrará a alguien que le dé lo que busca. Yo no tengo ganas ni tiempo de jugar a ser ese tipo. La vida es demasiado corta para follar siempre con la misma mujer.

—No puedo romper algo que nunca existió —respondo mientras me subo los pantalones—. Lo nuestro solo era sexo sin compromiso.

Mónica se tapa con la sábana. De repente, se ha vuelto pudorosa. No entiendo por qué siempre hacen lo mismo. Ni que fuera a ver algo que no he visto ya. Además, he perdido el interés. Por eso dejo de mirarla y busco mi camisa por la habitación. La encuentro cerca de la puerta y maldigo para mis adentros al darme cuenta de que tiene tres botones rotos. Me entran ganas de recordarle que hace unos minutos estaba tan eufórica que me la arrancó. Debería quedarse con los orgasmos en lugar de montar un numerito innecesario.

—No te estoy pidiendo que te cases conmigo —dice con un tono suplicante que me pone de los nervios. —Pero pensé que podríamos seguir viéndonos.

Sigo dándole la espalda mientras observo con el ceño fruncido la camisa. No tiene arreglo. Llegaré tarde a la reunión con los rusos. Genial, Massimo va a matarme. Pero no me queda más remedio que ir a una tienda, pues no puedo presentarme así.

—Me gusta estar soltero —me vuelvo hacia ella y esbozo una sonrisa conciliadora que espero que la apacigüe—. Te dije que no buscaba nada serio.

—Lo sé —responde desanimada—. Es solo que esperaba que...

—No vas a cambiarme —la corto exasperado. Cojo la chaqueta que está tirada a los pies de la cama y termino de vestirme a toda prisa—. Si te lo estás preguntando, no has hecho nada mal. Eres preciosa y lo he pasado genial contigo.

—Pero quieres follar con otras —adivina dolida.

Podría mentirle para hacerla sentir mejor, pero no quiero volver a esta conversación.

Mejor ser sincero.

—Sí —admito, abriendo la puerta—. Tú también deberías divertirte.

Mónica sacude la cabeza con resignación, como si me viera por primera vez. Usé todo mi encanto para conquistarla, pero fui completamente honesto con ella. ¿Acaso tengo la culpa de que se hiciera ilusiones de todos modos? Bah, es otra mujer dramática. No soporto a las de su estilo.

—Algún día —me señala con el dedo índice— te cruzarás con una mujer inmune a tu atractivo y probarás tu propia medicina. Así sabrás lo que se siente cuando alguien te rechaza sin fingir siquiera que le importas un poco.

Sonrío de medio lado. Qué ilusa.

No digo que el amor no exista, pero al menos no funciona para mí. A algunos nos gusta aprovechar el tiempo. No como al aburrido de Massimo, que desde que conoció a Sofía se ha convertido en un célibe que solo tiene ojos para su mujer. Al verlo me dan ganas de vomitar arcoíris y luego hacerme el harakiri.

—El desayuno está pagado —digo—. Puedes ir al spa y pedir que te den un masaje. Lo cargarán todo a mi cuenta.

Para que luego digan que los caballeros no existen. En fin.

Salgo del hotel a toda prisa y voy a la primera tienda que encuentro abierta para comprar una camisa. Apenas tengo tiempo de flirtear con la dependienta, que me roza más de lo normal y me lanza varias miradas cargadas de intenciones. ¿También soy un monstruo por sonreírle cuando me percató de que apunta su número en un papel que luego introduce en la bolsa? Pero llego tarde a la reunión y, de todos modos, tampoco es mi tipo (demasiado bajita y con pocas curvas), así que lo tiro a una papelería nada más doblar la esquina y piso a fondo el acelerador. Massimo ya está cabreado cuando aparezco, y eso que solo he llegado quince minutos tarde. Me he dado bastante prisa. Incluso me vi obligado a rechazar un segundo polvo con Mónica porque soy un *consigliere* responsable. Hay que joderse.

La reunión es bastante tensa. Como *consigliere* de Massimo —el jefe de la Cosa Nostra y el dueño de casi toda Sicilia—, me veo obligado a tomar decisiones complicadas para las que otros no tienen estómago. Massimo confía en mí. Jamás le he fallado. Me críe a su lado y escalé poco a poco hasta ganarme su confianza. El mío no es un trabajo normal, pero estoy acostumbrado porque la palabra «escrúpulos» no forma parte de mi vocabulario. Así que consigo mantener a raya a los rusos y les aseguro que no se arrepentirán de hacer negocios con nosotros.

Después de la reunión, vamos a un restaurante cercano. Una rubia de piernas largas no me quita la vista de encima. Quizá algo delgada, pero tiene clase. No necesito más. Le pido al camarero que la invite a una ronda de mi parte. Si la acepta, sé lo que debo hacer. Massimo parece atónito. Chasquea la lengua y pone mala cara.

—No hace ni tres horas que dejaste a Mónica en la habitación de ese hotel —me reprocha—. Córtate un poco.

—Lo dices como si la hubiese abandonado en una carretera. Es el mejor hotel de la ciudad. Seguro que habrá desayunado champán y se habrá dado un baño en la piscina climatizada. —Lo miro con los ojos entornados—. ¿Cómo te has enterado?

—Sofía me llamó después de la reunión. Está cabreadísima contigo. —Sofía es la mejor amiga de Mónica. Debería haber previsto que esto pasaría. Ojalá me hubiera fijado en otra para ahorrarme el sermón. La mujer de Massimo me cae bien porque hace feliz a mi amigo y le ha dado un hijo. No quiero enemistarme con ella—. ¿En serio sigues teniendo energía para la rubia que te está haciendo ojitos?

Menuda pregunta. Pues claro. Me faltan ocho meses para cumplir los treinta. Estoy en plena forma. Yo siempre tengo ganas de follar.

—Hace poco tiempo no me habrías hecho esa pregunta —le recuerdo—. El matrimonio y la paternidad te han vuelto un aburrido. Quién te ha visto y quién te ve.

—Ojalá algún día dejes de ser un gilipollas insensible. —Me da una palmadita en la espalda y se levanta—. Este aburrido se va con su mujer y su hija. Dale recuerdos a Chiara.

—Se los daré. —Asiento, con la vista fija en la rubia que se aparta el pelo de la cara con ademán coqueto y levanta la copa para brindar conmigo desde la distancia.

Es la señal. Ha aceptado la copa.

Sin pensarlo demasiado, me pongo de pie y voy hacia ella. Todavía queda mucho día por delante y tengo ganas de pasarlo bien.

Isabella

Paso la página del libro que estoy leyendo; un romance sano de cowboys muy adictivo. Me encanta leer. Mi género favorito es la novela romántica. En los libros encuentro un universo alternativo que no tiene nada que ver con el mundo al que pertenezco.

Supe que mi padre no era un hombre de negocios desde muy pequeña, pero entendí lo peligroso que era a los nueve años, cuando creyó erróneamente que mi madre le era infiel y al día siguiente ella amaneció muerta. La versión oficial es que sufrió una sobredosis de benzodiacepinas, pero estoy convencida de que él estuvo detrás de todo.

Mi vida está plagada de normas, de guardaespaldas que me siguen a todas partes, y de reuniones sociales a las que estoy obligada a asistir. Estudié Literatura en la universidad porque mi sueño era ser profesora o abrir una librería, aun sabiendo que mi padre jamás me permitiría ser una mujer independiente. Acabé la carrera hace nueve meses. Pero por más que he intentado convencer a mi padre de que me permita trabajar, él está empeñado en concertar mi matrimonio, al igual que ha hecho con mi hermana mayor.

Greta se casará dentro de tres semanas con un hombre que le dobla la edad: el socio de mi padre, que se ha encaprichado de ella. Nunca le hemos importado. Solo se quiere a sí mismo. Lo único que espera de nosotras es que seamos unas princesas dóciles. De lo contrario, no le somos útiles.

Si todavía no me he prometido es porque él jamás permitiría que me casara antes que Greta. Ella estaba prometida con Lorenzo, su novio de la infancia y verdadero amor. A nuestro padre le parecía bien el compromiso, hasta que se enemistó con el tío de Lorenzo y suspendió la boda. Luego prometió a mi hermana con ese vejestorio baboso que ni siquiera se corta a la hora de manosearla en público.

Dios, cómo los odio.

Por eso paso el tiempo entre libros, soñando con una vida en la que no soy una princesa de la mafia que no tiene voz ni voto.

Alguien llama a la puerta de mi habitación. Estoy tumbada en la cama, pero ni siquiera me molesto en incorporarme. Espero que no sea mi padre. El otro día dejó caer que debería ser amable y encantadora en la boda de Greta, pues uno de sus amigos me había “echado el ojo”. Sí, utilizó esa expresión. Como si yo fuese una yegua o un coche. Ya he perdido la cuenta del número de veces que intenté escapar. En todas terminó encontrándome y arrastrándome de regreso a casa después de darme una paliza. La última pasé tres semanas en la cama a base de analgésicos. Para él es fácil: tiene dinero y contactos muy poderosos. Por eso *casi* me he resignado a ser su moneda de cambio.

—Isabella. —Enzo, mi guardaespaldas, asoma la cabeza por la puerta. Aflojo una sonrisa al verlo—. Tu padre ordena que bajes a la sala de estar. Quiere que conozcas a alguien.

Mi labio superior se enrosca en una mueca de desprecio. Sé lo que significa. El

compromiso de mi hermana se acerca, por lo que ahora él se centrará en encontrar un «buen partido» para su segunda hija. La rebelde. La complicada. Así es cómo me llama.

—Dime que no es Enrico Vitale —digo asqueada.

Enrico es un tipo despreciable y uno de los mejores amigos de mi padre, lo que lo convierte en un tipo aún más despreciable. Acaba de divorciarse de su tercera mujer. En mi decimosexto cumpleaños, me acorraló contra un armario y me susurró al oído que estaba hecha toda una mujercita. Lo abofeteé cuando intentó tocarme las tetas. Cuando se lo conté a mi padre, me azotó quince veces con el cinturón y me dijo que seguro que había hecho algo para provocarlo.

Por favor, que no sea Enrico. A su lado, el prometido de mi hermana es un ángel caído del cielo.

—Carlo Pugliese —me informa Enzo.

Se me escapa un suspiro de alivio. Carlo y yo fuimos juntos a la universidad. Si acaso lo veo como un amigo. Sé que él siempre ha aspirado a algo más, pero al menos no es un cerdo que me dobla la edad.

—Dile que estoy enferma. —Paso otra página y finjo seguir leyendo.

—Isabella —dice más serio. Enzo cierra la puerta y entra en mi habitación—. Recuerda lo que acordamos.

—Ya. —Tuerzo el gesto, pero me levanto de mala gana.

Tiene razón. Debo portarme bien, aunque me pregunto si mostrar obediencia no hará que mi padre sospeche de mí. Antes de salir de la habitación, le rozo la mano a propósito. Noto que él contiene el aliento y eso me provoca una sonrisa.

Dentro de poco seré libre.

Mi padre me da una bofetada que me cruza la cara. No es el golpe lo que más me duele, sino el hecho de que se me salten las lágrimas. Este miserable no merece mi reacción. Me ha golpeado en tantas ocasiones que estoy más que acostumbrada. Puede maltratarme, pero jamás conseguirá doblegar mi espíritu.

—Señor Ricci —protesta Carlo, horrorizado. Se interpone entre nosotros cuando mi padre hace el amago de levantar de nuevo la mano—. No vuelva a golpearla. No es necesario.

—No sé qué le has visto. —Mi padre me mira con desprecio mientras Carlo me ayuda a levantarme y me lanza una mirada afligida. —¡Es una perra ingrata! Una niñata desobediente y malcriada. Cualquier otra mujer te hará más feliz que ella.

Tiene gracia que crea que soy malcriada. Es cierto, vivo rodeada de lujos. Estudié en los mejores colegios privados. Hablo tres idiomas con fluidez. Recibí clases de piano. La ropa que llevo cuesta miles de euros. Pero no quiero nada de lo que tengo. De hecho, no me queda más remedio que aceptar este estilo de vida. Lo único que de verdad deseo es tener la libertad de elegir mi trabajo y casarme con quien yo elija.

—No la obligaré a casarse conmigo —insiste Carlo. Me aparta el pelo de la cara con delicadeza y dice en voz baja: —Lo siento, Isabella.

Me encojo de hombros para restarle importancia. No necesito que se preocupe por mí. Sé que ha pedido mi mano porque esperaba salvarme, pero jamás me casaría con él para escapar de mi padre. Carlo merece a una mujer que pueda corresponder sus sentimientos.

—Fuera de mi vista —le ladra mi padre, furioso—. Está claro que no eres lo bastante hombre para ella. —Me lanza una mirada airada, pero esta vez no me encojo—. Mi hija pequeña necesita mano dura y un hombre que sepa cómo tratarla. Tú solo eres un pusilánime.

Suelto un resoplido, a riesgo de ganarme otra bofetada.

Carlo se marcha a toda prisa tras mirarme con lástima. Necesito ponerme hielo en la mejilla, pero me hago la fuerte y yergo la espalda para demostrarle que no ha podido conmigo. Solo podré evitar un matrimonio forzado si finjo que no le tengo miedo. Ninguno de sus socios querrá casarse con una mujer incapaz de obedecer. Ambos lo sabemos. De lo contrario, me venderá al primer hombre con el que pueda hacer negocios.

—Vete —dice con desprecio—. Ojalá te parecieras un poco a tu hermana.

Voy directa a la cocina. Cojo varios cubitos de hielo, los envuelvo en un paño y lo presiono con delicadeza contra la piel magullada. Se me escapa un gemido de dolor. Regreso a mi habitación y, nada más abrir la puerta, alguien me agarra de la cintura y me besa.

—Enzo... —suspiro contra sus labios—, mi padre todavía está en casa.

Se aparta contrariado y acuna mi mejilla con dulzura. Sus ojos se oscurecen al ver la marca de su mano. Me da un beso en la frente y luego me abraza de forma protectora.

—Quiero matarlo.

—Lo sé.

—No podemos esperar más. —Se aparta para mirarme. Hay una férrea determinación en su expresión—. Dentro de tres días. En la fiesta.

—¿Estás seguro? —pregunto indecisa.

Asiente mientras me acaricia la mejilla sana.

—No permitiré que te siga torturando. Se acabó. Nos iremos lejos, esta vez donde no pueda encontrarte —asegura. Quiero creerlo, de verdad que sí. Enzo y yo llevamos ocho meses viéndonos a escondidas. Empezó poco después de que mi padre lo contratara para vigilarme. Ojalá él si consiga protegerme de mi padre—. ¿Confías en mí, Isabella?

Me invade una punzada de duda. ¿Lo hago? Es mi única esperanza.

—Sí —respondo finalmente.

Vuelve a besarme, despacio y con un cariño infinito.

—Tres días —promete—. Y serás libre.

Enzo sale de mi habitación y yo siento una mezcla de abandono e incertidumbre. Me ha protegido desde que nos conocemos. Y no solo porque mi padre lo contratase, sino porque se ha enamorado de mí. Es el primer hombre con el que he estado, ya que mi padre me tenía demasiado vigilada para poder conocer a alguno. Pero Enzo vive bajo mi techo y sabe cómo

escabullirse sin que mi padre lo descubra.

Es un hombre bueno y fuerte. Me ama. Confío en él. O, al menos, quiero confiar en él. Solo serán tres días. Solo quedan setenta y dos horas para mi ansiada libertad.

Isabella

Meto la cabeza debajo del edredón al tercer trueno. Odio las tormentas. Me traen demasiados malos recuerdos. Cierro los ojos con fuerza y tarareo la nana que solía cantarme mi madre para dormir. Ojalá estuviera aquí. Tuvimos una infancia bonita, con una madre cariñosa y comprensiva que nos arropaba y nos leía cuentos. De niñas, nuestro padre apenas nos prestaba atención porque aún no le éramos útil, así que permitía que nuestra madre nos mimase porque así no le estorbábamos. Me gusta pensar que ella nos habría protegido de él. De ese monstruo con el que la obligaron a casarse, que la engañaba con otras y jamás tuvo un gesto de amor hacia ella.

Era preciosa y buena. Todos la querían. Todos, excepto el malnacido de su marido.

La puerta de mi habitación se abre y asomo la cabeza para descubrir si se trata de mi padre. No sería la primera vez que aparece de madrugada para golpearme porque considera que merezco un castigo. Mi corazón se relaja al ver el semblante preocupado de mi hermana.

Greta es dos años mayor que yo. Es todo lo reservada, responsable y obediente que nunca seré. El ojito derecho de mi padre, aunque él es incapaz de querer a alguien. La hermana que siempre aboga por mí e intenta que él no me castigue ni me ponga la mano encima. Por desgracia, casi nunca consigue que él se apiade de mí.

—Supuse que no podrías dormir —dice, entrando en mi habitación.

Le hago un hueco para que se tumbe a mi lado. Me conoce muy bien, por eso siempre me acompaña en las noches de tormenta. Mi hermana me abraza y esconde la cara en mi pelo. Mañana es la fiesta de compromiso. Tres días después, se casará con ese vejestorio asqueroso. No sé cómo tiene estómago ni es capaz de guardar las apariencias. Si yo hubiera sido ella, me habría fugado con Lorenzo sin importarme las consecuencias.

—Ven con nosotros —insisto. Ya he perdido la cuenta de las veces que he intentado convencerla de que se sume a nuestra fuga. Enzo se disgustaría si supiera que se lo he contado a mi hermana, pero no puedo marcharme sin hacer todo lo posible para que ella nos acompañe. Además, Greta jamás me delataría. —Por favor, Greta. Raffaele no puede hacerte feliz.

—Créeme, lo sé —contesta con amargura.

—¡Pues no te cases con él! Te dobla la edad, y se rumorea que tiene la mano muy larga. Es un baboso, el mejor amigo de papá... y no es justo —añado horrorizada.

—Claro que no, Bella —admite derrotada—. Pero es la vida que nos ha tocado. No podemos elegir con quien nos casamos.

—Puedes venir con nosotros.

—No saldrá bien. —Me obliga a darme la vuelta para mirarme con una mezcla de preocupación y dureza—. Siempre te encuentra. Odio ver cómo te castiga. Pero esta vez no estaré en casa para protegerte. Cuando me case con Raffaele y me vaya a vivir con él... no podré hacer nada por ti.

—Me iré el día de tu boda. Esta vez no me encontrará. Enzo se encargará de mantenerme

a salvo.

—Bella... —Mi hermana aprieta los labios, disgustada. Sé lo que opina de mi guardaespaldas. No le agrada porque cree que estoy poniéndome en peligro al salir con él, pero Enzo es mi única vía de escape. Intenté huir tres veces, pero mi padre siempre consiguió encontrarme. Al menos ahora cuento con Enzo. Aunque mi hermana lo deteste porque considera que los sentimientos de mi guardaespaldas me costarán la reputación. Como si a mí me importara —. Si te marchas con Enzo y nuestro padre os encuentra, esta vez no se conformará con darte una paliza o privarte de comida durante varios días. Ninguno de sus socios querrá casarse contigo, y entonces dejarás de serle útil.

—En ese caso, habrá valido la pena. Aunque no van a encontrarnos. —Le aprieto la mano —. No tienes que compartir el resto de tu vida con ese hombre. Ven con nosotros. Iremos a...

—No quiero saberlo —me interrumpe—. Seré la primera persona a la que nuestro padre interrogue. Sabes que nunca te traicionaría, pero prefiero no saberlo. Así no te pondré en riesgo.

—¿Cómo puedes ser tan...? —Me muerdo la lengua para no decir algo de lo que me arrepienta.

Yo soy la más parecida físicamente a nuestra madre, pero ella es la más cercana en personalidad: dócil, sumisa, callada. Por eso nuestra madre soportó estar casada con semejante energúmeno. Y él se lo pagó asesinándola porque creyó que tenía una aventura con el jardinero.

—Tú has elegido una forma de sobrevivir, y la respeto, aunque no la comparto. Esta es la mía, Bella. No creas que no me duele haber renunciado a Lorenzo.

Suspiro con derrotismo. No puedo hacer nada para que cambie de opinión. Lo que más me duele es que no volveremos a vernos. Sería peligroso para ambas. Mi hermana mayor es mi mejor amiga. No sé cómo soportaré estar lejos de ella.

—Te quiero. —La abrazo con infinito cariño. Siempre nos hemos tenido la una a la otra, desde que falleció nuestra madre. Me percaté de que está temblando y me aparto contrariada. Greta está hecha de acero. Jamás se viene abajo. Frunzo el ceño al ver su rostro repleto de lágrimas—. ¿Qué pasa? Me estás asustando. Si has cambiado de opinión sobre la boda pero no quieres venir con nosotros, te prometo que se nos ocurrirá algo para detenerla.

—No es eso —dice con un hilo de voz. Tiene las mejillas sonrojadas, como si estuviera avergonzada—. Hice una tontería. Solo quería tener un día de libertad antes de casarme con Raffaele. Pero me equivoqué. Me fijé en el hombre equivocado.

—¿A qué te refieres? —pregunto confundida.

—Bella —protesta sin mirarme—. No me obligues a decirlo en voz alta.

—Ay, Dios. —Me tapo la boca con las manos. No puede referirse a eso. Mi hermana es virgen. Ni siquiera se acostó con Lorenzo porque le prometió a nuestro padre que llegaría «intacta» al matrimonio. —Si tú nunca... —Trago saliva, conmocionada—. ¿Con quién? ¿Cómo?

—Hace tres días. Fui a un bar, a las afueras de la ciudad, con la intención de acostarme con el primer hombre atractivo que me gustase y me hiciera caso. No quería que mi primera vez fuese con Raffaele. Tiene fama de no ser amable, y sentí que al menos me merecía tener esa elección —dice, profundamente abochornada. Como si tuviese que darme explicaciones sobre

por qué ha tomado una decisión que solo le pertenece a ella—. No sabía quién era. El sexo fue... —esboza una sonrisa tímida, un tanto pícaro— maravilloso. Nunca pensé que la primera vez pudiera ser tan placentera. Todos dicen que duele un poco.

No tengo demasiada experiencia, la verdad. En la universidad era la única chica virgen de mis amigas. No quería acostarme con cualquiera, y también me daba un poco de miedo que mi padre se enterase y me obligara a abandonar los estudios como escarmiento. Luego conocí a Enzo, que sabía cómo escaquearse, y en el que mi padre confiaba ciegamente. Perdí la virginidad con veintiún años. Enzo fue muy considerado, respetuoso. Tuvo paciencia y no traspasó ningún límite. Pero no disfruté. El resto de nuestras relaciones han sido... agradables. Sí, agradables. Aunque nunca he llegado al orgasmo. Para eso tengo las manos. Al hablar del tema en confianza con algunas amigas de la universidad, me confesaron que es muy complicado encontrar a un hombre que te satisfaga. Así que me cuesta creer que mi hermana disfrutase de su primera vez. Aunque, por su expresión, parece que es sincera.

Guau, el tipo debe de ser muy bueno.

—Vale —respondo impresionada—. Eso es fantástico. No entiendo cuál es el problema. Nuestro padre no tiene por qué enterarse. Si finges que Raffaele te hace daño durante vuestra noche de bodas, seguro que él tampoco sospechará nada.

—Ese pensé yo. —Se tapa la cara con las manos y rompe a llorar de nuevo—. Hasta que esta mañana me enteré de que el hombre con el que me acosté es Stefano Lombardi.

El nombre me suena vagamente, aunque no lo conozco ni le pongo cara. Creo que he oído a mi padre mencionarlo alguna vez.

—Es el *consigliere* de Massimo Morello, al que todos conocen como *Il Diavolo*.

—Mierda.

Mi hermana asiente, sin dejar de llorar. Oh, esto es muy malo. Massimo Morello es uno de los mayores aliados de nuestro padre. Tengo entendido que se «reformó» al casarse con una española con la que tuvo una hija. Pero su reputación lo precede, y me han llegado rumores sobre su *consigliere*. Dicen que es un hombre sin escrúpulos que se encarga del trabajo sucio.

—Hoy me he enterado de que va a la boda. Así que probablemente mañana coincidamos en la fiesta de compromiso —dice asustada—. ¿Y si le cuenta a Raffaele lo que sucedió entre nosotros?

—No lo hará. —Mi voz suena categórica, segura de sí misma—. No ganaría nada.

Los hombres de nuestro mundo no son precisamente caballeros que guardarían silencio si se acuestan con una princesa de la mafia. Y si los rumores sobre Stefano son ciertos, no permitiré que se vaya de la lengua y le arruine la vida a mi hermana.

—No es un buen hombre —me explica—. Lo pasé tan bien con él que... por un instante... —se muerde el labio inferior—... le pregunté si le apetecía que siguiéramos viéndonos.

Se me descompone la expresión. No puede ser. Mi hermana jamás correría ese riesgo. Tuvo que ser un polvo alucinante si estaba dispuesta a seguir viendo a Stefano, a sabiendas de lo que podría sucederle si nuestro padre o su futuro marido la descubriesen.

—No me juzgues —musita avergonzada—. No pensé que el sexo pudiera ser tan placentero.

—Vale —carraspeo incómoda. Quiero a Enzo, pero podría vivir perfectamente sin sexo. Así que soy incapaz de entender a qué viene esta repentina locura—. ¿Y qué te dijo cuando le propusiste volver a verlo?

Greta agacha la cabeza. Se ha sonrojado hasta la frente.

—Que no solía repetir, y menos con mujeres que no tenían experiencia. Y que de haber sabido que era mi primera vez, no se habría acostado conmigo, porque merecía hacerlo con alguien que fuera a recordarme. Luego se vistió y se marchó sin mirarme.

Menudo gilipollas.

¿Cómo se atreve a despreciar a mi hermana de esa manera?

—Es un capullo —digo hecha una furia—. Pero lo bueno de los capullos es que tienen un precio. Tú déjame a mí.

—No quiero que te metas en un lío por mi culpa.

La cojo del rostro para que me mire.

—No te preocupes. Me ocuparé de él.

Ni siquiera tengo un plan, pero conseguiré que ese sinvergüenza que rechazó a mi hermana sin una pizca de empatía mantenga la boca cerrada. Es una promesa. Las Ricci cuidamos las unas de las otras.

Stefano

No soporto estas frívolas reuniones sociales. Raffaele me parece un cretino, y su futura mujer seguro que será la típica princesita estirada y sosa a la que no le queda más remedio que casarse con el hombre que su padre ha elegido para ella. Estoy cansado después de estar supervisando durante todo el día la operación con los rusos. Lo último que me apetece es fingir que me agradan un puñado de idiotas, estrechar manos y darle la enhorabuena a Raffaele por casarse con una mujer que seguramente desearía huir en dirección contraria.

Malditos matrimonios arreglados.

—Sonríe, joder. —Massimo me da un codazo—. Finge que no te gustaría estar en cualquier otra parte.

—Dentro de un coño prieto y cálido, por ejemplo.

Massimo tuerce el gesto, pero se recompone cuando su mujer se acerca a él. Adopta esa expresión de cachorrito enamorado que se le pone cada vez que ella lo mira. Pongo los ojos en blanco. En lugar de *Il Diavolo*, deberían apodarlo *Il Santo*, porque es que es incapaz de mirar a otra mujer. Pensé que se acabaría cansando de ella con el paso del tiempo, pero cada día parece más enamorado.

—Stefano —me saluda Sofía con frialdad.

Hasta hace unos días se llevaba bien conmigo, pero cometí el “imperdonable” error de acostarme con su mejor amiga. Por lo visto, ahora soy lo peor.

—Hola, Sofía. —Le sonrío, y ella me fulmina con la mirada. Hago otro esfuerzo, pues es la mujer de mi mejor amigo y quiero llevarme bien con ella—. ¿Qué tal está Giulia?

—Bien —responde con sequedad—. No puedo decir lo mismo de Mónica.

Se da la vuelta y se aleja caminando, como si estar cerca de mí le diese asco. Massimo se rasca la nuca con incomodidad. No espero que me defienda delante de su mujer. Él siempre la apoyará, y en el fondo lo respeto por eso. La familia siempre debe ser lo primero.

—Te lo tienes merecido. —Me da un par de palmaditas en la espalda—. Se le pasará. No es tan orgullosa como parece.

—Tienes razón. Al final se quedó contigo.

Massimo me manda a la mierda y me escabullo riendo. Si estoy obligado a permanecer en esta fiesta que no me interesa, al menos sacaré algo de provecho. Tal vez me tropiece con alguna mujer guapa y soltera a la que le interese pasar un buen rato. De hecho, a lo lejos hay una rubia que no me quita la vista de encima. La repaso sin cortarme mientras ella me mantiene la mirada. Lleva un vestido rojo a juego con el carmín de sus labios. Parece que tiene buenas tetas y el tipo de cuerpo que me gusta, con las curvas justas para tener donde agarrarme.

Le sonrío, pero ella no me devuelve el gesto. Me inspecciona con los ojos entrecerrados, como si estuviera decidiendo si merezco la pena. Lo que, sinceramente, me toca la moral porque

soy consciente de mi atractivo. Voy cinco días a la semana al gimnasio y soy más alto que la media, algo que les encanta a las mujeres. Así que no sé cuál es el problema. Está demasiado lejos para verle la cara, aunque intuyo que es preciosa. Si me deja, esta noche será mía hasta que me canse de ella.

Necesito descargar la vejiga, así que suelto la copa y voy al servicio. Me cruzo con un par de mujeres que cuchichean al verme, y las saludo con un gesto de cabeza. Me acosté con una de ellas hace un par de meses. Fue un polvo mediocre, la verdad.

La rubia está cerca de la entrada, y al acercarme me percató de que me sigue con la mirada, sin disimular un poco. Al mirarla a la cara, descubro que no es solo preciosa, sino deslumbrante: boca carnosa, nariz recta en lugar de la típica respingona obra de algún cirujano, cejas tupidas y ojos grandes y de un tono que oscila entre el azul y el verde. Su rostro es una jodida obra de arte.

Al darse cuenta de que la observo impresionado, incapaz de ocultar mi fascinación, su labio superior se enrosca en una inconfundible mueca de desprecio. Ella se cruza de brazos, resopla y me da la espalda.

Su actitud me deja tan descolocado que me tropiezo con un camarero al que casi tiro de espaldas. Massimo, que ha sido consciente de todo desde el otro extremo del salón, sacude la cabeza con incredulidad y suelta una carcajada.

No tengo ni idea de lo que acaba de pasar. No lo entiendo. ¿A qué ha venido eso? ¿Por qué ha puesto esa cara? Jamás me había cruzado con una mujer que me mirase como si acabara de ver un excremento. Obviamente, alguna me ha rechazado, pero porque tenía pareja o no era heterosexual. Siempre les parezco atractivo. Es un hecho.

Permanezco en el umbral durante unos segundos, observando la espalda desnuda de esa belleza rubia que acaba de aniquilar mi ego con una sola mueca. Cuando me recompongo, recuerdo que hay varias mujeres en esta fiesta más que dispuestas a marcharse conmigo, y voy directo al servicio. Sin embargo, no puedo quitarme de la cabeza esos labios tentadores ni esos ojos que me miraron como si no fuera lo bastante bueno para ella.

Stefano

Estoy lavándome las manos cuando alguien entra en el servicio y cierra de un portazo. La preciosidad rubia me mira con unos ojos que, de cerca, descubro que son de un tono más verde que azul. Tiene los brazos en jarras y una expresión decidida que me pone a cien. Joder, cómo me gustan las mujeres que saben lo que quieren.

Sonrío de medio lado, satisfecho de ni siquiera haber tenido que ir a por ella, y doy un paso para acercarme. Lo sabía. En el fondo, sospechaba que solo se había hecho la dura. Doy otro paso, pero, entonces, me señala con un dedo acusador y vuelve a adoptar esa mueca de desprecio que me deja tan perplejo.

—Quédate ahí —ordena, con un tono autoritario que me confunde casi tanto como su expresión enfurecida—. Quiero hablar contigo.

—De acuerdo. —La miro con creciente interés. Es alta, pero sigo sacándole una cabeza. El pelo ondulado le llega hasta la cintura y el vestido rojo se ciñe de forma deliciosa a sus curvas. Le doy un repaso lento sin cortarme lo más mínimo. Al fin y al cabo, ella me ha seguido hasta el servicio masculino. Se me pone dura al imaginar cómo esas piernas largas y torneadas abrazarían mi cintura—. Te escucho.

Separa los labios para hablar, pero no dice nada. Carajo, qué boca más apetitosa. De repente, sus ojos brillan de desconcierto, como si no entendiera por qué la observo con deseo. No puede ser. ¿Acaso no se ha mirado al espejo? Debe de estar más que acostumbrada a que los hombres babeen por su atención.

—¿Por qué me miras así? —exige saber, con recelo.

—Porque estaba pensando en cómo iba a disfrutar al follarte —respondo con sinceridad—. Y en lo bien que lo pasarías tú.

Retrocede conmovida, con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa. Su reacción me hace gracia. Dudo que sea la primera vez que un hombre es tan sincero con ella. Cuando consigue recomponerse, levanta la barbilla con ademán indignado y cruza los brazos sobre el pecho, de modo que se le marca el canalillo y me regala una vista maravillosa de sus tetas.

—Eso no va a pasar —asegura, indignada—. No he venido aquí para... lo que sea que estás pensando —murmura, ahora más avergonzada, con la vista clavada en sus pies—. Así que borra esa sonrisita de la cara.

—Es una lástima.

Sí, una verdadera lástima. Podríamos divertirnos, pero no soy de los que insisten si lo rechazan. Aunque, siendo sincero, casi siempre me salgo con la mía.

—No lo sabes —dice, perpleja.

—¿Qué debería saber, preciosa?

—Tengo un nombre —protesta, de nuevo ofendida—. No somos amigos para que...

—¿... te haga un cumplido? —la interrumpo, con los ojos clavados en esa boca que me encantaría tener alrededor de mi polla—. No necesito ser tu amigo para decir algo tan obvio.

—Iba a decir que no eres mi amigo para hacer un comentario sexual sobre mi cuerpo que ni te he pedido ni necesito.

Ah, conque es de esas. Estupendo. Esto se pone cada vez más interesante.

—¿Tienes muchos amigos?

—Los que a ti no te importan.

Me rio para mis adentros. Vaya, vaya. La preciosidad tiene carácter.

—Te contaré un secreto. —Doy un paso hacia ella, ignorando su mirada llameante—. Tus amigos no te dicen lo guapa que eres porque fingen que no quieren contigo, pero no hay un hombre heterosexual en esta fiesta que no quiera follarte.

Se sobresalta y abre mucho los ojos. Tarda unos segundos en recobrar la compostura. Parece que los comentarios sexuales la ponen nerviosa. Tomo nota.

—Los hombres de esta fiesta no me interesan. —Retrocede para mantener la distancia—. Y tú eres el último en el que me fijaría, Stefano Lombardi.

Ah, sabe cómo me llamo. Una oleada de orgullo me hincha el pecho. Me conoce y se ha encerrado conmigo en el baño. Quizá se trate de algún tipo de fetiche sexual, y le va que la dominen. Me parece bien. Me encanta el sexo duro.

—Te acostaste con mi hermana.

Mierda, ¿qué?

A ver, me he acostado con las hermanas de algunas de las mujeres que hay en esta fiesta. Así que no me extrañaría que la suya estuviese en la lista. Me gustan las rubias, aunque no recuerdo haber follado con una que tuviese unos ojos como los suyos ni una boca que me muero por probar.

—¿Estás celosa? —pregunto con sorna—. Con mucho gusto te haré gritar tanto como a ella.

Ni siquiera lo veo venir.

Un segundo antes, estoy sonriendo de medio lado. Al siguiente, un puño impacta en mi cara. Justo en mi mejilla izquierda. Con tanta fuerza que me tambaleo hacia atrás, mareado y aturdido. Mascullo una palabrota y me acaricio el pómulo con incredulidad.

¡Esta maldita perra acaba de pegarme un puñetazo en la cara!

—Si vuelves a hablar de mi hermana de esa forma, te daré otro puñetazo —advierte con ambos puños cerrados y una mirada desafiante—. Eres asqueroso.

—¡Estás como una puñetera cabra! —bramo hecho una furia.

Me alejo de ella, aunque me entran muchas ganas de estrangularla. Pero jamás le pondría una mano encima a una mujer, así que no me queda más remedio que observarla con resentimiento.

Maldita sea. Cómo me duele.

Veo las estrellas al acariciarme la zona en la que me ha golpeado. Aprieto la mandíbula, pero relajo la expresión al sentir otra punzada de dolor. La fulmino, a la espera de encontrar un brillo de arrepentimiento o miedo en sus ojos, pero lo único que hay en esos ojos verdes es una determinación absoluta.

—Mi hermana se va a casar con Raffaele, así que más te vale mantener la boca cerrada. Si se te ocurre contarle a alguien que os acostasteis, te juro que te haré la vida imposible. —Se aparta el pelo de la cara y resisto a duras penas el impulso de acercarme a ella, colocarle un mechón detrás de la oreja y luego empujarla contra la pared para follarla con violencia hasta que aprenda a tratarme con respeto.

Un segundo, ¿quién diantres es su hermana? Frunzo el ceño, intentando hacer memoria. Me acordaría si me hubiese acostado con una mujer como ella. Pero no recuerdo a ninguna rubia de caderas redondeadas con semejantes ojos.

—¡Ni siquiera recuerdas como se llama! —exclama ofendida, como si fuera yo el que acabase de golpearla.

—Tampoco recordaría tu nombre después de haberte echado un polvo —digo, con tal de cabrearla.

—¿En serio crees que se me pasaría por la cabeza acostarme contigo? —Se mete dos dedos en la boca y finge una arcada.

Dios, cómo me gustaría meterle otra cosa en la boca...

—Mira, no tengo ni idea de quién es tu hermana —admito, porque es la pura verdad—. Pero si va a casarse con Raffaele, al menos se ha divertido antes de pasar el resto de su vida con esa momia decrepita. Podría estarme agradecida. Seguro que no hice nada que ella no me hubiese pedido ni disfrutase.

Ella emite un gruñido de disgusto que, contra todo pronóstico, vuelve a ponérmela dura. Pero es la verdad. No sé quién es su hermana. Podría ser cualquiera de las mujeres con las que me acosté la semana pasada. Todas gritaron mi nombre y llegaron al orgasmo. Y ella me lo agradece con un puñetazo. Hay que joderse.

—Le dijiste que no solías repetir, y menos con mujeres que no tenían experiencia —me reprocha—. Al menos podrías haber tenido algo de delicadeza.

Ah, ya me acuerdo.

Pongo mala cara.

La rubia virgen que me suplicó que volviésemos a vernos. Apenas se parecen. Su hermana es más delgada y no tiene los ojos verdes. No es ni la mitad de interesante que ella. Sí, es cierto que la rechacé cuando me propuso que volviésemos a vernos. Y no me arrepiento. De haber sabido que era su primera vez, jamás me habría acostado con ella. Debería haber elegido a otro para el que sus sentimientos sí importaran. La primera vez es significativa para las mujeres. No tengo la culpa de que me eligiese a mí.

—¿Algo más, preciosa? —Le hago un gesto para que se aparte de la puerta—. Me gustaría volver a la fiesta. Quiero encontrar una compañía menos violenta y más cariñosa que tú.

—Pobrecitas. —Sacude la cabeza y se echa a un lado—. Y para ti soy Isabella Ricci.

Isabella. Un nombre muy apropiado para una mujer que es una belleza, pero esconde un volcán en su interior. Buena suerte para aquel que consiga apagarlo. A mí no me interesa.

—Isabella Ricci —pronuncio su nombre con gravedad mientras ella permanece erguida, sosteniéndome la mirada—. Si vuelves a cruzarte en mi camino, le contaré a todo el mundo que tu hermanita gritó mi nombre antes de que me dejase correrme en su cara.

Esta vez sí estoy preparado. Cuando intenta pegarme otro puñetazo, le atrapo la muñeca justo a tiempo. Ella suelta un grito cuando la inmovilizo contra la pared, sujetando sus brazos por encima de la cabeza. Su pecho sube y baja por culpa con cada respiración entrecortada. Estoy tan cerca que percibo el aroma a flores de su pelo. Su cuerpo es cálido y blando. Una maravilla.

—Suéltame —protesta, retorciéndose.

—No —respondo, satisfecho de llevar la voz cantante—. Pídeme perdón.

Se pone roja de ira.

—¡Acabas de insultar a mi hermana!

—Qué va. Solo he constatado un hecho. No he dicho una mala palabra de ella. Decir la verdad no es un insulto. Y si no, pregúntaselo a ella. Se lo pasó muy bien.

—¡Eres un canalla! —grita fuera de sí—. ¡Asqueroso! ¡Sinvergüenza!

Estoy a punto de responderle cuando llaman a la puerta y se queda petrificada. Ambos sabemos que se meterá en un lío si la descubren aquí conmigo. Le lanzo una mirada de suficiencia que ella me devuelve con rabia.

—Está ocupado. Usa el otro baño —ordeno, sin importarme quién hay detrás de la puerta. No puedo resistir el impulso de deslizar el dedo índice por el cuello de Isabella. Noto cómo se le acelera el pulso. Me inclino y le acaricio el lóbulo de la oreja con la boca, mientras ella permanece inmóvil, conteniendo la respiración. Entonces, le susurró al oído—: Ojalá hubieses sido tú la que tuve entre mis brazos.

La suelto tan pronto como pronuncio esas palabras, abro la puerta y me cercioro de que no hay nadie antes de salir. No quiero que se meta en problemas, ni mucho menos que me relacionen con ella. Además, puede quedarse tranquila. No soy de los que presumen con otros hombres de lo que hacen con una mujer en la cama. La reputación de su hermanita está a salvo conmigo.

Isabella

Salgo del baño tan conmocionada que tardo varios minutos en sentir la furia. Al sentarme al lado de Greta, todavía recuerdo el dedo de Stefano en mi cuello y la caricia de su boca en mi oreja. ¿Cómo se atreve a tocarme después de haberse burlado de mi hermana?

¡Es un canalla!

Un cerdo que ni siquiera recordaba a mi hermana.

«Tampoco recordaría tu nombre después de haberte echado un polvo».

Me bebo la copa de champán de un solo trago. Mi hermana frunce el ceño al verme, pues no me gusta el alcohol. Lo necesitaba para intentar quitarme el mal sabor de boca. Había escuchado rumores sobre Stefano Lombardi, pero pensé que no serían para tanto. No puedo creer que me dijese cosas tan... obscenas.

Asiento cuando el camarero me pregunta si quiero que me rellene la copa.

«Con mucho gusto te haré gritar tanto como a ella».

Intento borrar esa voz profundamente varonil de mi cabeza. Bebo otro trago de champán.

Menudo sinvergüenza, tan pagado de sí mismo.

«Estaba pensando en cómo iba a disfrutar al follarte. Y en lo bien que lo pasarías tú».

Apuro la copa de otro trago. Jamás me habían hablado así. Pero ¿qué diablos le pasa? ¿Acaso no sabe quién soy? Los hombres siempre me tratan con respeto y marcan la distancia por miedo a disgustar a mi padre. Ni siquiera en la universidad pude alejarme de su sombra. Todos sabían de quién era hija, y por eso me respetaban. Si pensaban unas cosas tan... sexuales, en todo caso se las guardaban.

«Tus amigos no te dicen lo preciosa que eres porque fingen que no quieren acostarse contigo, pero no hay un hombre heterosexual en esta fiesta que no quiera follarte».

Levanto la mano para que el camarero se lleve la copa vacía y la cambie por otra. El líquido burbujeante baja por mi garganta, pero no se lleva esta sensación desconcertante. Es cierto que durante mi época universitaria me sentí un poco frustrada por no conocer a un chico lo suficiente valiente para acercarse a mí. Todos le tenían miedo a mi padre y sabían lo que se jugaban. Si les resultaba atractiva o deseable, nunca lo supe. Pero Stefano es un hombre despreciable, sin escrúpulos. Hace unos días se acostó con mi hermana, y eso no le ha impedido coquetear conmigo.

Es un tipo repugnante. Despreciable. Sin moral.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta al oído Greta.

Asiento, forzando una sonrisa. Lo último que quiero es preocuparla. Al menos Stefano no parecía interesado en irse de la lengua.

—No tienes nada de qué preocuparte —la tranquilizo—. No se lo diré a nadie.

El rostro de mi hermana se llena de alivio. Supongo que Stefano ha decidido callarse porque no quiere meterse en problemas con mi padre. En ese caso, no entiendo por qué no tuvo reparos en mirarme como si quisiera desnudarme y soltarme unas frases por las que mi padre lo mataría.

Es un hombre completamente degenerado.

Es un bastardo de la peor calaña.

Un auténtico depredador sexual. Solo hay que verlo. Ahora está en el otro extremo del salón, encantado de recibir la atención de las hermanas Bianchi. El tío está repantingado en la silla, con esa sonrisita colmada de arrogancia, mientras Livia —la mayor—, tiene una mano en el muslo y se ríe por algo que él ha dicho y Flavia —la menor—, se muerde el labio y la observa con envidia.

Frunzo la nariz, incapaz de entender qué le ven. De acuerdo, siendo sincera, porque tengo ojos en la cara, Stefano Lombardi es el hombre más atractivo de la fiesta. Es muy alto. Yo mido uno setenta y seis, y él me sacaba más de una cabeza. Tiene el pelo castaño claro, los ojos del color del whisky y el traje le sienta como un guante, seguramente porque se lo han hecho a medida y es el típico idiota arrogante que va varios días al gimnasio porque le encanta mirarse en el espejo. Massimo Morello, *Il Diavolo*, es casi tan apuesto como él, pero ya está casado y por la forma que mira a su mujer, está absolutamente enamorado de ella. Así que las solteras van a por Stefano, su hombre de confianza, con la esperanza de que les ponga un alianza en el dedo. Pero solo hay que echarle un vistazo para saber que Stefano no es de los que sientan la cabeza.

Pongo cara de asco en el instante que levanta la cabeza y me pilla mirándolo. Si no dejo de hacerlo es porque no permitiré que me intimide como hizo en el baño. Así que le sostengo la mirada mientras me llevo la copa a los labios. Su boca se curva en una sonrisa burlona, como si supiera lo que estoy pensando y no le importase en absoluto. Coge la copa que tiene delante, la levanta como si estuviese brindando conmigo, y le da un trago sin quitarme la vista de encima. Mi estómago se contrae con una emoción intensa, desconcertante. Él se vuelve hacia Livia, que le acaricia el brazo de forma codiciosa. Y eso es todo. Se olvida de mí.

Una oleada de intensa rabia me quema la garganta.

Hace tres días se acostó con mi hermana y luego le dijo que se arrepentía.

Hace unos minutos admitió que no se acordaba de ella y acto seguido insinuó que quería follarme.

Y ahora está decidiendo a cuál de las hermanas Bianchi se llevará a su casa.

—Deja de mirarlo. —Greta habla en voz baja y me da un codazo—. Los demás se van a dar cuenta.

Me vuelvo hacia ella, de repente molesta.

—No entiendo qué le viste. —No quiero que parezca un reproche. Llevo toda la vida animándola a divertirse. Pero justo cuando se desvía del camino elegido por nuestro padre, va y se fija en el hombre más despreciable.

—Lo mismo que todas —contesta, con una sonrisilla que oculta al taparse con la servilleta de tela—. Me gustaría decir que me arrepiento, pero ahora que sé que no tiene intención de contarle, no me queda más remedio que reconocer que mereció la pena. Dentro de

unos días estaré casada. Al menos ya sé lo que me pierdo.

Sacudo la cabeza con incredulidad. Estoy segura de que no fue para tanto. Lo que pasa es que no tenía experiencia y no puede compararlo con nadie.

Stefano

Livia Bianchi es una belleza morena con las manos muy largas. Si me hubiese pillado en otro momento, no dudaría en llevarla a un hotel. Nunca las invito a mi casa. No necesitan saber dónde vivo; no tengo el menor interés en repetir. Pero, en este momento, no puedo quitarme de la cabeza a cierta rubia de ojos verdes por culpa de la que me arde la mejilla. Ni tampoco el hecho de que hace unos minutos puso cara de asco al ver cómo fingía estar interesado en las hermanas Bianchi.

—¿Qué te traes con la hija menor de Marcello Ricci? —me pregunta en voz baja Massimo.

—Nada —respondo malhumorado. Massimo pone cara de que no me cree. Sé que no lo dejará estar. Es muy observador. Fue testigo de lo que sucedió antes y se ha dado cuenta de que no puedo dejar de mirarla, así que añado de mala gana—: Me siguió hasta el baño y me dio un puñetazo.

Massimo se queda perplejo, hasta que entiende que no bromeo.

—¿Qué?

—Me acosté con su hermana.

—Eres un hijo de perra.

—Era la rubia del restaurante. Ni siquiera sabía que estaba prometida con Raffaele. —Me encojo de hombros—. No tengo la culpa de que a las mujeres les guste mi cara.

—Seguro que hiciste algo para que te golpease.

Insinué que estaba celosa y que podría hacerla gritar tanto como a la sosa de su hermanita. No fue para tanto.

—Raffaele y Marcello son buenos aliados. —Me lanza una mirada de advertencia—. Por eso, vas a mantenerte alejado de Isabella.

Levanto las manos en son de paz.

—No me interesa.

—Tu forma de mirarla no dice lo mismo.

Ni siquiera sé por qué la miraba. Simplemente no podía dejar de hacerlo.

—Te acostaste con su hermana, que está prometida con otro hombre. Es evidente que Isabella no siente ningún interés en ti. —Tuerzo el gesto ante esa afirmación—. Es algo nuevo para ti. Estás acostumbrado a que las mujeres se te tiren encima, no a que te peguen para ponerte en tu sitio. Pero se te pasará. Fóllate a Flavia, o a Livia. Tírate a todas las mujeres solteras de esta fiesta. Me da igual. —Me pone una mano en el hombro. Su expresión se endurece—. Pero Isabella está prohibida. No voy a enemistarme con su padre porque tú seas incapaz de aceptar un rechazo.

—Me portaré bien —respondo de mala gana. Porque lo que de verdad quiero es ir hasta su mesa, agarrarla de la cintura y besarla hasta que deje de arrugar la expresión cada vez que me descubre mirándola—. Ni siquiera es mi tipo.

Mentira. Una mentira como una catedral.

Cualquier mujer atractiva es mi tipo.

Isabella es una belleza. Pero tiene mal carácter, y a mí siempre me han ido las mujeres cariñosas y sumisas. Massimo tiene razón. Solo estoy fastidiado porque me ha rechazado. Debería acostarme con Flavia. Un buen polvo siempre me levanta el ánimo.

Después de la cena vamos a otro salón más grande, donde hay barra libre y Raffaele y su prometida permanecen en el centro para que los demás les den sus mejores deseos. Ignoro el protocolo y voy a por una copa. Raffaele es un idiota y no me apetece incomodar a Gianna delante de su futuro marido. ¿O se llama Gemma? Mierda, ya no me acuerdo.

Sé que le he prometido a Massimo que me portaré bien, pero no puedo evitarlo. Al ver a Isabella rodeada por un grupo de hombres, entre los que está su padre, me pica la curiosidad y me acerco aprovechando que las hermanas Bianchi están justo al lado. Finjo prestarles atención mientras escucho la conversación que Marcello mantiene con los hombres. No hay que ser un lince para entender lo que se propone. Planea comprometer a su otra hija con uno de esos desgraciados con fama de tener la mano muy larga. Por Dios, todos le sacan más de veinte años. ¿Ha perdido el juicio?

—Echarás de menos a tu hermana cuando se mude —le dice Saverio, conocido por su afición a las prostitutas con aspecto de colegialas.

Isabella está claramente incómoda. Se nota que le encantaría escapar, pero su padre la tiene sujeta del brazo y me percato de que le clava los dedos para que responda. Ella esboza una mueca de dolor. Siento el impulso de arrancarla de los brazos de ese malnacido y llevarla lejos de esos buitres. Pero no puedo hacerlo. Le prometí a Massimo que me alejaría de ella. Si intervengo, provocaré un problema entre él y Marcello. Además, no es asunto mío. Si me dio un puñetazo, puede defenderse sola.

—Sí —responde Isabella con tirantez.

—No tendrá tiempo de pensar en su hermana cuando se case y tenga hijos que criar —interviene su padre—. Solo tiene veintitrés años. Es una joven bella y culta. Se graduó con honores en la universidad. Cualquier hombre estará encantando de desposarla.

Hago esfuerzo titánico para enmascarar la ira que me consume. No doy crédito. Sabía que Marcello era un tipo despreciable, pero me sorprende que sea capaz de vender a su hija. Los matrimonios arreglados son comunes en nuestro mundo. Pero al menos podría buscar un hombre de la edad de Isabella, que la respetase y jamás le levantase la mano. Sé de qué pie cojean esos cabrones. Su padre debería protegerla, por el amor de Dios, no venderla al mejor postor.

—Sin duda —asevera Silvano, que acaba de divorciarse de su cuarta mujer un día después de que ella cumpliera cuarenta años. Su mirada viciosa resbala por el cuerpo de Isabella.

Incluso tiene la desfachatez de lamerse los labios mientras ella intenta zafarse de su padre.

Aprieto los puños.

No es mi puto problema. Me da igual. Que se las apañe sola. Me rio sin ganas cuando Livia cuenta una anécdota que le pasó con su profesor de pádel.

—Conmigo no te faltaría de nada —suelta Tiziano, un cretino obeso que podría ser su abuelo—. Te trataría como una reina.

—No me interesa —responde ella con voz estrangulada cuando su padre le retuerce el brazo—. Soy perfectamente capaz de elegir al hombre con el que compartir mi vida. —Sus ojos llameantes se encuentran con los de Marcello.

Se suelta de un tirón, ante la mirada atónita de los demás hombres. Bebo un trago de la copa para disimular una sonrisa. Los tiene bien puestos. Lo reconozco.

—Deberías domarla antes de encasquetársela a otro —comenta Saverio con desaprobación—. Menudo carácter.

Tiziano chasquea la lengua.

—Si fuera mi hija...

—¿A dónde te crees que vas? —Su padre va tras ella cuando Isabella comienza a escaquearse.

Actúo sin pensar. Me inclino hacia Flavia, fingiendo que voy a decirle algo al oído, y estiro el brazo con el que sostengo la copa justo cuando Marcello pasa por nuestro lado como un toro de miura. Se tropieza conmigo y Flavia suelta un grito cuando le derramo el whisky en su carísimo vestido de seda. A Marcello no le queda más remedio que detenerse, por lo que Isabella consigue escapar. Antes de llegar a la puerta, se vuelve para saber qué ha pasado. Esbozo una sonrisa de suficiencia y le guiño un ojo. Me mira con el ceño fruncido. No debería haberme entrometido, pero ya está hecho. Isabella parece confusa. Ladea la cabeza justo cuando un tipo al que reconozco como uno de los guardaespaldas de su padre le pone una mano en la cintura y le aparta el pelo de la cara. Es un gesto demasiado íntimo para un hombre que se supone que debe protegerla.

Vaya, vaya. Qué cosas averigua uno si es un poco observador.

Esbozo una mueca burlona. Él le dice algo, pero Isabella está congelada, con los labios apretados, consciente de que acabo de descubrir que hay algo entre ella y su guardaespaldas.

Sus ojos se llenan de pánico, pero es lo suficientemente valiente para sostenerme la mirada, como si pretendiese demostrarme que todo han sido imaginaciones mías. No cuela. Sé lo que he visto. Aunque todavía no sé qué haré con este pequeño descubrimiento.

Se marcha de la fiesta con su guardaespaldas, así que no me queda más remedio que volverme hacia Marcello, que se está disculpando con Flavia. Ella monta en cólera y le grita la desorbitada cifra que le costó el vestido.

Me paso una mano por la barbilla.

Conque Isabella Ricci está divirtiéndose con su guardaespaldas mientras su padre intenta comprometerla con otro hombre.

¿Acaso no tiene miedo de que la descubra?

Qué estúpida.

Su padre matará a ese imbécil y luego la casará a la fuerza con uno de sus socios. No puede escapar de él. No entiendo por qué lo intenta. La mayoría de las mujeres de este lugar se limitan a aceptar su destino y buscar un marido que sea aceptado por su familia. Debería fijarse en alguien de su edad. En algún tipo que no tenga la mano larga y pueda darle una buena vida. Aquí hay algunos hombres que cumplen ambos requisitos y seguro que estarían encantados de casarse con ella.

«No es mi tipo», me recuerdo.

Demasiado temperamental. Salvaje. Problemática.

7

Isabella

No puedo dormir.

Doy vueltas en la cama, suspiro y me destapo de una patada.

No puedo quitarme de la cabeza la sonrisa burlona de Stefano. No tengo dudas de que adivinó que estoy liada con Enzo. La pregunta es: ¿va a delatarnos, o mantendrá la boca cerrada?

Me paso las manos por la cara. No es de su incumbencia, ni gana nada con contárselo a mi padre. Pero le di un puñetazo. Quizá quiera vengarse de mí. Estoy segura de que Stefano Lombardi es la clase de hombre que necesita tener la última palabra. Ojalá Enzo no hubiese sido tan descuidado. Me enfadé con él al salir de la fiesta porque tengo la impresión de que últimamente ha bajado la guardia. Él es quien tiene más que perder. Mi padre me encerrará de por vida, pero a él lo matará.

Aún siento el estómago revuelto por lo sucedido en la fiesta de compromiso de Greta. Me vendió delante de aquellos hombres que me doblan la edad como si fuese una yegua de competición mientras yo soportaba sus miradas lascivas. Una oleada de asco y rabia me sube por el estómago. Prefiero morir antes que casarme con uno de esos miserables. Lo digo en serio. No soy como mi hermana. Adoro a Greta, pero no soportaría estar casada con un hombre como Raffaele.

Menos mal que conseguí escapar justo a tiempo, antes de que convenciera a uno de sus socios de que seré una buena esposa. Se tropezó con Stefano y le derramó la copa encima a Flavia. No pude evitar darme la vuelta para saber a qué venía tal revuelo. Me pilló por sorpresa

que Stefano me sonriese y me guiñase un ojo, como si lo hubiese hecho a propósito.

Suelto un resoplido.

No puede ser. Fue un accidente... ¿Él nunca me ayudaría, verdad?

Maldito Stefano. Odio pensar en él cuando lo único que quiero es sucumbir al cansancio. Es un mujeriego de la peor calaña. No lo soporto.

Me doy cuenta de que alguien se cuela en mi habitación. Me entra el pánico al pensar que puede ser mi padre, que ha llegado borracho de la fiesta y quiere desquitarse conmigo por haberlo dejado en evidencia delante de sus socios. Pero reconozco el perfume de Enzo, por lo que me relajo. Estiro el brazo para encender la lámpara de la mesita de noche.

—No deberías estar aquí —le reprocho en voz baja.

Me mira confundido. No está acostumbrado a que me enfade con él. Tenemos un relación tierna y cómoda, salvo por la necesidad de mantenerla en secreto.

—¿Sigues molesta?

Me ablando al ver su expresión agobiada. Enzo siempre ha sido bueno conmigo. Es el único hombre que tuvo el coraje de fijarse en mí, a pesar de que sabe que se juega la vida.

—No —miento. Sí que estoy un poco irritada, aunque él no tiene la culpa—. Pero debemos tener cuidado. No quiero estropearlo todo. En tres días seremos libres.

Enzo echa el pestillo, cruza la distancia que nos separa y se sienta en el borde de la cama. Me coge una mano y me regala una sonrisa confiada.

—Cada día me cuesta más esconder lo que siento por ti. —Deja su otra mano en mi mejilla—. No soporto que intente emparejarte con esos bastardos. Eres un tesoro de valor incalculable, Isabella. Tu padre debería querer que compartieses tu vida con un hombre que te ame por encima de todo y te trate bien. —Sacude la cabeza con resignación mientras me acaricia el pómulo con afecto—. Confía en mí. Lo tengo todo controlado. Dentro de tres días estaremos en España. Podrás hacer lo que quieras, sin rendirle cuentas. Y yo estaré a tu lado.

Le sonrío agradecida y me inclino para besarlo. Esta es la razón por la que elegí a Enzo. Es un buen hombre. Con él todo es fácil, y lo será aún más cuando dejemos de escondernos. Me respeta y me ama. Nunca me hará daño. He nacido en un mundo cruel, lleno de violencia. Un lugar en el que las mujeres no valemos nada y aceptamos que nos casen con hombres que nos serán infieles en el mejor de los casos, y nos golpearán en el peor. Por eso, cuando Enzo se convirtió en mi guardaespaldas, empezamos a pasar tiempo juntos y me demostró que me veía como una mujer, y no como la hija de su jefe, me aferré a él como un clavo ardiendo.

—Stefano Lombardi sabe que hay algo entre nosotros —murmuro, pegada a sus labios.

Enzo se tensa. Me agarra por los hombros y me mira muy serio.

—¿De qué hablas?

—Nos vio salir juntos de la fiesta y puso una cara muy rara, como si sospechara algo.

—Solo vio a un guardaespaldas cuidando de la hija de su jefe —dice más tranquilo—. No tiene pruebas.

—Tú no lo conoces.

Enzo entorna los ojos.

—¿Y tú sí?

No puedo contarle que se acostó con mi hermana y que le di un puñetazo. Lo primero forma parte de la privacidad de Greta, y lo segundo me dejaría en muy mal lugar.

—Estoy al tanto de su reputación —respondo evasiva.

—Ya. —Enzo tuerce el gesto—. Tiene fama de ser un seductor. Pero dudo que le interese lo que haya entre nosotros. Él es más de arrancarle las bragas a la primera estúpida que se le cruza por delante.

Aprieto los labios porque una de esas «estúpidas» fue mi hermana.

—Tampoco hace falta que hables así de las mujeres con las que se acuesta.

—Venga ya, Bella —se ríe—. Solo una tonta se fijaría en Stefano. Es incapaz de mantener la bragueta cerrada. —Me masajea el hombro con una mano para que me relaje—. Es la mano derecha de *Il Diavolo*. Seguro que tiene cosas más importantes que hacer que preocuparse por tu vida sentimental. No tiene pruebas de que haya algo entre nosotros. Es un tipo listo. No le irá con el cuento a tu padre. No ganaría nada.

—Eso espero —contesto intranquila.

Enzo me coge la cara y me da un beso suave en los labios. La sonrisa que me dedica está repleta de confianza. Supongo que sabe lo que se hace. Lo he visto desarmar a un enemigo con una sola mano. Fue hace siete meses, cuando aún no había sucedido nada entre nosotros. Un carterista intentó robarme el bolso a punta de navaja y Enzo tardó muy poco en ocuparse de él. Desde entonces, lo tengo en un pedestal. Es fuerte y protector. Tiene razón. A su lado estoy a salvo.

—Déjame hacerte sentir bien. —Su boca se desliza por mi cuello mientras se tumba encima de mí.

Echo una mirada insegura a la puerta. Hace un momento le pedí que fuésemos con cuidado.

—Mi padre... —empiezo a decir.

—Se fue de la fiesta con Grazia —dice, metiendo una mano por dentro de mis pantalones—. Pasaré la noche fuera. No te preocupes.

Grazia es la amante favorita de mi padre. Sinceramente, no sé cómo tiene estómago para acostarse con él.

Intento relajarme cuando Enzo comienza a acariciarme. Cierro los ojos. Lo atraigo de la nuca para besarlo. Él me quita los pantalones, se baja los suyos y se pone a toda prisa el preservativo. Ni siquiera estoy mojada. Me gustaría pedirle que me tocara un poco más, o me besara ahí debajo, pero me da vergüenza. Eso debería salir de él, ¿no? Quizá no le gusta, aunque yo me muero de ganas de probarlo para saber qué se siente.

Me muerdo el labio cuando me penetra con demasiado rudeza. Le clavo las uñas en la espalda, y él se lo toma como una invitación para que continúe. No entiendo por qué mi hermana estaba tan emocionada después de haberlo hecho una sola vez. Yo nunca me corro con Enzo. Hasta ahora, los únicos orgasmos que he tenido han sido gracias a mis manos.

La última vez que hablé con una amiga de la universidad me explicó que hay mujeres que solo disfrutan si les estimulan el clítoris. Puede que yo sea de esas. No es culpa de Enzo; él tiene más experiencia que yo.

—¿Me pongo arriba? —pregunto.

Esta misma amiga me confesó que ella solo se corre con su novio si está encima.

—No —jadea, con la frente pegada a la mía—. Ya casi estoy.

Enzo acelera el ritmo. Envuelvo su cintura con mis piernas y llevo la mano a mi coño para acariciarme. Lo he visto en algunas películas porno.

—¿Qué haces?

—Nada... —respondo avergonzada.

Enzo captura mi boca y yo dejo caer la mano con resignación. Su respiración entrecortada me confirma que está a punto de correrse. Unos segundos después, se desploma encima de mí y luego rueda hacia un lado cuando murmuro que me está aplastando. Tiene una sonrisa boba en los labios y los ojos brillantes por culpa del orgasmo. Me entran ganas de matarlo, pero luego me siento culpable cuando coge mi mano y se la lleva a sus labios.

—Te quiero. —Me da un beso en los nudillos.

No respondo.

¿Lo amo?

No siento esas mariposas de las que hablan en los libros que tanto me gustan. A veces, desearía que lo nuestro fuese un poco más fogoso. Que se tomase la molestia de averiguar qué es lo que me gusta. Que no fuese directo al grano, en busca de su propio placer.

Enzo se levanta para ir al baño. Me tumbo bocarriba y recuerdo, sin poder evitarlo, lo que me dijo Stefano: «Con mucho gusto te haré gritar tanto como a ella». Me tapo hasta la barbilla, mortificada por la curiosidad. Es imposible que ese sinvergüenza me hiciera disfrutar más que Enzo. Lo que pasa es que a mis veintitrés años solo me he acostado con un hombre, y la falta de experiencia hace que me pique el interés por saber lo que sentiría al probar con otros. Por supuesto, jamás me fijaría en Stefano. Me da asco. Nunca me acostaría con él, ni aunque fuera el último hombre de la tierra. En tres días ni siquiera recordaré su cara. Esa bonita cara a la que le di un puñetazo.

Al recordar su expresión atónita, sonrío sin poder evitarlo. Porque algo me dice que él jamás podrá olvidarme.

Isabella

La peluquera me da otro tirón del pelo mientras lo trenza. Se me saltan las lágrimas y suelto un gruñido que ella ignora a propósito. Greta está sentada junto a la ventana, observándome de reojo. Está preciosa, con el cabello ondulado recogido en un moño deshecho y elegante que enmarca sus facciones. Parece una princesa con el vestido de tul y la tiara de diamantes, aunque su postura tensa y sus labios apretados cuentan otra historia.

Es una princesa muy triste que asume su destino con resignación.

—Ay —protesto. Le lanzo una mirada furiosa a la peluquera—. Me haces daño.

Ella suspira, como si yo fuese una niña enfurruñada. Esta cabrona no deja de tirarme del pelo. Estoy convencida de que lo hace adrede. Es una de las leales empleadas de mi padre. Él le paga generosamente para que me maquille y peine para los innumerables eventos a los que me obliga a asistir. Greta asegura que nos odia porque nos tiene envidia, aunque a veces me da la sensación de que habla con un énfasis extraño, como si no solo estuviera pensando en la peluquera. Es increíble que alguien pueda querer nuestra vida. ¿No se dan cuenta de que detrás de todo el lujo solo hay dos jóvenes que darían lo que fuera por tener libertad?

—No te muevas tanto —me ordena.

—Lo has apretado demasiado. Me duele la cabeza.

Ella sigue trenzándome el pelo, hasta formar una corona alrededor de mi cabeza. Prefiero llevarlo suelto, pero mi padre le ha ordenado que me haga un recogido porque quiere que tenga un aspecto sofisticado. Por supuesto que no va a desperdiciar la oportunidad de emparejarme con algún cromañón en la boda de mi hermana.

—Ya he terminado —dice con una mueca de disgusto—. Estás preciosa, tal y como ordenó tu padre. Deberías sentirte agradecida.

Lo último que siento es agradecimiento cuando me miro al espejo. Llevo un vestido color champán, a juego con unos ostentosos pendientes, y un maquillaje natural que enmarca mis ojos. Si alguien me ve, dará por hecho que apenas voy maquillada, pero llevo un montón de potingues en la cara para lucir un aspecto lozano y saludable. Mi padre quiere que todos piensen que soy una jovencita virginal e inocente.

—Sí, gracias por tu servicio —contesto con ironía—. Seguro que mi padre es muy generoso contigo por ayudarlo a amargarme la vida.

La peluquera pone cara de desaprobación mientras guarda las horquillas y el maquillaje en su maletín y murmura que solo soy una niñata caprichosa que no acepta la suerte que tiene. Uy, sí. Soy muy afortunada. Esta mañana mi padre me dio una bofetada cuando dije que no quería asistir a la boda porque todos sabemos que ha obligado a Greta a casarse con ese vejstorio. Pero ha pasado un buen rato cubriendo el moratón con corrector. Debe de suponerlo.

Le hago una peineta y ella se marcha dando un portazo.

—Estás muy guapa —comenta mi hermana, con una sonrisa tan breve que casi parece

forzada.

Solo por eso me arranco las horquillas y deshago el recogido. Suelto un suspiro de alivio al sentir el pelo en mi cintura. Qué gustazo. Ella niega con desaprobación, pero en sus ojos percibo algo más, como si estuviese juzgándome. Me da igual. Nuestro padre estará demasiado ocupado en llevarla al altar y confraternizar con los demás invitados como para echarme la bronca. Además, me dolía la cabeza.

—Bella —protesta escandalizada.

La ignoro y me quito las pestañas postizas. Por fin siento que vuelvo a ser yo.

—Que se joda. —Me refiero a mi padre, pero también a esa peluquera que me ha llamado niñata por soñar con otra vida en la que mi padre no me vende al mejor postor.

Me levanto para ir hacia mi hermana. A mí no me engaña. Cualquiera otro pensará que es una novia feliz y radiante, pero yo solo veo a una joven profundamente asustada. Le cojo las manos y la miro con un hilo de esperanza. Ojalá esté a tiempo de hacerla cambiar de opinión.

—Nos iremos después de la ceremonia. Por favor, ven con nosotros.

Mi hermana suelta mis manos de un tirón y se alisa una arruga de la falda.

—No puedo —musita.

Atisbo un brillo de indecisión de sus ojos, aunque hay algo en su expresión que me desconcierta: parece más irritada que asustada. Supongo que tiene miedo de arriesgarse y que nos descubran. No soporto que comparta el resto de su vida con un hombre que tiene fama de golpear a las mujeres. Ella merece más. Es una buena persona. No quiero que viva lo mismo que nuestra madre.

—Mamá querría que...

—No —me interrumpe con dureza—. No utilices a nuestra madre para intentar que cambie de opinión.

Se pone de pie de forma abrupta y me da la espalda, como si estuviera reprimiendo algo más que lágrimas. Eso no impide que la abraze por la cintura. Es mi hermana mayor, pero también mi mejor amiga. Solo nos tenemos la una a la otra. Haría lo que fuera por protegerla. El problema es que no me deja porque se ha conformado con esta vida de mierda.

—Te voy a echar de menos —susurro, rota de dolor.

Greta pone sus manos encima de las mías con un leve temblor, aunque su agarre se siente más rígido que cariñoso. No sé cuánto tiempo permanecemos abrazadas en silencio, hasta que mi padre aparece en la habitación. Al vernos pone los ojos en blanco. Tiene una sonrisa tan llena de satisfacción que me dan ganas de arañarle la cara.

—Cualquiera diría que no vais a volver a veros —dice con sorna. Luego se centra en mí. Su rostro está repleto de crispación—. Te has soltado el pelo.

—Me dolía la cabeza. El recogido estaba demasiado apretado. Supongo que prefieres que esté de buen humor. De lo contrario, podría soltar un comentario inapropiado.

Aprieta los puños, pero esta vez no me golpea. Quedan quince minutos para la ceremonia. Sabe que no puede estropear mi maquillaje.

—Déjanos solos —ordena con hartazgo—. Tengo que explicarle a tu hermana lo que su futuro esposo espera de ella.

—Obediencia, silencio y un montón de hijos —contesto con sequedad—. Lo sabe de sobra.

No espero a oír su respuesta; no me interesa. Además, dentro de unas horas por fin seré libre.

Isabella

Salgo de la habitación antes de que mi padre se le ocurra que yo también necesito otra charla. Estamos en las dependencias de la iglesia. Me pregunto si Dios ve con buenos ojos una unión como esta. El Dios en el que creo es generoso y defiende la igualdad entre hombres y mujeres. Seguro que le horroriza lo que está a punto de suceder.

Salgo al jardín porque necesito tomar el aire. Ojalá hubiese una forma de detener la boda. Pero mi hermana ya ha tomado una decisión. Somos tan distintas...

Doy un paseo por el jardín, aspirando el aroma de los naranjos y los olivos. A mi madre le encantaban las flores. Lo primero que hizo mi padre después de asesinarla fue destruir los parterres que ella plantó. Una lágrima se desliza por mi mejilla justo cuando me doy de bruces con el hombre que hay apoyado con despreocupación en el tronco de un ciprés.

Stefano está fumando. Al verme, el cigarrillo resbala de sus labios. Parece tan sorprendido como yo. Se lo quita de la boca mientras me observa con intensidad, sin cortarse un poco. Sus ojos vagan por mi cuerpo y se oscurecen al detenerse en la abertura de mi vestido, que llega hasta el muslo. Las comisuras de sus labios se curvan en una sonrisa ladina.

Mierda, había olvidado que estaba invitado a la boda.

—Hola —digo con sequedad.

Le da una calada al cigarro, lo tira al suelo y lo aplasta con una calma exasperante. Le echo un vistazo rápido, fingiendo que no me intimida ni noto su intensidad, aunque es imposible ignorarla. Puedo entender lo que le ven la mayoría de las mujeres. Es muy atractivo y tiene estilo. El esmoquin le sienta muy bien. Lleva el cabello castaño peinado hacia atrás, y sus ojos color avellana brillan con perversión. Desprende algo peligroso y prohibido. Al verlo, la primera palabra que se te viene a la cabeza es «sexo».

—¿Dónde has dejado a tu guardaespaldas? —pregunta, como si no le importase, pero su tono oculta algo más peligroso.

Por supuesto, no iba a perder la oportunidad de echármelo en cara. Un nudo de pánico me atenaza la garganta, aunque logro mantener la compostura a duras penas. Solo intenta provocarme. No voy a ponérselo en bandeja.

—¿Cuál de ellos?

—Al que te estás follando. —Da un paso hacia mí—. El de la fiesta.

—No sé de qué me hablas.

Retrocedo, incapaz de decidir si estoy más asustada o furiosa conmigo misma por dejar que despierte algo tan visceral en mí. No estoy acostumbrada a dejarme amilanar. Ni siquiera reculo con mi padre o con los pretendientes tan desagradables con los que intenta emparejarme.

—Deberías tener más cuidado. —Avanza hacia mí, por lo que me veo obligada a caminar hacia atrás, hasta que mi espalda choca con un árbol y acabo encajonada contra su cuerpo—. Si

no quieres que te pillen, no puedes restregarte con él en mitad de una fiesta.

—¡A mí no me hables así! —exclamo indignada—. Soy una Ricci.

—¿Tu apellido debería importarme? —Ladea la cabeza y una sonrisa burlona asoma a sus labios—. ¿Por qué iba a respetarte cuando tu propio padre está desesperado por librarse de ti?

Sus palabras consiguen el efecto deseado. Maldigo para mis adentros cuando los ojos se me llenan de lágrimas. Ha dado donde más me duele. No quiero llorar delante de este hombre sin escrúpulos, así que cruzo los brazos y giro la cabeza para fijar la vista en un rosal. Estamos demasiado cerca. Su respiración cálida roza mi cuello, provocándome un escalofrío que odio con toda mi alma.

—No te habría ayudado a escapar de él de haber sabido que ibas a irte con ese mindundi al que le importas tan poco que está dispuesto a ponerte en riesgo.

Eso me obliga a mirarlo.

—¿De qué hablas? —inquiero descolocada.

En lugar de responder, Stefano me acaricia el hombro desnudo con dos dedos. Me estremezco y le doy un manotazo, lo que le provoca una carcajada. Lo miro con desprecio y eso, por algún extraño motivo, parece satisfacerlo.

—Sabes que tu padre no tropezó conmigo por accidente.

Aprieto los labios. Sí, en el fondo lo sospechaba. Pero no tiene ningún sentido. No entiendo a qué está jugando.

Me aparto cuando intenta volver a tocarme y lo fulmino con la mirada para que se detenga.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunto de mala gana.

—La fiesta era aburrida y quería saber si tendrías las agallas de escapar de tu padre —reconoce—. Fue divertido.

—¿Te divierte que mi padre sea un cabrón? —pregunto hecha una furia, aunque no le dejo responder—. Claro que sí, porque tú eres igual o peor que él.

Stefano reacciona con una rapidez que me paraliza, enterrando una mano en mi pelo mientras su cuerpo cálido y dominante me encierra contra el árbol. El estómago me da un vuelco al notar que es tan duro y cálido como imaginaba. Antes de que pueda gritar, me tapa la boca con una mano. Mi mirada llameante parece encenderlo más. Es lo peor. Me revuelvo debajo de él, pero es más fuerte que yo y me tiene completamente inmovilizada.

—No deberías perder el tiempo. Ambos sabemos que al final tu padre se saldrá con la suya —dice, y tiene la desfachatez de hundir la cara en mi pelo. Entonces, se aparta contrariado—. Joder, hueles demasiado bien. —Se aleja un poco más, como si mi olor fuese un inconveniente en el que no había pensado. Me mira molesto, lo que no tiene ningún sentido porque es el quien me ha acorralado—. Eres una delicia para cualquier hombre. Tu padre lo sabe y planea utilizarte, al igual que ha hecho con tu hermana. No seas ingenua. No pierdas el tiempo con ese idiota. Tu padre acabará casándote a la fuerza. Busca un buen partido. Uno que sepas que va a tratarte bien. Alguien de tu edad que reciba la aprobación de tu padre.

—¿Y a ti qué te importa? —le ladro hecha una furia.

Lo empujo en vano, sin apenas moverlo. Es un metro noventa de puro músculo. Solo por eso lo odio aún más.

Stefano se pasa una mano por el pelo. Sus ojos se detienen en mis labios con una mezcla de rabia y algo más poderoso. Es una mirada que dura una fracción de segundo y provoca que mi corazón se salte un latido.

—Sabes que has elegido mal.

—No hay nada entre Enzo y yo.

Me coge de las mejillas para obligarme a mirarlo a los ojos.

—No es lo bastante bueno para ti.

—¡Suéltame!

—Tal vez me vaya de la lengua. Todavía no me has pedido perdón por golpearme.

—¿Qué...? —Me entra el pánico. No puede hablar en serio—. ¡No tienes pruebas!

—Puedo ser muy convincente. —Me coge del brazo—. Vamos a buscar a tu padre y averigüemos a quién de los dos cree.

—¡No! —protesto asustada. Me veo obligada a hacer algo que no quiero, pero no me queda más remedio que decir—: Lo siento. Siento haberte golpeado. ¿Satisfecho?

Stefano me suelta.

—No.

El alma se me cae a los pies. No entiendo a qué juega. Supongo que le divierte torturarme.

—¿Qué más quieres? —pregunto agobiada.

Lo medita durante unos segundos, hasta que un brillo malicioso se apodera de sus ojos.

—¿Qué me darías a cambio de mi silencio?

—Yo... —titubeo, retorciendo las manos con nerviosismo—. No sé qué puedo ofrecerte que te interese.

—Oh, dulzura. Eres *tan* inocente. —Me aparta el pelo de la cara con una suavidad que me deja paralizada. Su voz es grave, casi ronca, como si le doliese admitirlo en voz alta—. No te imaginas cuántas cosas me interesan de ti.

Trago saliva. De repente, tengo la boca seca. No puede referirse a... *eso*. Sacudo la cabeza y me abrazo a mí misma en un intento por protegerme.

—El otro día me hiciste daño. —Abro los ojos al ver cómo se baja la cremallera del pantalón—. Ahora quiero que seas amable conmigo.

—No... yo no... —titubeo, sin saber a dónde mirar—. No voy a...

—Tranquila, no pienso obligarte. No es mi estilo. Nunca he necesitado forzar a una mujer a hacer algo que no quiere. —Apoya la espalda en el árbol y me dedica una sonrisa malévol—. Aunque, si te soy sincero, me gustaría que tomes la iniciativa, te pongas de rodillas, seas una buena chica y te la metas en la boca. —Saca un sobre del bolsillo interior de su chaqueta—. A cambio, yo también seré bueno contigo al destruir todas las copias que tengo.

Le arrebató el sobre y saco las fotografías. Se me escapa un gemido horrorizado al verlas. Somos Enzo y yo, besándonos en la cama privada que hay cerca de mi casa. No entiendo quién las ha hecho. Enzo se cercioró de que nadie nos siguiera.

—¿Cómo las has conseguido?

—Tu novio no es tan cuidadoso como creías, eh —se burla—. Y resulta que yo tengo muchos contactos que me deben favores. Puedes quedártelas. Tengo las originales. —Se acaricia la erección por encima de los pantalones—. Me pregunto qué debería hacer con ellas. Seguro que tu padre se morirá del disgusto si las ve.

Observo su erección con una mezcla de asco y una punzada de algo más que me indigna tanto como me confunde.

—¿Qué es lo que quieres que haga?

—Usa tu imaginación.

No puedo creer lo que estoy a punto de hacer. Si hace unos minutos alguien me lo hubiese dicho, le habría gritado de todo. Pero no tengo otro remedio. Este cerdo le enseñará las fotografías a mi padre. No permitiré que lo tire todo por la borda cuando estoy a punto de ser libre.

—Te odio —le espeto mientras me acerco—. Solo lo hago para salvar a Enzo.

Stefano me observa sin decir nada cuando doy el primer paso. Me cuesta un mundo cruzar la distancia que nos separa. Extiendo el brazo, sin dejar de temblar. Aparto la mirada cuando le toco la polla por encima de los pantalones. Clavo los ojos en el suelo. Esto no significa nada para mí.

«Dentro de unas horas seré libre», recuerdo.

Lo hago para proteger a Enzo y salvar lo único que me queda de libertad.

Será mejor que me dé prisa. No volveré a pensar en ello. Nadie tiene por qué enterarse.

Frunzo el ceño por culpa de la sorpresa. Mi mano no puede abarcarla por completo. Ni siquiera necesito vérsela para saber que la tiene enorme, mucho más grande que la de Enzo. Él suelta un gruñido gutural y me agarra del cuello, girándome hacia él.

—Mírame a la cara. Y no vuelvas a pronunciar el nombre de otro hombre mientras me tocas.

—No quiero mirarte. Me das asco —aunque las palabras son ciertas, mi cuerpo reacciona con una traición que me llena de vergüenza. Mi voz suena demasiado grave cuando añado: — Te odio.

—Me gusta que me odies.

—Estás enfermo.

No lo pienso al meter la mano por dentro del calzoncillo para acariciarlo con torpeza. Ojalá no le guste. Tal vez pierda el interés si se da cuenta de que apenas tengo experiencia y no se me da bien. Sin embargo, aprieta la mandíbula y suelta un gemido gutural.

—Eres un cerdo.

—Un cerdo al que le estás haciendo una paja —jadea, echando la cabeza hacia atrás

mientras otro gemido escapa de su garganta—. Y sin embargo...

Su voz se quiebra antes de detenerse bruscamente.

—Joder, maldita seas. No esperaba que fueses a... —Acelero el ritmo para que se calle. Aprieto con fuerza, pensando que le dolerá, pero él mueve las caderas hacia adelante, completamente ido—. ¿Quién te ha enseñado a...?

No termina de formular la pregunta, pues me agacho para acabar con esto de una vez. Le bajo los pantalones de un tirón y descubro una polla gruesa, gigante. Abro la boca y suelto una maldición. Es demasiado grande. No sé si podré con esto.

La agarro por la base y trago saliva.

Inspiro hondo, llenándome de confianza.

—Te odio —le aclaro, por si acaso se le ha olvidado.

Lo hago por Enzo. No me gusta. No lo estoy disfrutando. Ignoro la punzada que siento entre las piernas, y el cosquilleo que recorre mis extremidades. Separo los labios y me inclino para metérmela en la boca, justo cuando él me agarra de los hombros para detenerme.

—¿Qué demonios estás haciendo? —parece molesto, pero hay una nota de desconcierto, casi de pánico, mientras me aparta con brusquedad, como si se estuviera protegiendo de algo.

Lo miro confundida. No entiendo nada. Él quería que yo..., antes ha dicho que...

Stefano se sube los calzoncillos y se aparta de mí. Sigo arrodilla, aturdida, mientras el sabor del rechazo se abre paso en mi pecho.

—Joder. —Se pasa una mano por el pelo—. De verdad ibas a hacerlo.

—¡Es lo que querías!

—No pensé que estuvieses tan desesperada para... —Suelta una carcajada furiosa, como si el que tuviese motivos para estar enfadado fuese él. Saca el sobre y me lo tira a la cara—. No pensaba usar las fotos. Solo bromeaba.

—¡Eres un cabrón! —Me pongo de pie y me sacudo el polvo del vestido—. Me has obligado a...

—No, dulzura —me interrumpe con chulería—. Te dije que quería que fueses amable conmigo, pero que no pensaba obligarte. Y que me gustaría que te la metieses en la boca. Pero yo no te he obligado a ponerte de rodillas y abrir esa boquita de niña buena. No sabía que tuvieses tan poco amor propio.

—Los dos sabemos que jamás me habría rebajado de esa forma de no haber creído que le enseñarías las fotos a mi padre —protesto, temblando de impotencia.

—¿Sí? —lo pone en duda, esbozando otra sonrisa engreída—. Porque a mí me ha parecido que estabas deseando meterte mi polla en la boca.

Le cruzo la cara de una bofetada. Él no la ve venir, pero yo tampoco. Le he pegado tan fuerte que me duele la mano. Stefano se acaricia la mejilla, muy despacio. Sus ojos brillan con una intensidad oscura, una furia contenida que parece competir con algo mucho más primitivo. Por un momento, creo que va a atraparme de nuevo. Antes de que pueda dar un paso, salgo corriendo. Tengo el corazón acelerado al llegar a la iglesia. Me encierro en la primera habitación

vacía que encuentro, rompo las fotos en pedazos pequeños y las arrojo al inodoro. Tiro de la cadena varias veces hasta que el agua se las traga. Luego me dejo caer en el suelo, temblando de rabia y asco, completamente deshecha. Quiero arrancarme de la piel lo que acaba de pasar, pero lo peor es que no sé si odio más a Stefano... o a mí misma.

Una parte de mí sabe que jamás se habría rebajado de esa forma si Stefano no hubiese jugado tan cruelmente conmigo. Pero la otra... esa que me niego a escuchar, comprende que, en el fondo, estaba deseando saltarme las reglas. Y me desprecio por ello.

Stefano

¿Qué cojones ha sucedido?

Me paso una mano por el pelo, furioso conmigo. Lo último que esperaba al salir a fumar al jardín era encontrarme con Isabella Ricci. Mierda, ¿a quién quiero engañar? Estaba ansioso por volver a verla. No he podido sacarla de mi cabeza desde que me marché solo de aquella fiesta tras verla con su guardaespaldas.

Por eso ordené que los siguieran de cerca. Cuando conseguí las fotos, planeé chantajearla para que se alejase de ese imbécil al que le da igual ponerla en peligro. Si su padre se enterase, montaría en cólera. Solo intentaba proteger a esa mujer insoportablemente obstinada, aunque no sea asunto mío. Pero cuando me plantó cara y tuvo las agallas de mentirme... Dios, quise ponerla en su sitio.

Solo estaba marcándome un farol. Nunca forzaría a una mujer. Me apetecía sacarla de sus casillas porque hay algo en la forma en que me mira con odio que me vuelve loco. Pero cuando se armó de valor y comenzó a acariciarme con esas manos pequeñas y suaves... Joder, se me fue la puta cabeza.

No me enorgullezco de haber perdido los papeles. Ni mucho menos de haberla engañado. Soy un mal hombre, pero no del tipo que obliga a una mujer a hacer algo que no quiere. Las mujeres se lanzan a por mí, y no al contrario. ¿Qué carajos me pasa? No logro entender por qué no le dije que no pensaba enseñarle las fotos a su padre. Lo único que sé es que cuando Isabella me hizo una paja, las buenas intenciones que tenía respecto a ella se esfumaron. Al infierno mi escasa moral. Por poco me corro en su mano. Y cuando estuvo dispuesta a metérsela en la boca... no voy a mentir; quise agarrarla del pelo y hundirme con fuerza en su garganta. Solo la detuve porque me cabréó que lo hiciera para proteger al idiota de su guardaespaldas, como si él lo mereciera. De lo contrario, me habría corrido con mucho gusto en esa boquita que no deja de ponerme a prueba.

Me duele la entrepierna. No me queda más remedio que encerrarme en el baño de la iglesia cuando empieza la ceremonia. La punta de mi polla está roja y húmeda. La agarro de la base, le doy un par de sacudidas y pienso en las manos de Isabella.

La imagino desnuda. Tiene el cuerpo pálido, las caderas anchas y los pechos llenos, con unos pezones pequeños y rosados. El pelo ondulado le llega hasta la cintura. Se muerde el labio, juguetona, completamente dispuesta a cumplir todas y cada una de mis fantasías. Las mías, y no las de su guardaespaldas.

Le exijo que se arrodille, que abra la boca y que me obedezca. Ella no duda. Separa los labios y me mira a los ojos mientras se traga todo lo que tengo que ofrecerle. Le tiro del pelo y la penetro con fuerza, mientras se le llenan los ojos de lágrimas. Me gusta que se atragante un poco. A veces me detengo para que tome aliento, y luego vuelvo a acelerar el ritmo.

Así es como me gusta: duro. A ella también le encanta.

—Isabella... —murmuro, aferrándome con una mano al mueble del lavabo.

Me corro como un animal. Lo peor es que sigo teniendo ganas de más. Me subo la bragueta y me lavo las manos. No hay culpa en mi cabeza. Solo ella. Su imagen está grabada en mí como una maldita adicción. No después de haberla tenida arrodillada, más que dispuesta a hacerme una mamada, aunque fuese para salvar al idiota de su novio.

—Maldita sea —mascullo, mirándome al espejo.

Me peino con los dedos, ya que tengo el pelo hecho un desastre. No me reconozco. Llevo demasiado tiempo sin echar un polvo. Desde que la conocí, no he tocado a ninguna otra mujer. Ninguna ha sido suficiente para mí. Debería conformarme con alguna de las invitadas de la boda, pero solo la quiero a ella.

Se me pone dura de nuevo al recordar cómo me dijo que me odia. No entiendo por qué eso me excita tanto. Salgo del baño justo cuando la ceremonia termina. Saludo con indiferencia a un par de conocidos.

Isabella camina con la espalda erguida, como si hace unos minutos no hubiese estado arrodilla a mis pies. Sujeta la cola del vestido de novia de su hermana. Al pasar por mi lado, ni siquiera me mira. Aprieto la mandíbula al darme cuenta de que su guardaespaldas está en la puerta y le acaricia la mano de forma casi imperceptible.

Jodido imbécil. Alguien podría descubrirlos.

Ella lo mira de reojo y esboza una pequeña sonrisa. No voy a negarlo; me cabrea que lo haga porque a mí me dio una bofetada. Me acaricio la mejilla, justo donde me golpeó. Al menos tengo un recuerdo de ella.

Stefano

Massimo me pregunta varias veces qué me pasa durante el banquete. Le respondo con monosílabos o gruñidos para que me deje en paz. Corto un trozo de entrecot y me lo llevo a la boca mientras observo a lo lejos a Isabella, a la que su padre exhibe como si fuera un vulgar trozo de carne. Ella mantiene la entereza e ignora a los hombres que se le acercan. Son una panda de babosos. Uno de ellos tiene el descaro de mirarle el escote. Desde aquí puedo ver cómo ella suspira y aprieta los labios, conteniendo lo que fuera a decir porque su hermana le aprieta la mano.

No es propio de ella estar tan callada. Apenas la conozco, pero es una mujer a la que le sobra el carácter. Nunca permitiría que su padre la emparejara con uno de esos cretinos. Al menos, no sin mostrar un ápice de resistencia. En el extremo opuesto, su guardaespaldas franquea la entrada sin quitarle la vista de encima. Si yo fuera él, cruzaría el salón como un hombre de verdad y la sacaría de aquí. Están juntos. Tengo más fotografías que lo atestiguan. Lo suyo no es una aventura pasajera, aunque no entiendo cómo puede haber aguantado a un hombre tan insignificante.

Si ese idiota de verdad la amara, ya habría hecho algo para salvarla de las garras de su padre. Pero claro, no tiene ni el valor ni el cerebro para hacerlo.

—Disimula, joder. —Massimo me da un codazo—. Te dije que la dejases en paz.

—No sabía que también tuviera prohibido mirarla.

Si él supiera que hace un par de horas la tuve de rodillas...

—Lia no te quita los ojos de encima. —Se refiere a la atractiva pelirroja que hay en la mesa de al lado. Me acosté con ella hace un par de meses. Estuvo bien, pero ya no me interesa—. Nunca pensé que te diría esto, pero es evidente que necesitas acostarte con una mujer.

Resoplo.

Sí, ya lo sé.

El problema es que la única mujer con la que deseo hacerlo es la misma que se pone de pie cuando empiezan a servir el postre. Su padre la agarra del brazo para que se siente, pero su hermana le dice algo que lo tranquiliza y él asiente de mala gana. Isabella desaparece en dirección al servicio. Soy un hombre observador e intuitivo, dos habilidades que me han servido como *consigliere*. Así que desvié mi atención hacia Enzo, que se escabulle detrás de ella. Cualquier otra persona sospecharía que solo la sigue para protegerla, pero yo sé lo que hay entre ellos. Si a eso le sumo que Isabella ha soportado las atenciones de sus pretendientes con estoica indiferencia, llego a una conclusión que no me gusta en absoluto.

—Si me disculpáis. —Me pongo de pie ante la mirada desconcertada de mi amigo.

Me da igual que no sea mi problema. Tampoco me molesto en averiguar por qué me importa tanto. Cruzo la estancia a toda prisa, siguiendo el rastro de Isabella y su patético enamorado.

Llevo cinco días pensando en ella. No he podido quitármela de la cabeza. No va a desaparecer de mi vida sin más. Ni de coña. Me niego. Lo hará cuando yo decida que estoy harto de ella. No puede colarse en mis pensamientos, arrebatarme la cordura y esfumarse. De eso nada.

Los sigo hasta la parte trasera del aparcamiento. Van cogidos de la mano, ajenos a que alguien los sigue de cerca. Las luces de un coche se encienden. Es un destartado Fiat Tipo de color gris. Un coche muy común por esta región, ideal para pasar desapercibidos cuando Marcello se percate de que han huido y comience a buscarlos.

Me entran ganas de reír.

¿Este es el brillante plan de huida de ese zoquete? ¿Sacar a Isabella del país en coche aprovechando la boda de su hermana como distracción?

No doy crédito. Ella debe de estar muy desesperada para confiar en él. Su padre no tardará en encontrarlos. Solo necesitará ver las cámaras del aparcamiento para averiguar la matrícula. Luego sobornará a algún policía de tráfico y conseguirá que paren el coche en un control. Matará a Enzo, lo cual me parece maravilloso, y luego comprometerá a Isabella con el primer desalmado que se ofrezca a domesticarla.

No si yo puedo impedirlo.

Enzo le abre la puerta del coche como un auténtico caballero, le aparta el pelo de la cara y la besa, como si eso compensara su absoluta inutilidad. Siento una tensión en el pecho y un ardor en el estómago. Es una sensación repugnante, corrosiva.

—A ver si lo adivino —digo, y ambos se sobresaltan—. Luego iréis a España. ¿O tal vez Portugal? Porque él te ha dicho que allí no podrán encontraros.

Isabella retrocede conmovida y se aferra a la mano de Enzo, que está congelado por la sorpresa.

—Esto no va contigo. —El idiota da un paso al frente para plantarme cara.

Tiene gracia que crea que puede vencerme. Sé que es bueno en el cuerpo a cuerpo, pero no tanto como yo. Llevo toda la vida entrenando. Fui guardaespaldas de Massimo durante una larga temporada. He matado a más hombres de los que puedo contar con los dedos de las manos. No vacilaré a la hora de apretar el gatillo. No puedo decir lo mismo de él, porque le tiembla el pulso al llevarse la mano a la pistola que guarda en el cinturón.

—Adelante —lo animo con una sonrisa calculada que lo descuadra—. Espero que tengas buena puntería desde esa distancia.

—No quiero problemas —duda, y comete un gran error, porque aprovecho para deslizarme hacia la izquierda, justo detrás de una furgoneta. Desde aquí no soy un blanco tan fácil—. ¿Qué quieres?

—Que te largues. —Centro la mirada en Isabella, que me la devuelve con resentimiento—. Sin ella, por supuesto.

—Tengo que sacarla de aquí —contesta él con desesperación—. Su padre...

—Marcello os encontrará mucho antes de que salgáis de Sicilia. Y luego lo pagará con ella. —No es algo que yo vaya a permitir, a diferencia de él—. Tu plan es una basura. Lo sé yo y lo sabe ella.

—¡Métete en tus asuntos! —me grita Isabella, abriendo la boca por primera vez.

—Oh, dulzura —le sonrío—, eso hago.

—¿De qué hablas? —replica Enzo con recelo.

—¿No te lo ha contado? —Salgo de mi escondite, esta vez sosteniendo la pistola con la mano derecha. El muy pusilánime ni siquiera ha sacado la suya. Es evidente que no puede protegerla. Isabella me fulmina con la mirada, pero la ignoro y observo a Enzo con perversa satisfacción—. Si de verdad te amara, hace unas horas no se hubiera arrodillado delante de mí.

Enzo palidece y mira a Isabella sin entender. Ella enrojece de furia.

—¿De qué habla? —le pregunta contrariado.

Es increíble, aunque no sorprendente, la facilidad con la que duda de ella. Tan increíble como insultante.

—Me chantajeó —contenta avergonzada—. Tiene unas fotos en las que tú y yo aparecemos besándonos. Dijo que se las enseñaría a mi padre. Solo quería protegerte. Pero... no pasó nada. ¡Te lo juro!

—Porque yo te frené —le recuerdo con tono jocoso—. Tal vez debería haber dejado que me hicieras una mamada. Así te habrías ido con un buen sabor de boca antes de darte cuenta de que este mindundi no puede salvarte de la ira de tu padre.

—¡Hijo de puta! —brama Enzo, antes de abalanzarse sobre mí.

Aprieto el gatillo. La bala impacta en el espejo retrovisor, a escasos centímetros de su cabeza. Isabella pega un grito y Enzo se queda paralizado por el miedo. No he fallado. Lo he hecho a propósito, y él lo sabe.

—Hoy estoy generoso —digo con tono magnánimo—. Dejaré que te vayas con vida. —Solo porque sé que ella jamás me perdonaría lo contrario. Dios, cómo me gustaría pegarle un tiro por haberla puesto en peligro. Entonces observo a Isabella, que tiembla como un cervatillo asustado—. Vuelve conmigo a la fiesta, dulzura. Pronto se darán cuenta de que no estás.

—No —responde sin dudar.

—No era una sugerencia —insisto, perdiendo la paciencia al ver que ella no da un solo paso—. No me hagas ir a por ti.

Ella no se mueve del sitio. Lo admito, los tiene bien puestos. A diferencia de su guardaespaldas, que sigue congelado por el pánico. Inspiro hondo. La sacaré de aquí aunque sea a rastras. Me da igual que me odie. Me lo agradecerá en un futuro, cuando comprenda que le he hecho un favor. Lo último que necesita es que su padre monte en cólera, porque ambos sabemos que la acabará encontrando, y entonces no podré impedir que la case a la fuerza.

—Tendrás que matarme.

—No voy a disparar a ese cuerpo tan bonito. —Niego con la cabeza y apunto con la pistola a Enzo—. Pero al suyo sí.

Enzo se encoge al comprender que no voy de farol. Isabella sigue en sus trece, pero se ablanda cuando él le lanza una mirada suplicante. Joder, ¿y este es el idiota al que ha confiado su vida? No la merece, ni de lejos. Es un insulto que ella siquiera lo considere. No debería

conformarse con alguien que no está dispuesto a recibir una bala por ella.

—Isabella, por favor... —insiste él.

La expresión de Isabella se llena de decepción. No hay mal que por bien no venga. Al menos se ha quitado la venda de los ojos. Ahora sabe la clase de hombre que es: un cobarde.

Camina de mala gana hacia mí, pero se niega aceptar la mano que le ofrezco. Se vuelve hacia Enzo, como si esperase que él cambiara de opinión. Como si tuviera la esperanza de que él luchase por ella. Al ver que él asiente, sus hombros se hunden y avanza resignada.

—No entiendo por qué haces esto —me reprocha, con los ojos vidriosos por culpa de las lágrimas que se niega a llorar.

—Porque te la tengo jurada desde que me pegaste aquel puñetazo —miento, incapaz de admitir que le estoy haciendo un favor.

—Mi padre será muy generoso contigo cuando le cuentes lo sucedido. Enhorabuena —dice con ironía.

Oh, ¿cree que lo hago por dinero? ¿o porque busco una alianza con su padre? No tengo el menor interés en contarle lo sucedido. Volveremos a la fiesta y me aseguraré de que ninguno de esos malnacidos tenga la osadía de pedir su mano. Sé cómo hacer que una muerte parezca un accidente. Me importa una mierda tener problemas con Massimo si puedo evitar que la casen a la fuerza.

Apenas hemos recorrido diez metros cuando algo me tira de bruces contra la puerta de un coche. Mi cabeza se estrella contra la ventanilla. Enzo parece un perro rabioso. Aprovecha que estoy de espaldas para darme un puñetazo en el costado que me arranca el aire de los pulmones. Le grita a Isabella que corra, pero comete el error de levantarse para ir tras ella, lo que me da unos segundos para recomponerme a duras penas. Me duele hasta el alma, pero no desaprovecho la oportunidad. Le propino una patada en la rodilla que lo desestabiliza, y escucho con satisfacción el crujido de lo que espero que sea la rótula.

Hace mucho tiempo aprendí que, en una pelea, lo que importa no es la fuerza, sino hasta dónde estás dispuesto a llegar. No hay reglas que valgan si quieres salir con vida. Y este cabronazo acaba de golpearme por la espalda porque no tiene el valor de luchar por la mujer que ama, así que yo no tendré reparos con él.

Enzo se aleja cojeando mientras me crujo los nudillos. Me miro en la ventanilla del coche y tuerzo el gesto al ver la sangre que mana de mi sien. Estupendo, tendrán que darme puntos.

—No eres lo bastante hombre para pelear por ella, pero sí lo suficiente cobarde para atacarme por la espalda.

Le doy un puñetazo en el estómago cuando intenta desenfundar su arma. Le arrebato la pistola e Isabella grita su nombre. La tiro al suelo, sin molestarme en sacar la mía. Me lo voy a pasar en grande desquitándome con este cabrón.

Le hundo el codo en los riñones, observando con satisfacción cómo se retuerce de dolor. Se tambalea hacia delante, pero lo agarro de las solapas de la camisa para estabilizarlo. Esto no ha hecho más que empezar.

—¡Basta! —grita Isabella—. ¡Lo vas a matar!

Lo zarandeo para que al menos tenga la valentía de mirarme a los ojos.

—Ella tiene más coraje que tú —le espeto entre dientes—. No te la mereces.

Lo suelto asqueado y le propino otro puñetazo, esta vez en la nariz. Descargo toda mi furia contra él, ignorando los gritos desesperados de Isabella. El rostro de su guardaespaldas se convierte en un amasijo de carne ensangrentado. Me duelen los nudillos, pero no he acabado con él. No hasta que se arrepienta de haberla convencido de huir con él. No hasta que se arrepienta de haberla puesto en peligro. No hasta que se disculpe por haber renunciado a ella tan fácilmente.

Enzo se tambalea hacia atrás, cayendo sobre el capó de un coche. Estoy a punto de abalanzarme de nuevo sobre él cuando alguien se sube a mi espalda y me tira con fuerza del pelo.

—¡Déjalo en paz! —ruge Isabella.

Se me escapa un gruñido de dolor porque la condenada me arranca varios mechones. Intento quitármela de encima, pero es dura de roer.

No sé cómo quitármela de encima sin hacerle daño. Me daría vergüenza que alguno de mis hombres me viera ahora, intentando librarme de una mujer a la que le doblo el peso. Pero está fuera de sí, lo que le confiere una fuerza sobrehumana. Le hundo dos dedos en el costado y pierde el equilibrio, así que aprovecho para retorcerle el brazo de forma que no le rompa ningún hueso. No le queda más remedio que soltarme. Me doy la vuelta con rapidez y la inmovilizo contra un coche.

—Tú deberías ser su guardaespaldas —digo, resollando—. Tienes más mala leche, y desde luego más agallas que él.

Giro la cabeza justo cuando está a punto de darme un cabezazo. Suelto una carcajada atónita. Después de un breve e intenso forcejeo, consigo cargarla sobre mi espalda como si fuera un saco de patatas.

Se acabó. Fin de la pelea: he ganado.

12

Isabella

Si este cabrón cree que voy a aceptar que frustre mi plan de huida sin luchar, no me conoce en absoluto.

Le doy patadas en la espalda y puñetazos en el pecho mientras me carga de regreso a la fiesta. Como si no pesara nada, como si mis deseos no tuvieran importancia. La ira me consume al ver que Enzo está derrumbado contra el capó de un coche. Grito su nombre, pero no se inmuta. Tiene la cara cubierta de sangre y los ojos cerrados.

Oh, Dios... se ha desmayado.

Me duele que se haya rendido tan pronto. No voy a culparlo por venirse abajo cuando Stefano lo apuntó con una pistola. Es solo que... esperaba más de él. Ojalá no me hubiese suplicado que me fuera con Stefano. Me habría gustado que diese la cara por mí. Porque yo no dudé en encaramarme a la espalda de Stefano, a pesar de saber que no tenía ni una sola oportunidad contra él. Cuando alguien te importa, luchas con uñas y dientes para salvarlo.

—¡Suéltame! —exijo, pateándolo con toda la fuerza de la que soy capaz.

Me da una cachetada en el trasero a modo de respuesta. La ira se mezcla con la humillación. Intento tirarle del pelo, pero inmoviliza mis muñecas con una sola mano mientras camina con decisión hacia la fiesta.

—¡Maldito seas! ¡Déjame en el suelo! —me revuelvo con todas mis fuerzas, sintiendo que mi furia y mi desesperación no hacen mella en él—. ¡Enzooo!

Odio gritar su nombre, pero una parte de mí espera que se despierte y corra a rescatarme de los brazos de Stefano. No me gusta ser una damisela en apuros. De verdad que no. Pero ya lo he intentado todo. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Está viendo las estrellas —se burla con desprecio—. Es increíble que todavía tengas fe en alguien tan cobarde. A la mínima de cambio ha renunciado a ti para salvar el pellejo.

—¡No es asunto tuyo! —bramo hecha una furia—. ¡Pagarás por esto!

Stefano se detiene en seco cuando le faltan pocos metros para entrar en el restaurante. Me sorprende que me deje en el suelo. Su expresión es indescifrable. Abro la boca para recuperar el aliento. Debería ser él quien estuviese exhausto, pero no parece cansado en absoluto.

—Deja de gritar —dice con un suspiro agotado, pasándose una mano por el pelo y observando la sangre que mancha sus dedos con fastidio. Tiene una herida muy fea en la sien. Me alegro de veras—. Me duele la cabeza, joder. Todos te van a oír.

—¿Y a ti qué más te da? Vas a contárselo a mi padre.

—No, dulzura. —Pongo mala cara al oír de nuevo el apelativo con el que me ha bautizado—. Te dejaré en la fiesta y luego me ocuparé de ese idiota. —Señala con un gesto despectivo a Enzo—. Fingiremos que esto no ha pasado.

—¿Por qué? —Entorno los ojos. Pensé que le explicaría la situación a mi padre. Así forjaría una alianza con él—. ¿Qué ganas con esto?

Stefano no responde. Se limita a ofrecirme su mano, como si realmente creyera que voy a aceptarla. Me abrazo a mí misma. Enzo sigue inconsciente. Se me escapa un suspiro derrotado. No me quedará más remedio que salir yo sola de esta. No puedo contar con él.

—¿Qué demonios le has visto? —pregunta con un tono tan mordaz que me escuece. Me niego a responder. Él no lo entendería—. ¿De verdad creías que ese inútil lograría protegerte de tu padre? No habríais podido salir de Sicilia. Pero de haberlo hecho, él os habría encontrado. Supongo que ibais a esconderos en A Teixeira. Es el pueblo de su primo. —Me sobresalto porque ha dado en el clavo. Stefano pone cara de suficiencia—. Si yo pude averiguarlo tan fácilmente, tu padre no habría tardado en descubrir vuestro paradero.

—De todos modos...

—En el fondo, deberías darme las gracias por haberte librado de ese idiota que no tiene ni la fuerza ni el valor para protegerte. —Le lanza una mirada desdeñosa—. No habrías durado ni dos segundos bajo su protección.

—¿Acaso contigo habría durado más? —replico con ironía.

Su semblante se oscurece.

—Si fueras mía, nadie se atrevería a tocarte. Ni siquiera tu padre. Le arrancaría las manos antes de que se acercara a ti.

La seguridad con la que pronuncia esas palabras me deja impactada. Lo dice en serio.

—No eres mejor que él. Enzo es un buen hombre.

—Los buenos hombres están sobrevalorados —responde con sequedad—. Pero te aseguro que un hombre de verdad jamás renunciaría a la mujer que ama para salvarse.

—¡Tú no tienes ni idea de lo que es el amor! Solo te quieres a ti mismo.

No lo niega. Se limita a mirarme con exasperación, algo de lo más ofensivo teniendo en cuenta que ha arruinado mi fuga.

—Los dos sabemos que esto solo puede acabar de una forma —dice hastiado—. Ven conmigo, Isabella. Todavía estás a tiempo de que tu padre no se entere de...

Echo a correr como alma que lleva el diablo. No pienso volver a esa horrible fiesta. No me casaré con uno de los socios de mi padre. Huiré, aunque sea sola. No seguiré el mismo camino que mi hermana. De eso nada.

Apenas he dado tres pasos cuando Stefano me atrapa por la cintura. ¿Cómo puede ser tan rápido? Mis pies dejan de tocar el suelo. Rodea mi pecho con un brazo para amortiguar el impacto contra el coche.

—Deja de ponerme a prueba —murmura contra mi cuello. Su aliento cálido me provoca un escalofrío indeseado.

Giro la cabeza hacia él, de modo que puedo mirarlo a la cara. Y en ese instante me percató del bulto duro que presiona contra mi trasero. Abro los ojos de par en par. No puede ser. Stefano tiene la desfachatez de reírse. No puedo creerlo. ¡Se ha empalmado!

—Olvidé mencionar lo mucho que me excita que intentes escapar de mí.

—¡Cerdo! ¡Sinvergüenza!

Me retuerzo para liberarme de su agarre.

—Así lo empeoras, dulzura.

Dejo de moverme al comprender a qué se refiere. El bastardo lo está disfrutando. Cada vez que intento liberarme, termino más pegada a su erección. De repente, un calor sofocante, tan desconcertante como involuntario, se apodera de mi cuerpo. Porque lo siento absolutamente todo: sus dedos clavados en mi cintura, su boca contra la piel de mi cuello, y el bulto enorme que presiona contra mi culo.

—Te gusta, ¿verdad? —susurra, con una certeza que me revuelve el estómago. Separa los labios y me lame la piel que hay detrás de la oreja—. Seguro que si meto una mano entre tus piernas descubriré que estás muy mojada.

Quiero gritarle que se equivoca, pero el cosquilleo que siento en el vientre es nuevo para mí.

—Podría hacerte sentir muy bien —continúa, dejando un reguero de besos por mi cuello—. Solo tienes que pedírmelo.

—¡Isabella! —grita mi padre.

Stefano y yo nos separamos sobresaltados.

Mi padre es el vivo reflejo de la ira. Está rodeado por una decena de sus hombres. No sé en qué momento ha llegado, pero sospecho que ha visto lo suficiente para sacar sus propias conclusiones.

—Maldita sea —dice al ver a Enzo. Entonces le lanza una mirada asesina a Stefano—. ¿Qué le has hecho a su guardaespaldas?

Stefano se encoge de hombros con despreocupación.

—Nada que no se mereciera.

—Este hijo de perra intentaba escapar con mi hija. —Mi padre lo señala—. ¡Atrapadlo!

Stefano sabe que no tiene nada que hacer contra tantos adversarios, así que se limita a juntar las muñecas para que lo esposen. En ese momento aparece Massimo, *Il Diavolo*, que ordena que liberen a su *consigliere*. Mi padre y él se enzarzan en una acalorada discusión mientras Stefano me observa fijamente, como si estuviese tramando algo.

Parece que Massimo se ha salido con la suya, ya que los hombres de mi padre sueltan a Stefano.

—¡Esto no va a quedarse así! —brama mi padre, mientras avanza hacia mí. Stefano sigue mirándome en silencio. *Il Diavolo* le dice algo al oído, pero él apenas se inmuta. Mi padre tiene el rostro contraído por la ira cuando llega hasta mí—. Eres una vulgar ramera. Menos mal que pronto serás el problema de otro.

—¿A qué te refieres? —pregunto contrariada.

—Vittorio me ha pedido tu mano.

Vittorio es el peor de los hombres con el que podría comprometerme. Y él lo sabe.

—¡No voy a casarme con él! —protesto horrorizada.

—Harás lo que yo te diga. He sido demasiado permisivo contigo.

Levanta la mano, dispuesto a darme una bofetada. Cierro los ojos, preparándome para el dolor. Pero no pasa nada. Los abro al cabo de unos segundos. Stefano lo tiene agarrado de la muñeca y con la otra mano lo ha cogido del cuello. Tiene los nudillos blancos de apretar con fuerza. Los ojos de mi padre están desorbitados por la conmoción. Stefano acerca su rostro al suyo y le espeta entre dientes:

—No vuelvas a tocar a mi futura mujer.

Stefano

—¿Qué demonios te pasa? —me increpa Massimo. Nunca lo había visto tan furioso, a excepción de cuando estuvo a punto de perder a Sofía. Camina dando largas zancadas de un lado a otro del aparcamiento, como si el movimiento pudiera calmarlo—. ¡Te dije que la dejases en paz!

—No podía permitir que escapase con ese memo —escupo las palabras, mi mandíbula todavía tensa al recordar cómo ese imbécil se atrevió a ponerla en peligro.

—De acuerdo. —Veo girar los engranajes de su cerebro, buscando una salida—. Le contarás la verdad a su padre. Matará a Enzo, pero no es nuestro problema. No tienes por qué casarte con ella.

Lo sé. Sin embargo, me niego a que se despose con alguien tan despreciable como Vittorio. En realidad, no permitiré que se case con otro hombre. Punto. Ni tampoco que su padre vuelva a ponerle la mano encima. Por poco lo mato cuando quiso darle una bofetada. Si Massimo no me hubiera frenado, ese cabrón ya estaría muerto. Tiene suerte de ser un valioso aliado político. Aunque si se atreve a tocarla, no vacilaré en rajarle el cuello.

—Stefano —insiste Massimo—. No lo dijiste en serio, ¿no?

No quiero casarme con ella. Claro que no, joder. Pero no puedo soportar la idea de que sea de otro. Esa sola imagen me envenena.

Es terca e impetuosa. Nos llevaremos a matar. El matrimonio será un desastre. No tengo la menor intención de compartir el resto de mi vida con la misma mujer. Ni mucho menos de ser fiel, aunque ahora mismo ni siquiera pueda pensar en tocar a otra.

Pero...

... será mía, y reconozco que eso me pone demasiado para dejar escapar semejante oportunidad.

Dormiré en mi cama.

Será mi nombre el que grite.

Y, cuando me canse de ella, porque estoy convencido de que no tardaré en hacerlo, le pediré el divorcio. Las aguas se habrán calmado. Seré generoso con ella y la enviaré lejos de su padre, a un lugar en el que no pueda encontrarla. Porque yo no soy Enzo. Yo sí cuidaré de ella, incluso si eso significa destruir a cualquiera que se interponga. Le daré una asignación económica para que obtenga su ansiada libertad..., y dejará de ser mi problema.

—Voy a casarme con Isabella —decido.

A mi amigo se le descompone la expresión.

—¡Jesucristo! —blasfema—. ¿Estás enfermo? ¿Es eso? ¿Te estás muriendo?

—Y necesito un padrino.

Massimo se tapa la cara con las manos, como si intentara asimilar lo que acaba de escuchar. Mi pobre amigo no da crédito. No lo culpo. Hace unos minutos, me habría reído con ganas si alguien hubiese mencionado la palabra «matrimonio».

Isabella

La ambulancia acaba de llevarse a Enzo, ya que mi padre cree que mi guardaespaldas acabó malherido después de intentar impedir que me fugase con Stefano. No puedo sacarlo de su error. De lo contrario, Stefano se irá de rositas y Enzo acabará con una bala en la cabeza.

—¡Despediré a ese inútil! —Mi padre vuelca la mesa de los novios de una patada.

La fiesta se ha terminado. Ahora solo quedamos Greta, él y yo. Además del marido de mi hermana, que está roncando en una silla, al borde del coma etílico. Al menos Greta se ahorrará su noche de bodas.

Mi hermana tiene el semblante circunspecto. Si estuviera enamorada, podría pensar que está enfadada porque he arruinado la celebración. De vez en cuando me lanza miradas furibundas. Seguro que se está preguntando cómo he acabado comprometida con Stefano. Yo tampoco me lo explico. No entiendo por qué de repente quiere casarse conmigo.

¿Se ha vuelto loco?

Dudo que busque una alianza política con mi padre. De lo contrario, no lo habría estrangulado. Se me escapa una sonrisa al recordar la expresión aterrada de mi padre. Me alegro de que por una vez sepa lo que se siente cuando te ponen una mano encima.

—¿Te hace gracia? —chilla, fuera de sí. Viene hacia mí como un toro de miura. El golpe nunca llega. Se queda parado, apretando los puños. Está deseando golpearme, pero algo lo detiene.

«No vuelvas a tocar a mi futura mujer».

Recuerdo la amenaza de Stefano y me envalentono. Nunca había visto a mi padre asustado. Incluso Greta lo observa atónita, sin entender por qué se contiene.

Massimo es el hombre más poderoso de Sicilia, así que su *consigliere* es el segundo. Y Stefano no parece la clase de tipo que amenaza en vano. No dudó en estrangularlo, y algo me dice que iría más lejos si se enterase de que mi padre ha vuelto a tocarme.

—Has engatusado a ese hijo de perra, pero no durará demasiado —dice hecho un basilisco, acariciándose el cuello. Tiene la marca de los dedos de Stefano. Es un tatuaje precioso—. Se hartará de ti. Tiene fama de ser un auténtico seductor. Has elegido mal, hija. Pero al menos me libraré de ti y podré hacer negocios con *Il Diavolo*.

—Entonces todos salimos ganando —contesto con frialdad.

Greta me contempla confundida. Espera que me niegue a casarme con Stefano. No es propio de mí mostrar tal sumisión. Debería entender que no puedo confesar la verdad sin exponer a Enzo. ¿Qué otra opción me queda? Tampoco puedo escapar, ya que los hombres de mi padre están apostados en la puerta.

—Voy a hablar con el cura —decide mi padre—. Te casarás esta noche. Por fin dejarás de ser mi problema.

Me hundo en el asiento cuando se marcha. No esperaba que fuese tan pronto. Aún no me he hecho a la idea.

—¿Se puede saber por qué vas a casarte con Stefano Lombardi? —Greta está plantada delante de mí, con los brazos en jarra y los ojos brillantes de una emoción intensa.

Su actitud me descoloca. No parece preocupada por mí, sino más bien molesta conmigo.

—Nos sorprendió cuando intentábamos escapar.

—¿Por qué os siguió? —exige saber—. ¿Por qué está tan interesado en ti?

—¡No lo sé! —estallo. No entiendo a qué viene su actitud.

—Algo habrás hecho para llamar su atención —insiste con tono mordaz.

—¡Le pegué un puñetazo!

Mi hermana parpadea descolocada.

—¿Qué hiciste qué?

—Solo quería protegerte. Me la tiene jurada desde entonces. —No entro en detalles. No puedo contarle lo que pasó en el jardín, sobre todo cuando me está juzgando con tanta dureza—. Supongo que nos siguió porque quería frustrar mis planes para vengarse de mí.

—Eso no explica que quiera casarse contigo —asevera, ceñuda. Tiene razón—. Ni que tú accedas.

—No puedo contarle la verdad a nuestro padre. Si lo hago, matará a Enzo. Jamás podría perdonármelo.

Greta asiente, pues sabe que estoy en lo cierto. Pero sigue con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

—Sigo sin entender por qué ha pedido tu mano.

—Bueno, no la ha pedido... —«Más bien la ha exigido después de estrangular a nuestro padre»—. ¿Por qué estás enfadada conmigo? No quiero nada de esto. Ahora debería estar de camino a España con Enzo, y no a punto de casarme con ese cretino.

Mi hermana mira durante un instante a su marido, que sigue roncando. Luego se derrumba a mi lado y me aprieta la mano. Vuelve a ser la hermana mayor, comprensiva y amorosa a la que estoy acostumbrada.

—Lo siento —murmura abatida—. Intento hacerme a la idea de que esta es mi nueva vida. —Señala con la cabeza a Raffaele—, mientras asimilo que vas a casarse con el hombre que me desvirgó y luego no quiso saber nada de mí.

Oh, cielos...

Por supuesto, debe de ser muy incómodo y doloroso para ella.

—No quiero que también te haga daño a ti —dice con debilidad.

Le devuelvo el apretón. No tiene por qué preocuparse. No significa nada para Stefano. Sigo sin entender por qué ha decidido casarse conmigo, es cierto. Pero tengo los pies en la tierra. No será un matrimonio lleno de amor. Ni siquiera nos respetamos. Y mucho menos llegaremos a amarnos. Hace unos minutos iba a fugarme con otro hombre. Además, Stefano solo se quiere a sí

mismo.

—No puedo creer que vaya a casarme —digo con incredulidad.

—Prométeme que no dejarás que te engatuse —insiste, con un tono que me hiela la sangre—. No te hagas ilusiones con Stefano.

—Greta —fuerzo una sonrisa—. Me subestimas si no sabes que intentaré escapar de él en cuanto tenga la oportunidad.

Enzo se recuperará, y quiero creer que vendrá a buscarme. Conseguiremos escapar juntos. Me da igual por qué motivo Stefano ha decidido casarse conmigo. Sí, vamos a casarnos. Pero eso no significa que sea una ilusa. Jamás confiaré en él. Ni tampoco seré suya.

Se arrepentirá de haber impedido que me fugase con Enzo.

Isabella

Camino hacia el altar junto a mi padre con la cabeza alta y los hombros erguidos. Me he negado a aceptar su brazo. Tampoco tengo un ramo de flores. Mi vestido está sucio, y el dobladillo de la falda está rasgado. Estoy despeinada y tengo los ojos emborronados de rímel. Soy un cuadro. Pero esta no es una boda normal. Soy una lectora empedernida de novela romántica y desde niña he soñado con la boda de mis sueños. Sin embargo, no amo al hombre que me espera en el altar.

Stefano tiene la mirada clavada en mí, como si no pudiera mirar a nadie más. Como si no quisiera mirar a nadie más.

Una tormenta de emociones se desata en mi pecho: miedo, indecisión, nervios, adrenalina... mientras me acerco despacio hacia él sin bajar la cabeza. Porque quiero que sepa que no soy un animal salvaje al que pueda domesticar.

Ni siquiera se ha molestado en cambiarse la camisa blanca, ahora salpicada de la sangre de Enzo. Se ha quitado la chaqueta y lleva remangadas las mangas de la camisa. Tiene los antebrazos fuertes, cubiertos de tinta. Desde aquí no logro ver los detalles de los dibujos. Tengo el corazón desbocado. La boca seca.

Mierda, me encantan los hombres tatuados. Son mi debilidad. Travis Maddox fue mi primer amor literario.

Me muerdo los carrillos, intentando aferrarme a mi odio mientras me recuerdo que este bastardo con el que estoy a punto de casarme frustró mi fuga con Enzo. De no ser por él, ahora estaría de camino a España.

«¿De verdad creías que ese inútil lograría protegerte de tu padre? No habríais podido salir de Sicilia. Pero de haberlo hecho, él os habría encontrado».

Ignoro la punzada de duda. Es cierto que Enzo me ha decepcionado. Esperaba que luchase por mí, en lugar de obligarme a ir con Stefano y luego atacarlo por la espalda como un...

La palabra «cobarde» resuena en mi cabeza. Ignoro ese molesto pensamiento y respiro hondo. Apenas me separan cinco pasos de mi futuro marido. Es tan atractivo que me duele mirarlo. No se parece a Enzo. Él es moreno, de piel bronceada y sonrisa afable. Mientras que el cabello de Stefano es de un tono avellana, demasiado oscuro para ser rubio, pero también demasiado claro para ser castaño. Sus ojos son del color de la miel; los iris circundados por destellos verdes, caramelo y ámbar. Tiene la pose de un hombre despreocupado y completamente seguro de sí mismo. Aunque el mayor atractivo es su odiosa sonrisa colmada de arrogancia.

Me quedo quieta cuando faltan apenas tres pasos. Stefano apenas se inmuta, como si lo hubiera visto venir. Sé que mi actitud es ridícula. No tengo nada que hacer. Aunque me encantaría saber qué pasaría si echase a correr. Algo me dice que él no tardaría ni cinco segundos en alcanzarme y arrastrarme de regreso al altar.

—Camina —ordena mi padre.

Lo ignoro, con la mirada centrada en Stefano. El desprecio que siento por él me consume hasta tal punto que estoy paralizada. Mi padre acerca su mano a mi brazo, pero no llega a tocarme. Se lo piensa mejor al ver que los ojos de Stefano brillan con algo peligroso: una advertencia silenciosa sobre lo que pasará si se atreve a ponerme la mano encima. El rostro de mi padre está contraído por la rabia cuando asiente una sola vez y se aparta de mí.

Nadie me había protegido de él de esa manera. Ni siquiera mi hermana. O Enzo, que se limitaba a buscarme por las noches después de que mi padre me diese una paliza.

Stefano extiende un brazo hacia mí. Por primera vez desde que lo conozco, su expresión carece de burla o arrogancia; en su lugar, hay algo más profundo que me desconcierta y me atrae. Parece un hombre dispuesto a protegerme con su vida. Un hombre que espera que cruce los pasos que nos separan por mi propia voluntad, pero que no vacilaría en obligarme a hacerlo si me atrevo a dar la vuelta.

Me gustaría decir que dudo antes de aceptar su mano. Que lucho contra la ansiedad que me oprime el pecho. Pero me limito a tomar su mano, sintiendo una corriente eléctrica de lo más inapropiada cuando entrelaza nuestros dedos con firmeza y tira de mí hasta que quedo a su lado.

Su pulgar me acaricia el dorso, enviando descargas de calor a través de mi piel, como si quisiera calmarme o, peor aún, reclamarme como suya. Es un gesto íntimo, afectuoso, para el que no estoy preparada. Aparto la mano de un tirón, pero él se limita a volver a atraparla.

—Queridos amigos y familiares, estamos reunidos hoy para celebrar la unión de Isabella y Stefano —comienza a decir el cura, mientras Stefano coge mi mano con firmeza, pero suavidad, como si quisiera demostrarme que no va a soltarme, ni a hacerme daño siempre que yo muestre obediencia—. En presencia de Dios y frente a ustedes, sus seres queridos, estos dos corazones se unen para caminar juntos en el camino de la vida.

Le clavo las uñas, esperando que capte el mensaje. Stefano se ríe entre dientes, como si no esperase menos de mí. Me cabrea que no me tome en serio, así que aprieto con más fuerza, deseando hacerle daño.

—Isabella y Stefano —continúa el sacerdote, ajeno a lo que sucede entre nosotros—. ¿Están aquí por su propia voluntad, con la conciencia del compromiso y la responsabilidad que el matrimonio requiere?

—Sí —responde Stefano.

Permanezco en silencio. ¿Por mi propia voluntad? Y un cuerno. No pienso mentir en el templo de Dios. De eso nada. Estoy aquí porque no me queda más remedio.

Los pocos invitados que hay me miran expectantes: Massimo, que parece perplejo. Mi hermana, que tiene los labios apretados en una mueca de disgusto. Y mi padre, que observa a Stefano con una inquina que no es capaz de disimular.

—Señorita —me anima el cura—. ¿Está aquí por su propia voluntad, con la conciencia del compromiso y la responsabilidad que el matrimonio requiere?

Stefano se inclina hacia mí, sin soltarme la mano, a pesar de que noto un líquido cálido. Le he hecho sangre, pero ni por esas se rinde.

—Dulzura —susurra a mi oído. Me aparta el pelo de la cara con la otra mano, rozándome a propósito el cuello. Me estremezco sin poder evitarlo—. No quiero obligarte a decir que sí.

Le pongo una mano en el pecho para apartarlo lo suficiente para que quedemos cara a cara.

—¿Y cómo vas a obligarme? —lo reto—. Ya no tienes fotografías con las que chantajearme.

El recuerdo de lo que pasó en el jardín tiñe mis mejillas de color rojo. Él se me queda mirando un largo instante, sin decir nada. De esa forma tan intensa que me sacude las entrañas. La determinación que hay en sus ojos me obliga a apartar la vista para centrarla de nuevo en el cura, que parece cada vez más nervioso. Me aclaro la garganta y digo:

—Estoy aquí por un propósito que creo entender... y tengo claro el camino que elegí para llegar hasta este momento —contesto con ambigüedad.

Que se joda.

El cura carraspea incómodo y asiente, como si eso valiera. Desconecto durante el resto de la ceremonia, hasta que llega la parte del beso. Intento soltar la mano de Stefano, pero me tiene bien sujeta.

—Y ahora, en virtud del sacramento que acaban de compartir y con la bendición de Dios, los declaro marido y mujer. —El cura hace una pausa solemne y añade—: Stefano, puedes besar a la novia

Stefano se vuelve hacia mí.

Lo que veo en sus ojos me deja claro lo que está a punto de hacer. Niego con la cabeza, buscando una salida. Todos las miradas están puestos en mí. Levanto la mano libre para empujarlo lejos de mí, pero él se limita a atrapar mi muñeca y obsequiarme una sonrisa lobuna.

—No te atrevas a besarme —balbuceo nerviosa.

—¿Y perderme la mejor parte de la ceremonia? —replica, inclinándose despacio hacia mí—. Solo por probar tus labios ha merecido la pena.

Me suelta con tal brusquedad que pierdo el equilibrio, pero no llego a caerme porque vuelve a cogerme, esta vez de la cintura. Me atrae hacia él y se apodera de mi boca.

¡El maldito Stefano Lombardi me está besando!

Cierro los ojos. El tiempo se detiene. El mundo deja de girar. Solo existimos nosotros.

Su boca es cálida, exigente.

Es un beso rudo. Salvaje. Posesivo.

No se parece a nada que haya experimentado antes. Sus labios son crudos y dominantes. No tiene nada que ver con los besos delicados de Enzo. No hay suavidad en la forma que tiene de capturar mis labios. Me besa como si quisiera beber de mí. Como si quisiera tomarlo todo, incluso lo que no estoy dispuesta a darle.

Sus manos me aprietan contra su cuerpo, firmes y posesivas. Siento la calidez de su pecho y el bulto de su entrepierna contra mi vientre. Se me escapa un gemido de sorpresa. Él aprovecha que mis labios se entreabren para meter la lengua en mi boca.

Su lengua se enreda con la mía. Estoy mareada por un tornado de emociones que soy incapaz de descifrar. No sé en qué momento su mano se ha enterrado en mi pelo, mientras la otra

me agarra del culo.

No debería besarme así en la iglesia, ante la atenta mirada de nuestros seres queridos. ¿Acaso no tiene decencia? Y, por todos los dioses, ¿por qué lo estoy disfrutando?

Aprisiona mi labio inferior entre los dientes y tira de él. Siento un ramalazo de deseo entre las piernas que se incrementa cuando pasa la lengua por la misma zona. No puedo controlar el gemido ronco que escapa de mi garganta. Me tiemblan las rodillas. Si él no me tuviese bien sujeta, me caería al suelo.

—Bella... —murmura la voz atónita de mi hermana.

Eso me obliga a apartarme.

Retrocedo conmovida, con paso tambaleante. Lo primero que veo es la expresión cargada de suficiencia de Stefano. Me entran ganas de abofetearlo, pero sé que eso me dejaría aún más en evidencia. Así que decido hacer otra cosa que creo que lo sacará de sus casillas: me limpio la boca de un manotazo, fingiendo un asco que no siento en absoluto.

La expresión de mi marido pasa del regocijo a la ira.

—Nunca seré tuya —le advierto—. No importa lo que diga un papel.

Pero cuando me da la mano para ayudarme a bajar los escalones y atisbo el gesto de reproche y decepción de mi hermana, comprendo que estoy completamente perdida.

Un solo beso.

Un puñetero beso es todo lo que ha necesitado Stefano para destruir mis convicciones.

Isabella

—¿Por qué te has casado conmigo? —le pregunto nada más subimos a su coche.

Apenas tuve tiempo de despedirme de mi hermana antes de que mi marido —uf, odio esa palabra—, me arrastrara fuera de la iglesia para llevarme a mi nuevo «hogar».

Me sorprende que Stefano no tenga chófer. Por su apariencia, di por sentado que es el típico *consigliere* que paga a otros para que hagan las cosas más mundanas por él. Ni siquiera su coche es lo que esperaba. Supuse que tendría algún deportivo ostentoso con el que deslumbrar a sus conquistas, pero conduce un jeep negro con las ruedas manchadas de barro.

No se digna a responder. Lo miro de reojo, furiosa. Inspiro hondo. Que me haya sorprendido no significa que no sea un canalla. Hace unas horas estuve a punto de hacerle una mamada porque quiso chantajearme. Luego le dio una paliza a Enzo y exigió mi mano tras estrangular a mi padre. No es precisamente un partidazo.

—Stefano —insisto, irritada.

—¿Y tú? —replica sin apartar la vista de la carretera. Tiene los nudillos blancos de apretar el volante. Está enfadado desde que me limpié la boca después del beso. Me alegro de haberlo fastidiado. Es lo mínimo que merece—. Esperaba que te opusieses con más vehemencia, pero supongo que cediste porque querías proteger a ese pusilánime que te ha demostrado que no merece la pena.

—No hables de él —respondo con los dientes apretados.

Se me hace un nudo en el estómago al recordar el rostro magullado de Enzo. Ni siquiera sé cómo está. No voy a negar que me llevé un chasco, pero eso no significa que no esté preocupada por él. Íbamos a fugarnos... y ahora estoy casada con el hombre que por poco lo mata. Aún me cuesta creer cuánto han cambiado las cosas en una sola noche.

—Entiendo lo que él vio en ti —dice, mirándome de soslayo—, pero no lo que tú viste en él.

Aprieto los labios, conteniendo el insulto que quiero gritarle. Ha sido un día agotador. No quiero empeorarlo al discutir con él. No serviría de nada.

—No me has contestado —insisto—. ¿Por qué te has casado conmigo?

Sigue sin entrarme en la cabeza. Era el soltero de oro. No me cabe duda de que no respetará el voto de fidelidad. Me da igual, que conste. Puede hacer lo que le dé la gana. Lo prefiero antes de que intente ponerme una mano encima. Es solo que necesito entender por qué decidió protegerme de mi padre. No tiene el menor sentido.

—Quizá me he enamorado perdidamente de ti.

Su tono burlón me saca de mis casillas.

Lo único que tengo claro es que Stefano es incapaz de amar a otra persona. Solo se preocupa por sí mismo. Pero no sabe con qué clase de mujer se ha casado. Que haya aceptado

este matrimonio no significa que no siga ansiando con desesperación mi libertad. Y estoy dispuesta a todo para conseguirla.

Se arrepentirá de haberse casado conmigo.

Tardamos casi una hora en llegar a su casa, y de nuevo vuelve a sorprenderme. Esperaba que viviese en un lujoso ático en el centro de la ciudad, o tal vez en un precioso chalet en primera línea de playa. Así que me quedo mirando boquiabierta la pequeña construcción de piedra, rodeada de olivos y viñedos.

Estamos en las montañas Madonie, muy alejados del pueblo más cercano. Aquí se respira naturaleza y tranquilidad. Ahora entiendo las ruedas embarradas del jeep. Lo que no me entra en la cabeza es que el mujeriego de ciudad sea, en realidad, un hombre de campo que prefiere la soledad. ¿Se supone que aquí trae a sus conquistas?

—Bienvenida a casa —dice con una sutil ironía—. Seguro que no es lo que esperabas. Entiendo que echas de menos la piscina, el servicio y el ajetreado bullicio del centro, pero tendrás que conformarte.

No sabe lo que dice.

Es perfecta.

En realidad... lo sería si no tuviese que compartirla con él. Odio las casas grandes. Me he criado en una mansión de techos altos y suelos de mármol con demasiadas habitaciones, en la que el silencio solo se rompía por los gritos y los golpes de mi padre. Siempre he soñado con vivir en una casita con encanto en la que acurrucarme con mi marido, los niños y un par de perros.

—¡Hola! —Alguien sale corriendo de la casa y se lanza a los brazos de Stefano, que la levanta del suelo y la hace girar mientras ella se ríe. Se me encoge el estómago al verlos. Lo primero que pienso es que ha tenido la desfachatez de traerme al mismo lugar que comparte con una de sus amantes, hasta que ella se aparta y le sonríe como si él fuese todo su mundo. Es demasiado joven. Apenas tendrá trece o catorce años. El parecido es indiscutible—. ¡Te he echado de menos!

Stefano le revuelve el pelo; un gesto cariñoso típico entre hermanos. La chica se percata de mi presencia y se vuelve hacia mí con una mezcla de curiosidad y recelo.

—Tenemos visita —dice perpleja, como si no fuese algo habitual—. ¿Quién eres?

Abro la boca para presentarme, pero Stefano se me adelanta y responde:

—Isabella, mi esposa. Te presento a Chiara, mi hermana.

Chiara frunce el ceño, visiblemente confusa. Me observa durante varios segundos, reparando en mi vestido rasgado, el cabello despeinado y la suciedad de mi rostro. La arruga de su entrecejo se hace más pronunciada mientras se vuelve hacia su hermano, con los brazos en jarras.

—Te has casado —musita.

Él se encoge de hombros. De repente, parece agotado.

—Es una larga historia, pero Isabella estará cansada y seguro que quiere darse una ducha —le explica, sin querer entrar en detalles.

Chiara permanece atónita. Me encantaría explicarle que Stefano es un auténtico cerdo, pero no tiene la culpa de ser su hermana. Su forma de saludarlo deja claro que lo adora. No quiero ser la culpable de fracturar su relación.

—Sí —intervengo—. Necesito darme una ducha.

—Eh... —Chiara se rasca un brazo, todavía aturdida—. Pues... encantada de conocerte, Isabella. ¿Y tus maletas?

—Mañana enviaré a alguien a recoger sus cosas —contesta Stefano—. ¿Podrías prestarle algo para dormir?

Chiara asiente y me regala una sonrisa tímida, como si estuviese dispuesta a poner de su parte para que nos llevemos bien. No soy de las que juzgan a los demás por la familia que tienen, así que decido darle un voto de confianza. Además, solo es una cría.

—Bienvenida —dice con sinceridad—. Como ves, vivimos en medio de la nada y no solemos recibir visitas. Espero que podamos llegar a ser amigas.

—Claro —respondo por educación.

Chiara parece una buena chica, pero no tengo pensado quedarme aquí lo bastante para tener una relación de amistad.

—¿Cuál es mi habitación? —le pregunto a Stefano.

No veo el momento de quitarme este vestido mugriento, darme un baño caliente y dormir en una cama de sábanas limpias. Su expresión vacila un instante antes de decir:

—Última puerta a la izquierda.

Stefano

—¡Stefano! —protesta mi hermana—. ¿Se puede saber en qué lío te has metido?

Su expresión censuradora me hace gracia. No sé en qué momento cambiaron las tornas. Hasta hace poco era yo el que la regañaba, aunque la verdad es que siempre ha sido una chiquilla obediente y responsable que no me ha dado casi ningún quebradero de cabeza.

Chiara es la persona más importante de mi vida. Mi única familia. Solo nos tenemos el uno al otro, y la última cosa que quería era meterla en este lío por una decisión tan absurda como casarme con Isabella.

Además, me idolatra. No puedo explicarle por qué me he casado con Isabella cuando hasta hace unas horas era un soltero empedernido. No puedo hacerlo sin admitir que no soy el hermano mayor al que respeta y tiene en un pedestal.

—Te habría invitado a la boda, pero fue completamente inesperado. Ya sabes cómo funcionan las cosas en mi mundo.

Mi mundo, y no el suyo. Chiara no es una adolescente ingenua de trece años. Sabe a lo que me dedico. Nuestro padre también trabajaba para el de Massimo. Pero desde que nos quedamos solos, he hecho todo lo posible para mantenerla alejada de la gentuza como Marcello Ricci y compañía. Quiero que estudie lo que le dé la gana y sea una mujer independiente en la que ninguno de esos cabrones se fije. Por eso vivimos aquí. Además de porque me encanta la paz que se respira en este lugar.

—O sea, que es un matrimonio arreglado. —Sacude la cabeza con incredulidad. Sabe lo que opino de esa clase de uniones. Es normal que esté sorprendida—. Ahora entiendo por qué ella parece tan devastada.

Me paso la lengua por los dientes superiores. Recuerdo cómo se limpió la boca después de que la besara en la iglesia. Fue un golpe bajo a mi orgullo. No soy idiota. Sé que disfrutó el beso. El gemido que brotó de sus labios me confirmó que le gustó casi tanto como a mí, aunque su maldita manía de desafiarme me hiciera querer dejarla plantada en el altar y olvidarme de esta locura.

Joder, cómo me cabrea que sintiese la necesidad de ponerme en evidencia cuando yo solo quería postrarme a sus pies y adorarla.

—Cree que dormiréis en habitaciones separadas —me reprocha—. Deberías explicarle que vais a compartir la misma habitación. A no ser que prefieras dormir en el sofá.

Una mierda. Es mi mujer. Me importa un carajo que siga defendiendo al imbécil de su guardaespaldas. No voy a dormir en el sofá. Si voy a soportar esta farsa, al menos disfrutaré de lo que me pertenece: mi lugar está a su lado, en nuestra cama.

—¿Crees que le gustará vivir aquí? —pregunta indecisa. Conozco a Chiara. Sé que ya se ha hecho ilusiones con Isabella. Estaba deseando que sentase la cabeza para vivir con otra mujer con la que hacer confidencias. No la culpo. Yo he hecho de padre y de madre, pero es lógico que

echa en falta una compañía femenina—. Parece muy elegante. Aunque prefiero no preguntar por qué está tan sucia y despeinada. —Me lanza una mirada acusadora.

Sí, mejor que no pregunte.

Isabella se ha criado rodeada de lujos, y me consta que sin el cariño de su padre. Como cualquier princesa de la mafia, está acostumbrada a tener chófer, cocinero y mayordomo. Donna, nuestra asistenta, viene un par de días a la semana para echarnos un cable, pero eso es todo. Me da que se llevará una sorpresa desagradable cuando descubra que nosotros no tenemos nada de eso. Puedo permitírmelo, el dinero no es un problema. De hecho, soy un hombre muy rico. Pero me gusta nuestro estilo de vida, y sé que Chiara opina lo mismo. Lo doy todos los caprichos que quiere y necesita. Lo que pasa es que Chiara adora leer y no es la típica adolescente a la que le gusta salir de fiesta. Es muy hogareña, y a mí me encanta pasar tiempo con ella cuando no estoy trabajando. No me sentiría cómodo viviendo con extraños que nos preparan la comida o nos lavan la ropa.

—Tendrá que acostumbrarse —digo ofuscado. Mi hermana pone mala cara, y comprendo que tiene razón. No puedo cambiar el estilo de vida de Isabella de un día para otro. Suspiro de mala gana. La he traído hasta aquí, alejada de todos los lujos y comodidades a los que está acostumbrada. Mi obligación es hacerla sentir cómoda—. Le pediré a Donna que venga más días en semana.

Chiara me da una palmadita en la espalda. Su rostro se ilumina con una sonrisa de esperanza.

—Me da igual por qué os hayáis casado. Pero al menos parece que dejarás de ser un tonto que se tira a todo lo que se mueve.

—Esa boca —la regaño—. A todo no. Las feas no me gustan.

Mi hermana resopla.

—No la cagues. Me cae bien.

Un minuto en su compañía y ya se ha puesto de su parte. Genial. Si supiera que no planeo estar casado con ella demasiado tiempo, montaría en cólera. Pero es lo que hay. Solo me casé con Isabella para protegerla de su padre, aunque una parte de mí sabe que también lo hice por puro egoísmo: quería separarla de Enzo y acostarme con ella. Entonces podré quitármela de la cabeza y volver a mi vida de antes, sin complicaciones ni remordimientos. Una vez que consiga lo que quiero, no veo ningún motivo para continuar con esta farsa.

Después de una larga ducha caliente, me pongo el pijama que me prestó Chiara y salgo del baño con la firme determinación de permanecer alejada de Stefano. Por eso me detengo de golpe al verlo tumbado bocarriba en la cama, con las manos detrás de la cabeza y una sonrisa perezosa en los labios. Se ha quitado la camisa. Mis ojos resbalan sin poder evitarlo desde su torso desnudo hasta los brazos cubiertos de tinta. Son un lienzo caótico, un cúmulo de sombras y líneas que no siguen ningún patrón lógico. Desde el hombro hasta la muñeca, los tatuajes parecen trazos de pinceladas oscuras que se arremolinan entre sí, como si un artista hubiera perdido el control del pincel en un arranque de ira o desesperación. Hay remolinos que parecen humo, difuminados con zonas de sombra que se disuelven en la piel como tinta derramada. Siento una mezcla de curiosidad, desconcierto y fascinación que me oprime el estómago. Stefano se da cuenta del efecto que produce en mí y sus labios se curvan en una sonrisa ladeada y socarrona. La postura le marca los bíceps, y sus abdominales parecen dibujados con Photoshop. Si no lo hubiera visto darle una paliza a Enzo, pensaría que esos músculos son solo fachada.

—¿Qué haces aquí? —protesto, con la voz estrangulada.

—Tranquila, cariño —contesta sin perder la sonrisa—. No soy tímido. Puedes mirar todo lo que quieras. Eres mi mujer.

—¡No me llames cariño! —El calor invade mis mejillas mientras intento sostener su mirada en lugar de babear por sus ridículos abdominales como si fuese una quinceañera—. Largo de mi habitación.

—Ah, entiendo. —Asiente sin moverse—. Prefieres que te llame Dulzura.

Inspiro hondo y aprieto los puños. Llevamos menos de una hora casados. No conseguiré que pierda la paciencia tan fácilmente. De eso nada.

—Te agradecería que me llamasen por mi nombre. Y que te fueses de mi dormitorio.

—No te lo tendré en cuenta porque estás en periodo de adaptación.

Se despereza con parsimonia y da un par de palmadas en el colchón, como si diera por sentado que me tumbaré a su lado. Pero no soy un cachorrito obediente. Más vale que le quede claro. Levanto la barbilla y le lanzo una mirada asesina. Él suelta un suspiro de irritación.

—Como habrás podido apreciar, esta casa no es el palacio en el que te criaste. Solo hay dos habitaciones. Una es de Chiara, y esta es la nuestra.

Nuestra.

Un hormigueo me recorre las extremidades.

Ignoro la ironía con la que se refiere a mi antigua casa: no tiene ni idea; no sabe nada de mí. Me cruzo de brazos en actitud beligerante, sin moverme del sitio.

—No pienso dormir contigo.

—No muerdo. —Su lengua se desliza por el labio inferior de forma provocadora y siento un remolino de sensaciones en el vientre—. A menos que quieras.

—Lo que quiero es que duermas lejos de mí.

Stefano sigue tumbado tan tranquilo. Los segundos transcurren con lentitud hasta que asumo que es una batalla perdida. De acuerdo, puede quedarse la cama. No moriré por pasar la noche en el sofá. Pero, al coger una almohada y dar un paso hacia la puerta, se levanta a toda

prisa, me la arrebató y la lanzó al colchón.

—No vas a dormir en el sofá —dice con tono tajante.

—Pues dormiré en el suelo.

—Tampoco permitiré que pases la noche en el puto suelo. —Corta la distancia que no separa con tanta rapidez que no logro escapar de él cuando sostiene mi barbilla con dos dedos—. Tu lugar está a mi lado. Me importa una mierda que me mires como si quisieras sacarme los ojos. Soy tu marido, y eso significa que estás donde perteneces. Vamos a compartir la misma cama, Isabella. Podemos hacerlo por las buenas, o puedo esposarte al cabecero. Tú decides.

—Qué romántico —siseo.

Giro la cabeza con brusquedad para romper el contacto.

—No lo soy —admite con voz queda, rozándome la muñeca tan despacio que me pone los vellos de punta—. Pero, si me das la oportunidad, puedo enseñarte otra faceta que te gustará.

Mi respuesta consiste en un resoplido cargado de sorna. Sé que no tengo nada que hacer contra él. Podría oponerme, pero Stefano no es de los que lanzan amenazas en vano. Seguro que me arrastraría de regreso a la cama y me esposaría al cabecero, así que no me queda más remedio que claudicar. No obstante, no pienso permitir que se me acerque, por lo cojo varias almohadas y formo un muro.

—Tu lado. —Señalo el derecho—. Si roncas, te asfixiaré.

Observa el muro de almohadas con gesto inescrutable y por un instante tengo la impresión de que va a destruirlo.

—No es necesario —se limita a decir—. Pero déjalo si te sientes más tranquila.

—Solo me quedaré tranquila si mueres mientras duermes.

Stefano sacude la cabeza una sola vez antes de tumbarse en su lado, aunque atisbo a ver el amago de una sonrisa. No doy crédito. Lo he dicho en serio. Me encantaría enviudar joven.

Observo la cama con indecisión. No podré defenderme si intenta algo. Tengo el corazón desbocado, y no sé si es por rabia, miedo o algo mucho peor, cuando me acuesto lo más lejos posible de él, sin rozar la muralla de almohadas. De todos modos, estamos demasiado cerca.

Noto cómo se da la vuelta y tira sin querer la almohada que separa nuestras cabezas. Me muerdo el labio con fuerza. Si intenta algo, no se lo pondré fácil. Pelearé con uñas y dientes. Se equivocó al casarse conmigo.

—Tranquila, dulzura —dice con tono sedoso—. No te tocaré a menos que me lo pidas.

—En tus putos sueños —espeto, dándole la espalda.

Su respiración cálida me hace cosquillas en la nuca cuando responde:

—En mis sueños eres tú la que me toca a mí.

Mi corazón late con fuerza, golpeando la caja torácica. Achaco la emoción que siento al miedo de dormir con un hombre al que desprecio. Cierro los ojos con fuerza, deseando que el cansancio me venza pronto, a sabiendas de que será una noche muy larga.

Stefano

Me despierto sobresaltado cuando la ventana se abre de par en par por culpa de un golpe de aire. Fuera llueve a mares; las tormentas son muy habituales en esta zona. Un trueno ilumina la habitación y descubro sorprendido que Isabella no está en la cama.

Mierda.

Tengo el sueño ligero, pero no la oí levantarse. Cerré la puerta de la calle con llave, así que no ha podido escapar. La sola idea de que intente huir me pone enfermo. Supongo que estará en el sofá. No la toqué en toda la noche, aunque me moría de ganas. En más de una ocasión estuve tentado de derribar el muro de almohadas solo para sentirla cerca, pero logré contenerme. Joder, nada me gustaría más que cumplir mis fantasías más primitivas. Pero me cortaría un brazo antes de tocarla sin su consentimiento. Ya me siento bastante mal por lo que sucedió antes de la boda de su hermana.

Primero la chantajeé, luego me casé con ella, y por último la amenacé con esposarla al cabecero de la cama. ¿Qué carajos me pasa? No soy así.

Voy a cerrar la ventana. De acuerdo, si quiere dormir lejos de mí, que así sea. Debería ser un caballero y cederle la cama, pero me escuece el orgullo. Estamos casados, maldita sea. Deberíamos compartir la misma cama.

Me doy la vuelta para regresar a la cama cuando escucho el inconfundible sonido de unos sollozos que provienen del baño. No lo dudo al ir a buscarla. Abro la puerta del baño y encuentro un bulto agazapado en la bañera, cubierto por el edredón. Está temblando y a mí se me llevan los demonios porque ha preferido esconderse aquí antes de buscar mi consuelo.

Sé que no puedo culparla. Me acosté con su hermana. Iba a escapar con otro. Está enamorada de ese inútil. No soy la persona a la que recurrirá si tiene un problema, aunque me muera de ganas de gritarle que puedo contar conmigo porque soy su marido.

Me arrojo a su lado y toco el edredón, sin saber siquiera dónde pongo la mano. Ella sigue temblando, como si no hubiera notado mi presencia.

—Isabella —la llamo. Me quedé a cargo de mi hermana cuando ella tenía dos años. De pequeña era una niña muy asustadiza y solía tener pesadillas, así que sé lo que tengo que hacer—. Isabella.

No responde.

Después de un instante, tiro del edredón con suavidad para no asustarla. Lo que veo me desgarrar el alma: tiene los ojos cerrados y las mejillas cubiertas de lágrimas. Su rostro es una máscara de puro terror. Odio verla así, aunque no debería importarme tanto.

—Bella. —Le acaricio la mejilla y ella se estremece—. Voy a llevarte a la cama, aunque no sé por qué me tomo la molestia. Después de todo, ¿no fuiste tú quien decidió esconderse aquí?

No reacciona cuando la cojo en brazos, ni tampoco cuando la deposito en el colchón. Tan

solo se sobresalta cuando le quito el edredón, como si creyese que voy a usar su momento de mayor vulnerabilidad para aprovecharme de ella.

—Está mojado —le explico—. Vas a coger frío.

Me mira indecisa, pero no opone resistencia cuando le quito el edredón y vuelvo a taparla con otra manta. Se hace un ovillo y se sorbe las lágrimas. Daría lo que fuera porque me gritase. Necesito que vuelva a ser la mujer temperamental que me planta cara.

—Tienes miedo a las tormentas —comprendo al presenciar su reacción desmedida. Está sufriendo un ataque de pánico. Le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja y espero a que ella me insulte o algo por el estilo, pero tan solo exhala un suspiro tembloroso—. ¿Cómo puedo ayudarte? ¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor?

Isabella no responde. Está encerrada en un lugar al que no puedo llegar. Me destroza verla así. Ni siquiera sé por qué siento esta absurda necesidad de cuidar de ella. Antes de que pueda preguntarme si es una buena idea, me tumbo a su lado y la envuelvo entre mis brazos con fuerza para que se sienta protegida.

—Pronto amainará —le prometo—. No tienes nada que temer. Esta casa es indestructible.

No sé qué hacer para que deje de temblar. Recuerdo que a mi hermana le tranquilizaba que le acariciase el pelo. La peino con una mano mientras sigo abrazándola con el otro brazo.

—No... —balbucea, y dejo de tocarla al instante—. No... no me... s-sueltes.

Mi pecho se hincha con una oleada de orgullo.

—Nunca. —Vuelvo a estrecharla, y sin pensar demasiado, le doy un beso en la frente. Es un gesto espontáneo que me sale tan natural que decido no pensar en ello—. Te dije que tu lugar está a mi lado. Eres mi mujer. Te protegeré con mi vida. Tal vez mi palabra no valga nada para ti, pero la tienes de todos modos.

No lo digo para calmarla, sino porque lo siento de verdad. Me importa una mierda que planee deshacerme de ella en un futuro. Mientras estemos casados, Isabella es mi responsabilidad. Yo no soy como el cobarde de Enzo. A mí tendrían que pegarme un tiro para alejarme de ella. Y, aun así, me arrastraría hasta ella mientras exhalo mi último suspiro. Porque ahora es mía. Y siempre cuido de los míos.

Se pega más a mí. Sé que solo lo hace porque está aterrada, pero eso no impide que tenga una erección. Maldigo para mis adentros. ¿En serio no puedo controlarme mientras cuido de ella? Joder, estoy perdido.

La tormenta amaina poco a poco, hasta que solo se escucha una leve llovizna. Isabella está más relajada. Tiene la cabeza apoyada en mi brazo y los ojos entreabiertos. Es tan preciosa que me duele estar cerca de ella sin poder hacer otra cosa excepto abrazarla. De todos modos, si abrazarla es lo único que me permitiese, este matrimonio seguiría mereciendo la pena solo por poder tenerla entre mis brazos.

—Gracias —musita con la voz áspera por culpa de las lágrimas.

—No tienes que dárme las —contesto, ignorando mi entrepierna dolorida—. ¿Quieres un chocolate caliente?

Isabella me observa con los ojos entornados. Su desconfianza es palpable. Supongo que cree que le echaré burundanga o algo por el estilo.

—A Chiara le encanta. Le preparo uno cuando tiene un mal día —le explico.

Parece que la mención de mi hermana logra apaciguarla, ya que asiente. Salgo de la cama y voy a la cocina. Seguro que Massimo tendría algo que decir si me viese ahora, pero nunca se enterará. Además, no soy como él. Simplemente siento una poderosa atracción. Es lógico que quiera acostarme con ella. Que necesite cuidarla es... inesperado, supongo. Pero soy un hombre de familia. Mi sentido de la lealtad me obliga a protegerla.

Regreso al dormitorio, le doy la taza y me siento en el borde de la cama. Sus mejillas recobran el color al darle un par de sorbos. Se bebe el chocolate mientras la observo en silencio, aliviado de que vuelva a ser la misma de siempre. Hasta que deja la taza vacía en la mesita de noche, me da la espalda, apaga la luz y dice con tono crispado:

—Esto no cambia nada. Y ni se te ocurra volver a tocarme.

Me froto la barbilla, atónito.

Una parte de mí está satisfecha de que la mujer beligerante haya regresado, pero la otra se siente demasiado ofuscada para ignorar la punzada de decepción que me golpea el pecho. ¿Qué demonios esperaba de ella? ¿Un gracias? Qué idiota soy. Por un momento tuve la esperanza de que algo hubiese cambiado entre nosotros. Malhumorado, cojo una almohada y me marchó al sofá.

Puede quedarse la cama. Ya no me apetece dormir con ella. Estoy casado con la mujer más terca de Sicilia.

Isabella

Me despierto con las primeras luces de la mañana. Estoy sola en la cama, lo que no me sorprende porque anoche Stefano se fue a dormir al sofá después de que le dijese que no volviese a tocarme. Tardo más tiempo del normal en lavarme los dientes y hacer mis necesidades porque no me apetece verle la cara.

Aún sigo confundida.

Es más fácil lidiar con él cuando tengo claro que lo odio. Sigo despreciándolo, que conste. El problema es que me cuesta tener una mala opinión de él después de que cuidase de mí. Incluso me hizo un chocolate caliente.

Me arden las mejillas por el recuerdo de sus brazos alrededor de mi cuerpo y su pecho duro y cálido pegado a mi espalda.

«Te dije que tu lugar está a mi lado. Eres mi mujer. Te protegeré con mi vida. Tal vez mi palabra no valga nada para ti, pero la tienes de todos modos».

Su voz se cuela entre mis grietas sin que pueda hacer nada por evitarlo. Enzo no pasó ni una sola noche de tormenta conmigo, pues tenía miedo de que mi padre nos pillase. Dormir juntos siempre le pareció demasiado arriesgado.

Tuerzo el gesto. La comparación es ridícula. Stefano no tiene nada que perder, a diferencia de Enzo. Sigo sin entender por qué se mostró tan considerado, hasta que una sospecha se va asentando en mi cabeza: quiere ganarse mi confianza. Eso es todo. No lo hizo de corazón. Por eso se marchó enfadado cuando no consiguió lo que quería.

No puedo permanecer eternamente en el dormitorio, así que voy a la cocina. Chiara me sonríe. Llevo su pijama, que me queda pequeño porque soy más alta y voluptuosa que ella. Stefano está de espaldas, sirviéndose una taza de café.

—Buenos días —farfallo. Hago un esfuerzo por ser educada porque mi cuñada está presente.

—Buenos días —responde sin volverse—. Tus cosas llegaron esta mañana. Las cajas están en el salón.

Me inunda el alivio. Echo de menos mi ropa y mis libros. Iba a pedirle que se ocupase, pero se ha adelantado. Stefano se vuelve hacia mí con expresión cansada. Tiene los ojos hinchados. Parece que no ha descansado bien en el sofá. Me da igual. Ni quería este matrimonio, ni tampoco lo mandé a dormir al sofá.

—Gracias —digo con sequedad.

Me siento a la mesa sin esperar una invitación. No hay empleada doméstica, aunque me da igual. En casa de mi padre siempre había alguien vigilándome. Aquí ya tengo suficiente con Stefano. Sobreviviré sin una asistenta.

—Podéis besaros delante de mí —insinúa Chiara—. No soy una niña. No voy a

asustarme.

Stefano deja la cafetera con fuerza en la mesa y fulmina con la mirada a su hermana, que se limita a mojar una galleta en la leche. Extiendo la mano para coger una taza, pero Stefano se adelanta y la llena con café antes de entregármela con un gesto decidido. El roce de sus dedos contra los míos me sobresalta, pero él ni siquiera parece notarlo. Me ruborizo al sentirme vulnerable ante un gesto tan simple, pero parece demasiado íntimo. Sobre todo porque podría haberlo hecho yo.

—Chiara estará en el instituto y yo tengo una reunión. Tienes la casa para ti sola. No quiero que te falte nada. —Me evalúa durante un largo instante antes de añadir—: Si intentas escapar, lo sabré y te traeré de vuelta.

—¿A dónde iba a ir? —Pongo mala cara. Estamos en mitad de la nada. No tengo coche ni dinero. Soy una prisionera.

—Donna, la asistenta, viene pasado mañana —continúa, ignorándome—. Solo trabaja un par de días a la semana. Ya he hablado con ella. La semana que viene vendrá todos los días. Si necesitas cualquier cosa, puedes llamarla a este número.

Me tiende un papel en el que hay dos números escritos. Frunzo el ceño, pero no digo nada. Si están acostumbrados a vivir sin asistenta, no veo por qué mi presencia debería alterar su estilo de vida. Sabré apañármelas sola. Es cierto que en casa de mi padre no fregaba un plato, pero no soy una inútil.

—El segundo es el mío —dice—. Solo úsalo si es absolutamente necesario. Estoy ocupado la mayor parte del tiempo.

Pongo los ojos en blanco. No pienso llamarlo bajo ningún concepto.

—¿Algo más? —pregunto con retintín.

Stefano saca una tarjeta negra y la deja frente a mí, como si fuese la cosa más normal del mundo. Mis ojos se agrandan por la sorpresa. Es una *black card*. Lo sé porque mi padre tiene la misma. Nunca me permitió usarla. Me dio una visa normal con un límite de tres mil euros al mes. Sé que puede parecer mucho, pero es una cifra baja para una mujer de la mafia. Aunque tampoco es que me importase demasiado que mi padre fuese un tacaño, pues cada compra debía tener su visto bueno, ya fuese un vestido, unos zapatos o un mísero libro. Así que no me daba caprichos para evitar una represalia.

—¿Y eso? —Enarco una ceja.

—Es tuya —contesta, mirándome como si fuera obvio. Al ver que la observo indecisa, añade con tono aterciopelado—: Para lo que necesites. No quiero que sientas que dependes de mí. Úsala siempre que quieras.

Está muy equivocado si cree que soy demasiado orgullosa para no gastar su dinero. Me arrastró a este matrimonio. No tengo ingresos porque no puedo trabajar. Por supuesto que quiero esa tarjeta. Me lo pasaré en grande dilapidando su fortuna.

—¿Cuál es el límite?

Stefano esboza una sonrisa arrogante, como si le hubiese contado un chiste.

—No tiene límite, dulzura —responde, inclinándose ligeramente hacia mí, lo suficiente

para que su proximidad me incomode—. Que no te engañe nuestro modesto estilo de vida; puedo darte todo lo que desees. Solo tienes que pedirlo. Soy un hombre muy rico. Puedo pagar todos tus caprichos, por ridículamente caros que sean.

Stefano se termina el café de un trago y sale de la cocina. Sigo atónita después de que se haya marchado. Sus palabras resuenan en mi cabeza mientras me clavo las uñas en las palmas de las manos.

—Cree que estás incómoda porque no tenemos servicio, ni vivimos en una casa lujosa. Sabe que estás acostumbrada a otro estilo de vida —me confiesa Chiara—. Por eso le ha pedido a Donna que venga todos los días. La verdad es que nosotros nos apañamos bien. Podríamos mudarnos, pero nos encanta vivir aquí.

—Oh. —Asiento comprensiva—. Tu hermano cree que soy una niña caprichosa que necesita gastar miles de euros en zapatos y darse masajes todos los días para ser feliz.

—Bueno... —Chiara se rasca la nuca con incomodidad—. Yo no te conozco. ¿Lo eres?

—No. —Cojo la *black card*—. Pero le daré buen uso a su regalo.

Chiara suelta una risita comprensiva y se despide de mí antes de ir al instituto.

Y tanto que le daré buen uso. No quiero defraudar a mi esposo. ¿Cree que soy una princesita con la cabeza hueca que siente debilidad por las compras? Estupendo, que así sea. Se arrepentirá de haberse casado conmigo después de que deje su cuenta en números rojos.

Stefano

Me desquito con el hombre que está maniatado en la silla. Le hundo el puño en el costado con tal fuerza que su cuerpo se dobla. Disfruto al oír su gruñido cuando se queda sin aliento. El albanés es duro de roer, pero yo soy un experto en llevar a los tipos como él al límite. Siempre terminan cantando. Algunos necesitan sangrar más que otros. Al final todos me cuentan lo que quiero saber.

Lo agarro del pelo y tiro de su cabeza hacia atrás para que me mire.

—¿Dónde está el cargamento? —pregunto por cuarta vez.

El cabrón me escupe. Lo veo venir y me aparto justo a tiempo, pero en lugar de enfurecerme, sonrío. Es la sonrisa oscura que siempre tengo para todos los que me subestiman, y que logra que terminen replanteándose su valentía.

Lo suelto y me crujo los nudillos.

—*Dreq qen* —murmulla sin aliento.

No necesito que el traductor me explique lo que ha dicho.

—Como quieras. Lo haremos a tu manera.

Le clavo la suela del zapato en el pecho muy despacio, para que sepa lo que está por venir. Suelta un alarido cuando lo empujo con fuerza y se estrella contra el suelo. Apoyo todo mi peso en la pierna izquierda y lo dejo caer sobre su empeine hasta que escucho el satisfactorio sonido del crujido de sus huesos. El albanés se retuerce como un perro rabioso y comienza a gritar un montón de improperios. Lanzo una mirada al traductor, que aparta la vista, incapaz de observar la escena.

Massimo está cruzado de brazos en la entrada, con gesto impaciente. Nunca le he fallado, y hoy no será la primera vez. Mi padre trabajó para el suyo, pero yo no soy como él. Para él, la lealtad y el honor no significaban nada. Para mí, lo son todo. Massimo no me nombró su *consigliere* porque sea su mejor amigo, sino porque le demostré que no tengo escrúpulos a la hora de conseguir resultados. No me tiembla el pulso para quitar una vida o torturar a nuestros enemigos.

Anoche dormí en el sofá después de consolar a mi esposa. Pasé una noche de mierda. Me he despertado con dolor de espalda, consumido por el deseo salvaje que siento hacia Isabella. Pensé que esta mañana estaría de mejor humor, o al menos me ofrecería una sonrisa agradecida, pero lo único que recibí de ella fue una mirada desdeñosa y un puñado de respuestas cortantes.

Pateo al albanés con todas mis fuerzas. Cada golpe que descargo no me hace sentir mejor, ni se lleva parte de mi rabia. Voy a matar a este cabrón. A la mierda el cargamento. Estoy a punto de aplastarle la cabeza cuando Massimo me agarra del brazo y se interpone entre nosotros. Lo atravieso con la mirada, pero mi amigo no se inmuta. Puede que sea mi jefe, pero no me gusta que se meta en mi trabajo.

—Muerto no nos sirve de nada —me recuerda con aspereza—. ¿Qué demonios te pasa?

—Nada. —Me zafo de su agarre y miro al albanés con odio. Su rostro es un amasijo de carne ensangrentada—. Tienes tres segundos para hablar antes de que te parta todos los huesos y no te reconozca ni tu madre. —Señalo al traductor, que se sobresalta. —Tradúcelo.

Un minuto después, Massimo y yo salimos de la sala de tortura con la información que necesitábamos. Me cambio la camisa, que está ensangrentada. Mi amigo me observa sin decir nada mientras me visto.

—Suéltalo —le pido.

—Iba a preguntar qué tal tu primera noche de casado, pero ya me hago una idea —responde con sorna.

—Tengo controlada a Isabella —contesto con aspereza. Una parte de mí sabe que es una verdad a medias, porque jamás conseguiré doblegar a mi mujer. Al menos espero que esté entretenida con la *black card*. No estoy preocupado; no puede ir lejos. Uno de mis hombres está vigilando la entrada de la casa y tiene órdenes de seguirla en caso de que intente escapar. Además, esta mañana, mientras dormía, aproveché para hackear su teléfono móvil. A partir de ahora, sabré dónde está las veinticuatro horas del día.

Sonrío de medio lado.

Buena suerte intentando escapar de mí, Isabella. Porque no tengo la menor intención de dejarte ir hasta que consiga lo que quiera y me harte de ti.

—El matrimonio es un asunto serio. —Massimo, que me conoce demasiado bien, parece haberme leído la mente—. Puede que te casaras con ella por los motivos equivocados, pero aún estás a tiempo de conseguir que funcione.

—Puedo ocuparme de mi mujer sin tus puñeteros consejos de marido perdidamente enamorado de tu esposa.

—¿En serio? —duda, enarcando una ceja—. Porque parece que necesitarás un milagro para ganártela.

Estoy a punto de responderle cuando me suena el móvil. Frunzo el ceño al ver de quién se trata. Es mi gestor del banco. Casi nunca me llama, así que supongo que debe de ser importante.

—Señor Lombardi —me saluda con evidente nerviosismo—. Me temo que tengo una mala noticia que darle. Hay un uso sospechoso de su tarjeta y he considerado que debía informarlo antes de...

—Es mi mujer —lo corto con impaciencia. Pensé que me llamaba para algo importante—. Tiene mi autorización.

—Creo que debería saber que...

—Puede gastar lo que quiera.

—En ese caso, supongo que debo autorizar la transacción de doscientos mil dólares. Solo quería confirmarlo con usted.

¿Doscientos mil putos dólares? Suelto una carcajada incrédula. No hace ni una hora que le di esa tarjeta. ¿En qué se ha gastado tanto dinero?

Me paso una mano por el pelo. De acuerdo, quiere tensar la cuerda. Cree que me volveré

loco si gasta una exagerada cantidad de dinero en bolsos o joyas. Puedo soportarlo. La casa y el coche le han dado una impresión equivocada sobre mi estatus.

—¿En qué se ha gastado mi querida mujer doscientos mil euros? —pregunto con curiosidad.

Supongo que ha renovado su armario, por eso me sorprende tanto su respuesta.

—Ha hecho varias compras en una librería.

—No puede haber gastado tanto dinero en libros —respondo desconcertado. Es imposible.

—Y también ha hecho cuantiosas donaciones a varias organizaciones sin ánimo de lucro: una protectora de animales que estaba a punto de cerrar por falta de fondos, una ONG de ayuda a familias en situación de vulnerabilidad, y una residencia de ancianos que está recaudando fondos tras sufrir una inundación —me explica—. ¿Quiere que anule las transacciones?

Donaciones. La palabra resuena en mi cabeza, absurda y lejana. Esto no tiene el menor sentido.

—No —respondo sin dudar—. Isabella puede gastar lo que le plazca.

—¿Está seguro, señor?

—Es mi mujer. Claro que estoy seguro. No vuelvas a molestarme.

Cuelgo el teléfono con una creciente sensación de desconcierto. No conozco en absoluto a mi esposa. Y eso, por algún motivo, me molesta más que el hecho de que quiera jugar a la buena samaritana con mi dinero para tocarme los cojones.

—Doscientos mil euros. —Massimo suelta un silbido—. ¿Estás seguro de que no quieres cancelar su tarjeta? Sofía se gastó cuatrocientos mil euros en un solo día después de que discutiésemos porque le dije que no quería tener otro perro.

—¿Cancelar su tarjeta? —repito, dejando que una sonrisa irónica se dibuje en mis labios—. Ni de coña. Si le sirve para desahogarse, será dinero bien invertido.

Me importa una mierda cuánto dinero gaste. Es mi mujer. Puede fundir la *black card* si le apetece. Me hace gracia que crea que voy a divorciarme porque gaste cientos de miles de euros. Se nota que no me conoce. Pero, por lo visto, yo a ella tampoco. Porque di por hecho que la utilizaría para comprar maquillaje y ropa como habría hecho cualquier mujer con la cabeza hueca de la mafia.

—Me tomo el resto del día libre —le digo a Massimo.

—¿Qué? —Mi amigo se queda aturdido.

No es para menos. Nunca he hecho algo así. Lo que no impide que cancele las reuniones que tengo pendientes y me dedique a hacer varias averiguaciones sobre mi mujer. Soy el mejor desvelando los trapos sucios de los demás. Por eso Massimo me nombró su mano derecha.

Tres horas más tarde, descubro que Isabella se graduó con honores en la universidad. Estudió Lengua y literatura. Supongo que de ahí la compra de libros. Intentó escapar tres veces de su padre, pero él siempre terminó encontrándola. Lo más lejos que llegó fue a Portugal, donde estuvo trabajando en una librería de segunda mano dos semanas antes de que su padre la

arrastrase de vuelta a Sicilia. Se quedó huérfana de madre cuando era una niña. La versión oficial es que ella se suicidó, pero solo necesito escarbar un poco para descubrir que su padre sobornó al forense para que manipulase la autopsia.

No, mi mujer no es en absoluto como yo pensaba.

Y, cuanto más la conozco, más interés siento por ella.

Isabella

Después de pasármelo en grande gastando el dinero de mi marido, decido deshacer mis maletas. O, mejor dicho, las cajas en las que están guardadas mis cosas. Stefano me ha dejado un espacio ridículo en el armario. Debería haberlo pensado antes de casarse conmigo y dar por sentado que me conformaré con un par de perchas y una balda.

Siento un intenso placer al coger sus camisas y tirarlas al suelo para hacer sitio a mi ropa. Los pantalones y los trajes a medida corren el mismo destino. ¿Su abrigo de paño? ¿La chaqueta de cuero de Tom Ford? También al suelo. Sonrío al imaginar su cara de horror cuando vea que su carísima ropa está tirada como si no valiera nada.

Reconozco que el cretino tiene muy buen gusto. Clásico, pero con un toque moderno y elegante. El corte de las camisas es impecable y prevalecen los tonos negros, azules y grises. Además, algo me dice que la decoración de la casa fue cosa suya. La mansión en la que me crié era ostentosa porque mi padre nunca se caracterizó por su elegancia, ya que el dinero no siempre es sinónimo de tener clase. Este lugar, sin embargo, es pequeño y acogedor: tonos tierra, muebles restaurados y obras de arte colocadas en sitios estratégicos. Es evidente que Stefano tiene nociones de arte, porque de lo contrario no me explico que eligiese una alfombra turca a los pies de la cama, a juego con el sencillo cabecero. O el cuadro de Lorenzo Fontana que hay sobre la chimenea del salón, iluminado por la luz que se filtra del enorme ventanal del salón.

Sí, tiene buen gusto, cosa que me pilla desprevenida. Pero sigue siendo un cabrón arrogante y mujeriego que se ha casado conmigo por... vete a saber qué motivo. Le doy una patada a la pila de ropa antes de salir de la habitación. No perderé el tiempo pensando en él.

—¡Hola! —me saluda Chiara. Deja la mochila en la silla y se acerca a olisquear la comida que hay en la olla. Me ruborizo hasta las orejas. La comida está calcinada y desprende un olor terrible. Es la primera vez que cocino. Hice lo que pude con los ingredientes que había en la nevera, siguiendo las instrucciones de la receta de YouTube. Me habría esmerado más de haber sabido que ella comería en casa. Chiara vuelve a cerrar la olla y fuerza una sonrisa conciliadora —. ¡Tiene buena pinta!

—No es cierto —respondo agobiada—. Lo siento, es la primera vez que hago el almuerzo.

—No te preocupes. Te aseguro que mi hermano no se casó contigo porque necesite una criada.

«En realidad, no tengo ni idea de por qué nos hemos casado»

—De todos modos, él casi nunca almuerza en casa y yo suelo prepararme. Donna me enseñó varias recetas básicas. La verdad es que me defiende en los fogones.

—Si vamos a comer juntas a partir de ahora, me encantaría aprender a cocinar —admito. Lo que no digo es que me gustaría sentirme útil. Estoy harta de no ser una mujer independiente. Mi padre no me permitió tener un trabajo ni mover un dedo en casa, pues lo consideraba poco

digno para una mujer de mafia. Él esperaba que fuese una fábrica de bebés y tuviese a mi esposo satisfecho—. Podrías enseñarme alguna de esas recetas.

Chiara parece dubitativa durante unos segundos antes de asentir con entusiasmo.

—¡Claro! —Se remanga las mangas del jersey y se lava las manos en el fregadero—. Vamos a hacer *pasta alla norma*. Es la primera receta que me enseñó Donna. Es muy fácil.

Corto las verduras mientras ella pela los tomates. Chiara me cae bien; no tiene nada que ver con su hermano. Es una joven risueña, agradable y que parece decidida a agradarme. Cuando la comida está hecha, nos sentamos a la mesa y comemos mientras vemos un episodio de Zero, una serie que resulta que nos encanta a las dos.

—Está buenísima —digo después de probar la pasta.

—Es el plato favorito de mi hermano.

De repente, la comida me sabe a ceniza. Chiara nota mi cambio de actitud, a pesar de que intento enmascarar mi gesto al beber agua.

—Ya sé que el vuestro no es un matrimonio convencional, pero tal vez con el paso del tiempo puedas llegar a apreciarlo.

No digo nada. No tengo la menor intención de sembrar discordia entre Chiara y su hermano.

—¿Estáis vosotros solos? —pregunto, con un interés que no sé de dónde nace.

—Nuestro padre murió cuando él tenía dieciocho años y yo dos. Desde entonces, ha cuidado de mí.

—Lo siento muchísimo.

—No pasa nada. Apenas me acuerdo de él, y creo que no era buena persona. —Se encoge de hombros, como si de verdad no le importase—. Stefano es el único padre que he conocido. Nuestra madre tampoco está. Así que sí, solo estamos nosotros.

¿Qué significa eso? Decido no preguntar cuando Chiara sigue comiendo como si nada. Después de que terminemos de almorzar, se levanta para meter los platos y la olla en el lavavajillas, a pesar de que insisto en hacerlo yo. Es una jovencita responsable y muy madura para su edad. Es increíble que Stefano la haya criado tan bien. No me lo explico.

—Guau —dice al ver la montaña de libros que hay en el salón. No sé dónde colocarlos porque la librería del salón está llena. Una cosa es tirar al suelo la ropa de Stefano, y otra hacer lo mismo con los libros. Me encantaría tocarle la moral, pero para mí los libros son sagrados—. Te encanta leer.

—Estudié Literatura en la universidad. Es mi pasión.

—Yo también soy una gran lectora —admite con una sonrisa cómplice—. Mis compañeros de clase suelen reírse de mí.

—Qué idiotas. Leer se ha puesto de moda.

—Ya... bueno. —Se muerde el labio—. No soy muy popular en el instituto. Por eso prefiero la compañía de los libros.

—Te entiendo perfectamente —contesto comprensiva. Al leer puedes vivir mil vidas, en

lugar de conformarte con la existencia que te ha tocado. Leer fue mi vía de escape cuando comprendí que nunca podría elegir a qué dedicarme o a quién amar. En los libros encontré la libertad que me negaba mi padre—. Siempre puedes comentar los libros conmigo.

Cojo un libro que creo que podría gustarle: una historia ambientada en una academia de jinetes de dragones.

—Dime qué te parece cuando lo termines.

—Gracias. —Chiara abraza el ejemplar contra su pecho—. Me gusta tenerte aquí. Es guay poder hablar con alguien que no sea mi hermano. Hay cosas que no puedo compartir con él.

—¿Cómo cuáles? —pregunto con tiento. Su expresión se ensombrece, así que añado—: No tienes por qué contármelas sino te apetece. Solo quiero que sepas que se me da bien escuchar sin juzgar. Y nunca se las chivaría a tu hermano.

Eso último consigue que se relaje. Chiara se sienta en el sofá y tomo asiento a su lado. Suelta un suspiro hondo, sin dejar de apretar el libro contra su pecho.

—No tengo amigos —me confiesa avergonzada—. Stefano cree que nunca voy de fiesta porque soy muy hogareña y estoy centrada en mis estudios, pero la verdad es que no tengo con quien salir. No se me da bien relacionarme con los demás. Hay una chica de mi clase: Nica, a la que le caigo fatal, no sé por qué, y ha logrado convencer a los demás de que no me dirijan la palabra y me hagan el vacío.

—Eso es terrible —digo alarmada.

—Hace dos semanas, me empujó por las escaleras y me hice un esguince. A veces, me roba el dinero del almuerzo mientras los demás se ríen...

—¿Qué hace qué? —pregunto con voz estrangulada. No conozco a esa niñata, pero ya tengo ganas de ponerla en su sitio para que no vuelva a molestar a Chiara.

Se me parte el corazón cuando una lágrima silenciosa resbala por su mejilla. Nada más cogerle la mano, Chiara rompe a llorar. Lo único que se me ocurre es abrazarla para intentar consolarla.

—Ay, cielo. —Le acaricio el pelo. Solo es una cría. Es tan injusto que algunos adolescentes sean tan crueles—. Eres una chica increíble. No dejes que Nica o esos idiotas sin personalidad te hagan creer lo contrario. Yo supe lo especial que eres en cuanto te vi.

—No se lo cuentes a mi hermano —murmura entre sollozos—. Por favor, Isabella. Prométemelo. No soy tonta. Sé a qué se dedica Stefano. Si sabe que lo paso mal en el instituto, se pondrá hecho una furia y...

No termina la frase, pero ambas sabemos lo que iba a decir. Stefano es un hombre extremadamente protector. Apenas lo conozco, pero lo tengo muy claro. Por el amor de Dios, incluso estranguló a mi padre cuando intentó levantarme la mano. No quiero imaginar lo que haría si supiera que su hermana pequeña sufre bullying.

—No se lo diré —contesto, sin saber si hago lo correcto. Pero no quiero traicionar la confianza de Chiara. Quizá pueda encontrar una forma de ayudarla sin que Stefano intervenga—. ¿Quieres que vaya a hablar con tu tutora?

—¡No! —exclama agobiada—. No, no. Ni se te ocurra. Eso solo empeoraría las cosas. Tú

no conoces a Nica. A ojos de los profesores, es la alumna perfecta. Y mis compañeros la respaldan. Nadie me creería.

—No puedo mirar para otro lado, tesoro. Lo que me has contado es terrible. —Le seco las lágrimas con los pulgares—. No consentiré que esa... —Me muerdo la lengua para no insultar a una adolescente, aunque creo firmemente que hay críos que son el mismísimo demonio—. De ninguna manera permitiré que siga tratándote mal.

—¿Y qué vas a hacer? —replica con suspicacia—. Debería cambiar de instituto, pero no me atrevo a solicitar el cambio porque entonces Stefano me preguntaría el motivo, y no me quedaría más remedio que confesárselo todo.

Estoy en contra de la violencia, pero tampoco me parecería mal que su hermano le diese una lección a esa bruja y sus compinches.

—Podría hablar con sus padres —sugiero—. Seguramente no sepan que su hija está acosando a una compañera de clase.

—¿Harías eso por mí? —pregunta esperanzada.

—Claro que sí. Tú déjamelo a mí. —Le doy un beso en cada mejilla—. Ahora soy tu hermana mayor. Cuidaré de ti.

Chiara se lanza a mis brazos con tanto ímpetu que casi me tira de espaldas en el sofá.

—Me alegro mucho de que estés aquí.

—Yo... —Le froto la espalda. No puedo decir lo mismo, pero admito que es reconfortante ser de utilidad—. Yo me encargo, no te preocupes.

23

Isabella

—¿De verdad que va todo bien? —insisto inquieta.

Greta suspira con agotamiento al otro lado del teléfono. Sé que tengo mis propios problemas, pero no puedo evitar preocuparme por ella. Se ha casado con un vejestorio famoso por tener la mano muy larga. Ahora no estoy en disposición de ayudarla, aunque eso no significa que no vaya a mover cielo y tierra si me lo pide.

—Raffaele no es tan terrible —dice. Eso debería tranquilizarme, si no fuese por el leve

temblor de su voz que la delata—. Puedo manejarlo. No te preocupes por mí. Solo quiere una esposa sumisa y callada. Además, no todos podemos darnos el lujo de esperar al hombre perfecto o enfrentarnos a nuestro destino como tú, Bella

La ira me consume porque eso es justo lo que mi hermana ha aprendido a ser para sobrevivir. Es una mujer preciosa, culta y amable. No merece compartir el resto de su vida con un viejo que le pegará una paliza si alza el tono.

—Sabes que encontraría la manera de ayudarte si me lo pides.

—¿Cómo? —replica con sorna—. Bella, tú también estás casada, ¿no? Supongo que ahora entiendes lo que significa tener que adaptarte a alguien... aunque seguro que para ti todo es más fácil.

—¿Más fácil? —replico estupefacta—. ¡Yo no quiero estar casada con Stefano!

—Me refiero a que es más joven que mi esposo —puntualiza—. ¿Qué tal os va? ¿Ya habéis...?

—No —la interrumpo con aspereza—. Por supuesto que no.

—Pero es un hombre. Y estáis casados —señala—. Seguro que espera que caigas rendida a sus pies y cumplas con tu deber.

—No quiero hablar de eso —respondo ceñuda. Stefano dijo que no me tocaría a menos que se lo pidiera. Espero que cumpla su palabra. De lo contrario, lo asfixiaré mientras duerme. Yo no soy, ni seré, una esposa sumisa y callada como mi hermana—. Ni siquiera me he hecho a la idea de que estemos casados. No puedo dejar de pensar en el pobre Enzo. La última vez que lo vi, estaba en una ambulancia.

—Tengo que decirte algo, pero antes prométeme que no harás ninguna locura.

Por favor, las locuras son mi especialidad. Si no, no habría acabado casada con Stefano.

—Lo prometo —digo con la boca pequeña mientras cruzo los dedos.

—Esta mañana oí a Raffaele hablar por teléfono con nuestro padre cuando le pregunté qué pensaba hacer con Enzo. —Se me encoge el estómago ante el futuro incierto de mi antiguo guardaespaldas—. Se está recuperando en el Paolo Giaccone. Nuestro padre le dijo a Raffaele que no quería saber nada de ese inútil. Fueron sus palabras, no es que yo crea que Enzo lo sea..., aunque me cuesta entender como un hombre tan aparentemente profesional como él acabase en ese estado por enfrentarse a Stefano.

—Stefano tenía una pistola —defiendo a Enzo, a pesar de que no necesitó usarla para reducirlo.

—Olvídate de Enzo —ordena, con un deje de irritación—. Ahora estás casada.

«No por mucho tiempo».

Lograré escapar de Stefano. Se cansará de mí cuando descubra que despilfarro su dinero y tiro su carísima ropa al suelo. Acabará pidiéndome el divorcio.

Lo primero que hago después de colgar a mi hermana es llamar al hospital en el que está ingresado Enzo. La auxiliar que me atiende no quiere darme información sobre él, pues dice que no soy un familiar. Una hora después vuelvo a llamar, esta vez haciéndome pasar por su esposa.

Esa vez me atiende otro auxiliar que me explica que Enzo está en la UCI con pronóstico reservado, pero va mostrando signos de recuperación. Tiene un traumatismo cerrado y varias fracturas. En los próximos días los médicos esperan que pase a un estado estable con reposo y rehabilitación supervisada.

Cuelgo con una mezcla de alivio y rabia. Alivio porque Enzo está fuera de peligro; rabia, porque Stefano es el único culpable de su estado.

Es increíble que mi hermana creyese que nos hemos acostado. No tocaría ni con un puntero láser a ese desgraciado.

Stefano

Entro en casa como un huracán. Mi enfado se incrementa cuando veo la montaña de libros que hay en mitad del salón y mi ropa —¡mis trajes de Tom Ford y mis camisas de algodón egipcio!— tiradas de cualquier modo en el suelo de la entrada del dormitorio. Chiara intenta frenarme cuando voy a buscar a mi mujer. Está tumbada en el sofá leyendo un libro, como si no acabase de traicionarme menos de veinticuatro horas después de jurarme fidelidad.

Ni siquiera levanta la cabeza del libro. La indiferencia con la que me ignora me hace apretar los puños con tanta fuerza que los nudillos me duelen. ¿Cómo puede estar tan tranquila después de traicionarme? Odio la sensación que despierta en mí. Estoy cabreado, pero eso no impide que la desee con desesperación al verla vestida con esas mallas ceñidas y la sudadera enorme debajo de la que seguro que no lleva sujetador.

—¿Crees que puedes seguir preocupándote por ese idiota? —le ladro.

Eso consigue que baje el libro y me mire con los ojos entornados. La he pillado desprevenida.

—Eh... no quiero estar presente durante vuestra primera discusión de casados —murmura mi hermana, que se levanta de mala gana—. No gritéis mucho. Podrías traumatizarme.

—Stefano no se atrevería a levantarme la voz —dice Isabella, sosteniéndome la mirada con una determinación que me pone demasiado cachondo—. ¿Verdad, cariño?

Guardo silencio hasta que mi hermana se encierra en su habitación. Entonces le arrebato el libro y lo tiro al suelo. Mi reacción provoca que ella se tense. Jamás le pondría una mano encima, pero quiero que entienda que no permitiré que juegue conmigo. Por eso me apoyo en el respaldo, con las manos a cada lado de su cabeza, y me inclino hacia ella hasta que nuestros labios casi se rozan.

—Parece que no te ha quedado del todo claro la naturaleza de nuestro matrimonio —digo con tono grave, sintiendo cómo ella se tensa y respira de forma entrecortada—. Si miras a otro, si tocas a otro, o si te atreves a preocuparte por otro, ese pobre infeliz pagará las consecuencias.

—¿De qué hablas? —farfulla nerviosa.

—Dulzura. —Le pongo una mano en la nuca mientras le acaricio la mejilla con la otra—, ¿de verdad creías que no iba a enterarme de que has llamado al hospital?

Isabella gira el rostro para romper el contacto. Sus ojos echan chispas cuando me mira. No se atreve a negarlo porque sabe que no serviría de nada.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunta indignada.

No pienso hablarle de la aplicación que instalé en su móvil y con la que me entero de todas las llamadas o mensajes que hace o recibe. Aunque me consuma la rabia al saber que tengo que recurrir a esto para saber qué hace. Montaría en cólera, eso seguro. No me queda más remedio que tenerla controlada. Joder, solo llevamos un día casados y ya quiere correr a los brazos de ese idiota mientras yo no puedo dejar de pensar en ella.

—Eres mi mujer —digo con un gruñido—. En lo que a ti respecta, pretendo saberlo todo. No hay lugar donde puedas esconderte, ni persona a la que puedas recurrir, sin que yo mueva cielo y tierra para encontrarte para traerte de regreso a mi lado.

Isabella me mira sin decir nada. El desprecio que brilla en sus ojos casi rivaliza con mi ira. Nunca he sido un hombre celoso. No me importaba que una mujer con la que me acostaba mirase a otro. Sin embargo, el hecho de que Isabella siga preocupándose por su antiguo amante me produce un instinto asesino que soy incapaz de controlar.

—Lo tuyo con ese idiota se acabó el día que te casaste conmigo. —La cojo del cuello con suavidad, sin intención de hacerle daño—. Enzo no sirve para cuidar de sí mismo, y mucho menos de ti. Es un niño jugando a ser un hombre. Pero, si insistes, le enseñaré qué es lo que pasa cuando me cabreo de verdad. ¿Crees que viste todo de lo que soy capaz? —pregunto con una calma peligrosa—. No, dulzura. No te enseñé ni una mísera parte. Porque si vuelves a intentar ponerte en contacto con él, te juro que te daré motivos de sobra para odiarme. Y tu queridísimo Enzo pasará el resto de su vida alimentándose por una sonda y postrado en una cama porque no le quedará ningún hueso intacto.

Isabella suelta un gemido horrorizado. Tiene los ojos muy abiertos y llenos de lágrimas.

—Eres... eres...

—Tu marido —le espeto entre dientes—. Más vale que te entre en la cabeza.

La suelto y le doy la espalda. Maldita sea, soy incapaz de mirarla mientras ella hace un gran esfuerzo para no romper a llorar. Me odio por ser tan brusco, pero es la mujer más tozuda que me he echado a la cara. Tampoco es que le haya mentido. Si se atreve a ponerse en contacto con Enzo, él pagará las consecuencias. Tengo ganas de terminar lo que empecé en aquel aparcamiento. Solo necesito que me dé un motivo.

—Nuestro matrimonio nunca será real —musita con voz llorosa.

Me entran ganas de darme la vuelta, agarrarla de los hombros y estampar mi boca contra la suya para demostrarle que siempre consigo lo que quiero. Y la quiero a ella, joder. Nunca había deseado a nadie con esta intensidad que me quema las entrañas. Nunca me había importado tanto alguien como para que los celos me hicieran perder el control. Y me enfurece que esta maldita mujer tenga ese poder sobre mí.

—En lugar de intentar sacarme de quicio, deberías acostumbrarte a ser mi mujer. Porque no planeo deshacerme de ti, dulzura. Puedes despilfarrar mi dinero, tirar mi ropa a la basura y llenar la casa de libros. —Me agacho para recoger el libro que hay en el suelo y le echo un vistazo a la portada. Es una novela romántica—. No me importa en absoluto, Isabella. Porque sigo queriendo estar casado contigo.

Le devuelvo el libro, pero ella no lo coge. Lo dejo encima de la mesa y meto la mano en el bolsillo del pantalón. Ella parpadea con recelo al ver que saco una cajita. Estuve dando vueltas por la ciudad como un idiota mientras ella se hacía pasar por la mujer de Enzo.

—Para ti —digo con aspereza, en un intento por camuflar la vergüenza que siento ante lo que esperaba que fuese un gesto conciliador.

—No lo quiero.

—Es tuyo —respondo crispado. Abro la caja y cojo la alianza de oro rosa con diamantes

engarzados. Fui a doce joyerías antes de dar con ella. Nada más verla, supe que era perfecta para Isabella. El día que nos casamos tuve que ponerle un anillo prestado. Que no lo quiera no cambia el hecho de que sigue siendo mi mujer y merece tener un anillo en su dedo anular—. No te obligaré a ponértelo, pero espero que lo lleves cuando estemos en público.

Pongo el anillo en la palma de su mano. Ella lo observa en silencio. Espero que le guste. Es una pieza única. No hay otro igual. Quería un anillo que rivalizara con su belleza, pero es imposible. Es la mujer más espectacular que conozco.

Soy incapaz de disimular la decepción cuando ella vuelve a guardar el anillo en la caja y coge el libro.

—Lo llevaré en público si no tengo otro remedio —dice con una frialdad que me perfora el pecho, antes de seguir leyendo como si nada.

Joder.

¿Qué se supone que debo hacer con esta mujer que me desquicia y me fascina a partes iguales?

Stefano

Necesito salir de aquí.

No esperaba que Isabella saltara a mis brazos ni me llenara la cara de besos después de regalarle el anillo. Pero tampoco que lo mirase con frialdad y actuase como si respirar el mismo aire que yo le resultase repulsivo.

Su indiferencia me araña la cara como un látigo. Siempre me hace sentir como un idiota, algo que nadie se ha atrevido a hacerme jamás.

¡Estamos casados, carajo!

La salvé del malnacido de su padre. De no ser por mí, ahora estaría casada con algún cincuentón que la forzaría a mantener relaciones sexuales todas las noches. ¿Acaso cree que habría llegado muy lejos con el patán de Enzo? Oh, venga ya. En el fondo, sabe que él no podría haberla protegido. Es un inútil y un cobarde. No le debe nada.

Me recoloco la erección en los pantalones. Llevo demasiado tiempo sin echar un polvo. Concretamente, desde que conocí a Isabella y me pegó un puñetazo. Me acaricio por inercia la mejilla. Esbozo una mueca contrariada. ¿Qué cojones me pasa? Puede que Isabella no quiera acostarse conmigo, pero hay muchas mujeres que darían lo que fuera por estar en su lugar. Solo tengo que hacer una llamada. O, mejor aún, ir a la ciudad para conocer a alguna atractiva desconocida que tenga ganas de pasarlo bien.

¿Por qué no? Ella está demasiado ocupada preocupándose por su antiguo amante como para molestarse si le soy infiel.

Me cruzo con Chiara cuando salgo de la casa. Está sentada en el porche, tapada con una manta, leyendo un libro y con una taza de chocolate caliente en la otra mano. Al verme arruga la expresión. ¡Es increíble! Le han bastado veinticuatro horas para ponerse de parte de Isabella.

—¿Adónde vas? —pregunta con suspicacia, como si sospechara cuáles son mis intenciones.

—A dar una vuelta —respondo esquivo.

—Stefano —me regaña—. No lo hagas.

—¿Hacer qué?

—Desquitarte con la primera mujer que encuentres porque la tuya no te hace caso. —Cierra el libro y me mira con desaprobación—. El orgullo es un mal consejero de decisiones. Si quieres ganarte a Isabella, podrías empezar por tomarte la molestia de conocerla. Es una buena persona que nunca ha tenido la oportunidad de elegir qué quiere hacer con su vida. En lugar de comportarte como un crio enfurruñado que no se sale con la suya, actúa como un marido que se preocupa por ella.

—Le he dado un maldito anillo —contesto molesto. No puedo creer que mi hermana pequeña me sermonee—. Pero ella no quiere ponérselo porque no puede dejar de pensar en otro.

—Solo lleváis un día casados. ¿En serio la culpas por no dar saltos de alegría tras haberse casado con un hombre que a la primera discusión corre a los brazos de otra?

Tuerzo el gesto, pero guardo silencio. Ni siquiera me apetece acostarme con otra mujer. Solo deseo a Isabella, maldita sea. El problema es que, si no puedo tenerla, intentaré sacarla de mi cabeza a toda costa. De lo contrario, me volveré loco.

—Si quieres que confíe en ti, haz hasta lo imposible para ganarte su confianza —insiste mi hermana—. No te comportes como un bruto que la amenaza con partirlle todos los huesos del cuerpo al hombre del que está enamorada.

—No lo ama —respondo entre dientes—. Solo se aferró a él porque estaba desesperada por escapar de su padre. Él no la merece.

Chiara inclina la cabeza y aprieta los labios con desaprobación.

—¿Y tú sí?

¿Que si yo qué? No, maldita sea. Claro que no la amo.

Pero al menos yo no le pediría que se fuera con otro para salvar el pellejo.

Sé que no es lo que mi hermana pequeña espera oír, así que me doy la vuelta y subo al coche. Ignoro los consejos de Chiara mientras conduzco hacia la ciudad.

Sexo.

Necesito echar un polvo.

El sexo siempre me hace sentir mejor.

No me engaño. Isabella no tiene nada especial. Es bellísima, cierto. Pero he conocido a muchas mujeres que eran preciosas. Ninguna de ella tiene el color de sus ojos, ni unas caderas redondeadas a las que me agarraría con desesperación mientras la hago mía. Tampoco poseen unos labios carnosos que se enroscan con disgusto cuando la provoco, ni un pelo sedoso y con un olor embriagador a flores silvestres.

Aparco delante de un bar de copas al que suelo acudir con asiduidad. Ya basta de pensar en mi mujer.

«Si quieres que confíe en ti, haz hasta lo imposible para ganarte su confianza».

Las palabras de mi hermana resuenan con fuerza en mi cabeza. Ignoro su consejo y pido un gin-tonic bien cargado. En el otro extremo de la barra hay un grupo de mujeres que no me quitan la vista de encima. Reconozco a una de ellas. La pelirroja que alza su copa y me sonríe cuando nuestras miradas se cruzan. No recuerdo cómo se llama, pero sí que hace buenas mamadas. Fuerzo una sonrisa y levanto mi copa para devolverle el saludo. Eso basta para que abandone a sus amigas y se acerque a mí.

—Hola, Stefano. —Me da dos besos en las mejillas. Se sienta a mi lado y deja la mano en mi muslo—. Hace mucho que no vienes por aquí.

Arrugo la nariz al percibir su olor: demasiado dulce, pesado y empalagoso, a diferencia del aroma floral y liviano de mi mujer, que siempre me deja con ganas de más.

—He estado ocupado —respondo crispado, dándole un largo trago a mi copa.

—Pareces estresado. —Su mano sube por mi muslo en dirección a mi polla—. Puedo

hacerte sentir mejor.

Me sobresalto al sentir sus garras en mi miembro flácido. Siento un asco inmediato. Su mano no se parece en absoluto a la de Isabella, ni a lo que sentí cuando me acarició en aquel jardín.

—No me toques —le espeto, agarrándole la muñeca.

La pelirroja me mira con incredulidad, con la boca abierta. No da crédito a mi reacción, ni yo tampoco. Se le llenan los ojos de lágrimas, pero estoy demasiado cabreado para sentirme culpable. No me importa. Ni su mirada herida, ni su presencia, ni siquiera el reproche mudo que deja en el aire. Todo me resbala, porque solo quiero salir de aquí y no verla más. Que le den. No debería dar por sentado que me apetece acostarme con ella solo porque la saludé.

No entiendo qué carajos me pasa. Me levanto y salgo del bar como una exhalación. Hace un par de semanas, no habría rechazado a una mujer atractiva y cariñosa. No lo entiendo. ¿Estoy incubando un virus?

Mierda.

Camino sin rumbo por la ciudad.

Isabella.

¡Mi mujer es lo que me pasa! No puedo quitármela de la cabeza a base de echar un polvo con otra porque para mí no hay otra desde que la conocí. Estoy jodidamente obsesionado con mi esposa. ¿No es irónico? La mayoría de los hombres se aburren de sus mujeres después de casarse, pero yo no tengo ojos ni pensamientos para otra que no sea Isabella.

Tengo que acostarme con ella. No me engaño. Esto no tiene nada que ver con el amor. Yo no soy Massimo, que está loco por su esposa y haría lo que fuera para verla feliz. Solo deseo a Isabella porque no puedo tenerla. Es eso.

«Solo lleváis un día casados. ¿En serio la culpas por no dar saltos de alegría tras haberse casado con un hombre que a la primera discusión corre a los brazos de otra?»

Mi hermana tiene razón. Isabella es una mujer temperamental a la que se le ha negado la libertad que tanto ansía. No puedo ser igual que su padre. Para ganarme su confianza debo ser jodidamente bueno con ella. Solo así conseguiré lo que quiero y podré sacármela de la cabeza.

Tengo que lograr que confíe en mí.

Siento tal determinación que sonrío sin poder evitarlo. Soy el *consigliere* de *Il Diavolo*. Estoy acostumbrado a lidiar con la peor escoria. A buscar soluciones para evitar conflictos, a mediar en guerras y engatusar a tipejos arrogantes a los que consigo manipular para que crean que se han salido con la suya.

Puedo ganarme la confianza de mi esposa. Le mostraré justo lo que necesita, aunque tenga que mentir y usar todo mi encanto para llegar a su corazón. Porque, cuando lo haga, no tendrá ojos para nadie más.

Recuerdo todo lo que he averiguado sobre ella: su amor por los libros, sus continuos intentos de escapar de su padre, el asesinato de su madre...

Hago un par de llamadas. Contrato a una empresa de reformas para que hagan algunas mejoras en la casa que seguro que contentarán a Isabella: una habitación extra con estanterías de

sobra para sus libros, y un vestidor enorme con suficiente espacio para toda su ropa. Luego voy a un restaurante de comida japonesa y encargo sushi. Sé que le encanta. Lo averigüé gracias a la aplicación que le instalé en el móvil, ya que estuvo buscando restaurantes japoneses a domicilio, pero vivimos demasiado alejados para que alguno llegue a nuestra casa.

Regreso una hora después, ante la expresión sorprendida de mi hermana, a la que le guiño un ojo. Isabella se ha encerrado en la habitación, así que llamo a la puerta.

—¿Puedo pasar? —pregunto con cautela.

Tarda varios segundos en responder.

—Es tu casa. Haz lo que te dé la gana. —Tiene la voz ronca, como si hubiese estado llorando.

La punzada de culpabilidad me atraviesa, rápida y certera, al darme cuenta de que ha llorado por mi culpa. Odio que me importe.

Abro la puerta y asomo la cabeza con expresión compungida. Quiero darle la impresión de que soy un marido arrepentido que intenta hacer las paces con ella. Isabella me observa con recelo cuando no entro, sino que me quedo en el umbral y le enseño la bolsa del restaurante japonés.

—He traído sushi. No sé si te gusta.

—Me encanta —admite contrariada—. Pero no tengo hambre.

—Te dejaré comida de sobra en la cocina por si luego te entra apetito —digo con cordialidad—. He contratado a una empresa de reformas. Los albañiles y el carpintero vienen mañana a primera hora. Tienen órdenes de seguir tus instrucciones.

Isabella parpadea confundida. Su expresión es tan adorable que tengo que resistir el impulso de cortar la distancia que nos separa y colocarle ese mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Para qué?

—Quiero que te sientas cómoda. Esta también es tu casa. El terreno es lo bastante grande para que hagan una ampliación. Diles cómo te gustaría el vestidor y la habitación de lectura.

—Habitación de lectura —repite aturdida.

—Tienes muchos libros. Supongo que te gustará tener tu propio espacio para disfrutar de tu hobby. No escatimes en gastos. Quiero que tengas la habitación de tus sueños.

Isabella suelta el libro que está leyendo. Sus ojos brillan con una emoción difícil de descifrar.

—¿Por qué haces esto? —pregunta con palpable suspicacia.

—Ya te lo he dicho; quiero que te sientas cómoda en tu casa.

—¿Por qué de repente eres amable conmigo? —insiste descolocada.

—Sé que antes te asusté. Solo intento arreglar las cosas entre nosotros, Isabella. Este matrimonio no tiene por qué ser una continua guerra. —Me mira con los ojos entornados. Es demasiado lista para fiarse de mí. Eso debería irritarme, pero lo cierto es que me encantan los retos. Opto por otra estrategia que quizá la ablande—. Chiara me ha echado la bronca. Mi hermana era mi única familia hasta que tú llegaste. No soporto haberla decepcionado, por eso

intentaré ser el marido que mereces. Entiendo que desconfíes de mí, pero te prometo que no hay una intención oculta tras lo que te ofrezco.

Iré al infierno, pero ya me preocuparé más adelante por ello. He cometido demasiados pecados. ¿Qué importa añadir uno más a la lista?

—Yo no quería ningún marido —musita—. Y tú eres el último hombre del mundo con el que deseaba casarme.

Hago un gran esfuerzo para contener la mueca rabiosa que está a punto de delatarme. Mantengo una expresión serena mientras asiento.

—Pero gracias por el vestidor y la habitación de lectura —continúa a regañadientes. Ahora parece indecisa—. ¿No estás enfadado porque me gastase tanto dinero? Pensé que montarías en cólera.

—No —reconozco, y eso sí es verdad—. ¿Te gusta comprar libros y hacer donaciones a personas necesitadas?

Isabella se ruboriza, como si no hubiera esperado mi pregunta.

—Sí —asiente con una sonrisa tímida que me acelera el corazón. Porque no le sonrío a Enzo, ni a otra persona. Esta sonrisa es mía—. A mi padre no le gustaba que leyese. Lo consideraba un pasatiempo ridículo y que me llenaba la cabeza de pajaritos. Por eso me impuso un límite para gastar en libros. Y respecto a las donaciones... jamás habría permitido que “malgastase” el dinero en ayudar a otras personas. —Entrecomilla la palabra y suspira con desagrado al hablar de su padre.

—No necesitas mi aprobación —contesto con firmeza—. Eres mi esposa. Quiero cuidar de ti. Mi dinero es tuyo. Gástalo en lo que te haga feliz.

—Deberías ponerme un límite. No quiero que haya malentendidos.

Sonrío de medio lado. Parece que no ha entendido que soy un hombre inmensamente rico.

—De acuerdo —asiento más serio—. Me enfadaré si no gastas al menos cien mil euros a la semana.

Sus mejillas se tiñen de rojo.

—¡Stefano!

Le doy la espalda para salir de la habitación.

—Que sean doscientos mil —decido. Me detengo antes de cruzar la puerta—. Supongo que prefieres que duerma en el sofá.

Isabella guarda silencio. No quiero dormir en el maldito sofá. Es incómodo y me levanto con dolor de espalda. Lo que de verdad me apetece es acurrucarme con ella en la cama. Pero quiero que crea que tiene el poder. Estoy dispuesto a todo para fingir que soy un buen esposo.

—Sí —responde para mi desgracia—. ¿Estás enfadado?

—No —miento—. Buenas noches, Dulzura.

«Algún día —pienso— serás tú la que me suplique que me quede».

Isabella

Han pasado ocho días desde que Stefano me aseguró que no quería que nuestro matrimonio fuese una continua guerra. Desde entonces, ha dormido todas las noches en el sofá, sin quejarse, sin poner malas caras.

Ayer los de la empresa de reformas terminaron el vestidor y la habitación de lectura. Siempre soñé con tener una. Stefano no puso ninguna pega cuando pedí que construyeran un inmenso ventanal con un banco, ni cuando compré una mullida alfombra que costó seis mil euros, o le pedí al carpintero que utilizara madera de palisandro, lo que triplicó el presupuesto inicial, ni tampoco protestó por la compra de más de quinientos euros que hice en libros. Luego me sentí culpable, pero estaba emocionada porque jamás pude gastar dinero sin rendirle cuentas a nadie. Mi padre siempre fue muy estricto. Revisaba qué libros leía y la ropa que elegía. Así que soy incapaz de controlarme ante esta inesperada muestra de libertad.

No entiendo a qué viene su cambio de actitud, pero eso no significa que no piense aprovecharlo.

Le he dado muchas vueltas. Stefano no se queja de dormir en el sofá, y se negó cuando sugerí que podíamos alternarnos. Todas las mañanas me da los buenos días antes de irse al trabajo, y por las tardes me envía un mensaje para preguntarme si me apetece que compre algo de cenar. Apenas nos dirigimos la palabra cuando coincidimos en casa, pero lo cierto es que la convivencia no es tan terrible como temí en un principio.

Sí, me tiene desconcertada.

¿Por qué de repente es tan agradable? Dijo que no quería decepcionar a su hermana, pero estoy segura de que hay algo más.

Si no me hubiese criado con un padre autoritario y déspota que pretendía venderme al mejor postor, daría por hecho que mi esposo solo quiere que nos llevemos bien. No obstante, pertenezco a un mundo en el que la bondad de las personas brilla por su ausencia. Stefano no me engaña. Quiere algo de mí.

—Solo tienes que precalentar la lasaña en el horno quince minutos. No te olvides de espolvorear un poco de mozzarella por encima —me recuerda Donna.

—De acuerdo. —Quince minutos y espolvorear mozzarella. Tampoco es tan difícil—. ¡Hasta mañana, Donna!

Donna me cae bien. Me ha enseñado a preparar algunas recetas. No pretendo ser una abnegada ama de casa, pero lo cierto es que me aburro como una ostra aquí encerrada. Así que he decidido aprender a cocinar.

Hoy hace un buen día.

Cojo el albornoz y voy al lago que hay dentro de la finca. Me desvisto y me meto en el agua. Me encanta nadar desnuda. Doy varias brazadas antes de sumergir la cabeza y suelto una carcajada porque el agua está helada. Después de hacer varios largos hasta que entro en calor, floto bocarriba en mitad del lago. Imagino una vida en la que no le rindo cuentas a nadie. Soy la

dueña de una pequeña librería especializada en novela romántica. Las paredes están pintadas de rosa y las estanterías rebosantes de mis libros favoritos. Todas las mañanas voy a trabajar con una sonrisa de oreja a oreja porque me siento útil. Los clientes me adoran y he conseguido que varios se apunten al club de lectura.

El crujido de una rama me sobresalta. Cambio de postura para dar pie. El agua solo me cubre hasta la cintura. Stefano está en la orilla, petrificado. Su semblante está marcado por una intensidad que me deja sin aliento: un deseo peligroso mezclado con algo más profundo que no logro descifrar. Sus ojos se deslizan por mis pechos mientras traga saliva con dificultad. Es como si nunca hubiera visto a una mujer desnuda, lo cual es ridículo porque me consta que tiene un dilatado currículum. Estoy tan sorprendida por su inesperada aparición que ni siquiera me cubro.

Está en la orilla. Apenas nos separan unos metros.

El corazón me late desenfadado al darme cuenta de que podría meterse en el lago y hacer conmigo lo que quisiera. Nadie podría oírnos. Sabe que estoy a su merced. Eso, por una razón que no logro entender, provoca que el miedo se tiña de una absurda necesidad de tenerlo más cerca. Quiero que se acerque, que me toque, aunque sé que está mal. No tiene sentido. Es un mal hombre. No es mi tipo. Me ha encerrado en un matrimonio que no deseo. Debería darme la vuelta y salir corriendo, pero estoy paralizada por la emoción de cometer una locura y quemarme por las consecuencias.

El único hombre que me ha visto desnuda es Enzo, pero la mirada que Stefano me dedica no tiene nada que ver con la de mi antiguo amante. Nadie me había mirado así. Como si.... fuera lo que siempre ha deseado y estuviese dispuesto a todo con tal de tenerme.

No debería gustarme. No debería desear que se quitase la ropa y viesese hasta mí. No debería sentir curiosidad por lo que me haría.

Un gemido entrecortado brota de lo más profundo de mi garganta al ser consciente del enorme bulto de su entrepierna. Me lamo el labio inferior al recordar lo grande que la tiene. Stefano inclina la cabeza hacia un lado, como si intuyera lo que estoy pensando. No hace nada. Ni siquiera se mueve. Pero su expresión torturada, como si le doliese no poder tocarme, basta para que un calor sofocante me suba por las piernas.

—Eres preciosa —dice con voz ronca y cargada de un anhelo que me estremece más de lo que debería.

Sus palabras me acarician de una forma para la que no estoy preparada. Porque quiero parecerle atractiva. No lo entiendo. Debería odiarlo por lo que le hizo a Enzo. Pero, cuando me mira como si no pudiera ver a nadie más, soy plenamente consciente de que siempre he querido que alguien me viera de ese modo.

—¿Me deseas? —pregunto en un susurro. No sé por qué lo hago. No entiendo por qué tenso la cuerda.

—Te deseo tanto que si te digo todo lo que quiero hacerte saldrías corriendo. Pero lo pienso, Isabella. Todo el tiempo.

Para reafirmar sus palabras, sus ojos recorren mi cuerpo muy despacio, como si quisiera grabar cada centímetro de mi piel en su memoria. No comprendo por qué sigue ahí plantado si es

evidente que se muere de ganas de venir hasta a mí. Tiene los nudillos blancos de apretar los puños y su expresión es el vivo reflejo de la desesperación. Una idea retorcida y mezquina se cuela en mi cabeza.

¿Por qué de repente es bueno conmigo? ¿Qué quiere de mí?

Lo único que le interesa, comprendo de golpe, mientras la atracción que siento es engullida por una rabia más peligrosa.

—Finges ser una buena persona para que baje la guardia y confíe en ti. Porque solo quieres acostarte conmigo —comprendo decepcionada—. Por eso te casaste conmigo.

—Sí —murmura distraído, lamiéndose el labio inferior mientras sus ojos resbalan con lascivia por mi cuerpo. Al darse cuenta de que ha hablado en voz alta, se le descompone la expresión—. No, claro que no. Eso no es lo único que quiero de ti.

Me cruzo de brazos para taparme y le lanzo una mirada asesina. Dios, qué tonta he sido. ¡Por poco caigo en su trampa! Pensé que empezábamos a congeniar. Una parte de mí creyó que podríamos llegar a ser amigos, compañeros. Que no era tan mala persona.

—Mi albornoz —exijo con tono gélido.

—Isabella —murmura, conteniéndose cuando va a dar un paso y sacudo la cabeza—. Por supuesto que quiero follar contigo. Desde la primera vez que te vi. —Se agacha para recoger el albornoz—. Eres exquisita. ¿Qué hombre no querría acostarse contigo, dulzura?

—¡Intentas manipularme! —estallo hecha una furia, al ser consciente de lo ingenua que he sido—. La habitación de lectura, el vestidor, que no te quejes de dormir en el sofá, tu repentina amabilidad... ¡es una farsa para que baje las defensas!

—No.

—Stefano —protesto—, no juegues conmigo.

Me ignora cuando le lanzo una mirada llameante para que no se acerque. Stefano avanza hacia mí con paso firme, sin dudar ni un instante, sin importarle mojarse los zapatos y los pantalones. Esta vez me mira a la cara. No despega los ojos de los míos mientras me cubre los hombros con el albornoz.

—¿Prefieres que te mienta y te diga que no te deseo? ¿Que no pienso que eres la mujer más atractiva que conozco? ¿Que no daría lo que fuera porque me pidieras que durmiese todas las noches a tu lado? —Su tono sedoso me acaricia de una forma para la que no estoy preparada. Me envuelvo con el albornoz, intentando ignorar el efecto que causan sus palabras en mí. Stefano me anuda el albornoz sin dejar de mirarme a la cara—. Vas a coger frío.

—Querías verme desnuda.

—Sí —admite con una sonrisa entre pícara y derrotada—. Pero no esperaba verte aquí. Salí a buscarte porque me asusté al no encontrarte en la casa. Debería haberme dado la vuelta nada más verte, pero no podía dejar de mirarte. Eres exquisita.

—¿Se supone que debo sentirme halagada?

«Mierda, me siento halagada».

—Todos los hombres deberían mirarte como yo lo hago, dulzura. No deberías sentirte

halagada, sino orgullosa del poder que tienes sobre mí. —Me pilla desprevenida al inclinarse para darme un casto beso en la frente. Su boca es cálida y suave. Me quedo paralizada. El corazón me late tan rápido que creo que él puede oírlo. —Piensa lo que quieras de mí, Isabella. Si ese es el precio por tenerte en mi vida, lo pago encantado.

Siento una inesperada y confusa sensación de abandono cuando se aleja de mí. No sé qué pensar. Una parte de mí sospecha que me he casado con un hombre tan manipulador como encantador, capaz de decir lo que más quieres oír para llevarte a su terreno. La otra no puede evitar seguirlo, consciente de que Stefano representa aquello que más odio y, sin embargo, jamás había sentido semejante atracción por nadie.

Isabella

No puedo pegar ojo.

Lo único bueno de vivir en casa de mi padre es que contaba con Greta. A ella no le importaba que me colase en su habitación por las noches si no podía dormir. Concilio mejor el sueño al abrazarla porque me siento protegida. Pero aquí no puedo abrazar a nadie. Apenas conozco a mi cuñada. Además, solo tiene trece años. Dudo que lo entendiera.

Recuerdo los brazos cálidos y protectores de Stefano mi primera noche en la casa. La sensación reconfortante de que no podía pasarme nada malo a su lado. La certeza de que mi esposo haría lo que fuera para protegerme, porque es un hombre extremadamente protector. No es perfecto, ni de lejos. Pero eso se lo concedo. Para colmo, mi mayor debilidad siempre ha sido encontrar a un hombre que me hiciera sentir a salvo, por patético que suene.

Salgo de la cama con una sensación incómoda en el estómago. No quiero seguir pensando en los brazos de Stefano, en sus palabras sedosas, ni en lo que me produce cuando me mira.

Me acuerdo de Enzo. Debería sentirme mal por él. Está en el hospital por su culpa. Sin embargo, últimamente, cada vez que pienso en mi antiguo guardaespaldas siento más decepción que preocupación al recordar que me suplicó que me fuese con Stefano, pese a que yo solo deseaba que diera la cara por mí. Porque, cada vez que pienso en aquella noche, recuerdo que mi marido estranguló a mi padre cuando este intentó abofetearme. Y, aunque eso me convierta en una mala persona, la expresión angustiada de mi padre me hace sonreír.

Nadie me había protegido de esa forma. Como si estuviese dispuesto a todo con tal de mantenerme a salvo. Sé que eso no cambia el hecho de que Stefano es un mujeriego que solo se casó conmigo porque no está acostumbrado a que lo rechacen. Ojalá no fuese tan frágil. Si mi padre no me hubiese hecho sentir indefensa durante toda mi vida, ahora no tendría la enorme tentación de aceptar las migajas de lo que me ofrece mi esposo.

Me pregunto si sería una persona diferente de haber nacido en una familia normal. Quizá sería una mujer fuerte e independiente que no necesita aferrarse al primer hombre que se interesa en ella. Primero Enzo, y ahora Stefano. ¿Acaso no tengo amor propio? Conozco la respuesta. Siento un sabor amargo en la punta de la lengua. Porque no es justo; mi vida no es como la de cualquier chica de veintitrés años que puede tomar sus propias decisiones.

Voy a la cocina a servirme un vaso de leche. Tengo pocos recuerdos con mi madre. Uno de ellos es que siempre me calentaba un vaso de leche cuando no podía dormir. Pego un grito al encender la luz. Stefano está sentado a la mesa con cara de agotamiento. Me llevo una mano al pecho y exhalo un suspiro de alivio. Por un instante, temí que alguien hubiese entrado en la casa.

—¿Quién creías que era? —pregunta con las cejas arqueadas.

—Un intruso —admito, aún angustiada—. Un ladrón, o un enemigo...

—Solo unas pocas personas de confianza conocen donde vivo. Chiara y yo llevamos diez

años viviendo aquí y jamás hemos sufrido ningún percance. No lo permitiría. Hay cámaras por todo el perímetro, y este lugar es inexpugnable. Pero, en el hipotético caso de que uno de mis enemigos consiguiera entrar —su mirada se oscurece—, te aseguro que sería él quien no saldría con vida.

Asiento con el pulso martilleándome en las sienes. Sé que tiene razón. Aunque no puedo evitar la sensación de inquietud al recordar lo que le pasó a mi madre. Ambos sabemos que en nuestro mundo nunca estás del todo a salvo, incluso si eres un hombre tan poderoso como él.

—Sigues asustada —intuye—. ¿Qué puedo hacer para que te sientas más segura?

—Nada —reconozco. No hay nada que pueda hacer para que me abandone el pánico con el que lidio desde la muerte de mi madre.

—Isabella. —Se levanta, rodea la mesa y viene hasta mí. Esta vez no me aparto cuando sus manos cálidas enmarcan mi rostro. Su tacto es firme, pero también sorprendentemente reconfortante—. Te juro que nadie se atreverá a hacerte daño mientras seas mi esposa.

Asiento en silencio, intentando contener las lágrimas que pugnan por salir. No quiero darle la imagen de una esposa débil a la que puede engatusar, pero lo cierto es que lo creo.

—Te doy mi palabra. —Me acaricia el pómulos con el pulgar con extrema delicadeza, como si yo fuese algo muy valioso—. Sé que no significa nada para ti, pero haré todo lo que esté en mi mano para ganarme el privilegio de tu confianza.

No puedo evitarlo. Lo único que quiero es deshacerme de este miedo, así que me inclino hacia delante para esconder la cara en su pecho. No debería sentirme tan bien cuando él entiende lo que le pido y me abraza. Rodea mi espalda con un brazo y entierra la otra mano en el pelo de mi nuca, acariciándome el cuero cabelludo con las yemas de los dedos. Se me escapa un gemido de placer y espero que haga algún comentario de los suyos, pero se limita a apoyar la barbilla en mi cabeza y estrecharme con más fuerza.

—Estás a salvo conmigo —dice con firmeza—. Se acabaron los golpes. En esta casa nunca tendrás miedo de pedir lo que quieras, porque todo lo que tengo es tuyo. Si alguien te hace sentir mal, acudirás a mí para que le recuerde al mundo entero que nadie le hace daño a mi mujer.

Sus palabras me reconfortan de una forma completamente inesperada y efectiva. El temblor de mi cuerpo cesa poco a poco mientras Stefano continúa acariciándome el pelo. Inspiro de forma entrecortada al darme cuenta de la imagen que le estoy dando.

—Crees que soy débil —musito, sin despegar la cara de su pecho porque siento una vergüenza tremenda.

—Nunca habría elegido casarme con una mujer débil. —Me coge de la barbilla para que lo mire, y lo que veo en sus ojos no es compasión, sino un profundo orgullo que no logro entender—. Tu padre te tenía encerrada en una jaula porque el hijo de puta sabía que cualquier hombre desearía casarse contigo. Eres lista y generosa. Me plantaste cara aquel día para proteger a tu hermana. ¿Sabes lo que de verdad pensé después de que me dieras aquel puñetazo?

—Que estaba loca —murmuro.

Stefano sacude la cabeza, incapaz de ocultar la sonrisa que le ha producido mi comentario.

—Que la mayoría de los hombres que conozco no tienen tantas agallas como tú. —Me aparta el pelo de la cara con inusitada ternura—. No eres débil, Isabella. Simplemente has tenido la mala suerte de nacer en un mundo que nunca tratará con el mismo respeto a una mujer que un hombre.

—¿Y tú eres diferente? —pregunto con desconfianza. Diferente al resto de los hombres de la mafia, a mi padre.

—Si lo fuera, te concedería el divorcio para que tuvieras la libertad de hacer con tu vida lo que te plazca —reconoce sin pestañear—. No soy mejor que tu padre, Isabella. Nunca te fíes de un hombre que te dice que es diferente a los demás. Pero confía en mí cuando te digo que, salvo el divorcio, estoy dispuesto a darte cualquier cosa que me pidas.

—¿Cualquier cosa? —repito dudosa.

Stefano asiente sin dudar.

—¿Qué quieres hacer con tu vida? ¿Qué te haría feliz?

No respondo. Acaba de admitir que no es tan diferente como el resto de los hombres de nuestro mundo. Que no sea la mitad de horrible no significa que vaya a concederme lo que más deseo.

—Dime qué quieres, Isabella.

—Una librería —me armo de valor—. Quiero ser la dueña de una librería. —Al ver que él no dice nada, empiezan a sudarme las manos y siento el impulso de justificarme—. Ya sé que no es habitual que las mujeres de la mafia trabajen, pero no estudié Literatura para tener un título universitario de adorno, sino porque de verdad me apasiona y quiero dedicarme a ello. Me encantaría tener mi propia librería especializada en novela romántica, organizar clubes de lectura, invitaras a escritoras... —Me callo al ver que sigue observándome con esa expresión indescifrable. Entonces me vengo abajo—. Piensas que es una tontería.

—¿Es lo único que quieres? ¿Solo eso?

—¿Te parece poco? —replico sorprendida. La mayoría de los esposos jamás permitirían que su mujer trabajase, y menos en un empleo tan común. Para una mujer de la mafia, lo normal es tener hijos y aparecer del brazo de su marido en algunas reuniones sociales. No se espera más de nosotras.

—Sí.

—¿Sí a que puedo tener una librería, o sí a que te parece poco lo que te pido?

—Ambas.

—Si estás burlándote de mí...

—Mañana buscaremos el lugar perfecto. Tú dime cómo lo imaginas, y yo me aseguraré de que sea mejor de lo que sueñas —dice convencido—. Le pediré al gestor que lo ponga todo en marcha para que puedas abrir lo antes posible.

Estoy tan aturdida que no logro reaccionar cuando me suelta, va al frigorífico y coge un cartón de leche.

—Me ayuda a conciliar el sueño. ¿Quieres un vaso?

—Sí. —Me dejo caer en una silla cercana. Todavía sigo procesando su respuesta. Por eso tardo un buen rato en decir—: Gracias.

Stefano me sirve un vaso de leche y se sienta a mi lado.

—Nunca me des las gracias por cuidar de ti.

Se termina la leche en silencio y pone su mano encima de la mía. Es un gesto que dura pocos segundos. Ha sido tan genuino que estoy absolutamente segura de que no lo ha calculado. Luego se levanta, me da las buenas noches y se va a dormir al sofá.

«No te fíes de él —me recuerda la voz de mi conciencia—, te está manipulando».

Sin embargo, me cuesta no darle un voto de confianza. Quizá soy una tonta por querer ver su mejor versión. Pero Stefano acaba de darme todo lo que siempre he deseado sin pedirme nada a cambio. Y, por primera vez en mucho tiempo, la felicidad le gana la partida al miedo.

Stefano

—¡Me encanta! —Isabella extiende los brazos y da vueltas sobre sí misma. La luz del ventanal le ilumina el rostro, donde brilla una sonrisa de hoyuelos—. ¡Es perfecto!

Hay algo en su sonrisa que me desarma por completo. Podría engañarme a mí mismo sobre la razón que me ha llevado a cancelar todas mis reuniones para estar cuatro horas visitando locales en el centro de la ciudad. Pero no lo hago. Porque la sonrisa de mi esposa merece tanto la pena que haría cualquier cosa para que no la perdiera.

Siento una ira indescriptible hacia su padre. Ese desgraciado quiso utilizarla, en lugar de valorar a la joven que ama tanto los libros que quiere inculcar su pasión a otras personas. No solo es preciosa, sino también inteligente y generosa. Ayer conseguí su expediente académico. Sacó matrícula de honor. ¿Cómo iba a pensar que es débil si no ha dejado de luchar por sus sueños, a pesar de que su padre solo pretendía casarla con algún vejstorio que deseaba que fuese su fábrica personal de bebés?

Mi intención era mostrarle mi mejor cara para que termine confiando en mí, pero lo cierto es que anoche fui más sincero con ella de lo que pretendía. Le dije que nadie se atrevería a hacerle daño mientras sea mi esposa, pero no le conté que seguirá estando a salvo el día que nos divorciemos. No necesita llevar mi apellido para que esté dispuesto a hacer lo que sea por ella. Porque si a algún pobre infeliz se le ocurre herir sus sentimientos, no tendrá lugar en el que pueda esconderse de mí.

Debería haberle asegurado que soy diferente a su padre o a los hombres con los que quería casarla, pero no pude porque, en el fondo, yo también quiero algo de ella. Se supone que la estoy manipulando para que caiga en mis redes. Entonces, ¿por qué tengo la impresión de que yo estoy cayendo en las suyas?

—El alquiler es muy caro —dice indecisa, al darse cuenta de que todavía no me he pronunciado—. La librería tardará en dar beneficios. Hay opciones más asequibles. Tengo que ser realista.

No quiero que sea realista, sino feliz. Este es el local de sus sueños. Lo veo en su expresión. Me importa una mierda que el negocio no funcione. Mientras sus ojos brillen como lo hacen ahora, pagaré cualquier precio.

—Nos lo quedamos —le digo al agente inmobiliario—. ¿Bastará con pagar tres meses de fianza y un año de alquiler por adelantado?

—¡Stefano! —se escandaliza Isabella—. No puedes pagar un año por adelantado. Si no me va bien...

—Será un éxito —le aseguro. Yo mismo me encargaré de que la librería esté llena de clientes. Aunque tenga que contratar actores o pagar a desconocidos de mi propio bolsillo. Quiero que Isabella se sienta tan orgullosa de sí misma como yo lo estoy de ella. No permitiré que crea que ha fracasado.

—Bueno... —contesta insegura—, si te parece bien...

Me parece que no tiene ni puñetera idea del poder que tiene sobre mí. Podría pedirme lo que quisiera, por caro o imposible que fuese, y yo me encargaría de conseguirlo.

—Tengo una reunión dentro de una hora —digo. Ojalá pudiera cancelarla como he hecho con las anteriores, pero Massimo me necesita—. ¿Quieres que vayamos a almorzar?

Me fastidia que dude antes de responder. Me encantaría que ella disfrutase de mi compañía tanto como yo de la suya. Supongo que estará pensando en el idiota de su guardaespaldas. Isabella es una buena persona. Probablemente cree que lo está traicionando al pasar tiempo conmigo.

—No quiero que llegues tarde a tu reunión. Ya te he hecho perder bastante tiempo.

—Tengo todo el tiempo del mundo para ti. —De nuevo, otra verdad inesperada sale de mis labios.

Se le ilumina la expresión. Sus ojos verdes adoptan ese brillo de felicidad. consciente de que no está acostumbrada a recibir semejante atención. Su padre la tuvo prácticamente encerrada; no ha vivido como cualquier otra chica de su edad. De lo contrario, entendería que es una mujer muy interesante y deseable. No me extraña que cayese en los brazos del primer hombre que le hizo un poco de caso.

Me enfurece que nadie le haya dicho lo valiosa que es. Yo pienso hacerlo cada día. No importa que no planeé estar casado con ella de por vida. Mientras sea mi esposa, le recordaré lo increíble que es.

—¿Qué te apetece comer? —pregunto.

—¡No! ¿Qué te apetece comer a ti? Lo mínimo que puedo hacer es dejarte elegir el restaurante después de haberte tenido toda la mañana dando vueltas.

No debería ser tan considerada, teniendo en cuenta que he disfrutado cada segundo a su lado.

Gracias a la aplicación que instalé en su móvil, sé exactamente lo que desea, aunque nunca me lo diga.

—¿Qué tal un tailandés? Nunca lo he probado.

—Qué casualidad —contesta sorprendida—. Tengo antojo de *pad thai*.

No tengo ni idea de lo que es el *pad thai*, pero si a ella le gusta, comeremos eso.

Stefano

—Me ha encantado comer contigo —dice cuando salimos del restaurante—. ¿No te he aburrido al hablar de libros?

—Me gusta oírte hablar de cualquier cosa.

Isabella se sonroja y aparta la mirada. Finjo no haberme dado cuenta y le abro la puerta para que salga primero. No sé de qué se sorprende. Hablar con ella es agradable, aunque admito que me gustaría que hiciéramos algo más que charlar.

—Deberías hacerlo más a menudo. —Me sonrío de esa forma que consigue que toda mi sangre se acumule en el mismo sitio—. Si te apetece y no estás muy ocupado.

—Podemos repetirlo cuando quieras. —Me vibra el móvil en el bolsillo. Llego tarde a la reunión. Massimo lleva diez minutos llamándome. Me echará una bronca, pero me da igual porque ha merecido la pena—. El gestor te llamará esta tarde para poner en marcha el negocio.

—Vale. —Asiente cuando le abro la puerta del coche. Parece indecisa—. Pues... —se muerde el labio, nerviosa—, que tengas un buen día.

—¿Quieres decirme algo más?

—No sé cómo preguntártelo sin que suene como una acusación.

—Dilo sin más. No me enfadaré.

—No me gusta estar todo el día encerrada en casa. Pero no tengo carnet de conducir, y no puedo moverme sin rendirte cuentas.

—Vito te llevará donde le pidas. —Es uno de mis hombres de confianza, al que le he encargado la tarea de ser su chófer—. No soy como tu padre, Isabella. No tengo la menor intención de encerrarte en casa. Eres una mujer joven. Sal con tus amigas a divertirte, ve de compras... No sé qué te gusta hacer con tu tiempo libre, pero no espero que me pidas permiso.

No, yo soy mucho peor que él. Puede ir donde le plazca. Me da igual. Pero si me entero de que le hace una visita a Enzo, ese pobre idiota pagará las consecuencias.

Isabella se pone de puntillas para darme un beso en la mejilla. Su olor a flores silvestres invade mis fosas nasales. Estoy tan aturdido por esta inesperada muestra de afecto, o lo que quiera que sea, que permanezco inmóvil hasta que se aparta.

—No soy estúpida —dice sin dejar de sonreír—. Sigo sin fiarme de ti, pero gracias por la librería y el almuerzo.

Me cabrearía si no estuviese satisfecho de haberme casado con una mujer demasiado espabilada para caer en mis redes a la mínima de cambio. Le cierro la puerta. Apenas transcurren cinco segundos antes de que le envíe un mensaje a Vito. Isabella tiene razón: hace bien en no fiarse de mí.

No te separes de ella. Mantenme informado de sus movimientos. Que no se dé cuenta de

que vigilas.

Me estoy guardando el móvil en el bolsillo cuando me llaman. Es un número desconocido. Me puede la curiosidad y respondo al tercer tono.

—Stefano.

La voz de la mujer al otro lado de la línea me hiela las entrañas. Hace demasiado tiempo que no oía su voz, sin embargo, la reconozco de inmediato. Porque nadie olvida la voz de su madre. Por mucho daño que le haya hecho.

—Tienes motivos de sobra para estar enfadado conmigo... —balbucea.

—¿Qué coño quieres? —replico cuando recobro la entereza.

—Saber cómo estáis tú y tu hermana.

Estoy tan incrédulo que se me escapa una carcajada. No puede ser. Se marchó sin mirar atrás, dejándome con un padre que nunca ejerció como tal, un montón de problemas y una niña de dos años de la que no sabía cómo ocuparme. Tiene que estar de puta broma.

—Os echo de menos. Sé que cometí muchos errores, pero si me das una oportunidad para enmendar...

El recuerdo de esa noche siempre vuelve, como un veneno que nunca termina de irse. Yo tenía dieciocho años, pero me sentía como un niño perdido, con una bebé en brazos que no paraba de llorar. Solo era un crío muerto de miedo, acuciado por las deudas y las malas decisiones de mi padre. Me quedé mirando esa puerta cerrada, esperando que volviera a abrirse. Nunca lo hizo.

—No —digo con los dientes apretados. Ya sé lo que quiere. Esta vez no cuela—. No vuelvas a ponerte en contacto conmigo. Si intentas hablar con Chiara, descubrirás que no queda nada del chaval al que abandonaste.

Durante años, cada pocas semanas, me llamaba con la misma cantinela: que estaba en apuros, que nos extrañaba, que quería enmendar sus errores. Y, como un tonto, siempre cedía. Hasta que entendí que el único amor que sentía era por el dinero que le daba.

—Por favor, escúchame. —Su tono patético y lloroso me da náuseas.

Ella no estuvo cuando nos quedamos sin nada.

Ella no estuvo cuando mi padre murió.

Ella no estuvo cuando tuve que hacer cosas de las que no me siento orgulloso para sacarnos adelante a Chiara y a mí.

Ella no estuvo cuando Chiara tuvo fiebre alta y no teníamos dinero para un médico. Tampoco estuvo cuando tuve que firmar papeles que no entendía para quedarme con la casa. Su ausencia no fue solo física; nos dejó sin nadie a quien acudir.

¿Y pretende que la ayude?

—Si pensabas que mi padre era un mal hombre, te aseguro que no tienes ni idea de en quién me he convertido.

La escucho soltar un sollozo horrorizado antes de colgarle. Me falta el aire después de

esta conversación tan inesperada. No la echo de menos, no es eso. Siento una mezcla de rabia y rencor hacia la mujer que se supone que debe quererme de forma incondicional. Tardé demasiado tiempo en comprender que siempre fue una maldita egoísta, incapaz de amar o cuidar a sus hijos. El problema es que durante ese tiempo intenté ponerme en contacto con ella y le supliqué que volviese porque estaba asustado y me sentía solo.

Nunca se lo perdonaré.

Me costó años entender que ella no nos quería. Pero, cuando lo hice, algo en mí se rompió para siempre. Ese vacío se llenó de rencor y me convirtió en el hombre frío y calculador que soy ahora

Estoy que me subo por las paredes al llegar a la reunión con Massimo. Mi amigo ni siquiera me sermonea por haberme retrasado. Debo tener un aspecto lamentable. Por eso me pide que me quede cuando los demás se marchan.

—¿Va todo bien entre Isabella y tú?

—Mi madre me ha llamado —contesto con tono seco, para que lo deje estar. Massimo no solo es mi jefe, sino el único amigo al que le permito que se meta en mi vida.

—¿Estás bien? —pregunta preocupado. El mejor que nadie sabe lo mucho que me afectó que se fuera.

—No me apetece hablar de ello.

—¿Qué quería?

—Lo de siempre, supongo. —Me sobresalto cuando vuelve a sonarme el móvil. El alivio que siento al reconocer el número se disipa al leer el mensaje de Vito.

Su esposa ha ido a la casa de una mujer.

Están discutiendo acaloradamente en la entrada.

¿Quiere que intervenga?

No, a menos que la otra se ponga violenta.

Si le pone una mano encima a mi esposa,
tú pagarás las consecuencias.

Envíame la ubicación.

El lugar está a cinco minutos en coche. Ni siquiera lo dudo. Me levanto ante la expresión incrédula de mi amigo.

—Isabella tiene problemas —le explico.

No espero a oír su respuesta. Me da igual que Isabella esté discutiendo con una mujer. Cuando le dije que nadie se atrevería a hacerle daño, lo decía en serio. Nadie, joder. Ya sea un hombre o una mujer. Porque resulta que mi esposa saca mi lado más protector y primitivo. Si tengo que explicarle por las malas a esa desconocida que Isabella es intocable, que así sea.

Isabella

Aprovecho mi primer día de libertad para ir a casa de los padres de Nica, la compañera de clase de Chiara que la está acosando. Le prometí a mi cuñada que no se lo contaría a Stefano. Supuse que no sería fácil hablar con ellos, pero estaba convencida de que al final llegaríamos a un entendimiento porque se pondrían en mi lugar. La mujer que tengo delante, sin embargo, no está dispuesta a dialogar.

—¿Insinúas que mi hija hace bullying? —Tiene los brazos en jarras, con los puños apretados y el cuerpo hacia delante en una actitud beligerante. No me extraña que su hija sea una acosadora. De tal palo, tal astilla—. Su padre y yo la hemos educado para que no sea conflictiva. Nica es una adolescente popular y extrovertida. Seguro que tu cuñada le tiene envidia.

Me paso una mano por el rostro con estupor. Entiendo que quiera defender a su hija, pero cualquiera que conozca a Chiara sabe que es una joven reservada que no se mete en líos.

—Le empuja por los pasillos y le roba el dinero del almuerzo. Ha convencido al resto de sus compañeros para que no le dirijan la palabra —le explico de nuevo. Ella esboza una mueca de irritación, como si la estuviera haciendo perder el tiempo—. Chiara no le tiene envidia, sino miedo. No he venido aquí por gusto. Esperaba que pudiéramos encontrar una solución como adultas.

Suelta una risilla despectiva al mismo tiempo que su mirada burlona resbala por mi cara.

—Algunas más que otras.

—¿Perdón? —Enarco una ceja.

—Es evidente que no tienes más de veinticinco. No sabes lo que es cuidar de una adolescente. No has cambiado pañales, ni te has desvelado de madrugada porque a tu bebé no le bajaba la fiebre. —Da un paso amenazante hacia mí, pero no me muevo del sitio—. Solo eres una muchacha malcriada y tonta que no sabe nada de la vida. Y tienes la osadía de venir a la puerta de mi casa para decirme cómo debo educar a mi hija.

—Me da igual cómo eduques a tu hija. No es asunto mío. Excepto si le hace daño a mi cuñada —puntualizo indignada—. Entonces sí tengo derecho a plantarme aquí para exigirte que tomes cartas en el asunto. Debería caerse la cara de vergüenza. ¿Te gustaría que tu hija estuviese en el lugar de Chiara y que su madre la justificase?

—Chiara no es ningún angelito —chasquea la lengua—, es la hermana de ese...

—Cuidado con lo que vas a decir. —Ahora soy yo la que da un paso. No permitiré que hable mal de Stefano—. *Ese* es mi marido. Lávate la boca antes de hablar de él.

—Ya veo que se ha buscado a alguien de su misma calaña —dice con desprecio—. Mi hija no tiene la culpa de que Chiara no encaje en el instituto. Todos saben que es la hermana de un criminal. Nadie quiere a la chusma cerca. —Me sobresalto por el insulto y ella esboza una sonrisa triunfal—. No me das miedo, niñata.

Me pilla desprevenida al darme un empujón que me desestabiliza. A pesar de ser una

mujer que se ha criado en el seno de la mafia, no estoy acostumbrada a utilizar la violencia. El puñetazo que le pegué a Stefano fue una excepción, pero si algo me enseñó aquello fue que soy capaz de todo para proteger a las personas que me importan.

—Vuelve a tocarme y te juro que...

—¿Qué? —El siguiente empujón me lanza contra un árbol—. ¿Qué vas a hacer?

Aprieto el puño, dispuesta a devolverle el golpe. Solo me contengo porque no quiero empeorar la situación. Vine aquí para mediar entre Chiara y su acosadora. Ahora entiendo la actitud de esa cría. Con una madre tan agresiva, es normal que se desquite con una compañera de clase.

—La pregunta no es lo que hará ella, sino lo que te haré yo por haberle puesto tus sucias manos encima.

La voz fría e imponente de Stefano me eriza la piel mientras pasa por mi lado, me roza la mano y se interpone entre nosotras. No sé de dónde ha salido. Una simple mirada suya basta para que la mujer retroceda con los ojos muy abiertos. Mi marido la observa con repugnancia antes de girarse hacia mí. No logro descifrar su expresión. Lo único que tengo claro es que ha oído lo suficiente. Seguro que está enfadado porque lo he mantenido al margen.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Si le digo que tengo el hombro dolorido por el impacto contra el árbol, no sé de qué sería capaz. Dudo que el hecho de que ella sea una mujer lo detenga. Así que asiento con vehemencia para que lo deje estar.

—Sí.

Stefano me observa en silencio durante un largo instante antes de volver la cabeza como un látigo cuando la mujer hace el amago de cerrar la puerta.

—No te he dado permiso para esconderte como la rata que eres.

La mujer agarra el pomo de la puerta, sin mover un músculo. Está petrificada por el miedo. Una parte de mí desea que Stefano la ponga en su sitio, pero la otra no quiere fallarle a Chiara. Si ella no se le contó a su hermano fue precisamente para evitar este tipo de reacción.

—Stefano —le pido, tocándole el brazo—. No merece la pena.

—Tienes razón —responde, con los ojos clavados en la mujer—. No la merece. —Tiene la mandíbula tensa; se está conteniendo—. No tengo ningún problema con que me insultes, de verdad que no —continúa con una calma peligrosa que me pone los vellos de punta—. Pero has llamado chusma a mi hermana, has insultado a mi mujer y la has empujado... dos... malditas... veces.

Stefano corta la distancia que los separa con dos largos pasos y la encajona contra la puerta. Arruga la nariz, como si estar tan cerca de ella le produjera una intensa repugnancia.

—N-no puedes tocarme —balbucea ella, con los ojos llenos de lágrimas—. S-soy una m-mujer.

—Sí —reconoce, manteniendo la distancia—. Nunca le he puesto la mano encima a una, pero siempre hay una primera vez para todo. —Ella se encoge cuando él apoya la mano justo al lado de su cabeza, sin ni siquiera rozarla—. Eres una idiota si crees que vas a librarte solo porque

seas una mujer.

—Por favor...

—No quiero que me ruegues —le espeta asqueado, y acto seguido me señala con la cabeza—. Pídele disculpas a mi esposa.

—No es necesario —contesto horrorizada—. Lo ha entendido.

—Discúlpate con mi mujer —insiste Stefano, su voz es afilada como un cuchillo.

La mujer rompe a llorar. Siento una mezcla de resentimiento y lástima hacia ella. Nada de esto es culpa mía. Solo pretendía llegar a un entendimiento por las buenas. No obstante, no soy tan mezquina como para disfrutar de la situación.

—Lo siento —balbucea con el rostro surcado por las lágrimas—. Por favor, perdóname.

—Acepto tus disculpas —digo sin pensar, con tal de acabar con esto cuanto antes—. Stefano, vámonos.

Mi marido no se mueve del sitio. Entonces comprendo que aún no ha terminado con ella. El corazón me late de forma dolorosa contra las costillas.

—Stefano —insisto desesperada.

—Doy por hecho que estás al tanto de mi reputación. —le dice. Ella traga saliva, sin dejar de temblar—. Dijiste que soy un criminal. Estás en lo cierto. —Flexiona los codos y se inclina hacia delante, sin llegar a tocarla. La sonrisa maliciosa que le dedica me pone los vellos de punta—. Mañana tu hija no irá al instituto. Os mudaréis de Sicilia. Me importa una mierda a dónde vayáis y la excusa que le pongas a tu marido, porque si no os vais a más de cuatrocientos kilómetros de distancia, lo primero que haré será quemar vuestra casa con vosotros dentro. —Su sonrisa se ensancha de forma perturbadora cuando ella suelta un sollozo ahogado—. Ni se te ocurra preguntarte si voy de farol. Soy capaz de todo cuando una zorra estúpida y bravucona les hace daño a las personas que más me importan.

El insulto consigue que la mujer enderece un poco la postura.

—¡Mis hijos no tienen la culpa...!

—Me importa una mierda tu patética familia —le espeta con sequedad—. Porque cuando se trata de proteger a los míos, arraso con cualquiera que se ponga por delante. Y tú —añade con un mirada que roza la demencia y me produce un escalofrío—, tú tienes la maldita suerte de que mi esposa está delante y sé que no me perdonaría si te pego dos tiros y le doy de comer tu cadáver a los perros, que es lo mínimo que te mereces por haberla empujado. —Inclina la cabeza hacia un lado, como si acabase de cambiar de idea. Contrae la mandíbula y aprieta tanto los puños que se le ponen los nudillos blancos—. De hecho, a tus hijos les iría mejor sin ti.

—Stefano. —Antes de que pueda ser consciente de lo que hago, doy dos tres pasos y le pongo la mano en el hombro—. No.

Solo es una palabra. Ni siquiera la digo con el suficiente aplomo. Estoy tan consternada que apenas puedo tocarlo sin sentir que el miedo me hiela el pecho. Aunque algo me dice que él no se desquitaría conmigo. A pesar de mostrarme su peor cara, estoy convencida de que nunca me haría daño.

—Tienes suerte de que esté tan loco por ella que no le pueda negar nada. Si ella no fuera

mi debilidad, tus hijos ya serían huérfanos —le dice antes de apartarse.

Sus palabras no deberían reconfortarme, pero en el lugar que estaba lleno de hielo arden ahora unas brasas que me calientan la piel. Porque, para bien o para mal, nadie había dado la cara por mí de esa forma.

—No cometas el error de subestimarme. —Se tira de la americana para alisar un par de arrugas. Todo en su postura delata a un hombre seguro de sí mismo que no siente un ápice de culpabilidad—. Tu trabajo en la peluquería, el empleo de tu marido en la fábrica, las clases de piano del pequeño Dante... —La mujer estalla en llanto cuando Stefano enumera los pormenores de su vida—. Tienes veinticuatro horas para despedirte de la vida que conoces, hacer las maletas y largarte de la ciudad. —Se limpia una mota de polvo de la hombrera—. Y recuerda: cuatrocientos kilómetros.

La mujer se derrumba de rodillas en cuanto Stefano se da la vuelta. Retrocedo impactada, presa de la conmoción. Mi marido me coge de la mano y me guía hacia el coche. Abre la puerta y espera impasible a que suba. A pesar del horror que siento, entiendo que no es el momento de poner a prueba su paciencia respecto a mí. Por eso subo al coche sin decir una palabra.

Stefano

Levanto el pie del acelerador al darme cuenta de que voy demasiado rápido. Sí, estoy furioso. Pero no quiero tener un accidente cuando Isabella va sentada a mi lado. Ya me desquitaré mañana con Massimo en la clase de boxeo. Ella no tiene la culpa de nada.

Otra cosa es que no pueda evitar la decepción que me llena los pulmones con cada bocanada de aire. Porque no entiendo que mi hermana recurriese a Isabella en lugar de a mí. Entiendo que se ganase su confianza en menos de dos semanas. Mi esposa es comprensiva y ambas comparten el amor por la lectura. Es una mujer joven. Me alegra que se hayan hecho amigas. Eso no significa que no me moleste que Chiara, a la que he criado como si fuera mi hija, le pida ayuda a Isabella en vez de confiar en mí. Pensé que nuestra relación no tenía fisuras. ¿Qué he hecho mal para que confíe en una extraña?

Freno en un semáforo en rojo. Me paso una mano por la barbilla y exhalo con fuerza. Noto que Isabella me mira de reojo. Su silencio me está matando. No me arrepiento de nada, joder. Esa maldita zorra se burló de ella, la insultó y la empujó dos veces mientras yo las observaba porque quería entender qué diantres pasaba. Ahora que lo sé todo me arde el pecho. De hecho, tengo que hacer un gran esfuerzo para no regresar y pegarle una paliza a su marido, aunque quizá no tenga culpa de nada. Me da igual. Nadie se mete con mi familia, y menos con mi hermana.

Saber que Chiara lo pasa mal en el instituto, que una compañera la acosa y no tiene amigos... que se lo ha callado vete a saber por qué, a pesar de que yo podría haberla ayudado. La he protegido durante toda su vida, y ahora resulta que sufre acoso escolar mientras yo creía que estaba a salvo. Siento tantísima impotencia que me arrepiento de no haberle arrancado la cabeza a esa condenada mujer, aunque eso hubiese significado que Isabella no volviera a dirigirme la palabra. Porque, si algo tengo claro, es que ahora mi mujer ahora me tiene miedo. Y, por primera vez en mi vida, no tengo ni idea de qué hacer el respeto. Yo, el *consigliere* del capo de la Cosa Nostra, estoy absolutamente perdido.

«Al menos le importo —pienso antes de pisar el acelerador—, de lo contrario no me habría defendido».

Tengo que estar mal de la cabeza, porque la verdad es que me empalmo al recordar cómo dio la cara por mí.

«Cuidado con lo que vas a decir. *Ese* es mi marido. Lávate la boca antes de hablar de él».

Isabella me defendió. No lo dudó ni un segundo. La rabia que siento se disipa ante una sensación tan extraña como agradable.

—Chiara no te lo contó porque no quería que intervinieras —dice con voz queda, rompiendo por primera vez el silencio. La miro de reojo y veo que está apretando los labios—. No se lo echas en cara. Entiendo que estés enfadado conmigo, pero a ella déjala al margen.

La sensación agradable se disipa como una voluta de humo. Esta es la opinión que tiene

de mí. Soy el villano de su historia. Cree que entraré en casa como una bestia y le gritaré a mi hermana. Nada más lejos de la realidad. Nunca le he levantado la voz a Chiara.

—No estoy enfadado contigo —contesto con sinceridad.

—Me daría igual que lo estuvieras —dice, a pesar de que noto el alivio de su voz—. ¿Sabes por qué tu hermana me pidió ayuda? —La miro con interés y encuentro fuego en sus ojos—. Porque sabía la reacción desmedida que tendrías y quería evitarlo. Por eso me suplicó que no te lo contase.

Intento disimular la amargura que me consume con una risa irónica. Isabella resopla y se cruza de brazos con exasperación.

—Eres imposible.

—Si crees que he tenido una reacción desmedida, no tienes ni idea de lo que habría pasado si tú no hubieras estado. Solo me contuve porque estabas delante.

—No lo dices en serio —musita escandalizada—. Es una mujer. Incluso tú tienes límites.

De acuerdo, tengamos esta conversación. Aminoro la velocidad, giro a la derecha y estaciono el coche en el primer hueco libre. Me vuelvo hacia ella y la miro.

—Límites que no dudaría en cruzar cuando se trata de ti —le aclaro con voz firme—. Hombre o mujer, da igual, Isabella. Si alguien te insulta, se atreve a tocarte o simplemente te mira mal, lo pagará muy caro.

Isabella se sobresalta cuando me inclino sobre ella. No puedo resistir la necesidad de tocarla. La sostengo de las mejillas y acerco mi rostro a escasos centímetros del suyo. Ella separa los labios, no sé si porque siente el mismo deseo que yo o porque está asustada. Tal vez ambas. Deslizo el pulgar derecho por su pómulo, trazando la línea de su mandíbula hasta llegar a su labio inferior. Presiono el dedo contra su apetitosa boca, tirando del labio hacia abajo.

—Siempre cuido de las personas que me importan —digo, mientras mi mano desciende por su cuello. Siento su pulso acelerado contra mis dedos. No es tan inmune a mí como aparenta, y eso me la pone muy dura—. Y tú eres importante para mí, Dulzura.

Observo su reacción cuando le acaricio la clavícula. Espero que se aparte o me pida que pare. No lo hace. Se estremece por mi caricia y se le escapa un suspiro entrecortado. Tengo la polla dura y necesitada. Noto la punta húmeda e imagino lo bien que me sentiría si ella deslizara la lengua y se la metiese hasta la garganta. Eso me impulsa a agarrarla del cuello, con firmeza pero suavidad. La atraigo hacia mí, acariciándole la barbilla con la boca, y sonrío al ver cómo tiembla.

—¿Me tienes miedo?

—No —responde con voz entrecortada.

—¿De verdad no me tienes miedo? —Deslizo la otra mano por su hombro, bajando hacia su cintura. Mis dedos se clavan en su piel suave—. ¿Crees que no te haría daño? Sé sincera. Porque antes me mirabas como si estuvieras horrorizada.

—No te tengo miedo —insiste, esta vez con mayor firmeza—. No voy a defender tu actitud. No me gustó lo que vi. No estoy a favor de la violencia. Pero creo... —vacila un instante—, sé que nunca me harías daño.

Le acaricio el cuello con la yema del dedo, cautivado por su reacción. Es justo lo que necesitaba oír. No podría soportar que me tuviera miedo. Me cortaría un brazo antes de hacerle daño. Necesitaba que lo supiera.

—Para —farfulla, cuando mi mano se adentra entre sus muslos—. Eres un mal hombre.

—Lo soy —admito, dejando la mano quieta—. Eso no significa que no pueda gustarte.

Isabella me fulmina con la mirada. Me agarra de la muñeca, pero no me aparta.

—No me gustas.

—¿No? —la contradigo, burlón—. ¿Entonces por qué me defendiste? —Isabella me mira sin entender, como si no supiera a qué me refiero—. Le dijiste a esa mujer que se lavase la boca para hablar de mí.

Sus mejillas se cubren de rubor ante el recuerdo, y mi sonrisa se ensancha.

—Estamos casados, me guste o no —contesta indignada—. No puedo permitir que hablen mal de ti. La apariencia que daríamos...

—No me vengas con esas —replico—. A ti te importan una mierda las apariencias. Me defendiste porque en el fondo te importo. Soy un mal hombre, es cierto. No soy el príncipe azul con el que soñabas. Eso es precisamente lo que te asusta. Que en un mundo lleno de Enzos, el único que te pone cachonda soy yo.

Isabella abre mucho los ojos, impactada por mis palabras. Le sonrío con suficiencia, consciente de que he dado en el clavo. Por eso me cabrea tanto que se aparte con brusquedad, estire el brazo y forcejee con la manilla para abrir la puerta.

—¿Qué haces?

—¡No quiero seguir escuchando tus tonterías! —estalla. Consigue abrir la puerta y sale como una exhalación. Tardo unos segundos en seguirla, contrariado por su actitud—. ¡No te acerques a mí!

Me detengo a una distancia prudencial. Estamos en mitad de la calle y la gente nos observa. Le lanzo una mirada asesina a un tipo que se acerca a ella, quizá para preguntarle si todo va bien. El hombre se lo piensa mejor y sigue su camino.

—¿Cómo supiste dónde estaba? —exige saber.

La pregunta me pilla desprevenido. Isabella asiente para sí misma, como si acabase de comprender algo.

—¡Le pediste a Vito que me siguiera y te informara de a dónde iba! —me recrimina hecha una furia.

Vaya, curiosa forma de cambiar de tema. Pero si algo he aprendido de mi mujer es que no conviene que ignore sus enfados.

—Sí —admito sin inmutarme.

—Dijiste que no tenía que pedirte permiso para ir donde me plazca —me recrimina dolida.

—No tienes que pedirme permiso. Pero eso no significa que no vaya a vigilar tus pasos para asegurarme de que estás a salvo.

«Porque, en lo que a ti respecta, pienso saber dónde estás y a quién ves en cada momento».

No se lo digo porque no quiero enfurecerla más. Mierda, con lo bien que íbamos. Empezaba a ganarme su confianza, y ahora siento que volvemos al punto de partida.

—¡No finjas que le has pedido a tu perro guardián que me vigile porque te preocupas por mí! —Da un pisotón en el suelo, malhumorada—. Querías cerciorarte de que no iba a visitar a Enzo. ¿O me equivoco?

—No creo que seas tan estúpida —respondo con frialdad—, ni que te importe tan poco su vida.

Se acabó. No quiero seguir discutiendo con ella. No soporto que haya mencionado a ese imbécil. Voy al coche y le abro la puerta del copiloto.

—Sube —le ordeno, sin molestarme en sonar como un tipejo autoritario.

Espero que muestre algo de resistencia. Por eso me sorprende tanto que camine hacia mí con la cabeza bien alta. Su olor a flores silvestres vuelve a ponérmela dura, a pesar de que estoy furioso con ella.

—Lo que tú digas, querido esposo —pronuncia las dos últimas palabras con ironía.

Es tan rápida que no la veo venir. Me agarra la mano y la pone encima de su coño. La palma de mi mano toca la tela de los pantalones vaqueros. Se me escapa un gemido gutural. Ahora es ella la que esboza una sonrisa engreída.

—Eres el último hombre en el que pienso cuando me toco —suelta—. Lo único que me produces son ganas de vomitar.

Acto seguido rompe el contacto, sube al coche y cierra de un portazo. Siento un hormigueo en los dedos. La he tocado, pero no de la forma que me hubiera gustado. ¿Cree que ha herido mi orgullo? No tiene ni idea. Ahora más que nunca siento unas ganas tremendas de hacerla mía. Tarde o temprano gritará mi nombre. Y, cuando lo haga, le recordaré que no son ganas de vomitar precisamente lo que le hago sentir.

Isabella

Han pasado dos días. Stefano y yo seguimos sin dirigirnos la palabra. Él no ha intentado acercarse, algo que agradezco porque sigo alterada y necesito digerir el hecho de que quise que me besara en el coche, a pesar de haber sido testigo minutos antes de cómo amenazaba con destruir la vida de la madre de la acosadora de su hermana. Lo peor de todo es que una parte retorcida y oscura de mi alma se siente atraída precisamente por esa versión del hombre protector y violento que es capaz de cruzar cualquier línea para proteger a su familia.

«Límites que no dudaría en cruzar cuando se trata de ti. Hombre o mujer, da igual, Isabella. Si alguien te insulta, se atreve a tocarte o simplemente te mira mal, lo pagará muy caro».

Mi corazón se acelera al recordar la vehemencia con la que pronuncio aquellas palabras. Es un hecho que no es un hombre perfecto. Pero en el fondo siempre he anhelado que alguien estuviese dispuesto a cruzar cualquier límite por mí. Esa fue la razón por la que me refugié en Enzo: quería que me salvara porque ya había intentado demasiadas veces huir de mi padre. Cuando naces en un mundo que te niega la oportunidad de ser una joven como las demás y quemas todos los cartuchos, te aferras a un clavo ardiendo con tal de conseguir una brizna de libertad.

Por lo menos, la apertura de la librería sigue en marcha. Esta mañana tuve otra reunión con el gestor administrativo. Vito me llevó a la librería y se marchó cuando apareció el operario encargado de la reforma. No me engaño. Ya no. Supuse que estaba en el coche, vigilando mis pasos por si se me ocurría escapar de mi marido e ir en busca de Enzo. Es absurdo. Jamás haría algo así. No porque de repente sienta que nuestro matrimonio tiene futuro, sino porque jamás pondría en peligro a Enzo. Además, hay algo en mí que se rompió después de la boda de mi hermana. En el fondo, sé que lo que me unía a Enzo no era el amor, sino la desesperación.

Ojalá pudiera desahogarme con alguien. Mis amigas de la universidad están muy lejos, y me niego a ser una carga para nadie. Siempre fui la chica rara que no salía de fiesta porque mi padre no lo permitía, ni hablaba de sus ligues porque ningún chico agradable se acercaba a mí. Cada una hizo su vida después de graduarse, mientras yo me quedé con un título que mi padre me impidió utilizar.

Vuelvo a llamar a mi hermana. Me asusta que no me coja el teléfono. Nunca hemos estado tanto tiempo sin vernos. Soy consciente de que no podremos quedar tan a menudo, pero me inquieta que no nos hayamos visto desde que se casó. Estoy preocupada por ella. Algo me dice que su esposo no la trata bien. Sabía que acabaría ocurriendo, pero recé para que, al menos, la respetara durante el primer año de casados. El otro día me envió un mensaje para decirme que no podía quedar conmigo porque estaba muy ocupada. No sé qué la tiene tan atareada. Greta no trabaja, ni tampoco es ama de casa. Su actitud no tiene ningún sentido, a no ser que me esté evitando a propósito.

Por desgracia, solo hay un motivo por el que me ignoraría.

Me froto los brazos para entrar en calor. Tengo los vellos de punta. El viento golpea las ventanas con fuerza. El cielo está cubierto de nubes negras. Echo otro tronco a la chimenea, me siento delante y extendiendo las manos hacia las llamas. Suelto un suspiro al comprender que no me queda más remedio que aceptar que estoy atrapada en un lugar donde hay tormentas muy a menudo.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Donna.

La presencia de nuestra empleada doméstica me reconforta un poco. Donna es una mujer corpulenta de aspecto afable. Me está enseñando a cocinar, aunque temo que no soy una buena alumna. Es una señora callada y muy observadora. Suele quedarse más tiempo del que le corresponde porque sabe me siento sola.

—Sí. —Asiento con una sonrisa forzada. No quiero que se quede a hacerme compañía y la tormenta le impida llegar a tiempo a su casa. Tiene dos hijos. La pequeña nació con síndrome de Rett, una enfermedad rara que afecta exclusivamente a las niñas y merma su desarrollo. No tiene cura. Donna me ha explicado que su única esperanza es la terapia y la rehabilitación. El otro día me contó que Stefano se ha encargado de que su hija cuente con los mejores profesionales, así como las terapias más efectivas.

—Mi querida niña. —Me envuelve con sus brazos y me da un sonoro beso en la mejilla—. ¿Quieres que te prepare una taza de caldo de pollo?

—Estoy bien, Donna —miento para que se vaya a casa. Sus hijos la necesitan más que yo. No soy una niña indefensa, aunque me sienta como una—. Vete antes de que empiece la tormenta.

Me da un pellizco cariñoso en la barbilla.

—Algo te ronda la cabeza, Isa —dice, utilizando el diminutivo con el que me ha bautizado—. Si algo te preocupa, deberías confiar en tu marido. El señor Stefano siempre cuida de los suyos. Ha sido muy bueno con mi familia, y solo soy su empleada.

Aprieto los labios. No quiero depender de la caridad de Stefano, sobre todo cuando sigo cabreada. Puede que parezca una damisela en apuros, pero al menos tengo orgullo.

—No te mentiré. Ambas sabemos que Stefano no es ningún ángel —continúa—. Pero las personas somos demasiado complejas para clasificarnos en una categoría. A veces el gris es un color más interesante que el blanco o el negro.

Hago un gran esfuerzo para no poner los ojos en blanco. Entiendo que le tenga un gran aprecio, sobre todo al haber ayudado a su hija.

—Mi abuela solía decir que una mujer no necesita a un hombre perfecto a su lado, sino a uno que la ame con todo su corazón.

—Stefano no me ama —contesto con firmeza.

De eso estoy muy segura. Otra cosa es que me desee y esté dispuesto a todo con tal de meterse en mi cama.

—Entonces debo de estar ciega —dice con una sonrisa genuina, como si fuese consciente de algo que yo me niego a ver.

Donna se despide de mí y se marcha tras recordarme que meta la cena en el horno a

ciento ochenta grados durante veinte minutos. Me abrazo las rodillas contra el pecho al escuchar el sonido de la puerta al cerrarse. Vuelvo a estar sola. Clavo la mirada en las llamas y permanezco en la misma postura durante bastante tiempo, hasta que siento las extremidades entumecidas y alguien entra en tromba en el salón. Mi primer impulso es coger el atizador de la chimenea para defenderme del intruso, convencida de que un enemigo de Stefano ha venido a asesinarme, o algo mucho peor.

Mis dedos rozan el atizador justo cuando vislumbro el rostro de Chiara, surcado de lágrimas.

—¿Dónde está mi hermano? —pregunta furiosa. Nunca la había visto tan alterada—. ¿Por qué se lo contaste? ¡Te pedí que no se lo dijeras! ¡Pensaba que eras mi amiga!

Deja caer la mochila, se cubre la cara con las manos y rompe a llorar. No necesito preguntarle a qué se refiere. Cuando se desploma sobre la alfombra y me aparta con un empujón al intentar abrazarla, entiendo de qué me culpa.

Stefano

Me encuentro con un panorama desolador cuando llego a casa tras un día de mierda. Primero tuve que darle un escarmiento al primogénito de los Farnese, una familia aparentemente leal a los Morello. El muy inútil creyó que podía manejar el negocio de la cocaína a nuestras espaldas, pero tengo topes en todas partes, y las cucarachas traidoras siempre terminan saliendo a la luz. Tengo los nudillos en carne viva de haberme desquitado con ese idiota. Luego, lo de siempre: gestionar los negocios legales que sirven como fachada para blanquear el dinero, coordinar reuniones clandestinas, sobornar a los *carabinieri* para que hagan la vista gorda, y proteger las rutas de contrabando. Nunca me aburro. Es cierto. Soy el hombre al que todos recurren cuando hay que tomar decisiones difíciles. Por eso es tan absurdo que me asuste cuando mi hermana adolescente le grita, entre sollozos, a mi esposa.

Se me cae el alma a los pies al ver a las dos mujeres más importantes de mi vida peleando. En honor a la verdad, es Chiara la que chilla mientras Isabella intenta tranquilizarla en vano.

—¡Te odio! —No reconozco a mi hermana cuando le da una patada a un cojín—. ¡Eres peor que él! ¡Eres una puta mentirosa!

Me paso una mano por la barba sin afeitarse al escuchar el insulto. No voy a tolerar que le falte al respeto a mi esposa. Ahora somos familia. Nunca la he castigado, pero quizá debí ser más duro con ella.

—Entiendo que estés enfadada —responde Isabella sin perder la calma—. De verdad que lo siento muchísimo. Te prometo que solo intentaba ayudarte.

Permanezco en el umbral, indeciso. Tengo miedo de hacer algún ruido que delate mi presencia. Massimo se burlaría de mí si me viera en este momento. Estoy acostumbrado a tomar decisiones difíciles. Nunca me ha temblado el pulso porque no se trataba de quienes me importan. Me da igual sacrificar a un primogénito de una familia para darle un escarmiento a los demás. O imponer un castigo para que todos respeten a nuestro clan. Pero es diferente cuando se trata de los míos. Chiara siempre ha sido una adolescente ejemplar que me lo ha puesto muy fácil, así que no sé qué hacer con esta jovencita llorosa y malhumorada que discute con mi mujer.

—Pensé que mi hermano era cruel —suelta, y eso consigue que me sobresalte, ya que no sabía que pensara eso de mí—, pero tú eres peor. Contigo hay que tener más cuidado porque no se te ve venir. Eres una mosquita muerta. Al final resulta que estáis hechos el uno para el otro.

El dolor que se apodera de la expresión de Isabella es tan genuino como su sorpresa. Me escuece en el alma que Chiara la haya comparado conmigo. No me engaño a mí mismo: no soy una buena persona. Jamás he sentido culpa ni remordimientos por mis crímenes. Soy un hombre de la mafia. Hago lo necesario para sobrevivir. Si Dios existe, iré de cabeza al infierno. Por eso me horroriza que Chiara tenga la osadía de rebajar a Isabella a mi nivel. Si algo tengo claro en esta vida es que mi esposa es una buena persona que se preocupa más por los demás que por sí

misma. Es bondadosa y gentil. No le ha dicho una mala palabra a Chiara sobre mí, a pesar de que podría ponerla en mi contra con facilidad.

Desde que nos casamos supe que no soy merecedor de Isabella. Es demasiado buena para mí. Precisamente por eso soy incapaz de renunciar a ella. Porque soy un cabrón egoísta que quiso quedársela desde la primera vez que la vi.

—Chiara —digo con dureza, empleando un tono que nunca he utilizado con ella. Mi hermana pega un respingo al verme. Al principio parece asustada de que la haya oído, pero luego yergue los hombros en una postura desafiante—. No vuelvas a hablarle así a Isabella. Le debes una disculpa.

—Y una mierda —escupe con chulería.

Enarco las cejas, contrariado por su actitud. Es la primera vez que la oigo decir una palabrota.

—No hace falta —murmura Isabella, abatida.

—¿Cómo has dicho? —le recrimino a mi hermana.

—Una mierda me pienso disculpar con ella, ni mucho menos contigo —insiste Chiara. No tarda en venirse abajo. Los ojos se le llenan de lágrimas que se limpia de un manotazo furioso—. Si antes estaba sola, ahora sí que me quiero morir. ¡Y todo por vuestra culpa!

Sale corriendo con tanto ímpetu que arrolla a Isabella al empujarla con el hombro. Ella no consigue apartarse a tiempo. Se tambalea hacia atrás y se golpea la espalda con el pico del televisor que hay colgado en la pared. Estoy en shock, así que no soy lo bastante rápido para evitar que se haga daño.

—¡Chiara! —la llamo cuando sale de casa. No voy detrás de ella es porque necesito asegurarme de que Isabella no está herida. Un simple vistazo a su expresión basta para confirmar mis sospechas—. Joder, no sé qué mosca le ha picado a esa cría.

Llevamos dos días sin hablarnos. Ni siquiera hice el intento porque sabía que me toparía contra un muro de rabiosa indiferencia. Ahora no sé cómo acercarme a ella. Observo con los dientes apretados que se acaricia la zona en la que se ha golpeado.

—Voy a por hielo —decido, deseando ser de utilidad.

Regreso al cabo de unos segundos con varios cubitos de hielo envueltos en un trapo de cocina. Isabella entrecierra los ojos con suspicacia cuando hago el amago de tocarla. No quiero empeorar la situación. Algo me dice que soy el culpable. No me queda más remedio que dejar caer el brazo, pese a que daría cualquier cosa por que me dejase tocarla.

—Ya lo hago yo —dice.

Coge el paño y siento un cosquilleo en las yemas de los dedos cuando nuestras manos se rozan. La sensación se extiende desde la mano hasta el brazo. Por un simple puto roce. ¿Cómo no voy a soñar cada noche con ella si esto es lo que siento por una caricia accidental?

—Hablaré con ella —le aseguro—. Y te pedirá perdón.

—Ya has hecho suficiente —responde con evidente crispación—. No quiero que me pida perdón. Lo único que quiero es que esté bien. Le aprecio de corazón. Mi orgullo está muy por debajo de la necesidad de que una cría de trece años se disculpe por algo que dijo sin sentir.

—Ya sé que la aprecias —farfullo avergonzado.

«Ojalá sintieras una pizca de aprecio también por mí».

—Entonces no le exijas que se disculpe conmigo.

—Vale —contesto agobiado. Lo último que quiero es cabrearla a ella—. ¿Qué demonios le pasa? ¿Qué me he perdido? No la reconozco.

Isabella se levanta la camiseta y presiona el hielo contra su espalda, un par de centímetros por debajo de la zona enrojecida. Se me escapa el aliento al ver esa porción de piel desnuda. Cierro las manos, conteniendo el impulso de tocarla.

—Un poco más arriba —digo con la boca seca.

Isabella levanta el brazo, pero no llega del todo. Aprieta los labios, claramente dolorida. No puedo soportarlo más. La cojo de la muñeca, ignoro su mirada furiosa y le arrebató el trapo con suavidad.

—Tú no te ves. Déjame hacerlo a mí —digo, y añado para aplacarla—: Por favor.

No es una palabra que suela utilizar con una mujer. No me hace falta. Normalmente soy el que da las órdenes y ellas aceptan encantadas. Pero me pondría de rodillas si fuera necesario para que me dejase tocarla... y cuidar de ella.

Se le escapa un gemido entrecortado cuando presiono el paño contra la zona magullada. Mañana tendrá un cardenal. No quiero pensar lo que habría pasado si se hubiese golpeado en la cabeza. Cierro los ojos con fuerza. No quiero pensar en ello, ni siquiera imaginarlo. Al abrirlos, noto que su mirada se suaviza con un brillo más cálido.

—No es para tanto. Estoy bien.

—No me mientas. Sé que te duele.

—Estoy acostumbrada a recibir golpes. —Encoge un solo hombro—. Mi padre pegaba mucho más fuerte. Al final te acostumbras. Un analgésico y estaré como nueva.

Aprieto el puño de la mano contraria. Quiero matar a su padre. Hacer que sufra. Utilizar todas las clases de tortura que conozco con ese desgraciado que crio a su hija a base de palizas, en lugar de con cariño y amor incondicional.

—Pensé que no podía odiar más a tu padre —el temblor de mi voz delata mi impotencia. Ojalá nos hubiéramos conocido antes para salvarla de ese cabrón.

No puedo evitarlo. Le aparto un mechón de la cara con delicadeza, rozándole la mejilla con el pulgar. Ella entreabre los labios, seguramente para gritarme que le quite la mano de encima. Por eso me sorprende que exhale un suspiro de alivio, como si mi caricia la reconfortara. Es todo lo que necesito para dar un paso más. Trazo círculos en su pómulos, lentos y suaves. La acaricio de forma reverencial, para que sepa que está a salvo conmigo, que yo nunca le haré daño físico, que no tiene nada que temer de mí. El corazón me palpita desbocado cuando ella entorna los ojos, esta vez sin desconfianza, e inclina la cabeza contra mi mano para que siga tocándola.

—¿Te gusta? —pregunto indeciso. No quiero malinterpretar las señales.

—No debería —musita—, pero sí.

Presiono el paño contra la parte alta de su espalda mientras deslizo el dedo índice por su

mentón y trazo suaves esos por su cuello, fascinado al notar que traga saliva, sin despegar los ojos de los míos. Su cara es una puñetera obra de arte, y cada expresión de satisfacción es un regalo que atesoro en mi pecho.

—Tranquila, amor —digo sintiéndome vulnerable—. A mí me gusta más que a ti.

Isabella echa la cabeza hacia atrás, rompiendo el contacto. Era demasiado bueno para durar. Lo sabía.

—*Amor* —repite en un susurro.

—¿No te parece bien que te llame así?

—Es... —frunce el ceño—... no lo sé. Estoy acostumbrada a que me llames Dulzura. Lo haces para burlarte de mí. Pero eso ha sonado... —me mira indecisa y murmura con una pequeña sonrisa—: *sincero*.

Soy plenamente consciente de lo que significan sus palabras. Isabella no se ha criado en un entorno cariñoso. Contaba con el apoyo de su hermana, aunque tengo la sospecha, por lo que vi en la boda, de que su hermanita le tiene cierta envidia. No digo que no la quiera, pero sé calar a la gente y siento que su relación no es del todo recíproca. A excepción del patán de Enzo, —que la abandonó a la primera de cambio—, es evidente que mi esposa no está acostumbrada a las muestras de afecto.

Sé que dije que la engañaría para que confiara en mí, así que no entiendo por qué me siento tan bien al haber tenido un gesto espontáneo y honesto con ella. Lo nuestro no puede durar. No quiero estar casado para toda la vida con Isabella. Me aterra la idea de atarme de por vida a una mujer. Así que no entiendo por qué me siento tan bien ahora mismo.

—Te gusta que te llame Amor.

—No —responde con debilidad—. En absoluto. Solo me ha pillado desprevenida.

—Te gusta —asiento. No necesito que lo reconozca. El rubor de sus mejillas la delata—. Se acabó lo de dulzura, *amor*.

Suelta un resoplido para hacerse la digna.

—No quiero que me llames de ninguna forma. Solo Isabella.

—Lo dudo, *amor*.

Pone los ojos en blanco, pero la media sonrisa la traiciona. Soy un mentiroso consumado. Por eso ella me resulta tan transparente.

—Deberías ir a buscar a tu hermana. Va a empezar a llover.

Asiento más serio. Tiene razón.

—Por lo menos, dime qué ha pasado.

—Se ha enterado del verdadero motivo por el que Nica se ha ido del instituto. Nica llamó llorando a una amiga para contárselo todo. Se ha corrido la voz.

—Bien, que los demás sepan que no deben meterse con ella.

—Sí, ahora lo saben —responde cabizbaja—. La respetan.

—Eso es bueno.

—Le tienen miedo, Stefano. —Sacude la cabeza con resignación—. Ya no la molestan, pero cuchichean a su espalda y se apartan asustados de su camino. Me pongo en su lugar y sé lo que se siente. En la universidad todos me respetaban por ser la hija de Marcello Ricci. La gente no era del todo sincera conmigo por miedo a ganarse la ira de mi padre... —Cierra los ojos, como si lo estuviese reviviendo—. Los chicos no se acercaban a mí, a pesar de que yo estaba desesperada por llamar su atención y ser como el resto de mis amigas. Cuando eres una adolescente, necesitas la aprobación de los demás. Es una necesidad enfermiza.

Quiero decirle que ella es preciosa e increíble. Cualquier hombre puede verlo. Si no lo hago es porque sé que no es lo que necesita oír en este momento.

—Por lo visto hay un chico que le gusta. —Evalúa mi reacción, por si acaso me pongo en plan hermano sobreprotector. Soy consciente de que Chiara tiene trece años. Es normal que empiece a fijarse en chicos. Lo tenía más que asumido. Continúa al ver que no muevo ni un musculo—. El único que era amable con Chiara. Pero ahora está muerto de miedo. Ella se armó de valor y le preguntó qué le pasaba, y él le ha suplicado que se aleje de él porque tiene miedo de que tú le hagas daño a su familia. La pobre tiene el corazón roto y está avergonzada. La entiendo perfectamente, porque yo también me tropecé con varios chicos como él en el instituto y la universidad. Nunca supe si les gustaba. Respetaban demasiado a mi padre para intentar algo conmigo. Cuando tienes la edad de Chiara, solo quieres encajar y ser como el resto de las adolescentes. Tú le has arrebatado esa posibilidad, Stefano.

Carajo.

Putos críos.

Me froto la barbilla, cada vez más angustiado.

De haber sabido que esto pasaría, habría actuado igual, para qué mentir. Pero luego me habría cerciorado de advertirle a esa madre lo que pasaría si su hija se iba de la lengua. Así le habría ahorrado el sufrimiento a mi hermana.

—Por eso está enfadada contigo. Cree que me dijiste que le hacían bullying. Piensa que has traicionado su confianza —comprendo de golpe—. ¿Por qué no le has contado la verdad? Yo soy el que la cagó. Tú no tienes la culpa de nada.

—No quiero que sepa que le pediste a Vito que me espiera. Eso solo empeoraría la imagen que ya tiene de ti.

Siento un sabor amargo en la punta de la lengua. Una oleada de frío recorre mi cuerpo, seguida de un vacío inquietante. Algo desconocido me revuelve el estómago. Al principio creo que son náuseas, como si hubiera enfermado de repente. Tardo unos segundos en comprender que no reconozco la sensación porque es la primera vez en mi vida que siento remordimientos.

—No es justo que piense mal de ti —digo con una voz extraña, porque la presión que siento en el pecho me impide respirar con normalidad.

—Podré soportarlo —me asegura—. Quizá si compartimos la culpa, ella logre perdonarte antes.

Es demasiado buena para mí.

No me la merezco. Joder, nunca me la mereceré.

Por eso me doy la vuelta y salgo de casa como una exhalación, deseoso de traer de vuelta a mi hermana. Necesito hacer algo de utilidad y desprenderme de esta sensación viscosa y desagradable.

Isabella

Tardan demasiado.

Hace más de una hora y media que Stefano salió a buscar a Chiara. Estoy preocupada por ambos. Pego un grito cuando se escucha un fuerte trueno, como si el mismísimo Thor nos hubiese declarado la guerra. La luz del techo parpadea. El viento azota con fuerza las persianas y una ventana se abre de golpe, estrellándose contra la pared. Corro a cerrarla, aliviada de que el cristal no se haya roto.

Cojo el móvil y llamo a Stefano. No hay cobertura. Me entran ganas de estrellarlo contra el suelo. ¿Y ahora qué? Quizá les haya pasado algo. Ellos conocen los alrededores de la casa mejor que yo. Solo soy una mujer con pánico a las tormentas. Una criatura tonta e indefensa que sintió mariposas en el estómago cuando su marido le mostró un ápice de cariño. Recuerdo cómo me tocó; como si le importara de verdad. Fue demasiado real para que lo fingiese. Quiero creer que lo era. Se me acelera el corazón al recordar cómo pronunció la palabra «amor» mientras me miraba como si fuese todo su mundo.

La determinación se apodera de golpe de mí. Me quito las zapatillas, busco las botas de agua, me pongo un impermeable y rebusco en los cajones hasta encontrar una linterna.

No me quedaré de brazos cruzados. De eso nada. Si él puede proteger a su familia, ¿por qué no puedo hacer yo lo mismo? Tengo veintitrés años, por el amor de Dios. Sobreviví a los malos tratos de mi padre. He crecido creyendo que soy débil, un pajarillo asustado al que habían enjaulado después de cortarle las alas. Intenté escapar en varias ocasiones. De acuerdo, no lo conseguí, pero eso no me detuvo. Seré débil, pero nunca he sido un cobarde.

Aferro la linterna con la mano derecha y aspiro hondo. El viento me golpea con furia al abrir la puerta. La bilis me sube por la garganta y me tiemblan las rodillas.

«No puedo hacerlo».

«Sí puedes —murmura una voz que no sé de dónde viene—, sí puedes».

—Solo es lluvia —digo en voz alta.

Pienso en mi madre. Nadie la salvó. ¿Qué habría pasado si una sola persona hubiese desobedecido las órdenes de mi padre? El dolor me atraviesa al comprender la realidad. Todos miraron para otro lado. Si alguien hubiese intervenido, ahora ella estaría viva. No tendría que preguntarme cómo habría sido crecer con una madre que me arropaba por las noches y me besaba en la frente.

Me trago las náuseas y salgo de casa con el corazón desbocado. Me digo que cada paso es un golpe que le devuelvo a mi padre. Cada paso es un insulto que no pude gritarle. Cada paso me recuerda que soy una mujer válida, no una chiquilla indefensa que necesita que un hombre la salve. Cada paso es un abrazo cálido de mi madre, que tanta falta me hace.

Apenas he recorrido quince metros cuando algo me llama la atención. Solo es un murmullo, pero aguzo el oído. Los sollozos se mezclan con el ruido del viento aullante y la lluvia

torrencial que golpea contra las ramas de los árboles. Un relámpago ilumina el cielo por segundos. Entonces veo movimiento dentro del coche de Stefano: una cabeza cubierta de pelo castaño claro, el tono inconfundible de los Lombardi. La cabeza se oculta bajo el asiento cuando me acerco. Corro hacia el coche y abro la puerta de golpe, enfadada a la par que aliviada.

No puedo creer que estuviese aquí escondida, a escasos metros de casa mientras su hermano la está buscando en mitad de una tormenta.

—¡Chiara! —exclamo, abrazándola cuando intenta huir de mí. Me da igual que haya corrido un riesgo innecesario. He echado en falta abrazos durante toda mi vida y sé cuándo alguien necesita uno, aunque no lo pida—. Menos mal que estás aquí. Me tenías muy preocupada.

Chiara esconde la cara en mi pecho y rompe a llorar. Le acaricio la espalda con suavidad para tranquilizarla. No quiero que piense que estoy enfadada con ella. No es momento de recriminaciones.

—Tu hermano salió a buscarte.

Mi cuñada se aparta y me mira con los ojos vidriosos y confundidos.

—¿Hace cuánto?

—Más de una hora y media.

Su rostro se tiñe de miedo y culpabilidad.

—Lo escuché llamarme, pero quería castigarlo por lo que hizo y me escondí para que no me viera. Necesitaba pagarle con la misma moneda para que supiera lo que se siente cuando te hacen daño. —Se muerde el labio inferior—. Luego empecé a arrepentirme y quise salir, pero estaba avergonzada de haberte gritado y...

—No pasa nada —le aseguro, tirando de ella hacia la casa.

Llevo apenas unos minutos fuera y ya estoy calada hasta los huesos. El pánico se apodera de mí. Debo encontrar a Stefano. Seguro que se ha alejado al no encontrar a Chiara. Lleva demasiado tiempo fuera. Debería haber vuelto a la casa, pero es Stefano. Si algo sé de él es que nunca abandona a las personas que le importan. Dios, es tan diferente a Enzo...

—Creí que había vuelto a casa —dice asustada. Se libera de mis brazos e intenta volver a salir, pero le corto el paso. No tiene nada que hacer contra mí. Le saco varios centímetros. Por una vez, soy la que maneja la situación—. ¡Tengo que ir a buscarlo! ¡No, suéltame! Tú no lo entiendes... —Me golpea en el pecho y llora desconsoladamente, pero no la suelto. No permitiré que se ponga que en peligro—. Es mi familia, él es lo único que tengo...

Chiara tiene la cara llena de lágrimas y mocos. Es tan joven y vulnerable. Ojalá alguien hubiese cuidado de mí cuando tenía su edad. Por eso sé lo que debo hacer. Me da igual que no eligiese esta vida. Ahora ella es parte de mi familia.

—Lo encontraré y lo traeré a casa —le prometo, llena de determinación—. Confía en mí, ¿vale?

—Debería ir contigo —contesta indecisa—. No conoces el camino.

—Gritaré hasta que me oiga.

Rezo para que eso baste para que Stefano venga hasta a mí. Algo me dice que mis gritos conseguirán alertarlo. Confío en que es la clase de hombre que correría en mitad de una tormenta para encontrarme.

—Prométeme que no saldrás de casa —digo con tono inflexible—. O no me muevo de aquí.

Estoy horrorizada por que le haya pasado algo a Stefano, pero él jamás me perdonaría que no cuidara de su hermana. Debo cerciorarme de que me hará caso.

—Lo juro —murmura entre hipidos.

No necesito más para salir corriendo. Ignoro la lluvia furiosa, el rugido del viento, las ramas rotas y los árboles caídos que encuentro a mi paso. Mis botas se hunden en el barro. Ilumino el sendero con la linterna y grito el nombre de Stefano con todas mis fuerzas.

Rezo para que me oiga.

Stefano

He perdido la noción del tiempo.

Me arde la garganta de tanto gritar el nombre de mi hermana una y otra vez. Conozco este bosque como la palma de mi mano. No entiendo dónde se ha metido. Lo único que sé es que soy el único culpable. Necesito encontrarla, rogarle que me perdone y regresar a casa con Isabella, que está sola por mi puta culpa. Mi mujer tiene miedo a las tormentas. Mi lugar está a su lado.

Soy un idiota.

Noto las piernas flojas, cada vez me cuesta más caminar. Estoy empapado. Si estrujara mi ropa, podría llenar un bidón de agua. Debería haber salido con botas de agua y un buen chubasquero, pero estaba demasiado enfadado conmigo mismo como para pensar con claridad, y demasiado preocupado por mi hermana como para escoger ropa más adecuada.

El viento aúlla mi nombre. Sé que estoy al borde de desmayarme. Eso explica la alucinación.

Mi respiración se vuelve pesada, y mis pasos torpes. Es como si mi cuerpo estuviese hecho de piedra; rígido, pesado y cada vez más insensible. La impotencia de no encontrar a mi hermana se mezcla con el agotamiento físico. Ya ni siquiera quiero echarle la bronca por haberle gritado a Isabella. Lo único que necesito es encontrarla, llevarla a casa y abrazar a mi mujer, que odia las tormentas. Ojalá estuviese con ella. No quiero cuidarla porque sea mi obligación, sino porque me preocupo por ella. No sé cómo ni cuándo ha sucedido, pero el bienestar de Isabella forma parte de mi escasa lista de prioridades: cuidar de Chiara y ser un buen *consigliere* para Massimo. Todo lo demás siempre me ha importado una mierda.

De nuevo, el silbido del viento grita mi nombre, esta vez con voz de mujer. Es muy parecida a la de Isabella. Resulta que la vida quiere burlarse de mí. Isabella está en casa, probablemente temblando en la cama, maldiciendo el día en el que se casó conmigo y la obligué a vivir en mitad de las montañas.

El aire helado me quema los pulmones con cada respiración entrecortada. Me duelen hasta los dedos de las manos. Siento un latido sordo en la cabeza que me nubla los pensamientos y la vista. La lluvia me castiga sin tregua como si me estuvieran dando cuchilladas. Lo único que me mantiene en pie es una mezcla de tozudez y desesperación.

—¡Stefano! —chilla Isabella.

Parpadeo aturdido. Me agarro a la rama de un árbol para no perder el equilibrio. Eso ha sonado demasiado real y cerca para ser una alucinación. Pero no puede ser. Isabella me odia. Nunca correría semejante riesgo por mí. Además, tiene pánico a las tormentas.

—¡Stefano! —grita mi nombre con una mezcla de rabia y miedo que me atraviesa. Lo grita como si le importara—. ¡Stefano! Por favor, no hagas esto, me estoy asustando. ¡Maldita

sea! ¿Crees que he salido en medio de esta tormenta solo para que me ignores como un idiota?

Es real.

Solo ella podría llamarme idiota mientras viene a rescatarme de mi propia estupidez.

¡Jesucristo! No es una alucinación.

Mi mujer salió a buscarme en plena tormenta. No sé de dónde saco la fuerza para correr hacia ella. O, mejor dicho, arrastrarme hacia su voz y la luz que veo a lo lejos. Si no me desmayo es por pura fuerza de voluntad.

—¡Isabella!

—¿Stefano? Oh, Dios... —Está realmente asustada—. ¡Estoy aquí!

Siento que voy a vomitar los pulmones. Me duele todo el cuerpo y apenas siento las piernas. Me obligo a seguir avanzando al ver su silueta. Es una visión maravillosa: su pelo rubio empapado por la lluvia y su precioso rostro lleno de alivio al verme. Isabella corre hacia mí. No sé si está llorando porque tiene la cara empapada por la lluvia.

—¡Imbécil! —Me echa los brazos al cuello y juraría que se le escapa un sollozo—. Llevo un buen rato llamándote. Estaba muerta de miedo.

¿Miedo? ¿Acaso... estaba preocupada por mí?

Su cuerpo es un refugio cálido y embriagador, a pesar de que ambos estamos calados. Al menos se ha puesto un impermeable. Tiemblo contra su abrazo. Me empiezan a fallar las rodillas. No puedo más.

—Chiara...

—Está en casa. Se había escondido en el coche.

—No me mientas —digo receloso.

—Lo juro por mi vida. —Se aleja y resisto el impulso de protestar y estrecharla de nuevo contra mí—. ¿Por qué no me respondías?

Su expresión ceñuda es un borrón.

—Pensé que eras una a-alucinación —digo, sin poder evitar que me castañeen los dientes por culpa de la hipotermia—. No... d-deberías... —arrastro las palabras— haber... venido a... b-buscarme.

Me desplomo hacia delante y estiro el brazo para apoyarme en un árbol, pero Isabella me atrapa antes de que caiga.

—¡Stefano! —Me pasa un brazo por la cintura y me obliga a echarle uno por encima de los hombros—. Agárrate a mí. Tenemos que llegar a casa.

—Peso... demasiado —farfullo, avergonzado de ser un lastre. Yo debería cuidar de ella, y no al contrario—. Vete... s-sin mí.

—No digas tonterías. Le he prometido a Chiara que te traería sano y salvo. —Tira de mí con gran esfuerzo, la delata su respiración entrecortada—. Puedes poner de tu parte, o ambos moriremos de hipotermia. Porque no pienso abandonarte.

Quiero preguntarle por qué, pero estoy demasiado débil para enfrentarme a la mujer más

testaruda que conozco. Sé que se quedaría conmigo. Sería capaz de morir para llevarme la contraria. Eso me impulsa a hacer un último esfuerzo y arrastrar los pies.

—Ya falta poco —me anima resollando.

Odio que tenga que cargar conmigo. Aprieto los dientes, me trago las náuseas e ignoro el ardor del pecho. No puedo abandonar a mi hermana. Pero, sobre todo, me niego a dejar a Isabella cuando ella está poniendo todo de su parte para que me quede a su lado. Cada paso es como caminar descalzo sobre cristales. Los últimos metros son una agonía, hasta que atisbo el contorno nebuloso de la fachada de la casa y una figura femenina viene hasta nosotros.

—¡Está pálido! Parece un fantasma. ¿Se va a morir? —pregunta mi hermana, angustiada.

Sinceramente, creo que sí. He recibido bastantes golpes. Me han apuñalado dos veces. Sin embargo, esto no se parece a aquellas ocasiones en las que estuve al filo de la muerte. Ahora no veo esperanza, salvo la que encuentro en la voz de mi mujer al responder:

—No pienso quedarme viuda.

Su comentario *casi* me hace sonreír. Y digo casi porque respirar ya es una batalla. Entre Chiara e Isabella me ayudan a entrar en la casa. Lo observo todo como si fuera el espectador de una película. Me llevan al baño. Isabella le ordena a mi hermana que caliente un táper de sopa casera de Donna, y luego cierra la puerta. Murmura algo sobre que no me haga ilusiones cuando empieza a desvestirme. Es una lástima que no sienta sus manos mientras me desabrocha la camisa empapada. Por una vez que me toca, no puedo siquiera sentir el roce de sus dedos.

—Estás helado —susurra asustada—. Tienes que entrar en calor.

Me encantaría hacer una broma sobre que conozco una forma de entrar en calor, pero estoy absolutamente hecho polvo cuando me quita la ropa. Escucho el agua correr. Estoy sentado en el suelo, indefenso.

—Vamos —intenta empujarme en vano dentro de la ducha. No puede conmigo. Peso demasiado—. ¡Necesito que me ayudes! Venga, Stefano. Métete en la ducha.

«No puedo —quiero gritarle—, déjame cerrar los ojos. Tengo mucho frío. Quiero dormir».

—¡No te duermas! —me espabila de una bofetada—. Tienes que levantarte y meterte en la ducha. No lo hagas por mí. Hazlo por Chiara. ¿Qué va a ser de ella?

Intento ponerme de pie. Tiene razón. Resbalo y me caigo de nuevo al suelo. Maldición, estoy agotado. Mis piernas parecen hechas de gelatina. Isabella me zarandeo y me ordena que me levante.

Todo se vuelve negro. El cansancio se apodera de mí como una manta mullida. Mi pulso se va apagando mientras me rindo al sueño. Cerraré los ojos un momento. No pasará nada si echo una cabezada para recuperar fuerzas.

—¿Vas a abandonarme, en serio? —me recrimina con una mezcla de furia e indignación—. ¡Me divorciaré y me casaré con Enzo si no te metes en la ducha!

Su amenaza me espabila de golpe. La imagen de Enzo —victorioso y satisfecho—, besando a Isabella, provoca que la rabia me encienda y se lleve momentáneamente el frío. Suelto un gruñido, apoyo las manos en las baldosas y me arrastro hacia la ducha como un animal

malherido y hambriento de venganza.

—Por encima de mi cadáver —farfullo, agotado y furioso.

Siento un dolor profundo y lacerante cuando el agua cae por mi piel. La sensación es parecida a pequeñas agujas que me pinchan por todas partes. Mascullo una palabrota. La sonrisa satisfecha y a la vez aliviada de Isabella me calienta más que la ducha. Hasta que me doy cuenta de que su expresión va mudando en una mezcla de nerviosismo y algo muy parecido al deseo que se esfuerza en ocultar.

—Te juro que no estoy mirando —dice avergonzada.

—Mira t-todo lo que quieras —respondo tiritando—. No tengo n-nada de qué avergonzarme. Estoy como un t-tren. Eres m-mi esposa.

Parecería una respuesta épica si no fuese un tipo desnudo y tembloroso que se encoge de dolor bajo el agua. Las manos de Isabella me frotan con suavidad, evitando la zona de la cintura para abajo. Me estoy muriendo. Ahora estoy seguro. Porque mi polla ya no tiene vida propia y no responde a sus caricias.

Mierda. Qué forma más triste de morir. Al menos podría haberme empalmado.

El calor se filtra despacio en mis músculos rígidos y agarrotados, pero no lo suficiente para subir mi temperatura corporal. Isabella hace todo lo posible para que vuelva en mí. Me susurra al oído palabras de aliento que jamás esperé escuchar de ella. Me acaricia con cuidado, como si de verdad le importara. Estoy demasiado exhausto para darle las gracias. Ahora ya no puedo evitar sucumbir al sueño. Agotado, me derrumbo sobre el suelo de la ducha y cierro los ojos.

36

Isabella

No sé cómo logré arrastrar a Stefano al dormitorio y meterlo en la cama. Cuando se desmayó en el baño, temí que no volviera en sí. Lo desperté de una fuerte bofetada y le supliqué que se apoyara en mí. Me hice daño en la espalda al cargar con parte de su peso, pero al menos respiré tranquila cuando se derrumbó en la cama, hasta que volvió a perder el conocimiento. Desde entonces, no ha recuperado el conocimiento.

—Stefano. —Lo zarandeo sin obtener resultado.

Me entra el pánico. Su rostro ha perdido casi todo el color y tiene la piel muy fría. Pego

la oreja a su pecho y me tranquilizo un poco al escuchar los latidos débiles.

Sigue vivo.

El alivio me dura muy poco al comprender que lo estará si no consigo que entre en calor. Lo cubro con el edredón y echo otro tronco más a la chimenea del dormitorio. Stefano está tiritando y ha comenzado a delirar. Murmura sin parar el nombre de Adriana. La primera vez me sobresalto, pues no sé de quién se trata. A la quinta, ignoro el resquemor que me sube por el pecho. No es momento de preguntarme si alguna de las innumerables amantes de Stefano es más importante para él que el resto.

Le echo la manta de borrego que hay a los pies de la cama y luego voy al salón para coger la colcha de ganchillo que hay en el sofá. Chiara me observa asustada desde la cocina, así que me veo obligada a forzar una sonrisa.

—Se encuentra mejor —miento, con tal de no preocuparla.

Nunca he estado al mando de la situación. Soy la que recibe órdenes, y no al contrario. Mi hermana siempre me echaba la bronca y mi padre me golpeaba cuando le desobedecía. Después de casarme con Stefano, se repitió el patrón. No por las palizas, sino porque él es un hombre protector y acostumbrado a cuidar de los suyos.

Ahora me toca a mí tomar las riendas.

—No quiero que se muera por mi culpa —balbucea, con los ojos llenos de lágrimas—. Estuvo fuera demasiado tiempo, buscándome. Todo es culpa mía. Si le pasa algo...

—Se recuperará —digo convencida—. Es una persona muy fuerte

El hecho de que quiera divorciarme de él no significa que vaya a mirar para otro lado mientras sufre una hipotermia. Voy a salvarle la vida al bobo de mi marido. Ha cometido muchos errores, pero eso no significa que no merezca una segunda oportunidad. Necesito que vuelva a mirarme como si no pudiera ver a nadie más, que me sonría de lado y haga algún comentario subido de tono que me enfurezca y al mismo tiempo me haga querer arrancarle la ropa.

Cojo la manta, el tazón de sopa que ha preparado y regreso al dormitorio. Cierro la puerta y echo el pestillo. No quiero que Chiara sepa la verdad. Tapo a Stefano y le pongo una mano en la frente. Sigue estando helado.

—Isabella...

Le aprieto la mano cuando pronuncia mi nombre. Da igual que lo odie o que empezáramos de la peor forma. No importa que me arrancase de los brazos de Enzo o se acostase con mi hermana. Nada de eso es relevante en este momento. Lo único que deseo es que se recupere.

Ni siquiera estoy convencida de que lo desprecie. Lo que siento por él es demasiado complejo para analizarlo.

—Estoy aquí. —Le acaricio los nudillos—. Cuidaré de ti.

—Amor... —murmura, con el ceño fruncido—, quédate conmigo.

Me muerdo el labio al escuchar su nuevo apelativo. Sí, me gusta. La mayoría de las veces no sé si Stefano está siendo honesto conmigo o solo intenta manipularme para que caiga en sus redes. Hace unas horas, sin embargo, juraría que su forma de acariciarme fue completamente

sincera. Por eso me emocioné cuando me llamó «amor». Porque, si mi esposo se quita la careta y se muestra tal cual es, mucho me temo que este matrimonio podría ser lo más real que me ha pasado en la vida.

—No me voy a ningún lado —le prometo, apartándole el pelo de la cara con ternura—. Necesito que hagas un esfuerzo y comas un poco de sopa.

Le coloco dos almohadas bajo la espalda para ayudarlo a incorporarse. Stefano tiene los ojos entrecerrados y la boca apretada. No me gusta darle un pellizco en el brazo para que se espabile. Abre los ojos y me observa con una mezcla de confusión e irritación, como si no supiera dónde está y estuviese tan agotado que solo quiere rendirse al cansancio. Su mirada se suaviza al darse cuenta de que quiero darle de comer.

Consigo que engulla un par de cucharadas antes de que exhale un suspiro trémulo y caiga de nuevo en las garras de Morfeo. Se supone que las mantas, la comida y el fuego de la chimenea deberían hacerlo entrar en calor, pero sigue temblando. Lo observo con impotencia.

¿Y ahora, qué? He hecho todo lo que hay que hacer en caso de hipotermia.

Cojo mi teléfono para comprobar que sigo sin cobertura. De todos modos, intento llamar a emergencias. No hay señal. Dejo el móvil en la mesita de noche y me tapo la cara con las manos, frustrada. La desazón me invade con fuerza.

Debería rezar por él. No soy una persona muy religiosa, pero ahora está en manos de Dios.

El mismo Dios que abandonó a mi madre.

El mismo Dios que no me protegió de los puños de mi padre.

El mismo Dios que no me ayudó cuando intenté escapar de él.

No.

Dios no hará nada por Stefano. Si me limito a rezar por él, Chiara se quedará sola y yo seré viuda. Mi padre no tardará en casarme con algún viejo que reclamará mi cuerpo la noche de bodas. Tal vez Dios nos haya abandonado, pero yo no.

Hay una forma de que Stefano entre en calor. Si no me la había planteado hasta el momento era porque tenía la esperanza de que una ducha caliente y algo de comida le subieran la temperatura. Inspiro hondo y me quito el jersey. Ignoro los latidos acelerados de mi corazón y el temblor de mis manos. No tiene la menor importancia. Soy una adulta. Le estoy salvando la vida.

Me desabrocho el sujetador y bajo los pantalones mientras recuerdo el cuerpo musculoso de mi marido en la ducha. Le mentí al decirle que no lo miraba, pues la verdad es que eché un vistazo sin poder evitarlo. Y lo que vi me dejó... impresionada.

Sacudo la cabeza para borrar esa imagen de mi cabeza. Soy lo peor. Stefano está desnudo e indefenso. No debería desearlo. Solo voy a compartir mi calor corporal con él porque quiero salvarle la vida. Espero que funcione. Es la única opción después de haberlo probado todo. Estamos incomunicados. No puedo hacer otra cosa.

La idea la he sacado de un libro que leí hace un par de años. Los protagonistas se quedaban incomunicados por un alud y se daban calor para sobrevivir. El calor corporal es una de las formas más rápidas y prácticas de elevar la temperatura de alguien con hipotermia,

especialmente si, como es nuestro caso, no se dispone de otros medios como mantas térmicas o atención médica inmediata. La cercanía directa permite que el calor pase de una persona a otra. O eso espero.

Es una solución instintiva y accesible, motivada por mi impulso desesperado de salvarle la vida. Ignoro la punzada de incomodidad que me sacude al quedarme desnuda, excepto por las bragas que me dejo puestas. Cruzo la barrera de la incomodidad y me meto en la cama, cerrando los ojos al rozar el cuerpo de Stefano.

—No te hagas ilusiones —bromeo con debilidad—. Esto no significa nada.

Al principio noto cierto malestar al sentir su cuerpo frío contra el mío. Me estremezco a causa del contraste térmico, hasta que mi cuerpo se va adaptando poco a poco. Le doy un beso en el cuello. No sé por qué lo hago. Solo quiero calmarlo y hacerlo sentir mejor, aunque lo cierto es que soy yo la que se calma al posar mi boca contra la piel helada de su cuello y sentir sus pulsaciones contra mis labios.

—Qué frío estás —musito contra su cuello—. Haré que entres en calor.

Me pego más a él, colocándome encima, de manera que recuesto la cabeza en su hombro, mis pechos se aplastan contra su torso y mis piernas se enredan entre las suyas. Trago con dificultad al sentir su polla pegada a mi vientre.

Es demasiado íntimo. Intenso.

Se me escapa un gemido de sorpresa porque esperaba sentirme incómoda, pero no... excitada.

No está bien. No debería disfrutarlo.

Bloqueo las sensaciones abrumadoras que despierta su cuerpo desnudo contra el mío. Su piel está fría y húmeda, pero yo estoy al borde de sufrir un golpe de calor. Siento un hormigueo en el vientre, el pecho y las piernas. Le froto los brazos con brío. Stefano suelta un gruñido y se pega de forma instintiva a mí. Sé que no lo hace porque me desee, sino porque le está subiendo la temperatura y mi cuerpo es un refugio cálido. Me agarra del muslo y me pasa el otro brazo por la parte baja de la espalda, desesperado por sentir mi calor.

El silencio que nos rodea es interrumpido solo por el golpeteo de la lluvia contra la ventana y el sonido de su respiración irregular, cada vez más acompasada. Mi propia respiración se mezcla con la suya, agitada por razones distintas. Intento concentrarme en darle calor, ignorando las sensaciones que me invaden. Pero mi cuerpo tiene ideas distintas, y cada movimiento suyo desata un incendio dentro de mí.

Mis manos recorren su espalda con movimientos firmes y desesperados, pero el contacto con su piel fría y tensa despierta una oleada de emociones contradictorias. Por un lado, siento la necesidad primitiva de cuidarlo, como si al mantenerlo cerca pudiera librarlo de cualquier peligro. Por otro, no puedo ignorar cómo esa cercanía desata una corriente de calor que nada tiene que ver con la hipotermia.

Stefano se mueve bajo mi cuerpo, y su respiración se convierte en un suspiro ronco que envuelve el espacio entre nosotros. Me congelo al darme cuenta de que mi boca está peligrosamente cerca de la suya, y por un segundo dudo. Mi mirada se pierde en las líneas de su rostro, en la tensión de su mandíbula, en sus labios entreabiertos, tentadores.

—Tranquilo —murmuro, más para mí que para él, mientras deslizo los dedos por su cabello mojado y enredado. El temblor de mi voz me traiciona.

Él murmura algo ininteligible. De repente, sus manos frías pero firmes se aferran a mis caderas como si temiera que me alejara. Es un gesto reflejo, automático, pero la intensidad del contacto me envuelve. Mi corazón late con fuerza, y siento cómo mi propia temperatura se eleva al mezclarse con la suya.

«Esto no está bien», me recuerdo en silencio. El razonamiento se desvanece tan rápido como llega, sepultado por la necesidad de asegurarme de que Stefano se recupere. No pienso separarme de su lado hasta que abra los ojos y suelte un comentario provocador de los suyos. Aunque deba ignorar el deseo que incendia mi piel y la necesidad de aplastar mi boca contra la suya, subirme a horcadas y follarlo como necesito.

No me aparto. Me limito a seguir acariciando cada centímetro de su piel para ofrecerle el calor que no puede producir por sí mismo. No sé cuánto tiempo transcurre. En algún momento de la noche, los párpados me pesan demasiado y sucumbo al cansancio.

Stefano

Qué sueño tan jodidamente bueno.

No quiero despertarme.

Isabella está encima de mí, frotando mi cuerpo para que entre en calor. Sus deliciosas tetas están pegadas a mi torso. Sus pezones duros rozan el vello de mi pecho. Me acaricia el cuello con la boca y me susurra al oído que no me haga ilusiones, pero luego me da un beso.

Y un carajo no voy a hacerme ilusiones. La agarro del muslo y siento un profundo regocijo cuando el frío me abandona muy despacio mientras su calor corporal me envuelve. Sus manos me prodigan caricias por todas partes, evitando la zona necesitada de mi entrepierna. Murmuro su nombre y fuerzo a mis dedos a moverse porque necesito tocarla.

Pierdo la conciencia y vuelvo en mí a cada rato. Consigo recuperar la movilidad de los brazos y clavo las manos en su culo, desesperado por tenerla más cerca. Su olor es una droga, y sus manos la mejor medicina.

La respiración cálida y acompasada de Isabella me hace cosquillas en la mejilla. Una de sus piernas está enredada entre las mías. Está medio recostada encima de mí. Lo único que nos separa es la tela de sus bragas, que quiero arrancarle. La polla me palpita dolorida y húmeda. La punta del glande roza sus piernas. Un gemido ronco escapa de mi garganta cuando muevo las caderas para pegarme más a ella y mi polla se desliza entre sus muslos. Isabella se mueve encima de mí y balbucea mi nombre.

Abro los ojos de par en par.

Lo primero que veo es un mechón de pelo rubio y un trozo de piel desnuda.

No es un puto sueño. Esto es... joder, ¡es real!

El corazón casi se me sale del pecho. Pensé que había muerto y estaba fantaseando con Isabella. No puedo creer que ella me haya cuidado durante toda la noche, prodigándome calor con su propio cuerpo.

Le aparto el pelo de la cara con suavidad, sin querer despertarla. Tiene los labios entreabiertos y la cara sonrojada. Le acaricio la mejilla cálida. No me extraña que esté ardiendo, porque yo ya no siento ni una pizca de frío. Aparto la mano cuando frunce el ceño y murmura algo que no llego a entender.

—Shhh —susurro—, sigue durmiendo.

Se pega instintivamente a mí y exhala un suspiro. Lucho contra la necesidad de meterle la polla en la boca entreabierta y correrme dentro. No duraría ni tres segundos.

Me ha salvado la vida.

Siento una mezcla de gratitud y respeto hacia ella. Fue a buscarme en mitad de una tormenta, a pesar de su miedo. Me dio una ducha, me alimentó y pasó toda la noche calentándome.

Es más fuerte de lo que cree. Se subestima a sí misma. Podría haberme dejado morir, pero es demasiado noble para mirar para otro lado.

Mis ganas de follarla salvajemente aumentan. Está desnuda y tumbada encima de mí. Un buen hombre lucharía contra este impulso, pero nunca he sido un tipo decente. Me siento agradecido de que me salvara la vida, pero sigo siendo un cabrón egoísta. Y resulta que estoy dispuesto a caer muy bajo para conseguir lo que quiero.

Apoyo la palma de la mano contra su hombro y la empujo con suavidad para que quede bocarriba. Aparto la manta con cuidado y observo lo que anoche me perdí: sus pechos generosos y pálidos, con los pezones rosas más tentadores que he visto en mi vida. Unos pezones que están duros porque, por mucho que ella lo niegue, me desea casi tanto como yo a ella.

Dios bendito, no puedo soportarlo más.

Acercó la boca al pezón derecho y le doy un lametazo suave, rezando para que no se despierte. Ella se estremece y arquea la espalda, buscando mi contacto. La observo fascinado mientras mi mano se desliza hacia mi polla necesitada. La agarro de la cabeza con fuerza y el líquido preseminal se desliza por el glande. Froto la punta contra su muslo para mancharla. Al marcarla, siento que la reclamo como mía.

—Mía —repito con un gruñido.

Separo los labios y capturo su pezón, succionándolo entre los dientes. Ella se retuerce de placer y suelta un gemido. Echo la cabeza hacia atrás para ver si se ha despertado. La imagen se graba en mi retina. Tiene la boca entreabierta, las mejillas cubiertas de rubor y los ojos cerrados. Su mano derecha está retorciendo las sábanas, y la izquierda se frota el coño por encima de las bragas.

Sonrío de medio lado.

«Vaya... vaya. ¿Qué tenemos aquí?».

Mi dulce esposa cree que está teniendo un sueño erótico. Es injusto que me aproveche de ella. Pero, como soy un tipo despreciable, es precisamente lo que voy a hacer. Me digo a mí mismo que si no me deseara, si no quisiera lo que estoy a punto de darle, no se restregaría contra mí como una gatita en celo.

Le acaricio el pezón con la lengua, ejerciendo la presión perfecta con los dientes, lo que le provoca otro gemido. Suelto mi polla necesitada y agarro su muñeca, ayudándola a deslizar la mano por debajo de la tela. Entonces le ordeno con voz queda:

—Tócate mientras piensas en mí.

Isabella separa las piernas y mete la mano por completo. Observo cómo se da placer a sí misma. Su boca se entreabre para soltar otro suspiro tembloroso. Ignoro las palpitaciones de mi polla. Decido centrarme en que ella disfrute. Quiero regalarle un orgasmo para agradecerle lo buena que ha sido conmigo, aunque sé que me mataría si supiera lo que estoy haciendo.

Le agarro los pechos con ambas manos y los devoro como siempre he querido hacer. Tiene unas tetas increíbles; redondas y firmes. Me vuelvo loco cuando me agarra del pelo de la nuca con la otra mano y presiona mi cara contra sus tetas. Le encanta. Claro que sí. He soñado todas las noches con ella, imaginando cómo se rendiría. Preguntándome cómo le gustaría que la tocara.

—Stefano... —murmura en sueños.

Su nombre en mis labios me pone más cachondo de lo que ya estoy. Tengo los testículos llenos y doloridos. Necesito eyacular. Pero ignoro mi propia necesidad al sentir que su cuerpo se tensa. Aparto la cara de sus pechos, me echo hacia detrás y le bajo las bragas de un tirón porque quiero ver cómo se masturba.

Es un espectáculo maravilloso.

Sus dedos entran y salen de su coño empapado. Me arrodillo entre sus piernas y la observo con los ojos muy abiertos mientras acelera el ritmo y gime mi nombre. Tengo que hacer acopio de todo mi autocontrol para no apartar su mano, agarrarme la polla y hundirme en su interior.

—Córrete para mí —la animo, con la mirada clavada en su precioso coño.

Mis palabras la hacen explotar.

Isabella levanta las caderas para seguir el movimiento de sus dedos. Verla prodigarse placer a sí misma es lo más sexy que he visto en mi vida. La agarro de los tobillos cuando intenta cerrar las piernas para contener el orgasmo. Meto la cara entre sus muslos y me relamo mientras ella estalla y se queda completamente relajada. La observo embelesado y temeroso de que despierte, pero se limita a exhalar un suspiro tembloroso. Luego esboza una sonrisa satisfecha y sigue durmiendo, como si no acabase de masturbarse delante de mí.

Le quito las bragas muy despacio, sabiendo que me la estoy jugando. Tiro de sus tobillos para que tumbe las piernas y, tensando más la cuerda, me inclino hacia delante y le doy un beso en el pubis. Presiono la boca contra la piel sensible y cálida. Si no estuviese seguro de que se despertaría de golpe, le comería el coño como un animal hambriento.

Salgo de la cama, la tapo con el edredón y voy al cuarto de baño, apretando sus bragas en mi mano. Nada más cerrar la puerta, me llevo sus bragas a la cara y aspiro su olor. Sonríó al ver que están empapadas.

Me acaricio despacio con la mano libre. Por desgracia, no duro mucho. Estoy demasiado excitado para prolongar el momento. Recorro mi polla de arriba abajo una sola vez, aprieto el glande y me corro como un auténtico salvaje mientras entierro la nariz en las bragas de Isabella.

Necesito unos segundos para tranquilizarme. Respiro con dificultad y siento el corazón latiendo con fuerza contra las costillas. No me limpio. De eso nada. Regreso al dormitorio con la señal pegajosa de lo que acabo de hacer resbalando por mi abdomen y mis piernas. Le pongo de nuevo las bragas, me tumbo a su lado y la envuelvo entre mis brazos para que descansa encima de mi cuerpo. Disfruto de la sensación de mancharla con mi semen. Soy consciente de que se despertará confundida, preguntándose qué ha sucedido.

Quiero que sepa que esto es lo que pasa cuando estamos tan cerca. Ni siquiera me arrepiento. Porque Isabella saca lo mejor y lo peor de mí. Y, que Dios me perdone, hace mucho tiempo que decidí que estoy dispuesto a todo con tal de hacerla mía.

Isabella

Despierto sobresaltada.

Estoy pegajosa, húmeda y siento un calor palpitante entre las piernas. Me alejo de golpe de Stefano, que sigue durmiendo. Le toco la frente para cerciorarme de que ha entrado en calor y respiro aliviada.

Ha funcionado.

El consuelo que siento se disipa ante el recuerdo del sueño que tuve. Fue muy intenso. Me tocaba mientras Stefano devoraba mis pechos y me instaba a seguir. Nunca había tenido un orgasmo tan demoledor, lo que es ridículo porque no fue real.

Aunque siento mi sexo húmedo y calmado, como si lo que hubiera pasado no fuera cosa de mi imaginación. Una oleada de inquietud me revuelve el estómago. Me tapo la cara, abochornada.

No puede ser.

Yo nunca...

Oh, Dios.

Toco la prueba del delito: la mancha blanca y pegajosa que cubre mi vientre. Me muerdo el labio mientras levanto las mantas para descubrir lo que hay debajo. El miembro de Stefano está erecto. El glande húmedo con un líquido blanco, el mismo que cubre mi abdomen.

¿Qué diantres hice? ¿Qué hicimos?

Lo observo con una furia creciente. Me entran ganas de despertarlo de una bofetada y exigirle que me cuente lo que pasó. Pero su respiración acompasada me informa de que está dormido. No tiene cara de culpabilidad, aunque sé que es un mentiroso consumado. Me llevo una mano a las bragas solo para comprobar lo que ya sé: estoy empapada.

Seguramente los dos nos dejamos llevar mientras estábamos inconscientes. Anoche me quedé dormida fantaseando con montarlo a horcajadas. No sería de extrañar que me hubiese acercado a él mientras creía que se trataba de un sueño.

¿Hasta dónde llegamos? ¿Y si fuimos demasiado lejos y lo hicimos sin condón?

Me entra el pánico y salgo de la cama. Soy demasiado joven para tener un hijo. No quiero quedarme embarazada de Stefano. Un hijo nos ataría de por vida, y eso es lo último que deseo.

Me encierro en el baño y entro en la ducha sintiéndome sucia. La atracción que siento por Stefano traiciona todas mis convicciones. No me reconozco. Les estoy fallando a mi hermana y Enzo. Pero... no puedo evitarlo.

Abro el grifo y dejo que el agua corra por mi piel. En cuanto cierro los ojos, el recuerdo de la boca cálida de Stefano cerniéndose sobre mi pezón me arranca un gemido. Antes de que pueda pensar en lo que estoy haciendo, agarro la alcachofa y dirijo el chorro del agua contra mi sexo palpitante.

Cierro los ojos, pego la espalda contra la pared e imagino que es la boca de Stefano la que me prodiga semejante placer. Estoy cansada de fingir que no lo deseo cuando cada parte de mi cuerpo lo necesita.

—Oh... —Me muerdo el labio inferior con fuerza para contener un grito.

Deslizo la mano derecha por mis pliegues húmedos mientras apunto el chorro contra el clítoris. No es suficiente. Introduzco un dedo y lo arqueo hasta encontrar ese punto tan sensible. Seguro que me sentiría muy bien si los dedos largos y hábiles de Stefano me acariciaran como sé que se muere de ganas de hacer. Si no fuera tan orgullosa para pedirle lo que tanto ansío.

Si me hubiera conocido a mí antes que a Greta.

Si no hubiese decidido escapar con Enzo.

Si las cosas hubieran empezado de otra forma, tal vez tendríamos una oportunidad.

Sacudo las caderas contra mi mano. No debería fantasear con otro escenario, porque esta es nuestra realidad. Stefano es un mujeriego que desecha a las mujeres como si fueran clínex. Solo me desea porque le pongo las cosas difíciles. Cuando me tenga, dejaré de resultarle interesante.

Acaricio mi clítoris hinchado con el pulgar mientras mis dedos corazón e índice se deslizan dentro y fuera. Imagino que es la boca cálida de Stefano la que me muerde el pezón cuando lo pellizco con la otra mano. No puedo contener el gemido ronco, desesperado, que escapa de mi garganta.

—Stefano... —Aprieto las piernas para contener el orgasmo—, por favor...

La puerta se abre de golpe. Stefano está en el umbral, frotándose la cara adormilada. Solo viste los calzoncillos, que se habrá puesto antes de despertarse seguramente por mis gritos. Su ojos se abren de la sorpresa al verme. Dejo la mano quieta, paralizada por una mezcla de estupor y algo más peligroso.

—¿No sabes llamar? —protesto con la respiración entrecortada.

Se espabila de golpe. Tiene las pupilas dilatadas. Su rostro se transforma muy despacio. La sorpresa muda a un gesto más cauteloso y desesperado. Se pasa una mano por el mentón sin afeitarse. El bulto de sus calzoncillos crece.

—Escuché que me llamabas —contesta sin despegar los ojos de la mano que todavía tengo en mi sexo—. Pensé que te habías resbalado en la ducha. Me había asustado.

—Estoy perfectamente —digo con una voz demasiado aguda—. No te necesito.

Stefano ladea la cabeza. Sus cejas se arquean al detenerse en mi mano. Una sonrisa ladina y engreída se forma en sus labios. Una que anoche eché demasiado de menos.

—¿Segura? —Da un paso hacia mí—. Deja que te ayude.

No lo detengo cuando avanza hacia mí, cerniéndose como un depredador. Las palabras se atascan en mi garganta. Sé que debería frenarlo. En serio, sería lo más sensato. Pero la escasa cordura que tenía respecto a él se ha esfumado de golpe, engullida por un deseo que empaña el resto de las emociones.

Se me corta el aliento cuando se arrodilla a mis pies sin dejar de mirarme. Apoya la mano

izquierda en el interior de mi pantorrilla y presiona su boca unos centímetros por encima de mi rodilla derecha. Me tiemblan las piernas y apoyo la mano libre en su hombro mientras trago con dificultad.

—¿Qué haces? —farfullo, mi voz está teñida de curiosidad y reclamo, como si fuera yo la que acaba de encontrarlo masturbándose mientras gritaba su nombre como una perra desesperada.

—Me salvaste la vida. —Su boca se desliza más arriba, dejando un reguero de besos cortos y cálidos—. Quiero devolverte el favor.

Me embarga una oleada de rabia. No necesito que lo haga por lástima, ni tampoco porque sienta que me debe algo. Le pongo una mano en el pecho para detenerlo, luchando contra la necesidad de agarrarlo del pelo y obligarlo a enterrar la cara donde más lo necesito.

—No quiero que te sientas en deuda conmigo.

—Bien. —Apoya la mejilla contra mi muslo y se frota contra él, dejándose descolocada. Me sonrío de una forma que desbarajusta el poco autocontrol que me queda—. Entonces déjame hacerlo porque me muero de ganas de comerte el coño.

No puedo soportarlo más. Entierro las manos en su pelo y tiro de su cabeza hacia atrás. Stefano me mira sorprendido y excitado, porque es un cabrón demasiado arrogante que sabe que en el fondo me muero porque me dé lo que acaba de prometerme.

—¿Quién es Adriana? —exijo saber. No tendremos ese tipo de intimidad si cabe la posibilidad de que piense en otra mujer.

Stefano se echa hacia atrás, contrariado. Me entran ganas de matarlo cuando no responde. Nunca albergué la ridícula esperanza de ser la única. Pero algo me dice que por el momento me es fiel. Necesito comprobarlo antes de entregarle la poca dignidad que me queda.

—Anoche no parabas de decir su nombre —insisto, incapaz de tragar el nudo de ansiedad que me atenaza la garganta.

—Mi madre —responde, clavándome los dedos en el muslo. Una advertencia silenciosa de que no siga por ese camino.

Me relajo de golpe. Sus ojos adoptan un brillo malicioso y burlón. Es tan rápido que no lo veo venir. Me agarra de las caderas y me da un lametón en el interior del muslo. Luego apoya la frente contra mi pierna y suelta una risa grave que me descoloca. Tarda unos segundos en levantar la cabeza y mirarme con esa sonrisa chulesca que me provoca demasiadas emociones contradictorias.

—No te pongas celosa.

Doy un respingo, irritada.

—No estoy...

—Ni siquiera puedo pensar en otra desde la primera vez que te vi. —Sus manos bajan hasta mi culo, agarrándolo con fuerza—. Eres mi condena.

—Ya lo sabía —respondo, con tal de quedar por encima de él. Aunque temo que el temblor de mi voz me delata—. Solo quería dejar las cosas claras.

—No, *amor* —dice con tono sedoso, e intento no derretirme cuando me llama así—. No tienes ni idea de lo obsesionado que estoy contigo, ni de lo que haría con tal de que tú también lo estuvieras conmigo.

Stefano me agarra de la muñeca de la mano que aún tengo pegada a mi sexo. Me obliga a apartarla de un tirón. Lo fulmino con la mirada, pero él se limita a sonreír con esa seguridad desquiciante.

—Te tocaré yo.

—Aún no he decidido si voy a dejar que lo hagas —respondo, sintiendo el pulso desenfrenado en mis sienes—. Anoche... —Trago saliva, mirándolo a la cara a duras penas cuando me sobreviene una oleada de vergüenza—. ¿Qué pasó entre nosotros?

—¿Tú qué crees?

—No lo sé —admito contrariada—. ¿Nos acostamos?

Stefano me acaricia el interior de las piernas con ambas manos. Sus caricias son firmes, seguras. Por supuesto que sabe lo que hace. El cabrón tiene mucha práctica. No me importa, mientras sea la única. Su pasado no es asunto mío. Lo único que me duele es que se acostara con mi hermana, pero entierro ese pensamiento en lo más profundo de mi mente.

—Si lo hubiéramos hecho, no lo habrías olvidado. —Me pilla desprevenida al clavarme los dientes en la piel, lo suficiente fuerte para sobresaltarme. Luego desliza la lengua para calmarme. La sensación es desconcertantemente agradable—. Porque te habría follado tan duro que no podrías caminar derecha.

No me da tiempo a gritarle que no sea tan fanfarrón, pues entierra la cara en mi coño y me lame con avidez. Es la primera vez que experimento algo tan intenso. Me flaquean las rodillas y me caigo hacia delante, apoyándome en sus hombros. Stefano echa la cabeza hacia atrás. Tiene el ceño fruncido y me observa confundido.

—Yo nunca... —murmuro abochornada—, esto es nuevo...

Se limita a asentir mientras su expresión se relaja. Su mirada se suaviza con algo tan parecido a la ternura que me desconcierta.

—¿Nunca te habían hecho sexo oral? —comprende—. ¿Eso es lo que quieres decir?

—Sí.

—Qué injusticia —sacude la cabeza, incrédulo—. No me rendiré hasta que te corras en mi cara.

Me abstengo de decirle que no se ilusione, pues nunca tuve un orgasmo con Enzo. Mis manos son las únicas capaces de conseguir uno. Pero si quiere intentarlo...

Me cubro la cara con las manos cuando Stefano acerca su boca a mi coño. Esto es demasiado íntimo. Estoy completamente desnuda y puede hacer conmigo lo que quiera. Jamás había experimentado tal grado de indefensión.

—Isabella —dice con voz ronca—. Mírame cuando te coma el coño.

Dejo de cubrirme y pego la espalda a las baldosas de la ducha. Estoy temblando como un pajarillo asustado. No sé dónde poner las manos. Stefano, para el que soy un libro abierto, me

agarra de las muñecas y me besa las palmas de las manos de una forma casi reverencial. Luego las lleva a su cabeza. Mis dedos se entierran en su cabello con inseguridad. No quiero hacerle daño.

—Puedes tirarme del pelo.

—No voy a...

No logro terminar la frase. Su lengua se desliza por mis labios y hago justo lo contrario a lo que pretendía. Mis dedos se enredan en sus mechones castaños y tiro con fuerza. Un par de lametazos bastan para desestabilizarme.

Creo que me voy a desmayar.

Esto es demasiado... maravilloso, bueno, *intenso*.

Stefano me levanta de las caderas y coloca mis piernas sobre sus hombros. Agradezco ese punto de apoyo, porque soy incapaz de sostenerme en pie. Presiona sus labios contra mi clítoris, robándome la escasa cordura que me quedaba. Le acaricio el cuero cabelludo con las yemas de los dedos para que vuelva a hacerlo. Estoy convencida de que sonrío antes de repetirlo.

—Stefano...

Al oír su nombre, me agarra del culo para apretarme más contra su boca, satisfecho. Los movimientos de su lengua son lentos y confiados, como si supiera perfectamente lo que hace. Como si entendiera mi cuerpo mejor que yo.

Ni siquiera necesito llegar al orgasmo. Esta sensación ya es de por sí increíble. Pero Stefano no opina lo mismo, pues los envites de su lengua cambian de ritmo. Ahora juega conmigo. Traza círculos alrededor de mi clítoris hasta enloquecerme. Muevo las caderas para frotarme contra su cara, ansiosa por más.

—No pares —lloriqueo desesperada—. Por favor, no pares...

Su respuesta es algo parecido a un gruñido mientras sigue comiéndome el coño como si se estuviera alimentando de mí. Justo cuando creo que no puedo soportar semejante placer, sus manos se deslizan por mi abdomen hasta llegar a mis pechos. Atrapa mis pezones entre sus dedos pulgar e índice, lo que me provoca un grito de placer.

—Voy a... —intento avisarlo por si quiere apartarse, pero está decidido a no abandonarme.

Un hormigueo de anticipación me recorre el vientre. Me da igual cortarle el suministro de aire cuando lo agarro de la cabeza para pegarlo más a mí. Necesito correrme en su cara. Quiero que me lama hasta que explote por completo contra su boca.

Nunca había sentido nada parecido. El orgasmo es brutal. Me deja deshecha. Si no pierdo el equilibrio es porque Stefano me tiene bien sujeta. No se aparta hasta que dejo de temblar y vuelvo a respirar con normalidad. Solo entonces saca la cabeza y me baja las piernas. Supongo que dirá algún comentario burlón de los suyos, o al menos me recordará que hace unos días le dije que lo único que me producía era ganas de vomitar. Por eso me pilla tan desprevenida que me dé un beso en el abdomen antes de ponerse de pie. Tiene la boca mojada por mis fluidos. Se lame los labios sin dejar de sonreír.

No es la reacción que esperaba. Puedo mantener a raya al hombre que solo quiere

acostarse conmigo. El que me asusta es el que tengo delante. El tipo al que le brillan los ojos con algo que va más allá del deseo. Esta versión de Stefano, sin embargo, tiene todo el poder de llegar hasta mi corazón y hacerlo pedazos. Por eso me veo obligada a apartarme de él. Me observa desconcertado cuando salgo de la ducha y me envuelvo en una toalla.

—Gracias —digo con fingida frialdad, dándole la espalda—. Estaba excitada porque anoche dormimos desnudos. No soy de piedra. Llevaba demasiado tiempo sin sexo. Pero lo que acaba de pasar no cambia nada entre nosotros.

—Lo cambia todo —replica furioso.

No me atrevo a mirarlo cuando respondo:

—No se repetirá.

Salgo del baño con el corazón desbocado y la necesidad de poner distancia entre nosotros. Porque mucho me temo que esto ha marcado un antes y un después en nuestro matrimonio. Y, por desgracia, no tengo ni idea de cómo enfrentarme a los sentimientos que Stefano empieza a despertar en mí. Sobre todo porque sigo sin confiar en él.

Stefano

Isabella mantiene la distancia conmigo durante el resto de la mañana. Me importa una mierda que diga que no volverá a suceder, porque su cara de placer mientras le comía el coño me dijo todo lo que necesito saber.

Se volvió loca.

Sonríó mientras me acaricio la boca al recordar su sabor. Por Dios bendito, habría muerto a gusto con la cara enterrada entre sus piernas. Me entran ganas de hacerle una visita a Enzo al hospital y matarlo por haberla hecho creer que no merecía que un hombre se postrase a sus pies y la adorase con la lengua.

Esa forma de tirarme del pelo y apretar mi cabeza contra su dulce coño... A mí no me engaña. Que diga lo que quiera. Ya veremos si sigue opinando lo mismo dentro de unos días, porque voy a poner todo de mi parte para que me suplique que la folle.

Me masturbo con violencia en la ducha, imaginando que seguimos donde lo dejamos hace un rato. Apenas necesito recordar cómo suena mi nombre en sus labios. Sus gemidos desesperados mientras me rogaba que no parase, algo ridículo porque no tuve la menor intención de abandonarla cuando más me necesitaba.

No siento la satisfacción típica que llega después del orgasmo. Un vacío frío se apodera de mi pecho. Desde que la conozco, siempre me deja con ganas de más. Lo peor de todo es que tengo la certeza de que no me cansaré de ella una vez que consiga lo que quiero. De lo contrario, estaría satisfecho tras lo sucedido en la cama y en el baño. Pero no tengo suficiente de Isabella. Es como una droga que se ha colado en mis venas y a la que me he vuelto adicto.

Me entra la risa al recordar su recelo cuando me preguntó por Adriana. No voy a reflexionar sobre mi madre, de eso nada. No quiero entender por qué la llamé cuando estaba al borde de la muerte. Prefiero centrarme en algo maravilloso: mi esposa estaba celosa, lo que significa que le importo.

Es tan gracioso que crea que hay otra mujer cuando ella es la única en la que no puedo dejar de pensar. A todas horas. Cada puñetero segundo del día. Es una obsesión que en vez de convertirme en un hombre mejor, me lleva a cruzar demasiados límites morales. Aunque debería sentirme avergonzado de haberla tocado en la cama sin su consentimiento, no siento ni una pizca de arrepentimiento.

Qué se le va a hacer. Soy un cabrón egoísta al que le importa un carajo descender al infierno con tal de quedarme con Isabella.

Salgo de la habitación con el ánimo ligeramente renovado después de haberme masturbado. Trato de ignorar la punzada de irritación que me provocaron sus últimas palabras antes de salir del baño.

«No se repetirá».

Ya veremos. Otro se resignaría, pero ella se ha casado con un manipulador que siempre

se sale con la suya.

—¡Stefano! —Mi hermana salta a mis brazos y me llena la cara de besos—. ¡No has muerto!

Isabella nos observa un segundo desde la cocina antes de seguir a lo suyo. Chiara me estrecha con fuerza. Siento demasiado alivio de que se encuentre a salvo como para echarle la bronca por lo que sucedió anoche. Además, casi toda la culpa es mía. Debería haberme cerciorado de que la madre de aquella cría la obligaba a mantener la boca cerrada. En fin, no soy perfecto. A veces cometo errores.

—Tenemos que hablar —digo más serio.

Chiara asiente y viene a sentarse conmigo en el sofá. Le echo un vistazo a Isabella, que está cortando un puerro como si quisiera apuñalar a alguien. Chiara me lanza una sonrisa cómplice antes de darme un suave empujón con el hombro.

—Te salvó la vida.

Asiento sin decir nada. Anoche me demostró que es tan fuerte como ya sabía. Estoy orgulloso de estar casado con ella. Entiendo que tuvo que apartar su incomodidad para desnudarse y darme calor con su cuerpo. No solo es valiente, sino también absurdamente generosa. Eso solo consigue que mi atracción compita con el respeto que siento por ella.

—Le debes una disculpa. —Isabella me dijo que podíamos compartir la culpa para que Chiara me perdonase antes, pero no permitiré que ella cargue con algo que no le corresponde—. Isabella no me contó que te acosaban en el instituto.

Chiara se queda de piedra. Me duele que no confiase en mí, aunque no puedo echárselo en cara. Actué tal y como ella temía. De lo único que me arrepiento es de no haber manejado la situación con mayor templanza.

—Me enteré porque le pedí a uno de mis hombres que la siguiera a todas partes. Él me contó que Isabella había ido a la casa de la madre de tu compañera de clase. Isabella solo intentaba hablar con ella cuando yo me metí por medio —le confieso, sin una pizca de bochorno. Volvería a hacerlo, pero me aseguraría de no dejar cabos sueltos—. Soy el único culpable. Descarga tu ira contra mí, pero no vuelvas a ponerte en peligro, por lo que más quieras.

Chiara suelta el aire pesadamente. Sacude la cabeza con incredulidad. Me preparo para sus gritos.

—Ordenaste a uno de tus hombres que espíase a tu esposa —dice con la voz cargada de reproche—. ¿Te das cuenta de cómo suena, Stefano? A mí nunca me has puesto un guardaespaldas, y soy menor de edad.

—No temo que me abandones —suelto sin pensar. Mi hermana abre mucho los ojos. Me encojo de hombros, pero añado con sequedad—: Mi matrimonio no es asunto tuyo.

—No te reconozco —dice horrorizada.

—Ayer dijiste que soy cruel —le recuerdo con aspereza—. Me da que siempre has sabido cómo soy. Por eso no quisiste pedirme ayuda.

Chiara guarda silencio, apretando los labios con fuerza. Me inclino hacia ella y le cojo el rostro con firmeza. Necesito que entienda que es una Lombardi. Que la haya criado alejada de

nuestro mundo no significa que no desee inculcarle que no se doblegue ante nadie. Quiero que sea fuerte. La compasión no la hará prosperar en la vida.

—Entiendo que estés enfadada. Lo que no me parece correcto es que pierdas el tiempo con un crío que se aleja de ti porque me tiene miedo. —Intenta apartar la cara, pero no se lo permito—. No te conformes con alguien que no estaría dispuesto a enfrentarse al mundo entero por estar contigo.

—¿Y tú? ¿Te enfrentarías al mundo entero por Isabella? —me reta con una mirada desafiante.

—No solo me enfrentaría al mundo entero —respondo con un tono que hiela el aire—, lo destruiría si eso significara tener un segundo más con ella.

—Estás loco —susurra conmovida.

La suelto y ella se levanta malhumorada.

—Te quiero aunque no seas perfecto. No soy una niña que no sabe a qué te dedicas —dice, con los puños apretados—. Entiendo por qué lo hiciste. Por eso, a partir de ahora, aprenderé a cuidar de mí misma. Tenemos formas diferentes de ver la vida y tu visión del amor... —Niega con la cabeza, embargada por la tristeza—, es enfermiza.

—No he hablado de amor —respondo crispado.

Chiara se inclina para darme un abrazo cuando Isabella deja lo que está haciendo y nos mira preocupada. Me rodea con excesiva fuerza y baja la voz para que ella no pueda oírnos.

—Si vuelves a meterte en mi vida —me advierte con un tono que nunca le había escuchado utilizar—, le diré a Isabella que le has instalado una aplicación espía en el móvil. Y luego la convenceré de que te abandone.

Rompe el abrazo con brusquedad y me sonrío con inocencia. Entrecierro los ojos, más impresionado que molesto. No sé cómo lo ha averiguado. Me alegro de que empiece a espabilar, aunque pague su mala leche conmigo. Quiero que saque las garras y se enfrente sin piedad a sus enemigos.

—¿Ya habéis hecho las paces? —nos pregunta Isabella desde la cocina.

Chiara se vuelve hacia ella con expresión angelical.

—¡Sí! —exclama, dándome un par de palmaditas en la espalda—. Tengo el mejor hermano del mundo. Eres muy afortunada, Isabella.

Mi esposa asiente una sola vez antes de seguir cocinando. Chiara me guiña un ojo con suficiencia, se tumba en el sofá y coge el libro que estaba leyendo.

Estoy orgulloso de ella.

La tormenta nos tiene incomunicados, y salir de casa es imposible. Isabella aprovecha para poner en práctica las recetas que Donna le ha enseñado, una curiosa manera de ocupar su tiempo y mantenerse alejada de mí.

—¡Ya está la comida! —exclama satisfecha.

Chiara se levanta con un resoplido. La miro mal. Que no se atreva a juzgar la nueva faceta culinaria de Isabella. Yo sí entiendo por qué lo hace. Su padre no le daba ni un ápice de libertad. Ser la dueña de una librería y aprender a cocinar son proyectos que la hacen sentir válida.

—¿Qué? —replica en voz baja mi hermana—. La pobre lo intenta, pero cocina fatal.

—No seas desagradecida —la regaño.

Chiara se acaricia la barriga mientras va a la cocina. Se sienta a la mesa y exclama con excesivo entusiasmo:

—¡Qué bien huele! ¡Qué hambre tengo!

—¿Qué has preparado? —pregunto con interés—. No hacía falta que cocinaras, podría haberlo hecho yo. Si te parece bien, yo prepararé la cena para que descanses.

—Pasta con pesto genovese y ricotta —dice orgullosa, quitándose el delantal—. No es ninguna molestia. Cocinar me ayuda a mantener la mente ocupada.

—¿Por qué necesitas mantener la mente ocupada? —la provoco con tono jocoso—. ¿En qué estabas pensando?

Atisbo a ver el rubor de sus mejillas antes de que se dé la vuelta para coger la olla.

—¡Soy menor de edad! —protesta mi hermana, escandalizada—. No necesito saber lo que pasa en vuestro dormitorio.

—Nada de lo que tengas que preocuparte —masculla Isabella, poniendo la olla encima del hule para que no se queme el mantel. Me lanza una mirada asesina antes de sentarse a mi lado. Su plato es lasaña del día anterior. Su expresión se ensombrece cuando lo señalo con la cabeza—. Es una lástima que no pueda probar la pasta. Soy alérgica a los frutos secos.

—Sí, una lástima... —murmura Chiara con ironía.

Le doy una patada por debajo de la mesa.

—¿Qué? —le pregunta Isabella, que no la ha oído.

—Que es la comida favorita de Stefano —responde mi hermana—. Sírvele un plato bien grande.

Qué cabrona. Una cosa es que saque las garras y otra que me las clave en el pecho.

—¿A qué frutos secos eres alérgica? —pregunto, con una sombra de preocupación en la voz.

—Las nueces, los anacardos, los cacahuets y los piñones. —Frunce el ceño, pensativa—. Aunque, técnicamente, creo que los piñones son semillas. El caso es que también soy alérgica.

—¿Y no se te ocurrió comentármelo? —le reprocho, sintiendo una llamarada de pánico

que me sube por la garganta.

Isabella coge el cucharón y me sirve con un encogimiento de hombros. No me hace gracia que le reste importancia. Es una alergia seria. Hay muchas salsas y comidas que contienen trazas de frutos secos. Decido que a partir de hoy los frutos secos están prohibidos en esta casa. Vivimos en mitad de la nada. Si sufriera un shock anafiláctico, los servicios médicos no llegarían a tiempo de salvarla. No me da la gana imaginar un mundo en el que ella no existe. De solo pensarlo, me pongo enfermo.

—No preguntaste si tenía alguna alergia —responde con una calma que me cripa. Coge el plato de Chiara y le sirve otra generosa ración—. No pongas esa cara.

—¿Qué cara quieres que ponga? —replico, dejándome llevar por el miedo—. Las alergias a los frutos secos no son ninguna tontería. ¿Tienes alguna medicación que debas tomar en caso de que ingieras frutos secos por accidente?

Me cabrea que no me lo contase. Ahora somos su familia más cercana. Por el amor de Dios, ¡es mi esposa! Tengo que saber estas cosas. De lo contrario, no podré cuidar de ella. Chiara y yo deberíamos estar al corriente de lo que hacer en caso de emergencia.

—Tiene razón —señala Chiara, mirando a mi esposa con seriedad.

—Gracias —digo malhumorado.

Isabella parece tan sorprendida por mi actitud que guarda silencio durante unos segundos. No sé de qué se extraña. Es ridículo que no acepte que me preocupo por ella. Para mí es una necesidad casi fisiológica, como comer o respirar.

—Tengo un autoinyector de epinefrina. Lo llevo siempre en el bolso.

—Enséñamelo —le ordeno.

Aprieta los labios en un gesto de incomodidad.

—No es necesario.

—Quiero verlo.

Isabella asiente de mala gana y se levanta para buscar su bolso. Chiara me observa con los ojos entornados. Me vuelvo hacia ella y le espeto entre dientes:

—¿Qué?

—Nada —disimula una sonrisa—. Simplemente disfruto de vuestros problemas de comunicación y del hecho de que estás a punto de sufrir un ataque al corazón.

Isabella regresa con el autoinyector. Es una inyección en forma de lápiz. Me parece el objeto más valioso del mundo porque puede salvarle la vida.

—¿Cómo funciona? —exijo saber. Le arrebató el móvil a mi hermana para que preste atención.

—Primero retiras la tapa de seguridad —explica nerviosa—. Después lo colocas en la parte exterior del muslo. A través de la ropa si es necesario.

—¿Por qué en esa zona?

—El músculo es grande y permite una absorción rápida del medicamento —responde sin

mirarme—. Luego presionas con firmeza hasta que escuches un clic. Lo mantienes diez segundos. Después lo retiras y masajeas la zona otros diez segundos. Esto último es para facilitar la absorción del medicamento.

—¿Eso es todo?

—Es importante llamar a emergencias, incluso si los síntomas mejoran. Podría ser necesario una dosis de refuerzo o tratamiento adicional.

—De acuerdo —memorizo las instrucciones y miro a mi hermana—. ¿Tienes alguna duda? ¿Lo has entendido?

—Stefano, déjala en paz —protesta Isabella, abochornada.

—Retirar la tapa, pinchar en la parte exterior del muslo, presionar hasta que escuche un clic, mantener diez segundos, masajear y llamar a emergencias —memoriza Chiara, para mi tranquilidad—. Todo claro. Está bien que lo sepamos por si acaso, Isabella. Mi hermano hace bien en preocuparse.

Isabella retuerce las manos con nerviosismo, pero no dice nada. No quiero incomodarla. Simplemente es algo que debemos saber en caso de emergencia. Entiendo su malestar. Seguro que su padre no se molestó en preguntarle al respecto, y estoy convencido de que la mosquita muerta de su hermana no le dio importancia porque es una zorra envidiosa.

—¿Cuántas inyecciones tienes?

—Dos.

—Deberías dejar una en el primer cajón de la cocina. Así sabremos donde encontrarla si fuera necesario —decido. Ya me encargaré de que no lo sea. Desde ahora, acabo de declararle la guerra a los frutos secos.

Isabella asiente y guarda el autoinyector en el cajón. De todos modos, no me quedará tranquilo hasta que encargue varios. Siempre llevaré uno conmigo y guardaré el resto donde pueda encontrarlos en caso de emergencia. También obligaré a Chiara, Donna y Vito a llevar uno siempre con ellos.

Me percató de su malestar cuando vuelve a sentarse. No quería hacerla sentir incómoda. Por eso pongo una mano en su rodilla. Es un gesto protector y afectuoso. No lo calculo; surge de una necesidad visceral de protegerla, más fuerte incluso que mis ganas de acostarme con ella. Necesito que entienda que puede contar conmigo en todo lo que respecta a su salud. Isabella aparta la pierna y come en silencio, evitando mi mirada.

Ignoro la punzada de decepción que me invade y me llevo el tenedor a la boca. Estoy a punto de escupir la comida. Es... nunca había probado nada igual. No entiendo cómo se las ha apañado para destrozar la receta de Donna. Mi hermana contiene una arcada y bebe agua para borrar el sabor.

—¿No te gusta? —pregunta desanimada.

Trago con esfuerzo.

—Está deliciosa —miento.

Isabella pone cara de duda, así que no me queda más remedio que llevarme otra generosa porción a la boca. Engullo tres más sin respirar, ante la mirada impresionada de mi hermana. La

expresión de mi esposa se relaja y me regala una sonrisa orgullosa.

—Me encanta —digo, resistiendo las ganas de vomitar—. Gracias por la comida.

—Me alegro de que te guste —responde ilusionada.

Chiara remueve la comida con el tenedor y finge llevárselo a la boca cuando Isabella la mira. Aprovecha que ella se levanta para coger una servilleta y volcar el contenido de su plato en el mío.

Se me cae el alma a los pies.

—¡Terminé! —exclama victoriosa, levantándose de un salto—. Tengo que hacer los deberes.

—Qué rápido se lo ha comido —murmura Isabella, impresionada.

—Está en edad de crecimiento —contesto. Esa mocosa me las pagará—. ¿Estás enfadada por lo de antes?

Isabella se limpia las comisuras con la servilleta. Lo bueno de ser un mentiroso es que sabes leer las expresiones de los demás. Más que molesta, diría que está a la defensiva y bastante avergonzada.

—No.

—Isabella —insisto. Le aparto el pelo de la cara, pero me veo obligado a bajar el brazo cuando ella se echa hacia atrás para romper el contacto—. ¿Qué pasa? ¿No puedo preocuparme por ti?

—Deja de jugar conmigo, Stefano.

La miro sin entender.

—Debes pensar que soy tan estúpida que no sé cuáles son tus verdaderas intenciones —dice con la voz temblorosa por la rabia—. ¿Sabes lo más triste de todo? Podrías salirte con la tuya si no fueses un maldito embustero. Si te limitases a admitir que lo único que quieres es echarme un polvo porque soy la única mujer que te ha rechazado.

La verdad me aplasta como una piedra de hormigón. Mierda, así que es eso. Pero ¿acaso se equivoca? Me casé con ella porque quería follármela. He hecho todo lo posible para ganarme su confianza, incluso manipularla para salirme con la mía. El problema es que, cuanto más la conozco, más me gusta. Así que me enfurece que crea que lo de antes solo era una treta.

Sí, quiero acostarme con ella. Pero hace demasiado que no solo me interesa su cuerpo. Quiero cuidarla. Quiero ser bueno con ella. Quiero darle todo lo que merece, y más. Quiero que recurra a mí cuando tiene un problema porque sería capaz de cualquier cosa con tal de hacerla feliz.

—Piensa lo que te dé la gana —respondo malhumorado. Ni siquiera tengo ganas de justificarme.

Los sentimientos me desbordan de tal forma que soy incapaz de hacerles frente. Isabella se levanta con tanto ímpetu que tira la silla al suelo. Sus ojos echan chispas.

—¿Por qué se supone que tengo que creer que te preocupas por mí?

—¡Porque me importas, maldita sea!

No soy consciente de que también me he levantado hasta que grito. Isabella retrocede impactada. Me entran ganas de arrastrarla al dormitorio para resolver esta situación de la única forma que sé.

Veo la duda que se apodera de ella. El conflicto de su expresión. Desea darme un voto de confianza, pero algo la frena. Tal vez sus sentimientos por Enzo, o la lealtad hacia su hermana. Vete a saber. Al final, niega con la cabeza y murmura:

—No te creo.

No la sigo cuando sale de la cocina. Me desplomo en la silla, agotado. Pues claro que no. ¿Cómo iba a hacerlo? Es demasiado lista como para confiar en un hombre que no es honesto con ella. El problema es que no puedo sincerarme con mi esposa. Tendría que abrirle mi corazón y sacar a la luz los demonios que me atormentan, cosa que no estoy dispuesto a permitir bajo ningún concepto. Porque la última vez que confíe a ciegas en una mujer que me juró amor incondicional, me abandonó cuando más la necesitaba.

Isabella

No puedo dormir.

La tormenta no nos da tregua. La lluvia y los truenos sacuden la casa con una fuerza incesante. Algo me dice que Isabella está dando vueltas en el colchón, incapaz de conciliar el sueño. Es como si pudiera sentirla desde el salón. Por eso, a pesar de que ha dejado claro que no quiere hablar conmigo, me levanto del sofá y voy al dormitorio. Llamo a la puerta, pero no espero a que me dé permiso para entrar.

Tiene cara de cansada, aunque está despierta, tal como sospechaba. Se ha tapado con el edredón hasta la barbilla, como si intentase protegerse de la tormenta. Un trueno la hace sobresaltarse. Sus manos temblorosas aferran el edredón mientras intenta lanzarme una mirada entre confusa e indignada.

—¿Qué haces? —pregunta con voz ronca.

—¿Tú qué crees? —replico malhumorado. Entro en la habitación y voy hacia ella—. Cuidar de ti, aunque seas demasiado orgullosa para pedírmelo.

Está muerta de miedo. A mí no me engaña. Que anoche fuera tan valiente de salvarme no significa que haya vencido su pánico atroz a las tormentas.

Isabella abre los ojos de par en par al ver que destapo el lado libre y me meto con ella bajo las sábanas. La he pillado tan desprevenida que ni siquiera se opone cuando paso un brazo por su cintura, otro por detrás de sus piernas, y la aprieto contra mí, dejando que su cabeza descansa en mi hombro.

Joder, qué bien huele.

Viste un fino pijama de seda. A través de la tela puedo sentir su piel suave y cálida. El temblor de su cuerpo cesa ligeramente cuando la estrecho entre mis brazos, le beso la sien y dejo mi boca apoyada contra su piel. No se resiste, sino que desliza las manos trémulas por mi pecho hasta aferrarse a mis brazos, como si necesitara ese punto de apoyo. Que me necesite de esa forma, aunque solo sea porque está asustada, me acaricia el orgullo y satisface a mi vena más protectora.

—¿Estás mejor? —pregunto con tono grave, algo huraño.

Suelta un suspiro cargado de alivio. Dobla las rodillas, acurrucándose aún más en mi regazo. Su mejilla descansa en mi hombro y su aliento cálido me hace cosquillas en el cuello. Poso la palma de mi mano en el centro de su espalda mientras le acaricio el brazo con la otra mano, con suavidad.

—Sí —responde finalmente, acurrucándose en mi pecho.

Esta mujer me despierta un instinto de protección que me irrita porque daría cualquier cosa por que se sintiera bien. Solo tiene que pedírmelo. ¿Tanto le cuesta?

—La próxima vez que tengas miedo, acude a mí —digo sin dejar de acariciarle el brazo

con las yemas de los dedos—. No importa que me mandes a dormir al sofá en cuanto te sientas mejor.

—Porque te... importo —balbucea, sin ocultar su conmoción por lo que le confesé hace unas horas en la cocina.

—Sí —respondo, tragando el nudo de angustia que acaba de formarse en mi garganta.

Se tensa al oír otro trueno, pero no tarda en relajarse cuando presiono mi mano en su espalda para pegarla a mi pecho y le beso el pelo. No es que el deseo que siento por ella haya menguado, sino que en este momento lo único que quiero es hacerla sentir mejor. Quiero ser su refugio; la primera persona a la que acuda cuando tiene una pesadilla o un mal día.

Siento cómo se estremece cuando le acaricio el brazo, bajando hasta el codo y rozándole sin querer la cintura. Echa la cabeza hacia atrás y me mira. Por primera vez, no sé descifrar lo que hay en su expresión: ¿duda? ¿anhelo? Pongo una mano en su mejilla, mirándola a los ojos. El corazón se me acelera ante la vana esperanza de que sienta la mitad de lo que yo siento por ella.

—Dime qué te pasa, amor —digo, temeroso de que me dé una respuesta que me destroce.

—¿Por qué te importo? —pregunta, mirándome sin pestañear.

—Porque eres mi mujer.

—Sé sincero conmigo. —Levanta el brazo y pone su mano justo encima de la que tengo en su mejilla—. Si quieres que tengamos una oportunidad, dime la verdad, Stefano. Porque si sospecho que me mientes, jamás volveré a acercarme a ti.

No es un farol. Estoy convencido de que me alejaría para siempre. El problema es que no hay una respuesta correcta.

—No lo sé —admito asustado—. Ni siquiera yo entiendo por qué me importas tanto, ni desde cuándo. Tal vez desde la primera vez que te vi y supe que nunca sería lo bastante bueno para ti. O cuando caminabas hacia el altar como si te resultase insoportable, mientras que yo solo podía pensar que los metros que nos separaban eran una puta tortura porque solo quería besarte. —Le pongo la otra mano en la nuca, atrayéndola hacia mí—. Podría decirte que me importas porque anoche me salvaste la vida, así que ahora estoy en deuda contigo. Pero te estaría mintiendo, Isabella. Antes de casarme contigo ya sabía que eres valiente y generosa, pero no fue la razón por la que quise que fueras mía.

No logro soportar el impulso que me consume al inclinarme para rozar sus labios tibios y suaves. Ella cierra los ojos, estremeciéndose. Me conmueve que no se aparte, pero no me atrevo a besarla como me muero de ganas por miedo a estropear este momento.

—Me vuelves jodidamente loco, amor —le confieso, por si acaso no lo sabía—. No es una emoción coherente. No es un sentimiento inofensivo, lo reconozco. No hay nada noble o puro en cómo pienso en ti, ni en las cosas que quiero hacerte.

Isabella abre los ojos y me observa, inmóvil. Le sonrío derrotado, con franqueza.

—Sacas mi lado más egoísta, celoso y miserable —declaro, sin el menor rastro de vergüenza—. Haría cualquier cosa por tenerte, y no dudaría en destruir a cualquiera que se interponga entre nosotros.

Isabella separa los labios, pero no dice nada. Es como si estuviera decidiendo si vale la pena arriesgarse. Una parte de mí quiere gritarle que no merezco tal consideración, pero la otra necesita que me elija, aunque solo sea por una vez. Porque yo siempre la elegiré a ella, por encima de todo y de todos.

Entonces, justo cuando estoy a punto de apartarme porque no lo soporto más, extiende el brazo para rozarme la barbilla. Su caricia me reconforta de una forma para la que no estoy preparado. Inclino la cara para buscar su contacto, necesitado de cualquier pequeña muestra de afecto que vaya a darme. Sus dedos me acarician con delicadeza, como si de verdad le importara.

—No estoy acostumbrada a importarle a nadie —reconoce, con los ojos llenos de lágrimas—, excepto a mi hermana, pero ahora no puedo contar con ella.

Hago un gran esfuerzo para no torcer el gesto ante la mención de su hermana. Se equivoca con ella, pero al menos no ha mencionado a su antiguo guardaespaldas. Algo es algo.

—Puedes contar conmigo —digo sin dudar.

Me mira indecisa, esperanzada, como si deseara creermelo con todas sus fuerzas.

—¿De verdad?

—Sí —reconozco, siendo del todo sincero.

—¿Qué... qué te gusta de mí? —pregunta vacilante, como si no entendiera a qué viene mi interés—. No me refiero a mi físico.

Es preciosa. Me lo pareció la primera vez que la vi, y cada día siento que es más bella. Pero ahora, cuando la miro, su aspecto no es lo que más me importa. Por eso le aparto un mechón de la cara con suavidad y digo:

—Me gusta tu bondad, a pesar de que es una cualidad completamente desconocida para mí. Adoro tu sentido de la lealtad, incluso si me saca de quicio. Tu amor desmedido por los libros, y la cara de felicidad que pones al leer. Tu rebeldía, la tenacidad que demuestras cada vez que te pones a prueba, y...

—¿Y?

—Y que me mires como si quisieras besarme —reconozco con voz ronca—, aunque solo sean imaginaciones mías.

Isabella se muerde el labio, ruborizándose de una forma adorable.

—No son imaginaciones tuyas.

El corazón me da un vuelco.

—¿Quieres que te bese, amor? —susurro, sin obtener respuesta. Mi pulgar se desliza hacia su labio inferior, pellizcándolo con suavidad—. Podemos fingir que mañana todo sigue igual.

—¿Por qué harías algo así?

—Porque el deseo de besarte es más poderoso que mi orgullo.

Asiente una sola vez. Es la única señal que necesito para apoderarme de su boca. Es más dulce y cálida de lo que recordaba. Es perfecta.

Pierdo la cabeza cuando me devuelve el beso con unas ganas que me enloquecen. Quiero más. Necesito arrancarle la ropa y adorar con la boca cada centímetro de su cuerpo, pero si esto es todo lo que me permite, me empeñaré para que sea el mejor beso de su vida y no quiera besar a nadie más.

Succiono su labio inferior entre los míos. Cuando separa la boca y mi lengua encuentra la suya, la estrecho contra mi pecho, saqueando por completo su lengua. Besarla es una droga. Una dulce condena, porque quiero más y no puedo.

La acaricio por encima del pijama de seda, cuidándome de no tocar nada más que sus brazos y su espalda. Me apodero del beso, gruñendo satisfecho cuando ella me rodea el cuello y se sienta a horcajadas encima de mí. Ignoro mi entrepierna dolorida, a pesar de que ella se frota contra mí, torturándome.

—Isabella, por favor... —suplico desesperado—. Me estás matando. Si sigues moviéndote así...

—Solo besarnos —jadea, mordiéndome el labio inferior—, pero puedes hacerme lo que quieras sin quitarme la ropa. Ese es mi límite.

Dios santo.

De acuerdo, tranquilo, mantén la calma. Eres un hombre con mucha experiencia.

Pero me siento como un adolescente inexperto cuando la toco por encima de la ropa. Tiene unas curvas suaves, tentadoras. La agarro del culo, presionándola contra mi erección. Me muerde el cuello para ahogar un gemido que me la pone más dura de lo que ya la tengo.

Mierda, voy a correrme sin quitarme los pantalones.

Las manos de Isabella se cuelan por debajo de mi camiseta, arañándome el abdomen de una forma que me enloquece. Le doy un pequeño mordisco en el lóbulo de la oreja y le susurró al oído:

—Eso es trampa, yo también quiero tocarte.

—Puedes hacerlo —responde jadeando—, por encima de la ropa.

Maldita sea, voy a volverme loco. Quiero quitarle el pijama y hacerle de todo, aunque tendré que conformarme. De hecho, no creo que pueda durar mucho mientras se mueve encima de mí.

—Si quieres que pare de tocarte porque no te parece justo... —dice, indecisa.

Retira las manos, pero atrapo sus muñecas para que las deje justo donde están. En este momento, me muero si deja de acariciarme. Si hace falta, se lo rogaré. No importa si yo no tengo ese privilegio. Me resignaré con acariciarla por encima de la ropa.

—Está más que bien para mí, de verdad. Te necesito —digo, sin importarme sonar tan afectado—. Úsame, no me importa.

Al infierno el orgullo. ¿Para qué lo necesito si puedo tenerla a ella?

—Me gusta muchísimo lo que estamos haciendo —admite sofocada, besándome la barbilla.

Maldición, va a acabar conmigo si sigue hablando así.

—No tienes ni idea de lo bien que me haces sentir —aseguro, dejando un reguero de besos por su garganta mientras noto su pulso acelerado bajo los labios. La agarro del pelo, tirando de su cabeza hacia atrás para lamerle la base del cuello—. No te imaginas el poder que tienes sobre mí.

No sé si es mi confesión o mis besos lo que le provoca un gemido. Se aferra a mis hombros, sacudiendo las caderas, frotándose sobre mi erección. Le agarro los pechos, acariciándolos por encima de la tela. Siento sus pezones duros. Los pellizco, arrancándole otro gemido. Entonces inclino la cabeza, primero para frotar mi cara con desesperación, y luego para lamerlos, mojando la seda. Sus uñas se clavan en mi espalda.

—Stefano —murmura.

Mi nombre en sus labios es el mejor sonido del mundo. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no correrme en ese instante. La observo maravillado: su rostro arrebolado, los ojos brillantes por el placer. Deslizo los pulgares por sus pezones, sin dejar de mirarla a la cara. Repito el gesto, fascinado por su reacción: los labios entreabiertos, la espalda arqueada y un precioso rubor en sus mejillas.

Memorizo su expresión de intenso deleite al llegar al orgasmo. Cómo aprieta las piernas, conteniéndolo. Cómo se inclina hacia delante, buscando el alivio de mis manos al acariciarle los pechos. Cómo echa el peso hacia abajo, restregándose contra mi erección hasta que se queda satisfecha, sonriente. Solo entonces dejo de contenerme, incapaz de seguir aguantándome. Quiero que me mire para que entienda el efecto que tiene en mí, así que la agarro del cuello, captando su atención. Isabella se sobresalta cuando me la saco de los pantalones, apretándola por la base y dándole un par de sacudidas antes de correrme con fuerza.

—La próxima vez, Isabella —digo con voz ronca—, quiero correrme dentro de ti.

Espero que se muestre avergonzada o incluso arrepentida, pero se limita a observar mi polla, húmeda por el esperma, con un brillo de curiosidad y algo más peligroso. Prometí respetar su absurdo límite, pero si sigue mirándola de esa forma, juro que no me controlo.

Al cabo de unos segundos, sale del trance y se baja de encima de mí con las mejillas ardiendo. No me queda más remedio que salir de la cama. Voy al baño a cambiarme de pantalones y limpiar la prueba de mi orgasmo. Después regreso a la habitación con la certeza de que ella me pedirá que duerma en el sofá.

—¿Quieres que me vaya? —pregunto con tiento.

Isabella se tumba de lado, dándome la espalda.

—No.

Creo que no la he oído bien. Permanezco quieto hasta que me armo de valor y voy a la cama. No me grita cuando me echo junto a ella, pero no me atrevo a abrazarla. No lo hago hasta que un fuerte trueno ilumina la habitación y ella pega un grito. Suelto un gruñido y la envuelvo entre mis brazos. Su espalda acaba pegada a mi pecho y mi mano en su cintura.

—Así que eres demasiado orgullosa para pedirme que te abraze, pero no para que te dé un orgasmo —digo con ironía.

—Cállate. —Me pellizca la mano, pero sé que no está enfadada.

No me relajo hasta que su respiración se vuelve irregular. Solo entonces me permito conciliar el sueño. Es la primera vez que duermo a gusto desde que nos casamos, porque por fin siento que estoy justo donde debo: a su lado.

Isabella

—¿Dónde dejo las cajas? —pregunta el repartidor.

Observo el caos que reina en la librería. Hay cajas sin abrir amontonadas en cada rincón, apiladas de cualquier forma junto a las estanterías y sobre el mostrador. Señalo el único hueco libre.

Llevo cinco días trabajando sin descanso. Estoy agotada y tengo el estómago revuelto por los nervios.

Sonrío de oreja a oreja.

Nunca había sido tan feliz.

Tengo miedo de que la inauguración sea un fracaso, pero al menos me siento realizada. La reforma por fin ha terminado. El local ha quedado precioso. Decidí pintar las paredes de verde salvia, que resaltan con el color terracota de las estanterías. El suelo es de madera de nogal, lo que aporta un aspecto cálido y acogedor. Pero lo que más me gusta es el mural de la pared del fondo, que encargué a una artista local: el retrato de mis escritoras favoritas de novela romántica: Sarah J Maas, Colleen Hoover, Elle Kennedy, Lisa Kleypas y Nora Roberts. Se me hincha el corazón al ver a esas mujeres increíbles que me hacen soñar con sus historias.

Stefano ha venido a ayudarme todos los días, después de salir de trabajar. Entre nosotros se ha impuesto una calma silenciosa que no me incomoda en absoluto. Cada vez que lo veo entrar por la puerta, sin chaqueta y con las mangas de la camisa remangadas, siento una emoción intensa y reconfortante. Ayer alabó mi buen gusto, aunque lo cierto es que nada sería posible sin su dinero. Cuando se lo dije, me recordó que es *nuestro* dinero y puedo gastarlo en lo que me plazca.

Ya no sé qué pensar de él...

Abro la primera caja de libros que encuentro para colocarlos en su sitio. Son de fantasía y romance, así que los pongo en la sección de la librería a la que pertenecen. La tarea me ayuda a mantener la mente ocupada durante un par de horas. No quiero pensar en la boca cálida de Stefano, ni en sus manos agarradas a mis caderas. Ni mucho menos en la preocupación que vi en su rostro cuando descubrió que soy alérgica a los frutos secos.

Hago una pausa a la hora del almuerzo. Pido comida china y aprovecho para llamar a mi hermana mientras espero al repartidor. No me lo coge. Me encantaría hacerle una visita, pero conozco el mal carácter de su esposo y no quiero buscarle un problema al ir sin avisar.

—Coge el teléfono, por favor —digo mientras lo intento de nuevo.

Me duele toparme contra un muro de indiferencia. Siempre he contado con ella. Recuerdo la cara que puso Stefano cuando le dije que mi hermana sí cuidaba de mí. Me da igual lo que opine. Greta y yo somos muy distintas, pero eso no significa que mi hermana no me aprecie. Por eso su silencio me duele en el alma. Si tiene un problema, sabe que puede acudir a mí. Incluso si tuviese que pedirle ayuda a Stefano para salvarla. Me daría igual rebajarme con tal

de protegerla.

Cuelgo justo cuando recibo un mensaje que me pilla desprevenida. Es de la última persona que esperaba. Reconozco que apenas he pensado en él últimamente. Me digo que es porque Stefano me amenazó con hacerle daño si me ponía en contacto con él. No obstante, no puedo seguir engañándome. No lo echo de menos. Porque en el momento que supe que no podía protegerme, comprendí que el amor que sentía por él no era más que una ilusión. La esperanza que había depositado en otra persona.

Es egoísta. Mezquino. Caprichoso. Lo sé.

Por eso me siento tan culpable al leer el mensaje de Enzo. Si no le hubiese pedido que se fugara conmigo, no habría acabado en el hospital.

Me han dado el alta. Sé que preguntaste por mí. Una enfermera me contó que mi mujer había llamado. Me estoy recuperando, los médicos son muy optimistas. Te echo de menos. Daría lo que fuera por estar contigo.

Siento un poderoso alivio. Es una buena noticia. Me alegro de corazón por él. Aparco la necesidad de llamarlo para escuchar su voz y cerciorarme de que se está recuperando. Prefiero creer en su palabra. Además, no quiero que se haga ilusiones. Estoy casada con Stefano, y lo último que deseo es que mi marido se entere de que hemos hablado. No quiero imaginar lo que le haría si sabe que Enzo se ha puesto en contacto conmigo.

Espero que ese hijo de perra te trate con respeto.

Me ruborizo al recordar lo que dejé que me hiciera en la ducha cuando me pilló masturbándome mientras gritaba su nombre. Enzo no conoce al verdadero Stefano. De lo contrario, estaría furioso por otro motivos.

Dime que no te ha tocado.

Una irritación intensa se apodera de mí y bloqueo su número para que no vuelva a contactar conmigo. ¿En serio esa es su mayor preocupación? Fue él quien me suplicó que me marchara con Stefano para salvarle la vida. ¿Qué esperaba que ocurriese? Ni siquiera me ha preguntado si estoy bien. Parece que solo le interesa saber si sigue siendo el único hombre que me ha tocado.

Me encantaría gritarle que Stefano me hizo sexo oral sin recibir nada a cambio. Él, por el contrario, jamás se ofreció. No obstante, no tuvo ningún problema en que yo le hiciera varias mamadas. Incluso tuvo la desfachatez de burlarse de mi inexperiencia, a sabiendas de que perdí mi virginidad con él. No era un tipo generoso en el sexo. De eso nada. Ahora lo sé.

Me pongo rojo de ira, cojo el bolso y salgo de la librería. Cuanto más pienso en las diferencias entre Stefano y Enzo, más cuenta me doy de lo equivocada que estaba respecto a mi guardaespaldas. Es evidente que tengo un problema. No tuve pretendientes, aparte de los cerdos que me duplicaban la edad, con los que mi padre intentó emparejarme.

Supongo que tenía las expectativas muy bajas y me conformaba con cualquiera...

Como si me leyera la mente, Stefano me llama en ese momento. Se me acelera el pulso al

ver su nombre en la pantalla. Quiero responder. Necesito oír su voz. Por eso, en lugar de descolgar, cuelgo y le pido a Vito que me lleve a casa.

Sigo sin confiar en él. No puedo permitirme el lujo de enamorarme de mi marido. Antes necesito descubrir si el hombre que me anima a perseguir mis sueños, se preocupa por mi salud y me mira como si fuera todo su mundo, existe de verdad o, por el contrario, solo es una fachada. Una vez que lo descubra, decidiré si quiero darle una oportunidad a nuestro matrimonio.

Stefano

—Te debo una —dice mi amigo.

Me encojo de hombros. No me debe nada. Massimo es una de las pocas personas a las que aprecio de verdad. Todos lo conocen como *Il Diavolo*, pero es un blando cuando se trata de su esposa y su hija.

—Es curioso que Sofía siga confiando en mí para cuidar de Giulia. —Acuno a la bebé contra mi pecho y la meso con suavidad cuando emite un pequeño sollozo. Los latidos de mi corazón la calman, tal como esperaba.

Su mujer está enfadada conmigo desde que rompí con su mejor amiga, si es que a eso se le puede llamar ruptura. No entiendo a qué viene tanto drama. Nos divertimos durante tres semanas. Ya está. No le hice promesas que no pensaba cumplir, ni ilusiones de ningún tipo.

—La niñera se ha ido a visitar a su prima, y Lucrezia tampoco está disponible. Eres el único en el confía para cuidar de nuestra hija. Te tiene en un pedestal porque te hiciste cargo de tu hermana siendo muy joven —confiesa mi amigo en voz baja—. Yo no te he dicho nada. Se supone que te detesta porque heriste los sentimientos de Mónica. Pero en el fondo te sigue apreciando. Que quede entre nosotros.

—Tu padre es un cagón que le tiene miedo a tu mamá —le digo a la niña, dándole un toquecito cariñoso en la nariz.

—Mira quién fue a hablar. El que no ha mirado a otra mujer desde que se casó con una que no deja que lo toque ni con un puntero láser —responde burlón.

Le lanzo una mirada resentida. No es del todo verdad. Podría contarle lo que pasó entre nosotros el otro día, pero soy un caballero que no habla de lo que hace con su esposa.

Me gustan los niños. Se me dan bien. A los dieciocho me hice cargo de Chiara, que solo tenía dos años. Los primeros meses estaba aterrorizado, pero poco a poco le fui cogiendo el tranquillo. Sofía solo necesitó verme coger en brazos a la pequeña Giulia para decidir que sería su canguro de confianza. Sabía decisión. La protegeré de todo mal.

—¿También se te cae la baba al mirar a Isabella? —continúa Massimo—. Ojalá hubiera estado presente cuando te pegó aquel puñetazo. Seguro que fue digno de ver.

—Lo fue —admito, sonriendo como un idiota al recordar nuestro primer encuentro.

Sofía aparece en el salón. Pone mala cara al verme, aunque no disimula tan bien como ella cree. Nos tenemos cariño. Por mucho que le tome el pelo a mi amigo, es evidente que ella lo hace muy feliz. Me alegro por ellos.

—Hola —me saluda con sequedad. Se acerca para besar a su hija—. Gracias por cuidar de ella esta noche.

—Me conformo con que dejes de estar enfadada conmigo —digo con tono diplomático.

Sofía endurece la expresión.

—Le toca el biberón dentro de dos horas. —Me da la espalda y se cuelga del brazo de su marido—. ¿Ya le has roto el corazón a tu mujer o prefieres esperar a que se enamore de ti?

—No tengo la menor intención de romperle el corazón —respondo irritado.

—Ah, sí. —Sofía se vuelve y me regala una sonrisa mordaz—. Me ha dicho un pajarito que tu esposa no te soporta. Te lo tienes merecido, Stefano. Ya era hora de que una mujer te diera de comer de tu propia medicina.

Massimo pone cara de arrepentimiento cuando lo fulmino con la mirada.

—Pasadlo bien —los despidó con sequedad.

Me siento en el sofá, acunando a la niña hasta que se duerme. Tiene los ojos y el pelo rubio de Sofía. No se parece en nada a Massimo. Ojalá no saque el carácter vengativo de su madre. La dejo en el moisés con cuidado de no despertarla y cojo el móvil para llamar a Isabella y decirle que no me espere para cenar porque estoy haciendo de canguro. Supongo que se sorprenderá. Algún día me gustaría que conociera a mi ahijada. Por el momento, me conformo con que deje de odiarme. Sería un buen comienzo.

No me lo coge, lo que me descoloca. Aparco los remordimientos que siento al utilizar la aplicación espía. Me digo que solo lo hago porque quiero cerciorarme de que no le ha ocurrido nada.

La ira me consume al descubrir que ha recibido varios mensajes de Enzo. Solo me tranquilizo porque lo ha bloqueado sin responderle.

Bien. Que se joda.

No me pregunto si lo ha hecho porque ya no siente nada por él, o si simplemente desea protegerlo de mi rabia. De todos modos, estoy demasiado furioso para no tomar cartas en el asunto.

Ese imbécil debería haber aprendido la lección. ¿Cómo se atreve a molestar a Isabella? Es una mujer casada. Ya no es asunto suyo. Si no lo entiende por las buenas, lo hará por las malas.

Marco el número de teléfono de una vieja conocida y sonrío con malicia cuando ella responde al primer tono. Acabo de tomar una decisión.

44

Isabella

—No quiero ir a esa fiesta —continúo en mis trece.

Stefano respira hondo. Sé que está haciendo un gran esfuerzo para no perder la paciencia

conmigo. De verdad que no quiero causarle problemas. Los últimos días se ha instaurado una rutina entre nosotros en la que me siento cómoda. Todas las noches cenamos juntos, y luego Chiara se va a su habitación. Entonces, Stefano ve alguna película mientras yo leo un libro de romance. Después me prepara un chocolate caliente y me pregunta de qué va el libro que estoy leyendo antes de que le dé las buenas noches y le asegure que podemos turnarnos para dormir en el sofá, algo a lo que siempre se niega.

Nuestro matrimonio no es tan horrible como supuse que sería. Vale, en realidad es agradable formar parte de la familia. Adoro a Chiara y me gusta que Stefano sea detallista y protector. Me siento realizada con el proyecto de la librería y me encanta que Donna me enseñe a cocinar. Es una vida a la que podría acostumbrarme fácilmente, excepto por el problemilla de la atracción desmedida que siento por mi marido.

—Es una fiesta a la que acudirán todas las familias de Sicilia —intenta convencerme—. Proyectaré una imagen de debilidad si no me acompañas, y eso salpicará a Massimo. Soy su *consigliere*. Mi trabajo es apagar fuegos, no provocarlos.

Me muerdo los carrillos. No quiero que mi ausencia le cause problemas. Odio ese tipo de fiestas, que tan malos recuerdos me traen.

—¿Qué harás si decido no acompañarte? —pregunto, motivada por la curiosidad—. ¿Me obligarás?

Algo me dice que Stefano no se atrevería a arrastrarme a la fiesta, aunque podría hacerlo. Necesito saberlo antes de tomar una decisión. Es mi marido. Somos un equipo. Uno peculiar y forzado por las circunstancias. Pero si él me apoya para que cumpla mis sueños, al menos debo aparentar de cara a la galería.

—Preferiría que vinieses por tu propia voluntad —contesta evasivo.

—No has respondido a mi pregunta.

—Sabes la respuesta —responde, con algo muy parecido a la decepción—. No te obligaría, Isabella.

—¿Incluso si eso te causara un problema con el resto de los Don?

—Mi reputación no está en la cúspide de mi lista de prioridades. —Sacude la cabeza y chasquea la lengua, como si mi pregunta le resultase ridícula—. Me importa un carajo lo que opinen.

—Entonces... —murmuro sin entender.

—Eres la única persona capaz de destrozar mi ego, y aun así voy detrás de ti como un perro faldero —dice contrariado—. Me escuece que mi compañía te resulte tan desagradable que ni siquiera quieras acompañarme a una maldita fiesta.

Mis ojos se abren por la sorpresa. No logro reprimir el impulso de cogerle la mano. Su compañía me resulta de todo menos desagradable, por eso siempre mantengo la distancia. De lo contrario, siento que le estoy fallando a mi hermana.

—Iré contigo a esa fiesta.

Stefano aparta el brazo, rompiendo el contacto. Aprieta la mandíbula y me da la espalda. Siento unas ganas tremendas de apoyar la mano en su espalda. Se me escapa una sonrisa al

comprender que es más vulnerable de lo que aparenta.

—No necesito que me tengas pena —dice entre dientes.

—Odio esas fiestas —le explico—. No se trata de ti, sino de las personas con las que me veré obligada a relacionarme. Me traen malos recuerdos de cuando vivía con mi padre y él animaba a sus amigos a... acosarme.

Stefano se gira como un resorte. Su expresión se suaviza al mirarme mientras asiente comprensivo.

—Si ese es el problema, te aseguro que ninguno de ellos se atreverá a acercarse a ti ahora que estás casada conmigo —su tono es afilado como un cuchillo—. O se enfrentaran a mi ira.

No lo dudo. Casi estranguló a mi padre, y por aquel entonces no estábamos casados. Tengo la certeza de que Stefano me protegería de cualquiera que intentase pasarse de la raya.

—Me pondré el anillo —digo más animada—. Debería ir de compras. No tengo nada que ponerme.

De repente, un nudo de ansiedad me atenaza el estómago. No quiero repetir los patrones del pasado.

Stefano sabe leer cada una de mis expresiones y sus ojos se entrecierran. Me coge de la barbilla con suavidad para que lo mire. Me observa con una preocupación que me desarma.

—¿Qué pasa? —pregunta, y añade antes que responda—: No me digas que nada.

—Mi padre siempre escogía mi ropa, el maquillaje y el peinado —confieso con voz queda—. Para él era de vital importancia que... diese una determinada imagen. Ya sabes, para que gustase a sus amigos. Me hacía sentir como una prostituta. —Aprieto los labios, avergonzada y furiosa al mismo tiempo—. ¿No es ridículo que ahora que tengo el poder de elegir lo que ponerme... no tenga ni idea de cuál es mi estilo? Siento que hay tantas cosas que me he perdido, que él me arrebató... que no sé cómo encontrarme a mí misma.

Stefano asiente, comprensivo. Por una vez logro descifrar al completo sus emociones: ira. En estado puro. No hay más. Una ira peligrosa y capaz de arrasarlo con todo. Estoy convencida de que mataría a mi padre si lo tuviese delante.

—Puedes construir tu identidad paso a paso —sugiere, acariciándome la mejilla con un cariño que resquebraja el muro que he construido entre nosotros. Pongo mi mano encima de la suya. No quiero que la aparte. Su tacto me reconforta—. No pretendo que nuestro matrimonio sea una cárcel en la que no puedas expresarte o vivir con libertad. Todo lo que necesites, lo que quieras... es tuyo si puedo dártelo.

—Le pediste a Vito que me espíase —le recuerdo su incoherencia.

—Porque tenía miedo de perderte.

Su confesión me pilla desprevenida. Espero que se retracte, pero se limita a observarme mientras la palma de su mano se desliza por mi mejilla.

—¿Sigues teniendo miedo? —susurro, mi corazón latiendo a un ritmo desenfrenado.

—Sí.

Su respuesta es directa, sin un atisbo de duda.

—¿Por qué?

Tarda un segundo en responder, como si luchase entre reprimir sus sentimientos o ser sincero conmigo.

—Porque siempre obtengo lo que quiero, pero contigo... no sé cómo lograr que quieras permanecer a mi lado.

Lo agarro de la camisa en un impulso. Estoy emocionalmente agotada. Stefano es una incógnita que tengo miedo de desentrañar. Pero, cuando siento que se abre de verdad, sin juegos ni manipulaciones, me atrae como la luz a una polilla. Por eso me pongo de puntillas y le rozo la boca con la mía.

Él parece tan sorprendido como yo por mi arrebato. Se estremece cuando nuestros labios se acarician de forma superficial. Tiene la mano congelada en mi pómulo, como si tuviera miedo de hacer un movimiento que me espantase

—¿Y si aún estuviese intentando decidir si... —trago saliva con dificultad, nerviosa—... si quiero quedarme a tu lado?

Su mano izquierda se apoya en el centro de mi espalda y me aprieta más contra él. Tiene una forma de tocarme entre posesiva y desesperada que me enloquece. Como si nunca fuese a renunciar a mí, y al mismo tiempo estuviese dispuesto a entregar todo lo que tiene con tal de que me quedase a su lado.

—Rezaría a todos los dioses en los que no creo para que te empujasen a mis brazos. Pero si fuese tan afortunado de que me eligieses, no te soltaría nunca.

—¿Es una advertencia? —el temblor de mi voz delata mi nerviosismo.

—Una promesa.

Al infierno mis dudas. Lo necesito tanto que me duele.

Me inclino para besarle justo cuando Chiara sale de su habitación y suelta una exclamación ahogada al vernos. Su interrupción me enfría de golpe. No me queda más remedio que apartarme de Stefano, agobiada por haber tomado la iniciativa.

—Uy, perdón —dice con una sonrisilla pícara—. No quería interrumpiros. Soy demasiado joven para tener un hermanito, pero por mí no os cortéis.

—Qué graciosa eres —replica su hermano con ironía—. ¿Te apetece venir de compras con nosotros? Isabella necesita renovar su vestuario.

Doy un respingo al oírlo. Hace unos segundos le confesé que no tengo un estilo definido por culpa de mi padre, y ahora se ofrece a llevarme de compras.

—Tú odias ir de tiendas —le recuerda su hermana.

—No hace falta que... —empiezo a decir.

Stefano me pasa un brazo por los hombros para estrecharme contra su cuerpo y me da un beso en el pelo.

—¿Nos acompañas o no?

—Por supuesto —responde—. Isabella necesita una opinión femenina.

Stefano me da un apretón cariñoso en el brazo antes de soltarme. Una sensación cálida y reconfortante me acaricia por dentro. Siempre quise sentirme protegida, pero nunca imaginé que llegaría a sentirme querida. Y así es justo como me siento en este momento.

Isabella

—No estés nerviosa. —Stefano me ofrece su brazo para que me agarre a él—. Nadie te molestará. Te doy mi palabra.

Confío en que mis antiguos pretendientes me dejarán en paz al ser su esposa. Al entrar en la fiesta, me percato de que Stefano me presenta a todos los hombres que se acercan a saludarlo, estrechándoles la mano pero sin apartar el brazo que me sirve de apoyo. Les está ladrando que soy su mujer y se mantengan alejados de mí. Hoy no me importa que sea extremadamente posesivo.

—¿Estás bien? —me susurra al oído.

Asiento más aliviada. Cruzo una mirada con Bernardino Moretti, un buen amigo de mi padre que me acorraló contra un armario el año pasado. Su contrariedad es evidente, así que ensancho una sonrisa de satisfacción mientras le acaricio el brazo a mi marido. Bernardino enrojece de rabia y me da la espalda. Por primera vez desde que acudo a una de estas fiestas, siento que tengo la libertad de relacionarme con los demás sin que crean que pueden manosearme sin sufrir las consecuencias. Porque las consecuencias tienen nombre y apellido: Stefano Lombardi. A su lado, ya no soy una presa.

—Voy a por una copa —digo.

Stefano me observa con orgullo antes de soltarme. Su mirada dice que le gusta lo que ve. El otro día se mantuvo al margen mientras Chiara me ayudaba a descubrir el estilo con el que me siento más cómoda. Fuimos a varias boutiques antes de dar con el vestido perfecto, que no tiene nada que ver con los escasos trozos de tela que me obligaba a ponerme mi padre.

Me enamoré de este vestido negro de satén nada más verlo en el escaparate. Es de corte columna, y la tela cae con elegancia hasta el suelo. Con él puedo moverme con libertad, a diferencia de los vestidos que escogía mi padre, con los que debía tener cuidado a la hora de agacharme por si enseñaba un pecho. Va atado al cuello y deja los hombros al descubierto de forma discreta. No es un vestido provocativo, ni tampoco soso. El escote de la espalda le da un toque de sofisticación.

Adiós a los dolores de cabeza por culpa de los recogidos tirantes. Ahora llevo el pelo suelto con ondas desenfadadas. Por supuesto, nada de largas sesiones de maquillaje. Un poco de rímel, labial rojo y colorete en las mejillas.

Me siento cómoda, guapa y libre.

—Tú debes de ser Isabella —dice la guapísima mujer rubia que acaba de coger una copa de vino blanco de una bandeja.

La reconozco de haber coincidido con ella en alguna fiesta. Todos saben quién es. Massimo Morello —el jefe de Stefano—, se ha encargado de que sepan que es intocable.

—Eres tan preciosa como imaginé —dice, dándole un trago a su copa mientras me observa sin disimular—. Soy Sofía, la mujer de Massimo.

—Eh... gracias —respondo algo turbada—. Encantada de conocerte.

—¿Te diviertes?

—No mucho —admito—. Odio estas fiestas, pero no quería que Stefano viniese solo. Entrecierra los ojos con gesto pensativo.

—Interesante.

—¿Qué? —replico sin entender.

—Tenía entendido que no lo soportas.

Me ruborizo sin poder evitarlo. No me hace ni pizca de gracia que esta mujer esté al tanto de la naturaleza de nuestro matrimonio. Supongo que Stefano se habrá desahogado con su amigo, quien por lo visto no tiene secretos con su mujer.

—Hemos hecho algunos progresos que no son de tu incumbencia —contesto con sequedad. Me da igual que sea la mujer de *Il Diavolo*. No somos amigas. Mi matrimonio no es asunto suyo.

Mi comentario, contra todo pronóstico, la hace sonreír.

—Tienes carácter. —Le da un sorbo a su copa—. Hazme un favor: pónselo un poquito difícil. Aprecio a Stefano. Fue una de las pocas personas que me trató con respeto cuando me arrastraron a este mundo. Es mejor persona de lo que él cree. Pero no se ha portado bien con una amiga, y siento la necesidad de ser algo mezquina con él hasta que se me pase el disgusto.

Sé leer entre líneas. Stefano se acostó con su amiga y luego pasó de ella. No me sorprende. Hizo lo mismo con mi hermana. Aunque no le prometió una relación seria, y dudo que le hiciera falsas ilusiones a la amiga de Sofía. No puedo culparlo de ser un mujeriego, pero preferiría que hubiese tenido más consideración con los sentimientos de sus amantes.

—Lo siento por tu amiga —digo sin poder ocultar mi disgusto. No necesito una lista de las mujeres con las que se ha acostado mi marido. Es una información innecesaria—. Seguro que encontrará a alguien que de verdad la valore.

—¿Cómo tú has encontrado a Stefano? —insinúa con una sonrisa—. Oh, por cierto, siento haberte privado de la compañía de tu esposo el otro día. Necesitábamos que alguien cuidase de Giulia, nuestra hija. Hay muy pocas personas de las que me fíe, y Stefano es una de ellas.

No me sorprende que confíe en él. Stefano se hizo cargo de Chiara siendo muy joven. Es protector, leal y uno de los mejores amigos de su marido. Lo que me causa recelo es su mirada intrigada, como si quisiera decirme algo más pero se estuviese conteniendo.

No me gusta que me traten de tonta. Estoy a punto de pedirle que vaya directa al grano cuando alguien llama mi atención. Greta entra en la fiesta de brazo de su marido. La postura corporal de mi hermana delata su incomodidad. Aprieto los dientes al ver que se encoge cuando él le da una palmada en el trasero y luego la agarra de la muñeca para presentársela a uno de sus amigos. Me duele ver cómo la exhibe como si fuese un trozo de carne del que presumir.

—¿Conoces a la nueva mujer de Raffaele? —intuye Sofía.

—Es mi hermana —respondo—. No la veo desde que se casaron.

Sofía se interpone en mi campo visual, lo que me obliga a apartar la mirada de Greta para centrarla en ella. Me entran ganas de empujarla para que se aparte. Echo de menos a mi hermana.

—Quizá me esté metiendo donde no me llaman, pero, si fuera mi hermana, me gustaría que alguien me lo contase —dice con tiento—. Me temo que sé por qué llevas tanto tiempo sin saber de ella.

—¿A qué te refieres? —pregunto asustada.

Sofía vacila un instante antes de hablar.

—Mi ama de llaves es prima de una empleada doméstica de Raffaele. Ayer su prima le contó que Raffaele le dio tal paliza a Greta que ella estuvo dos semanas sin poder salir de su habitación.

La rabia me desestabiliza por completo. ¡Lo sabía! Sabía que ese desgraciado sería un mal marido. ¿Y qué he hecho yo mientras mi hermana sufría a manos de ese canalla? Dejarme querer por Stefano, un hombre que hirió sus sentimientos. Disfrutar de sus atenciones y hacerme ilusiones con el mismo hombre con el que ella perdió la virginidad.

—Respira hondo —sugiere Sofía, preocupada—. Raffaele hace negocios con mi marido. Si le pido a Massimo que interceda, él protegerá a tu hermana. Pero lo último que debes hacer es justo lo que temo que estás pensando.

—No tienes ni idea de lo que estoy pensando.

Me aparto de ella cuando intenta detenerme y voy a matar a ese malnacido, que en este momento se está riendo con uno de sus amigos. Pero Greta me corta el paso antes de que consiga llegar hasta él.

—Ni se te ocurra —dice con un hilo de voz, adivinando mis intenciones.

Los ojos de mi hermana están desorbitados por el miedo. Está demasiado delgada. Supongo que las mangas largas de su vestido son para ocultar los moratones que le ha producido ese cerdo.

—Ojalá me lo hubieras dicho.

—No puedes ayudarme. —Niega con resignación—. Métete en tu vida, Isabella.

Me encojo como si me hubiera golpeado, porque ella es parte de mi vida. Mi hermana mayor. Mi otra mitad. Lo único que me queda de mi madre.

—Por eso no me cogías el teléfono.

—No permitiré que te metas en un lío por mi culpa —dice con entereza, como si tuviese la situación controlada—. No pasa nada. En serio. Al menos una de las dos ha tenido suerte. —Me mira de una forma que oculta algo que no sé descifrar—. He oído que tu marido te trata bien. Vas a abrir una librería. Papá estará horrorizado. Deberías estar contenta de haberte salido con la tuya.

—Eso no importa ahora.

—Tienes buen aspecto —continúa, sin ocultar su tristeza—. Me gusta tu vestido.

Greta se sobresalta cuando su marido le grita a un camarero que iba a retirarles la copa medio vacía. La expresión de mi hermana refleja un pánico atroz. Me temo que está muy

acostumbrada a sus palizas.

A la mierda.

No me quedaré de brazos cruzados mientras ese desgraciado la mata a golpes. Por eso la rodeo con rapidez y voy hacia Raffaele como un toro de miura enfurecido.

—Tú, desgraciado —digo presa de la impotencia—. ¿Por qué no te metes conmigo?

Raffaele se queda desconcertado. Su amigo suelta una risilla despectiva y le da un codazo para que espabile. Solo entonces mi cuñado endereza la postura y aprieta los puños. Si espera que retroceda, no lo consigue. Le sostengo la mirada, hirviendo de rabia.

—Tu marido debería aprender a controlarte —suelta con el típico tono arrogante de los hombres que se creen por encima de las mujeres.

—Mi marido no necesita ponerme una mano encima para ganarse mi respeto. —Le doy un empujón que consigue desestabilizarlo un poco, pues no se lo esperaba—. ¿Qué se siente cuando te agreden, eh? —Le pego otro empujón, esta vez con todas mis fuerzas—. ¿Te gusta, pedazo de cabrón?

—Si él no te explica cuál es tu sitio, lo haré yo.

Raffaele levanta la mano, pero no llega a bajarla. Alguien le retuerce la muñeca y él suelta un aullido de dolor. Stefano atrapa la muñeca de Raffaele en el aire con una precisión escalofriante. Raffaele intenta tirar hacia atrás, pero Stefano no se inmuta. Sus dedos se cierran como un grillete de acero, clavándose con una fuerza implacable.

—¿Te atreves a levantar la mano contra mi mujer? —la voz de Stefano es un susurro cargado de veneno y furia—. Déjame aclararte algo: nadie, *nadie*, toca lo que más me importa en este mundo sin enfrentarse a las consecuencias.

Sin esperar respuesta, gira la muñeca de Raffaele con un movimiento calculado y brutal.

Un crujido agudo resuena en la habitación, seguido de otro grito desgarrador. La piel de Raffaele palidece al instante mientras su mano cuelga en un ángulo antinatural.

—Ni lo pienses —le advierte a su amigo cuando hace el amago de intervenir.

Su mirada afilada basta para que el tipo de un paso hacia atrás, temblando. Suelta con un empujón a Raffaele, que se cae al suelo y se abraza el brazo inutilizado mientras solloza de dolor.

Pero Stefano no ha terminado con él. Se está agachando para rematarlo cuando alguien le pone una mano en el hombro y le espeta en voz baja:

—¿Qué coño haces?

46

Stefano

Soy un idiota impulsivo cuando se trata de la seguridad de Isabella.

No me arrepiento de haberle roto la muñeca a ese desgraciado. Lo que me cabrea es no haber actuado con más frialdad. Esto no es propio de mí. No soy temperamental, sino un hombre

que calcula cada movimiento y sopesa las consecuencias antes de tomar una decisión. Por eso Massimo me nombró su *consigliere*.

El mismo que ahora está plantado a mi lado con cara de querer asesinarme. Me lo tengo merecido. Debería haberle pedido a Raffaele que hablásemos en privado, y luego matarlo a golpes por creer que podía poner su sucia mano encima de mi esposa. Después me habría deshecho de su cadáver, librando al mundo de esa escoria. El memo de su hijo habría ocupado su posición y yo no le habría causado un problema a mi amigo.

¿Qué puedo decir en mi defensa? Se me fue la cabeza al ver que Raffaele le levantó la mano a mi mujer. Me da igual que ella lo empujase dos veces. Seguro que tenía sus motivos. No tardé ni tres segundos en cruzar el salón. Dios, debería haberlo matado...

Raffaele es un tipo con suerte. Si todavía respira es porque Massimo me ha frenado. Me encantaría arrancarle la lengua y hacer que se la tragase, además de cortarle todos los dedos de la mano y partirle cada hueso de ese cuerpo obeso y patético.

—¿Has perdido el juicio? —me recrimina en voz baja, agarrándome del brazo cuando hago el amago de abalanzarme sobre Raffaele. Me da un tirón para que lo mire. Su expresión es una mezcla de enfado y decepción que no logra disimular bajo su apariencia estoica de jefe de la Cosa Nostra—. La semana pasada llegué a un acuerdo con él. Lo necesitamos.

Ya lo sé, carajo.

Raffaele es un buen aliado político, independientemente de que sea un ser humano lamentable. Nos sirve de enlace con los rusos. Su cuñada es la hermana del pakhan de la Bratva. No podemos prescindir de él sin temor a desatar una guerra con los rusos.

Los engranajes de mi cerebro de *consigliere* giran a toda velocidad en busca de una salida mientras Raffaele sigue lloriqueando como el saco de mierda que es. Pero el roce de unos dedos me saca de la estrategia. Isabella me agarra la mano. Ese gesto basta para que mis pensamientos coherentes se esfumen y me vuelva hacia ella.

—Ha sido culpa mía —dice, dedicándole una mirada rabiosa a Raffaele—. No pude contenerme. Lo siento.

—No lo sientas. —Le pongo una mano en el cuello con delicadeza—. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño?

Niega con la cabeza, pero no siento alivio. No quiero imaginar lo que habría pasado si no hubiese llegado a tiempo.

—¡Exijo justicia! —gimotea Raffaele, que se arrastra hacia Massimo como el gusano que es—. ¡Me ha roto la muñeca! ¡Esto no puede quedar impune!

Todos nos miran, aunque nadie se atreve a intervenir. Massimo es la mayor autoridad del lugar. Su palabra es ley. Debe castigarme para dar ejemplo. Lo sabe de sobra. Si no lo hace es porque soy como un hermano para él. Veo la lucha en su expresión y me avergüenzo de haberlo metido en un aprieto, aunque al mismo tiempo sé que volvería a hacerlo si tuviese la oportunidad.

—Asumiré las consecuencias —digo sin perder la calma.

—No —interviene Isabella, horrorizada—. ¡Solo me estabas defendiendo!

—Isabella —le advierto, pidiéndole con la mirada que guarde silencio. Conmigo puede discutir todo lo que quiera. No me importa. Pero solo complicará las cosas si le planta cara a Massimo—. Quédate al margen.

—Y un cuerno voy a quedarme al margen si cabe la posibilidad de que él te castigue por haberme defendido —le aclara a Massimo, que enarca las cejas, sorprendido por su atrevimiento. Isabella señala a Raffaele sin disimular su asco—. Ese animal le pegó una paliza a mi hermana. La ha maltratado desde el día que se casaron, sin que ella le haya dado ningún motivo. Es una esposa obediente y fiel. Los hombres decentes no golpean a sus mujeres. Ni tampoco necesitan que otros intercedan por ellos, ya que son demasiado cobardes para devolver un golpe a alguien de su mismo tamaño.

—Isabella... —insisto, asustado por ella.

—Déjala continuar —decide Massimo, para mi sorpresa—. Quiero oír lo que tiene que decir.

—Todos habéis visto que Raffaele estaba más que dispuesto a devolverme el golpe, pero se ha asustado cuando mi esposo le ha plantado cara —alza la voz para que todos la escuchen—. ¿Por qué *Il Diavolo* —la máxima autoridad de Sicilia—, debería interceder por un hombre que es capaz de golpear a una mujer indefensa pero lloriquea como un niño cuando otro le planta cara? —Isabella señala a Raffaele, que tiembla preso de la rabia mientras se sostiene la muñeca inerte—. ¡Es un cobarde! ¿Desde cuándo los cobardes tienen lugar en nuestro mundo?

Su lógica es aplastante, aunque espero que alguien la rebata. Para mí lo es todo, pero para los demás solo es una mujer. Por eso me inquieta que se escuchen murmullos mientras ella continúa defendiéndose con una pasión que me deja boquiabierto.

—Raffaele ha demostrado que no siente respeto por la institución del matrimonio, ni posee el valor que distingue a los hombres de nuestro mundo. —Mira a su alrededor, sosteniendo la mirada de varios hombres al azar. Trago el nudo de ansiedad que me atenaza la garganta. Si alguno de ellos se atreve a rebatirla, no me quedará más remedio que enfrentarme a él, aunque eso signifique comprometer a Massimo—. ¿De verdad alguno de vosotros se habría limitado a lloriquear y suplicar la ayuda de *Il Diavolo*, en lugar de devolverle el golpe a Stefano? ¿Qué clase de ser pusilánime hace algo así? Si toleramos esto, ¿qué mensaje estamos enviando sobre lo que realmente valoramos como hombres y líderes? ¿Se supone que debemos compadecernos de un tipo que no se vale por sí mismo para defenderse? ¿Es la clase de líder que impone respeto a nuestros enemigos?

Son preguntas que solo tienen una respuesta correcta en nuestro mundo. Ella lo sabe, por eso las ha formulado. Es alucinante la capacidad que tiene de desviar el conflicto hacia donde quiere. Acaba de utilizar los valores de la mafia en contra de Raffaele. Simplemente brillante.

Mi pecho se llena de admiración. La elegí por su belleza, pero, en el fondo, siempre he sabido que lo que de verdad me gusta de ella es su espíritu inquebrantable.

—No —responde Angelo Mancini, un tipo conocido por ser implacable con sus enemigos. Perdió a su mujer hace tres meses por culpa del cáncer. Llevaban treinta años casados—. No puedo respetar a un hombre que golpea a una mujer indefensa. Si Raffaele quiere justicia, que se ponga de pie y la busque por sí mismo.

—¡Me ha roto la muñeca! —protesta con el rostro lleno de lágrimas.

Angelo lo mira con desprecio antes de responder:

—Tienes otra mano.

Massimo inspecciona a la multitud, que deja de murmurar y guarda silencio. No lo apodan *Il Diavolo* en vano. Se ha ganado su reputación a pulso. Nadie osará contradecirlo, pero no es un líder déspota.

—¿Alguien más quiere pronunciarse? —pregunta, aguardando unos segundos por si uno de ellos toma la palabra.

Rezo para que ningún idiota interceda por Raffaele. Saben cómo me las gasto. Por eso le lanzo una mirada desafiante a cada hombre que se atreve a mirarme con indecisión. Tendrán que pelear conmigo si apoyan a ese indeseable. Y yo nunca peleo limpio, por eso siempre gano.

—Asunto zanjado —decide Massimo con tono cortante.

—¡Eso no es....!

—Zanjado —le espeta a Raffaele, que se encoge en el suelo—. Levántate y desaparece de mi vista. Eres una vergüenza para la Cosa Nostra.

Uno de los hombres de Raffaele lo ayuda a levantarse. El saco de mierda consigue ponerse de pie y se arrastra hacia la salida, pero señala a su mujer con la mano sana. Greta se encoge de miedo detrás de Isabella, buscando la protección de su hermana. No me extraña que Isabella se ponga delante de ella, cruzándose de brazos como si gritase: «para lleváros la tendréis que pasar por encima de mí».

Massimo me mira de reojo y endurece la expresión. Una cosa es darle la espalda a Raffaele, y otra muy distinta permitir que su esposa lo abandone. Ambos lo sabemos.

—Controla a tu mujer —sisea.

Le partiré el corazón a Isabella si abandono a su hermana. Es la decisión más sensata. Respiro hondo y miro a mi esposa, que me observa indecisa. Doy un paso hacia ella con la intención de agarrar a Greta y arrastrarla yo mismo a los pies de Raffaele, pero me vengo abajo al ver la esperanza que brilla en los ojos verdes de Isabella. Tiene fe en mí. Le dije que le daría todo lo que quisiese y necesitase.

Lo que necesita es mi apoyo, aunque eso implique fallarle a mi amigo.

Nunca creí que le daría la espalda a Massimo, pero soy incapaz de hacerle daño a Isabella.

—No —le respondo a mi amigo—. Greta no se va.

—¿Cómo dices? —replica perplejo—. Eres mi *consigliere*. Actúa como tal.

—No puedo —contesto frustrado—. Nunca te he pedido nada. Hoy necesito hacer una excepción. No como tu *consigliere*, sino como tu amigo.

Massimo abre la boca para replicar. Lo sé porque lo conozco. Pero su mujer es más rápida y se planta a su lado. Ella solo necesita acariciarle el brazo y susurrarle algo al oído para que se relaje.

Sofía es su mayor debilidad. Por eso no me sorprende que suspire pesadamente y asienta

de mala gana.

—Tu cuñada está bajo mi protección —dice en voz alta, para que todos lo escuchen. Acalla los murmullos de protesta con un movimiento de mano. Entonces corta la distancia que nos separa y añade en voz baja—: Ya hablaremos, maldita sea.

Massimo coge la mano de su mujer y se aleja caminando. Sofía se vuelve hacia mí y le lanzo una mirada agradecida. Le debo una. Ella sonríe, pero no es una sonrisa dirigida a mí, sino a Isabella.

Una sonrisa que grita: «entre nosotras nos apoyamos».

Isabella

Stefano aparca delante del edificio que será el nuevo hogar de mi hermana. Es un complejo de apartamentos que pertenece a Massimo, ya que ahora está bajo su protección. Greta tendrá una asignación mensual y un guardaespaldas que garantizará su bienestar. De todos modos, no me quedo tranquila hasta que entramos y me cercioro de que el apartamento dispone de todas las comodidades a las que está acostumbrada.

—Supongo que necesitáis poneros al día —intuye Stefano—. Os dejaré a solas. Volveré dentro de un par de horas.

Le dedico una mirada indecisa a mi hermana cuando Stefano sale del apartamento. Necesito hablar con él, pero tampoco quiero que Greta piense que lo prefiero a él antes que a ella.

—Ve con él —me anima con una sonrisa que no llega a sus ojos—. Estaré bien.

Es todo lo que necesito para ir detrás de él. Lo encuentro bajando las escaleras.

—¡Stefano! —Bajo los tres primeros escalones. Se gira y nos chocamos, pero logra estabilizarme al cogerme de los hombros. Nunca me acostumbraré a lo rápido que es. Tengo las mejillas arrojadas y lo achaco a la carrera, aunque sé que es su mirada lo que me calienta—. No sé cómo agradecerte lo que has hecho por Greta.

Sus manos resbalan hacia mis brazos. Su agarre es firme y a la vez suave.

—No lo he hecho por ella, sino por ti.

—Lo sé —contesto, poniendo mis manos encima de las suyas.

Su respuesta no cambia lo que siento. Comprendo que Stefano no habría intercedido si se tratase de otra mujer. Solo se preocupa por las personas que le importan y le da igual sacrificar a los demás para salvarlos. Por eso me sorprende tanto que me haya puesto por delante de Massimo.

—Y te doy las gracias por elegirme.

Stefano esboza una sonrisa. No es una de esas a las que me tiene acostumbrada, sino una cargada de algo poderoso y honesto. Inclina la cabeza hacia delante y apoya su frente contra la mía. La palma de su mano derecha rodea mi garganta y su pulgar me acaricia la piel sensible. Estoy segura de que percibe mi pulso acelerado.

—Te elegiré siempre, por encima de todo y de todos —su voz es suave como una caricia—. Ya lo he aceptado. Ahora solo falta que lo hagas tú.

Me confunde cuando se aparta, hasta que hace algo que me emociona y me desconcierta aún más. Presiona su boca contra mi frente. Es un beso casto, cargado de afecto. Un afecto que no puede fingir, por muy manipulador que sea. O al menos eso quiero creer.

—No lo dudaste al interponerte entre Raffaele y yo —susurro impactada—, aunque sabías que eso te provocaría un problema con Massimo.

Stefano se aleja y siento una inexplicable sensación de abandono. Quiero tenerlo cerca. Necesito que siga abrazándome. Ni siquiera me importa que mi hermana esté al otro lado de la puerta. Es mi marido y, que ella me perdone, empiezo a sentir que este matrimonio no ha sido un error.

—Tú tampoco vacilaste al protegerme —recuerda, haciendo que me ruborice.

Sus palabras están repletas de un orgullo que me hace sentir muy bien conmigo misma. Por supuesto que no titubeé al interceder por él. No podría haber permitido que Massimo lo castigase por mi culpa.

—Eres más fuerte de lo que crees. No conozco a muchas mujeres capaces de hablar como lo hiciste delante de los hombres más peligrosos de Sicilia.

—Me dejé llevar —le resto importancia—. Estaba muerta de miedo, pero también muy enfadada.

—La próxima vez pídemme ayuda antes de ponerte en peligro.

—Me habrías parado los pies.

—No —niega con tal rotundidad que lo miro sorprendida—. Habría buscado una solución. Es mi trabajo, Isabella. Me habría encargado de Raffaele sin que hubiese testigos. Si estabas preocupada por tu hermana, solo tenías que decírmelo. Estoy acostumbrado a sopesar todas las opciones antes de tomar una decisión. —Se pasa una mano por el pelo, contrariado—. No es propio de mí actuar de forma tan impulsiva, pero tú sacas mi lado más visceral.

—¿Lo siento? —respondo, incapaz de ocultar la ilusión que me embarga por esa confesión.

—No lo sientes en absoluto —dice exhausto—. En el fondo, te encanta ser mi debilidad. Pero, *amor*, maldita sea, no puedo protegerte si no confías en mí. Si no confías como tu esposo, al menos hazlo como tu amigo. —Me toma del rostro y se acerca peligrosamente—. Seré lo que tú quieras. No importa. Me rindo.

Su confesión se cuela entre mis grietas y me llega muy dentro. Siento una intensa necesidad de aceptar lo que me ofrece, incluso si eso conlleva correr un riesgo. Estoy tan agotada como él de esta guerra sin sentido.

—Nunca te vi ni te veré como un amigo —confieso con una tímida sonrisa.

Soy yo la que se pone de puntillas para besarlo.

Lo siento por Enzo y por mi hermana.

Lo siento por mi corazón, que quizá acabe roto.

Lo siento por renunciar a la poca cordura que me queda.

Presiono mis labios contra los suyos con una desesperación que parece pillarlo desprevenido, pues no reacciona. Lo atraigo del cuello para que entienda que es justo lo que quiero, lo que necesito. Mi corazón se acelera con cada segundo que pasa, lleno de temor e incertidumbre.

Lo he rechazado tantas veces, he construido tantas barreras entre nosotros, que es lógico que se muestre celoso. Mis manos se deslizan por su cuello en un ruego silencioso. Finalmente,

después de lo que parece una eternidad, siento que su cuerpo responde. Un gruñido ronco escapa de su garganta y por fin me agarra de la cintura. Sus labios se separan para reclamar lo que ambos necesitamos justo cuando la presencia de alguien nos sobresalta. Me aparto de él, más por culpa de la sorpresa que del arrepentimiento.

Greta está en el umbral. Mira un instante a Stefano antes de centrarse en mí. No capto nada fuera de lo común en sus ojos, salvo una ligera conmoción e incomodidad.

—Lo siento —murmura, tratando de sonar casual, aunque su voz está impregnada de un ligero temblor—. No quería interrumpiros. He oído un ruido y me he asustado.

Es lógico que esté aterrada. No es habitual que una mujer de su posición se separe del abusador de su marido. Debe de estar muerta de miedo.

Stefano me mira sin decir nada, como si supiera lo que estoy pensando. Me acaricia la espalda antes de apartarse. No parece molesto por la interrupción de mi hermana, sino más bien comprensivo.

—Contarás con protección las veinticuatro horas del día —tranquiliza a mi hermana—. Raffaele no sabe dónde estás. Aunque lo descubriese, no se le ocurriría poner en duda la autoridad de Massimo.

Greta asiente sin decir nada. Está demasiado impactada para darle las gracias. Debo hablar con ella, aunque me muera de ganas de continuar donde lo había dejado con Stefano.

—¿Puedes esperarme en el coche? —le pregunto a Stefano.

Observa a Greta como si quisiera decir algo más, pero al final se limita a girarse hacia mí con gesto conciliador. Me aprieta la mano para decirme en silencio que puedo contar con él. Me invade una oleada de gratitud porque lo último que necesito es que se moleste si antepongo a mi hermana en este momento.

Al marcharse se lleva consigo parte de mi seguridad. Me acerco a mi hermana y percibo esa tensión que intenta camuflar. Me niego a sentirme culpable. Yo no elegí este matrimonio, ni tampoco llamar la atención de Stefano. Si estoy casada con él es porque quise protegerla. Ya sé que no es momento de recriminaciones, después de lo mucho que ha sufrido. Pero todo sería más fácil si no actuase como si la hubiera traicionado al casarme con Stefano, pues ambas sabemos que preferiría cortarme un brazo antes de hacerle daño a propósito.

—Gracias, Isabella. —Me abraza con tanta fuerza que no puedo respirar—. Debería haberte pedido ayuda desde el primer momento en el que me levantó la mano.

Rompe a llorar, abrazada a mí. El escaso resquemor que sentía se evapora de golpe. Le acaricio el pelo, calmándola.

—Pensé que sería bueno conmigo si era una esposa ejemplar —solloza, manchándome el vestido de lágrimas y mocos—. Nuestro padre nunca me golpeó porque no le di motivos para enfurecerlo. Pensé que sería lo mismo con Raffaele.

Ignoro la punzada de dolor que me provocan sus palabras, porque yo era la que recibía sus golpes. ¿Acaso eso significa que me los merecía? ¿Acaso hice algo para que me pegase?

—Ya no tienes nada que temer —intento consolarla—, estás a salvo. Ese desgraciado no volverá a ponerte la mano encima.

Mi hermana asiente antes de apartarse. Tiene el rostro consumido por la delgadez y el pánico. Ojalá aquí logre recuperarse. La visitaré todos los días para cerciorarme de que se alimenta como es debido.

—No te lo dije porque no quería meterte en un lío. Tienes que creerme.

—Por supuesto que te creo.

Greta exhala con fuerza.

—Qué tonta soy. Debería haber acudido a ti desde el principio —suelta una risa extraña, que me pone los vellos de punta—. No sé cómo lo haces... Siempre encuentras la forma de salirte con la tuya.

Entorno los ojos. Eso ha sonado más como una crítica disfrazada de admiración. Creo que los acontecimientos de esta noche me han pasado factura. Mi hermana se muerde el labio y desvía la mirada hacia el suelo.

—No soy ni la mitad de valiente que tú.

—No digas eso —me ablando—. Somos diferentes, pero tú también dabas la cara por mí.

«¿Lo hacía? —pregunta una voz que no sé de dónde proviene—, o se limitaba a mirar para otro lado cuando tu padre te golpeaba, y solo le pedía que se calmase cuando ya se había desquitado lo suficiente?».

—No quiero que pienses que eres invencible. Stefano... —hace una pausa, como si tuviese miedo de mi reacción—. Stefano no es el hombre que crees. Puede que ahora esté de tu lado, pero... No siempre será así. Te lo digo porque me preocupo por ti.

—¿Qué quieres decir? —pregunto a la defensiva.

Greta juega con sus manos, indecisa. Parece que tiene miedo de soltarlo, lo que no tiene sentido porque ella ha sacado el tema.

—Siempre te has metido en problemas por no saber cuándo detenerte —dice a modo de reproche—. Sé que crees que él te lo consiente todo, pero esto no es un juego, Isabella. No será eternamente transigente contigo. Recuerda lo que le pasó a Enzo, ¿o es que ya has olvidado lo que le hizo?

Aprieto los labios.

—No lo he olvidado.

—Es lo que parecía en las escaleras —insinúa, lo que me obliga a tensarme de nuevo.

—Entiendo que hirió tus sentimientos, pero eso no significa que vaya a sucederme lo mismo. —La miro sin reservas. Es justo que sea sincera con ella—. Sabes de sobra que no elegí casarme con él. Nunca me habría fijado en un hombre con el que te acostaste. Pero no tuve elección. No te mentiré, al principio lo odiaba y deseaba divorciarme, pero últimamente las cosas han cambiado entre nosotros —admito sin tapujos—. Stefano es bueno conmigo. Se preocupa por mi bienestar y me apoya en todos mis proyectos. Me siento cómoda en casa, adoro a mi cuñada y... ya no lo odio, no lo odio en absoluto. Así que te lo preguntaré sin rodeos: ¿Me culpas por intentar ser feliz a su lado?

—¡No! —exclama horrorizada, y me coge las manos—. Quiero tu felicidad. Eres mi

hermana pequeña. No me debes nada, pero... —Sacude la cabeza, y sus ojos vuelven a tornarse vidriosos, aunque no rompe a llorar—. ¿Cómo crees que logró que me acercase a él? Primero es encantador, te hace sentir especial, como si fueras la única persona del mundo que le importa. Hasta que dejas de importarle.

—Es diferente conmigo —musito, sintiendo la necesidad de defenderlo.

Greta me mira con una lástima que se clava en mi pecho como un aguijón venenoso.

—Todavía no te has acostado con él, ¿no? —Guardo silencio, avergonzada—. Siento decirte que dejaras de importarle cuando consiga lo único que quiere de ti.

Me aparto de ella, contrariada y herida. La tensión en el aire es palpable. Me niego a dejarme llevar por su resquemor hacia Stefano.

—Nos ha protegido a las dos —le recuerdo con aspereza—. No es una mala persona. Ojalá lo vieras como yo lo hago yo.

Una mueca de desdén aflora a sus labios. Desaparece tan deprisa como ha llegado.

—No quiero discutir contigo por su culpa.

—Pues no lo hagas —zanjo agotada.

Greta asiente de mala gana, como si me diera por un caso perdido.

—Solo... ten cuidado, ¿de acuerdo? —Me besa en la mejilla. Vuelve a ser la hermana cariñosa a la que estoy acostumbrada—. Te quiero, nunca lo olvides.

No sé qué pensar cuando entra en el apartamento y se gira esperanzada, como si esperase que la siguiera, a pesar de que sabe que Stefano me está esperando. Algo me dice que no ha sido del todo sincera conmigo. Pero es mi hermana mayor. ¿Por qué iba a engañarme?

—¿Te quedas a dormir conmigo?

Su pregunta me pillá con la guardia baja. Sé que me necesita, pero le pedí a Stefano que me esperase en el coche.

—Por favor —suplica, cogiéndome la mano—. Esta noche te necesito. Él te tiene todos los días. Solo por hoy.

Soy incapaz de negarme. Acaba de escapar de un infierno. No puedo darle la espalda. En el fondo, creo que poner un poco de distancia con Stefano me vendrá bien para entender lo que siento, porque estoy hecha un lío.

48

Isabella

Stefano comprendió que decidiera pasar la noche con mi hermana. Me pidió que lo llamase a cualquier hora si necesitaba algo, y me aseguró que podríamos hablar de lo que sucedió en la escalera cuando estuviese preparada.

¿Lo estoy?

Me recojo el pelo en una coleta alta y me miro al espejo. Anoche no pude descansar. Antes dormía de maravilla junto a Greta, pero tenía demasiadas cosas en la cabeza y pasé toda la noche dando vueltas en el colchón.

No me arrepiento de haber dado el primer paso. No es eso. Siento una atracción tan poderosa por mi marido que ya no tengo ganas ni fuerzas de frenarla. Tal vez Greta tenga razón y acabe con el corazón roto. De todos modos, no es asunto suyo. Ella tomó su decisión al ignorarme, aunque fuese por los motivos equivocados. Yo también tengo derecho a equivocarme. Así que prefiero dejarme llevar por mi instinto y darle un voto de confianza a Stefano, al que siento que empiezo a conocer de verdad.

A la que veo con otros ojos es a Greta. Siempre la he tenido en un pedestal. Es mi hermana mayor, mi otra mitad. Por eso me duele tanto dudar de ella, sobre todo en su momento más vulnerable. Pero algo me dice que no fue del todo sincera conmigo cuando me pidió que me alejase de Stefano. Ella arguyó que no quiere que salga herida, pero tengo la impresión de que lo hizo por un motivo que me niego a reconocer.

Greta me quiere. Es la única persona que ha estado ahí para mí. Mi familia. La viva imagen de mi madre. Soy incapaz de aceptar que llevo muchos años viviendo en una mentira.

Suelto un suspiro de agotamiento y me siento encima de una caja de libros sin abrir. Hoy el trabajo físico no consigue mantener a raya mi ansiedad. Debería sentirme orgullosa de lo que he conseguido. La librería abrirá sus puertas dentro de cuatro días. Sé que no lo habría logrado sin el apoyo económico de Stefano, pero tampoco quiero restarme mérito. Si no tuve la misma libertad que cualquier chica de mi edad, lo justo es que el karma me recompense con un marido que me impulsa a perseguir mis sueños.

Saco el móvil para enviarle un mensaje a Stefano. Me apetece cenar con él. Nunca hemos tenido una cita. Si quiero que nuestro matrimonio funcione, debo poner de mi parte. Estoy escribiéndole un wasap para preguntarle si le gusta el sushi cuando me llega un mensaje de un número desconocido. Lo abro extrañada y motivada por la curiosidad.

El alma se me cae a los pies.

Son varias fotografías.

Enzo, el mismo hombre que hace unos días dijo que me echaba de menos, daría lo que fuera por estar conmigo e insinuó que mantuviera la distancia con mi marido, besa a una mujer morena que tiene la mano en su entrepierna.

Parpadeo sorprendida, por si la mente me ha jugado una mala pasada.

No puede ser el mismo hombre que acaba de salir de la uci y dijo que me amaba. El que estaba dispuesto a dejarlo todo por mí. El mismo por el que me sentía culpable y cuyo recuerdo me obligaba a despreciar a Stefano.

La otra fotografía es peor. Enzo le sonríe con picardía a la mujer. Parece que están en el reservado de alguna discoteca. Él le ha levantado la falda y se ha agachado como si quisiera... hacerle eso que nunca me hizo a mí.

La siguiente imagen me saca de dudas. Enzo está entre sus piernas y ella le agarra del pelo. Tiene la cabeza echada hacia atrás y una expresión de intenso placer. Se me escapa una carcajada atónita.

A ella no tiene reparos en comerle el coño.

No quiero ver el resto de las fotografías. No me interesa. Espero que lo haya pasado bien y, de paso, la hiciera disfrutar más que a mí. El listón estaba muy bajo y parece que con ella se empeñó más.

Sé que no tengo derecho a enfadarme después de lo que hice con Stefano. Pero, en realidad, siento algo más intenso y devastador que un simple enfado.

No es rabia ni celos lo que siento, sino una profunda decepción. Me da igual lo que haga con su vida. Es un hombre libre. No, no es eso lo que me escuece. Lo que me duele es que yo no le importaba tanto como creía. Lo que me indigna es que tuve tan poco amor propio que me fijé en el primer hombre que me regaló los oídos. Lo que me horroriza es que no conocía en absoluto a Enzo, al igual que tengo la impresión de que Greta es una extraña.

Me niego a llorar. No se lo merece. Ni siquiera estaba enamorada de él.

Salgo de la librería e ignoro la mirada inquisitiva de Vito, que me espera dentro del coche. Que se atreva a seguirme. Me da igual.

Entro en el primer bar que encuentro, pido un Martini bien cargado y ahogo mi malestar en el alcohol.

Soy una imbécil.

Y una maldita ingenua.

Estoy tan desesperada por sentirme amada que me aferro con desesperación al primero que me ofrece un poco de cariño. ¿Eso es lo que me pasa con Stefano? ¿Para él tampoco significo nada? ¿Está fingiendo?

Le doy un trago al Martini para camuflar el sabor del desengaño.

No quiero pensar. Lo único que deseo es emborracharme y no sentir absolutamente nada.

49

Stefano

—¿Qué tal está tu cuñada? —me pregunta Massimo.

Me encojo de hombros con indiferencia. Me importa un carajo el bienestar de esa pobre diablera. Aún recuerdo la mirada venenosa que le dedicó a Isabella cuando la pilló a punto de besarme. Lo de «pillar» es un decir, porque estoy convencido de que estaba espiándonos detrás de la puerta y nos interrumpió a propósito.

Soy incapaz de compadecerme de ella. Sí, es una mujer maltratada. Si fuera otra persona, la apoyaría incondicionalmente. Pero no puedo sentir empatía por semejante arpía, que sin duda está celosa de Isabella. A mí no logra engañarme. Lo supe desde la primera vez que las vi juntas.

Lo bueno de ser un mentiroso es que ves venir a la gente de lejos. Y a ella la tengo muy calada.

Greta no quiere a su hermana, ni mucho menos merece el amor de Isabella. Mi esposa lo daría todo por ella. Isabella es una buena persona, generosa y leal con quienes le importan. Me salvó la vida, a pesar de nuestras desavenencias. Por eso me da rabia que proteja a su hermana con tal ferocidad, mientras que Greta daría lo que fuera por tener su vida.

Anoche herví de rabia cuando Isabella me pidió disculpas por quedarse a dormir con su hermana. No porque la escogiese a ella, sino porque escuché su conversación. Lo hice gracias a la aplicación espía de su teléfono, que graba las conversaciones por el micrófono. No me justificaré; soy un cabrón. Pero al menos le quité la careta a su hermanita.

Esa perra mentirosa...

¿Que fui yo quien se acercó a ella? ¿Que la hice sentir especial? Si solo la invité a una copa después de que ella me lanzase varias miradas seductoras... Ni siquiera tuve que utilizar mi encanto. Greta sugirió que fuésemos a un hotel, y no se cortó cuando le aseguré que no iba buscando nada serio y aquello solo sería cosa de una vez. No la engañé. No le hice ilusiones de ningún tipo.

Me consume la ira al recordar sus palabras: «Todavía no te has acostado con él, ¿no? Siento decirte que dejaras de importarle cuando consiga lo único que quiere de ti».

No tiene ni idea. Ni puñetera idea. Porque nunca me cansaré de Isabella. Es la pura verdad.

Lo que pasa es que está consumida por la envidia. Supongo que siente celos de su hermana porque es consciente de que Isabella es más guapa e inteligente que ella. Pero creo que lo que de verdad la fastidia es que Isabella también es valiente y decidida, a diferencia de ella. Porque Greta podría tener el aspecto de Isabella y yo jamás la elegiría. No cuando existe una mujer que escapó varias veces del abusador de su padre y siguió enfrentándose a él a pesar de sus palizas. No cuando existe una mujer como Isabella, rebelde, resiliente y con un gran sentido de la justicia, capaz de enfrentarse a cualquiera que les haga daño a las personas que más le importan.

Lo primero que vi de ella fue su belleza, pero ya no me dejo engañar. Ahora, cuando la miro, sigue siendo la mujer más hermosa, pero es su personalidad lo que me desarma por completo.

El peso de la verdad me aplasta. Siento tantos remordimientos que me entran ganas de vomitar. Massimo me observa con los ojos entornados, descolocado y sin saber qué hacer. Le hago un gesto para que me deje espacio.

Necesito un momento.

Me paso una mano por el pelo, frustrado por mi propia estupidez. Es tan evidente que no entiendo por qué no quise admitirlo desde un principio. Estaba completamente cegado. Fui un cobarde.

La única verdad es que no quiero herir los sentimientos de Isabella. Prefiero pegarme un tiro antes que hacerle daño.

Le he mentado.

La he manipulado.

Todo porque deseaba su cuerpo, cuando lo que de verdad merece la pena es su corazón, que tiene un valor incalculable.

¿Cómo pude pensar que nos divorciaríamos después de acostarme con ella? Si solo aspiro a hacerla sonreír y ser jodidamente bueno con ella.

A la mierda el divorcio.

Ni siquiera necesito que sea mía, porque yo sí soy suyo.

—¿Qué te pasa? —Massimo me zarandea por los hombros—. ¿Te está dando un infarto? ¿Llamo al médico?

—No —niego con la cabeza, sonriendo como un lunático—. No quiero divorciarme de Isabella.

Massimo está perplejo.

—Qué sorpresa —contesta con ironía—. ¿Ahora te das cuenta? Porque yo lo supe desde que estrangulaste a su padre en aquel aparcamiento. Una forma curiosa de exigir su mano, por cierto.

—Estoy jodido —asumo, sin saber qué hacer.

—Te gusta tu mujer. —Me da un par de palmaditas en la espalda—. No es el fin del mundo. A no ser que vuelvas a jugármela como el otro día. Entonces me replantearé si estás capacitado para ser mi *consigliere*. —Un músculo de su mandíbula se endurece—. No puede volver a pasar, Stefano. Tu prioridad es...

—Mi familia —le aclaro sin dudar—. Isabella es mi familia. No me obligues a elegir, porque ya conoces la respuesta.

—Como tu jefe debo decirte que te estás equivocando —dice, y añade poniéndome las manos en los hombros—: pero como tu amigo, estoy orgulloso de ti, porque la familia es lo que le da sentido a la vida de un hombre.

Tiene razón.

Ya ni siquiera me parece un bobo enamorado que besa el suelo que pisa su mujer, porque yo voy por el mismo camino.

—Joder —mascullo, al caer en la cuenta de algo.

Debería desinstalar la aplicación espía que instalé en su teléfono, pero siento una necesidad enfermiza de controlarla. Y debería contarle la verdad, pero estoy convencido de que se pondría hecha una furia y me abandonaría.

Mierda...

—He cometido muchos errores con ella —confieso avergonzado.

—¿Estás a tiempo de enmendarlos?

—No lo sé.

—La sinceridad siempre es la mejor opción —me recomienda—. Te lo dice un hombre que creyó que para conquistar a la mujer que ama debía amenazar a su exprometido con una pistola.

—Estaba allí —le recuerdo—. Una pésima idea. No sé por qué te perdonó.

No soy el más indicado para reprocharle sus actitudes tóxicas, sobre todo cuando me llega un mensaje de Serena, la mujer con la que contacté para que se acercase a Enzo. No me da tiempo a pedirle que no le envíe las fotos a Isabella, pues me dice que ya está hecho.

Maldigo para mis adentros.

No debería haberlo hecho. Ya no quiero que Isabella salte a mis brazos porque el idiota de Enzo la ha traicionado. No quiero ser su segunda opción, sino la única. Quiero que me elija por su propia voluntad, y no porque la manipule.

—¿Quiero saberlo? —pregunta Massimo al ver las fotografías. Frunce el ceño ante mi silencio—. Dime que tú no estás detrás de esas fotos, porque ese tipo se parece mucho al guardaespaldas con el que iba a fugarse Isabella.

—No le puse una pistola en la cabeza para que se follase a esa mujer —me defiendo.

Aunque contraté a Serena para demostrarle a Isabella que Enzo no merece la pena. No me siento orgulloso. Ya no. Y menos aun cuando Vito me llama para informarme de que Isabella está emborrachándose en un bar de mala muerte. Porque sé que es culpa mía.

50

Stefano

Está de espaldas, con los codos apoyados en la barra y la cabeza entre las manos. Salta a la vista que no debería beber más, pero el idiota del camarero le sirve otra copa. Un tipo aparece a su lado y ella se sobresalta cuando él le pone una mano en la rodilla.

Está muerto.

Ese cabrón es hombre muerto.

Soy tan rápido que él no me ve llegar. Se inclina para acercarse a Isabella, que arruga la nariz, claramente contrariada por su cercanía física. Él no retrocede, sino que se inclina hasta rozarle el cuello con su asquerosa boca y le pregunta:

—¿Cómo te llamas, preciosa?

—No necesitas saber su nombre para entender que te arrepentirás de tocarla.

El tipo se vuelve hacia mí con cara de pocos amigos, pero da un paso atrás al ver que le saco una cabeza. Sabia decisión. Me acerco a Isabella y lo fulmino con la mirada.

—Lo siento. —Levanta los brazos en son de paz—. No sabía que tenía pareja.

Lo dejo marchar porque me niego a separarme de Isabella. Está demasiado borracha. Vito puede encargarse de él. Le pediré que le parta todos los huesos de la mano. Un castigo insignificante. Hoy me siento generoso.

—Mi perro guardián te ha chivado donde estoy —murmura, apoyándose en mí.

No se sostiene en pie, así que la ayudo a bajar del taburete y la agarro de la cintura para sacarla de este tugurio. Miro mal al camarero antes de irme. Otro más a la lista. Mañana haré que lo despidan.

—Me duele la cabeza —se queja—. No pienso volver a beber.

Me duele verla tan deshecha. Casi tanto como el hecho de que haya decidido emborracharse por culpa de Enzo. Eso significa que sigue sintiendo algo por él. Sin embargo, consigo dejar mis celos al margen. Ahora lo único que quiero es cuidarla. La llevo hasta el coche y la ayudo a subir.

—Te sentirás mejor al llegar a casa.

—No es cierto —musita apenada, mientras le abrocho el cinturón—. No le importo a nadie.

Le aparto un mechón de la cara y dejo mi mano en su mejilla.

—Me importas a mí.

Me mira con los ojos vidriosos por culpa del alcohol y las lágrimas.

—No te creo —dice, intentando contener un sollozo—. Quiero creerte, pero tengo mucho miedo.

Me arrodillo para quedar a su altura. No quiero tener esta conversación en su estado tan vulnerable. Solo deseo tranquilizarla y llevarla a casa.

—¿De qué tienes miedo?

—No puedo decírtelo. —Se tapa la cara con las manos—. Me da vergüenza. Quítame el cinturón.

—Tengo que conducir.

—Solo abrázame un rato.

No lo dudo. Le desabrocho el cinturón y ella se cae hacia delante, aterrizando en mi pecho. La envuelvo entre mis brazos y apoyo la barbilla en su cabeza. Me destroza que rompa a llorar. Yo le he hecho esto, por mi absurda necesidad de arrancar a Enzo de su cabeza.

—¿Mejor? —pregunto indeciso, frotándole la espalda—. Dime qué puedo hacer. Dime qué necesitas.

—Dejar de sentirme como una estúpida. —Llora más fuerte—. Enzo no era como yo pensaba. Creo que mi hermana tampoco es del todo sincera conmigo. Siento que las personas en las que confío no me quieren de verdad.

«Yo te quiero de verdad —pienso destrozado —aunque no te merezca».

—Ellos se lo pierden.

—¿Qué es lo que se pierden? ¿A una tonta que desea ser lo bastante buena para que

alguien la elija? —Se aparta para mirarme. Su expresión está llena de dolor y fragilidad—. Ni siquiera estaba enamorada de Enzo, ¿sabes? Pero acepté lo que me daba porque necesitaba sentirme amada y protegida. Así de patética soy.

Guardo el dato de que no está enamorada de ese inútil para otro momento. Me centro en que se ve a sí misma como una persona patética, nada más lejos de la realidad.

—Todos necesitamos sentirnos amados y protegidos.

Me mira confundida.

—¿Tú también?

«Yo más que nadie. Por eso he cometido tantos errores contigo».

—Sí.

Isabella se estremece cuando le seco las lágrimas con los pulgares.

—Si te sirve de consuelo, a mí no me pareces patética. A mí me gustas mucho.

Sonríe con debilidad. Le halagaré todos los días de mi vida para subirle la autoestima. Se pega más a mí, conteniendo un hipido. Quiero que vuelva a ser la mujer que me pegó un puñetazo. La misma que me planta cara y da un discurso delante de un montón de hombres peligrosos.

—Eres increíble —continúo con franqueza—. Ojalá pudieras verte a través de mis ojos.

Frunce el ceño, contrariada.

—¿Borracha, llorosa y fea?

—No. —Sonríe sin poder evitarlo—. Tú nunca estás fea, Isabella.

—No me mientas solo porque... —se le escapa un hipido—, solo porque lo necesito.

—¿Quieres oír una verdad?

Me mira con miedo, pero asiente. Está aferrada a mi camisa y hace un puchero con los labios.

—Eres mi persona favorita, incluso cuando bebes demasiado y dices cosas que no tienen sentido para mí. —Me inclino para darle un beso en la nariz, lo que le saca una sonrisa—. Cuando no te sientas querida, recuerda que Chiara y yo estamos agradecidos de que formes parte de nuestra familia. Ella ha encontrado una amiga, y yo... —Trago el nudo de emoción que me atenaza la garganta—. Lo mejor de llegar a casa es saber que estás esperándome. Porque mi hogar está a tu lado, Isabella.

Sus ojos se llenan de calidez, donde antes solo había dudas y vulnerabilidad. Se muerde el labio inferior mientras siento que su cuerpo se relaja contra el mío.

—Eso ha sido muy bonito —dice sin ocultar su emoción.

—Deja que te lleve a casa.

«Conmigo. A mi lado. Donde perteneces».

—Stefano.

—¿Qué, amor?

—Bésame.

Su petición me pilla con la guardia baja. Me muero de ganas de besarla. Anoche me quedé a medias. Necesito sentir el tacto de sus labios otra vez.

—Estás borracha, Isabella —digo, intentando hacer las cosas bien por una vez en la vida.

—Entonces no va a gustarte lo que iba a pedirte después —insinúa, acariciando mis labios con los suyos—, porque iba a pedirte que me follaras.

«Señor, ¿por qué me pones a prueba? ¿tanto me odias?».

Hago un gran esfuerzo al apartarla con delicadeza. Ella no oculta su decepción. Apenas se mantiene sentada en el asiento. Con todo el dolor de mi corazón, le abrocho el cinturón y me alejo de ella. Isabella me agarra de la mano antes de que cierre la puerta.

—¿Ya no quieres acostarte conmigo? —pregunta dolida.

—Siempre, cariño —admito, besándole el dorso de la mano—. Pídemelo cuando estés sobria.

Isabella no responde. Se cruza de brazos y suelta un suspiro. Vuelve la cara cuando le aparto un mechón. Está enfurruñada, y a mí no puede parecerme más adorable. Le repito que me lo pida mañana, pero guarda silencio. Entonces me doy cuenta de que se ha quedado dormida. Tiene la boca abierta y una profunda arruga en la frente, como si mi rechazo la hubiese consternado. Me despierta tanta ternura que me quito la chaqueta y se la echo por encima.

—No eres patética —digo en voz baja.

«Yo sí—pienso—, pero intentaré ser una mejor persona por ti».

Isabella

Me despierto sobresaltada.

Llevo la ropa puesta, pero alguien me quitó la chaqueta y los zapatos para que estuviese cómoda. También me llevó a la cama y me tapó con un par de mantas. Me incorporo y hago memoria. Hay un cubo al lado de la cama, supongo que por si me entraban ganas de vomitar. Lo último que recuerdo es que un pelmazo me abordó en el bar mientras lo veía todo borroso. Menos mal que Stefano apareció para quitármelo de encima.

Me sobreviene una oleada de vergüenza al recordarlo todo. Ojalá fuese la clase de persona que no se acuerda de nada. Por desgracia, tengo muy buena memoria.

«Ay, Dios...».

¡Le pedí que me besara y me follara! Pero Stefano me rechazó. Dijo que estaba borracha y que se lo pidiese cuando estuviese sobria. La gratitud se abre paso entre el bochorno.

«Eres mi persona favorita, incluso cuando bebes demasiado y dices cosas que no tienen sentido para mí. Cuando no te sientas querida, recuerda que Chiara y yo estamos agradecidos de que formes parte de nuestra familia. Ella ha encontrado una amiga, y yo... lo mejor de llegar a casa es saber que estás esperándome. Porque mi hogar está a tu lado, Isabella».

Las palabras que me dijo son una caricia para mi corazón maltrecho. Llevo toda la vida ansiando que alguien me quiera como él. Ya sé que no habló de amor, pero siento que Stefano está hecho para mí. No es perfecto, ni yo tampoco. No me casé con él por amor, sino para salvar a otro hombre. Sin embargo, hoy no me arrepiento de estar a su lado. Porque lo escojo. Elijo permanecer a su lado, aceptando que confiar en él conlleva un riesgo.

Salgo de la cama para buscarlo. Apenas doy tres pasos y me tropiezo con un bulto en el suelo. Me caigo hacia delante y aterrizo contra algo duro que se mueve debajo de mí. Unos brazos fuertes y cálidos me recogen de inmediato. Son mi refugio. Ojalá lo hubiera entendido antes.

—¡Stefano! —exclamo aturdida—. No sabía que estabas durmiendo en el suelo.

Rozo con una mano la almohada y la manta. No es una cama muy cómoda.

—No quería dejarte sola, por si te encontrabas mal y me necesitabas —murmura con voz adormilada. Me frota la espalda y deja la mano apoyada en el centro—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —respondo, con las mejillas hirviendo—. Gracias por cuidarme. No tenías por qué dormir en el suelo. No me hubiera importado que durmieses a mi lado.

—Ya —contesta con ironía—. No me lo habrías tenido en cuenta porque estabas borracha. Hasta que te despertases a la mañana siguiente y vieses quién estaba a tu lado.

—Mi marido.

—Es mejor que acepte dónde está mi lugar. —No hay acritud en su tono, sino un ligera consternación.

Estoy sentada en su regazo. Se las ha apañado para impedir que me cayese al suelo. Así es Stefano. No tengo la menor duda de que se interpondría entre yo y cualquier peligro, aunque tuviese que arriesgar su vida por mí. Deslizo la mano por su pecho y noto que inhala con fuerza.

—¿Y si te digo que tu lugar está a mi lado? —replico, intentando sonar segura de mí misma—. No me arrepiento de lo que hicimos en esta cama hace unos días, ni de lo que te dije en aquella escalera, ni de lo que te pedí que me hicieras en el coche.

Su cuerpo se tensa bajo mi caricia, aunque sé de sobra que le encanta que lo toque. Lo necesita, pero tiene miedo de moverse por si me arrepiento. Utilizo ambas manos y las deslizo desde las clavículas hasta los hombros, bajando despacio por los brazos y ejerciendo un poco de presión con los dedos.

—¿No dices nada? —pregunto con tiento.

Exhala con fuerza cuando dejo de tocarlo. Quizá lo he malinterpretado. Retiro las manos, dolida por su rechazo. Entonces me agarra de las muñecas y vuelve a llevarlas a su pecho.

—¿Recuerdas cuando te dije que no te tocaría a menos que tú me lo pidieses? —inquire con tono tembloroso, algo impropio de él.

Ladeo la cabeza, confundida. Ha pasado mucho tiempo desde entonces.

—¿Quieres que te ruegue? ¿Es eso?

—No, amor. —Se inclina hasta pegar su frente contra la mía—. Nunca te pediría que me ruegues. Solo te dije aquello por una razón. Estoy tan loco por ti que me conformaré con cualquier cosa que quieras darme. —Me coge de la cara, con firmeza pero sin hacerme daño—. Lo que sea: Un beso, una caricia, una palabra amable de tus labios. Pero antes necesito saber que no te arrepentirás, Isabella. Porque eres la única persona capaz de hacerme daño, y odio sentirme tan vulnerable. Llegaré hasta donde me permitas. Te daré todo lo que quieras. Simplemente... no me apartes después. No podría soportarlo.

Me muerdo el labio, sorprendida y halagada por su confesión. Presiono mi boca contra la suya con suavidad, apenas un roce leve y tímido. Siento cómo se estremece, conteniéndose para no ir un paso más hasta estar seguro de que quiero lo mismo que él.

—No te apartaré —prometo, casi pegada a sus labios—. Solo quiero que seas honesto conmigo. Yo también lo seré, Stefano. Y, por favor...

—¿Qué? —pregunta ansioso—. ¿Qué quieres? ¿Qué necesitas?

Esbozo una sonrisa tímida, insegura. No puede verme, pero creo que la siente. Le rodeo el cuello con los brazos y me pego más a él.

—Si algún día te entrego mi corazón —digo indecisa— no lo rompas.

Su beso no me pilla desprevenida, pero me emociona de todos modos. Hay tanta verdad en él que me desarma por completo. Me abraza contra su cuerpo y devora mi boca como si hubiese esperado una eternidad para probarla.

Me besa como siempre quise que alguien lo hiciera: con determinación y un punto de locura.

Mete la lengua dentro y la enreda con la mía. Me agrada que tome la iniciativa. Su posesividad, como si quisiera cogerlo todo de mí. Me encanta que enrede mi pelo en su puño y

tire de mi cabeza hacia atrás para besarme tal y como quiere. Su forma de perder el control..., el gruñido que se le escapa cuando lo correspondo con las mismas ganas...

No sé en qué momento paso a estar debajo de él. Stefano se apoya en los antebrazos para no aplastarme, y se las apaña para seguir tocándome, haciéndome sentir la mujer más valiosa y especial del mundo. Se acomoda entre mis piernas, su erección presionando contra mi sexo por encima de la ropa. Siento un cosquilleo agradable, seguido de una calidez poderosa que me sacude el estómago.

Se restriega contra mí, lo que me provoca un gemido. Su boca está por todas partes. Estoy mareada de placer, y ni siquiera nos hemos quitado la ropa. Sus dientes se clavan en mi cuello al mismo tiempo que una de sus manos se cuela por debajo de mi jersey, acariciándome el abdomen con una destreza que me enloquece.

Parece que conoce los entresijos de mi cuerpo mejor que yo. Sabe cómo y dónde tocarme. Es perfecto. Tanto que me entra el miedo. Porque él está al mando, pero yo no tengo ni idea de qué hacer. Odio la sensación de sentirme en desventaja y no estar a la altura.

Le pongo una mano en el pecho, tan agobiada como excitada.

—Stefano —murmuro su nombre con dificultad.

Se aparta un poco y deja de tocarme.

—¿Estás bien? ¿Quieres que pare?

—No —respondo segura, aunque sé que debo ser sincera con él si quiero que esto funcione—. No sé qué hacer ni cómo... tocarte.

—Como tú quieras, amor. —Me coge de la mano y la pone en su mejilla. Presiona la cara contra ella, buscando mi contacto—. Cualquier cosa que hagas me parecerá bien. Me encanta que me toques. Pensé que era evidente.

Lo acaricio insegura. No es tan fácil como parece. Me encantaría dejarme llevar, de verdad que sí. Pero no sé ni por dónde empezar. A diferencia de él, no tengo tanta experiencia.

—Solo he estado con una persona —le confieso. Seguramente lo sabe, pero necesito que me entienda. No es necesario que mencione al susodicho. Me niego a decir su nombre cuando estamos a punto de acostarnos—. No fue agradable para mí.

Stefano se tensa.

—¿Te hizo daño?

—No, no es eso —lo tranquilizo—. No llegué a disfrutar. El sexo me hace sentir insegura. Estoy convencida de que contigo será distinto. No tendrás problemas en hacer que llegue al orgasmo, pero dudo que yo pueda... darte lo mismo a ti.

Stefano se echa hacia atrás. Su cuerpo se sacude ligeramente. Al principio no entiendo qué le pasa, hasta que comprendo que se está riendo.

—¡No te burles de mí! —protesto indignada.

—¿De verdad no te acuerdas de cómo me corrí hace unos días? Porque yo no he podido olvidarlo.

Me ruborizo intensamente.

—Aquello fue..., los dos estábamos muy... —Me muerdo el labio, sin saber cómo arreglarlo—. Lo que quiero decir es que... el sexo no se me da muy bien, creo. Ya lo he dicho.

Me quito un gran peso de encima al soltar mi mayor inseguridad.

Stefano se pone más serio. Levanta mi barbilla con dos dedos para que lo mire.

—Se te da bien, créeme —dice convencido, con la voz cargada de suavidad.

—Pero sigo sin saber qué hacer —insisto agobiada—. Ni cómo tocarte...

—No necesitas hacer nada especial —responde, aguantándose la risa—. De hecho, tendré que hacer un gran esfuerzo para no correrme mientras te toco. Así es como me afectas.

—Pero yo quiero tocarte.

—Tócame si quieres, o no. Siéntete cómoda de hacer conmigo lo que quieras. Úsame. Soy tuyo. Te prometo que disfrutaré.

Es una oferta muy tentadora, teniendo en cuenta que no sé ni por dónde empezar. Stefano me hace sonreír al darme un beso en la nariz. Me gusta que tenga este tipo de gestos conmigo.

—Dime si hago algo que no te guste —le pido, sin desprenderme del todo de la inseguridad que me consume.

—Es imposible que hagas algo que me desagrade. Eres jodidamente perfecta, Isabella.

Pongo los ojos en blanco. Eso es absurdo, pero me derrito cuando me besa el cuello. Este hombre tiene la habilidad de desestabilizarme cada vez que me toca. Lo que siento por él no puede ser normal.

—Tú marcas los límites. Pararé si me lo pides. Prométeme que serás sincera conmigo si no te sientes cómoda.

Asiento con la cabeza, hasta que me doy cuenta de que no puede verme. Entonces me pongo de pie y camino a tientas hacia la mesita de noche. Enciendo la luz de la lamparita. No quiero que nuestra primera vez sea a oscuras.

Me vuelvo hacia él. Sus ojos están cargados de ardor cuando me miran, y de algo más poderoso e íntimo.

—Prefiero verte —digo sonriendo.

Stefano se pone de pie y viene hasta mí, sin llegar a tocarme. Algo lo retiene. Está esperando que responda a su pregunta.

—Lo prometo —contesto sin dudar.

Es todo lo que necesita para cortar la distancia que nos separa y aplastar su boca contra la mía.

Isabella

Stefano me quita el jersey como si estuviese desenvolviendo un regalo carísimo y frágil. Se me pone la piel de gallina al sentir sus dedos en los brazos. Todavía llevo el sujetador y ya me vio desnuda dos veces, pero me observa como si me viese por primera vez.

—¿Bien? —pregunta con tacto, frotándose los hombros al notar que tengo el vello erizado.

Que se tome tantas molestias conmigo y vaya con pies de plomo es... irritante. Entiendo que le he dado la imagen de una mujer insegura y asustada, pero lo último que quiero es que se corte conmigo. Necesito que vuelva el hombre que me vuelve loca.

—¿Actúas igual con las otras mujeres?

—¿Qué otras? —Se echa hacia atrás, tan indignado que casi me hace gracia—. No hay otras. Para mí eres la única.

Lo sé. Claro que sí. Cada día tengo más claro que solo tiene ojos para mí. Su pasado no podría darme más igual. Lo que cuenta es el futuro que construyamos en común.

—Me refiero a las que hubo antes que yo —puntualizo—. ¿A ellas las tratabas con tanta delicadeza?

—No, me daban igual —responde sin pensarlo—. Pero tú lo eres todo para mí.

Mi corazón se salta un latido. No quería convertir esta conversación en una competición, aunque reconozco que me encanta que me vea de esa forma.

—Si significo tanto para ti... —me envalentono y le desabrocho el botón del pantalón— ... no tengas reparos conmigo.

La nuez de su garganta baja cuando traga con dificultad. Me mira embobado, como si no pudiera creer lo que estoy haciendo. Parece que iba en serio cuando dijo que no necesitaba hacer nada especial. Tener semejante poder sobre él me da la seguridad en mí misma que me faltaba.

—No quiero ahuyentarte —confiesa con voz queda—, ni que me tengas miedo.

—No te tengo miedo.

Le bajo la cremallera y acaricio su erección por encima del calzoncillo. Las dudas que tenía se esfuman al ver cómo reacciona. Se le escapa el aire que estaba conteniendo, entrecierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás, completamente ido.

—¿Lo ves? —digo tan excitada como él, sin dejar de acariciarlo—. No me das miedo.

—Ahora yo sí estoy asustado —admite, respirando de forma acelerada—. Me gusta hacerlo duro y... *joder*. —Suelta un gruñido cuando aprieto la mano—. No quiero espantarte. Mierda, *cariño*, si sigues haciendo eso...

—¿Qué? —Me muerdo el labio, maravillada de conseguir que pierda el control tan rápido.

Abre los ojos y me mira tan abochornado que me produce una mezcla de ternura y ganas de arrodillarme y abrir la boca.

—Eres mala.

—Dime por qué crees que vas a espantarme —insisto, acelerando el ritmo.

—Porque me encanta tener el control, dar órdenes... —continúa, jadeando—, nada de acurrucarnos, ni follar suave. No me van las cursiladas. Pero me adaptaría si es demasiado para ti. Solo quiero que disfrutes, sin sentirte presionada a hacer algo que te incomode.

Dejo de tocarlo.

Así que cree que es demasiado para mí.

Una parte de mí siente ansiedad por no estar a la altura de sus expectativas. No quiero que me compare con sus antiguas amantes, que parece que no tenían problemas en darle lo que necesita. La otra se siente ofendida de que crea que saldré corriendo si me folla como de verdad se muere de ganas.

Me puede el orgullo. Quiero que me lleve al límite. Ni siquiera sé qué es lo que me gusta, o si somos sexualmente compatibles. Solo tengo claro que se detendrá si se lo pido, y con eso me basta.

Me pongo de rodillas. Stefano abre los ojos, tan sorprendido como intrigado.

—Isabella —pronuncia mi nombre con una clara advertencia.

—Haz conmigo lo que quieras.

Respira hondo. Se pasa una mano por la barbilla. Está nervioso.

—No sabes lo que me pides.

—Te pido que me folles —lo provoco—. ¿O debo pedírselo a otro que no tenga tantos reparos ni me trate como si estuviese hecha de porcelana?

Stefano se inclina hacia delante y me agarra del cuello. Me frota la base de la garganta con el pulgar. No me hace daño, pero es un gesto autoritario que me acelera el pulso.

—Soy perfectamente capaz de satisfacerte —murmura contra mis labios—, y cuando lo haga, te van a doler algunos músculos que ni siquiera sabías que existen.

Estoy ardiendo cuando me suelta, se baja los pantalones y se saca la erección. Tiene la polla dura y enorme. La punta está húmeda, cubierta por algunas gotas de líquido preseminal.

—Lámela —ordena, mirándome a los ojos.

Estiro el brazo para cogerla, pero sacude la cabeza.

—No uses las manos —dice con tono firme—, y mírame a los ojos.

No estoy acostumbrada a que se muestre tan serio ni autoritario conmigo. Me sorprende lo mucho que me gusta que me trate así. Es algo completamente nuevo, sucio, y me siento intrigada.

Abro la boca y lo acaricio con la lengua sin dejar de mirarlo. Lo lamo despacio, sin saber cómo le gusta o si lo hago bien. Su sabor salado me inunda. Se le escapa un gruñido de satisfacción y me agarra del pelo, empujándome contra su polla.

—Sigue.

Me la meto hasta el glande y chupo con timidez. Eso parece encantarle, porque retuerce mi pelo en su puño y empuja las caderas para metérmela hasta la garganta. Me sobreviene una arcada y se me llenan los ojos de lágrimas. Stefano me la saca y respiro una bocanada de aire.

Observa mi reacción sin decir nada, con una mezcla de cautela y temor. Apoyo las manos en mis rodillas y recupero el aliento.

Ha sido... inesperado, sí. Pero también extrañamente satisfactorio. No porque lo haya disfrutado, sino porque él sí lo hacía. Él está al mando, pero siento que soy yo la que tiene el verdadero poder.

No lo dudo cuando vuelvo a abrir la boca, esta vez más preparada. Stefano me recoge el pelo con una mano, se agarra la polla con la otra y frota la punta contra mis labios.

—No sabes cuántas veces he soñado con tenerte así —confiesa con voz ronca. Presiona el pulgar contra mi labio inferior, tirando de él con suavidad—. Con follarme esta boca que no deja de replicarme y ponerme a prueba...

—¿Y yo qué hacía?

Sus ojos se oscurecen.

—Todo lo que te pedía. Solo deseabas complacerme. —Desliza el pulgar por el labio—. Te portabas muy bien conmigo.

Asiento una sola vez, lo que es suficiente para que me penetre con fuerza. Al principio me cuesta seguirle el ritmo, lo que parece enloquecerlo aún más. Cada embestida es más ruda y rápida que la anterior. Me las apaño para no asfixiarme y acostumbrarme al escozor de la garganta, deseosa de cumplir su fantasía. Stefano me reconforta al acariciarme la mejilla con el pulgar, a pesar de que dijo que no le gustan las cursiladas.

—Joder, Isabella —murmura, completamente fuera de sí—, eres increíble. Lo haces demasiado bien.

Sus palabras solo consiguen que me esfuerce más. Lamo y chupo como si me fuera la vida en ello. Dijo que no utilizara las manos, pero eso no significa que no pueda tocarlo de cintura para arriba. Le recorro el abdomen, arañándolo como me moría de ganas.

—Qué buena eres, joder —dice, cogiéndome de la cabeza con ambas manos y follándome la boca sin control.

Noto que está a punto cuando contrae el abdomen. Bajo la mano derecha hasta agarrarle los testículos y ejerzo un poco de presión. Stefano deja caer la cabeza hacia delante, temblando.

—Ah, me cago en la puta —dice con los dientes apretados.

Ahora soy yo la que tiene el control. Murmura varias maldiciones mientras sus embestidas se hacen más fuertes. Pronuncia mi nombre entre jadeos desesperados. Me tira del pelo con una mano, me rodea del cuello con la otra y empuja una última vez, llenándome con su esperma.

Me trago hasta la última gota, satisfecha. Stefano tiene los ojos vidriosos por el orgasmo y las mejillas arboladas. Los labios curvados en una sonrisa perezosa. Ambos sabemos que lo he derrotado en su propio juego.

Está guapísimo.

Entonces me mira de una forma que no sé descifrar.

Me agarra por debajo de los brazos para levantarme y se apodera de mi boca, llevándose las escasas dudas que albergaba sobre nosotros.

Stefano

—¿Qué quieres que te haga? —pregunto, devorando cada centímetro de ese cuerpo desnudo y absolutamente perfecto.

Mi dulce esposa se ruboriza de nuevo. Es increíble que se muestre tímida después de lo que acaba de hacer. Me ha regalado la mejor mamada de mi vida. Estoy casado con una diosa, y a las diosas hay que adorarlas.

—Lo... lo que quieras —balbucea, nerviosa.

—Es una oferta muy tentadora —admito, asintiendo mientras le acaricio los brazos para que vuelva a entrar en calor—. Pero si no me dices lo que deseas de verdad, será mejor que te vistas.

Me lanza una mirada orgullosa, malhumorada. Es justo lo que pretendía. El sexo es comunicación, y quiero que se sienta tan cómoda conmigo que tenga plena libertad de cumplir sus fantasías.

—Lo que... —baja la cabeza, mordiéndose el labio inferior—, lo que me hiciste aquel día en el baño.

Ah, vaya. Sí que le gustó.

—No lo recuerdo. Refréscame la memoria.

Isabella suspira, mortificada.

—Lo que me hiciste con la lengua —murmura, cada vez más ansiosa. Al ver que guardo silencio, sus mejillas se tiñen de más rubor—. ¿De verdad vas a obligarme a decirlo en voz alta?

—Pensé que me había casado con una mujer que sabe hablar con propiedad.

—Quiero que me hagas sexo oral —pide con la voz ronca.

Me lanza una mirada malhumorada, indignadísima. Tengo que hacer un grandísimo esfuerzo para no sonreír. Me produce mucha ternura que parezca tan abochornada. Me aplicaré para despojarle esa vergüenza tan absurda a lametones.

—No era tan difícil, eh.

Me tumbo bocarriba en la cama, confundiéndola. No sabe lo que le espera. Me encantó comerle el coño y ver su cara de intenso placer. Nunca la dejaría con las ganas. He nacido para satisfacerla, lo tengo clarísimo.

—Siéntate en mi cara, Isabella.

Sus ojos se abren por la sorpresa.

—¿Qué? ¡No! Voy a aplastarte. Peso mucho y...

—No vas a aplastarme —la agarro de la mano, atrayéndola hacia mí—. Separa tus preciosas piernas y ponlas a los lados de mi cabeza.

Me mira indecisa, como si lo estuviera pensando.

—Stefano, no sé si...

—Sí sabes. —Me incorporo, impaciente, para cogerla y sentarla encima de mí. Luego vuelvo a tumbarme, agarrándola del culo para que se mueva hacia delante—. Más arriba, cariño.

—Es una posición muy... —duda, ruborizada hasta las pestañas. Apoya las manos en mi pecho, sin moverse—, me da un poco de....

—¿Vergüenza? —la interrumpo, burlón. Le doy un pequeño mordisco en el interior del muslo que la sobresalta—. Estás casada con un hombre que carece de ella y tiene muchas ganas de comerte el coño.

Sacude la cabeza, resignada y cada vez más ansiosa. Se muere de ganas. Se lo veo en la cara.

—Eres lo peor.

Se mueve hacia arriba, separando sus preciosas piernas, sin saber dónde agarrarse. Le cojo las manos para ponerlas en mi cabeza, indicándole que puede tirarme del pelo.

—¿Te gusta que hable sucio? —intuyo, dejando un reguero de besos por el interior de su muslo. Al ver que no responde, le araño con los dientes—. Te he hecho una pregunta, Isabella.

Suelta un suspiro tembloroso cuando acerco la boca a su coño. Asiente con los ojos cerrados. No quiero torturarla más. Presiono mi boca contra su clítoris, succionándola y lamiéndola con avidez hasta que escucho el primer gemido. Sonrío satisfecho antes de seguir, pero me aseguro de hablarle de vez en cuando porque ahora sé que le encanta.

—Frótate, móntame como sé que estás deseando.

La penetro con la lengua y ella se cae hacia delante, agarrándome del pelo. Me tira hasta hacerme daño, pero no me importa en absoluto. De hecho, solo me pone más cachondo.

—Stefano, madre mía...

—¿Te gusta, amor? —La agarro del culo, presionándola contra mi boca. Froto la cara contra su coño, dispuesto a darle el mejor orgasmo de su vida—. A mí me encanta cómo sabes.

Mis palabras la llevan al límite. No tarda en correrse contra mi boca, tirándome del pelo y gritando mi nombre. La sostengo por la cintura para que no se derrumbe mientras sigo comiéndoselo hasta que su respiración se relaja.

Se baja de encima con el cuerpo tembloroso y los ojos vidriosos por el orgasmo. Estoy tan excitado que me correré si la penetro justo ahora, así que decido besarla para que pruebe su sabor en mis labios.

No puedo soportarlo más. Quiero enterrarme dentro de ella con fuerza. Salgo de la cama para buscar un preservativo, pero ella me agarra de la mano. La miro sin entender, porque dudo que quiera quedarse embarazada.

—Tomo la píldora.

—¿Segura? —le pregunto, para que sepa que puedo ponerme un preservativo si lo prefiere. No quiero que se sienta presionada.

Asiente y vuelve a atraerme hacia ella. Joder, soy un hombre muy afortunado.

Es la primera vez en mi vida que estoy tan nervioso. No sé si ponerme encima, debajo o detrás de ella. Da igual. Será demasiado rápido. Decido penetrarla por detrás, creyendo que así lograré prolongar el orgasmo.

Isabella se sostiene sobre sus rodillas y codos. La visión de su precioso culo es algo con lo que no contaba. Apoyo la frente en su espalda y ahogo una risa que la confunde. Le doy un beso y murmuro abatido:

—No dudaré mucho, pero te lo compensaré luego.

Me agarro la polla y la penetro de un empellón.

Trago saliva, alucinado. Es... como estar en el cielo.

—No te cortes conmigo —pide, moviéndose—. No quiero que seas blando.

No, ahora sí que estoy en el cielo.

La agarro del pelo, tirando de su cabeza hacia atrás y agarrándole los pechos con la otra mano. La penetro con fuerza, maravillado de que pueda seguirme el ritmo. Y pensar que quise acostarme con ella para quitármela de la cabeza..., qué idiota soy. Nunca tendré suficiente de esto. Nunca me cansaré de Isabella.

Algo se rompe dentro de mí y la cojo de la cintura para darle la vuelta porque siento la imperiosa necesidad de mirarla a la cara mientras me corro dentro de ella. Isabella se queda tan sorprendida como yo cuando mis embestidas se vuelven más lentas y controladas. Le dije que no me gustaba suave, pero la verdad es que ya no tengo ni idea de lo que quiero ni de lo que me gusta. Aunque tengo una ligera sospecha de lo que necesito cuando me vengo dentro de ella, mirándola a esos preciosos ojos verdes que me dejan sin aliento.

Me desplomo a su lado, sudoroso, extenuado y feliz. Estiro el brazo para tocarla. No quiero irme de la cama. No quiero irme de su lado. No quiero que me aparte.

Isabella

—Estás nerviosa —intuye.

Levanta la mano de la palanca de cambios y agarra la mía. Le regalo una sonrisa insegura. Vamos de camino a la inauguración de la librería. Esta semana ha sido caótica. Stefano se cogió un par de días libres para ayudarme con los últimos preparativos. Chiara también nos echó un cable. La verdad es que el trabajo y mi apetito sexual por mi marido me dejaban tan exhausta al final del día que no tenía tiempo de pensar en la inauguración.

Stefano se lleva mi mano a la boca y la besa, lo que me hace sonreír de verdad. No tuvimos luna de miel, pero la estamos viviendo en este momento. Anoche, mientras nos duchábamos juntos, me preguntó si quería que hiciéramos una escapada. Le dije que siempre he soñado con ir a Suiza y subir al Glacier Express, un tren panorámico que atraviesa los Alpes y recorre el viaducto de Landwasser, considerado Patrimonio de la Humanidad. A la mañana siguiente, me sorprendió con dos billetes de avión con destino a Zúrich, una suite en un hotel céntrico y dos billetes en primera clase para el famoso tren de vagones rojos.

—Que asco dais —protesta Chiara desde el asiento trasero, fingiendo una arcada.

Suele quejarse de nuestras muestras de afecto, pero estoy convencida de que le encanta vernos felices. Y juntos. Muy juntos. Stefano ya no duerme en el sofá, sino en nuestra cama. Desayunamos y cenamos como una familia, y casi todos los días me sorprende al aparecer en la librería para invitarme a almorzar.

Y el sexo es... alucinante. Me invade el calor al recordar cómo me hace disfrutar. Es generoso e intuitivo. Conoce mi cuerpo mejor que yo. Somos tan compatibles que me da miedo acostumbrarme y que se canse algún día.

—Saldrá bien —dice, devolviéndome a la realidad.

Asiento más calmada. No sé si tiene razón, pero al menos he hecho todo lo posible para que así sea.

Al llegar saludo a Lara, la chica que he contratado para que me ayude en la librería. Faltan dos horas para la inauguración y nos ponemos manos a la obra. Chiara y yo estuvimos repartiendo publicidad por la ciudad la semana pasada. He invitado a todos mis conocidos, pero albergo pocas esperanzas de que asistan porque no tengo muchos amigos. Ojalá mis amigas de la universidad estuvieran aquí, pero se mudaron a Roma y no quería ponerlas en un compromiso.

Termino de darle instrucciones a los camareros del catering y observo con orgullo lo bien que ha quedado. Quizá no soy objetiva, porque me parece la librería más bonita y acogedora del mundo. Los amantes de la novela romántica se sentirán como en casa.

—Lo de las galletas ha sido una idea fantástica —señala Lara.

Se refiere a las galletas decoradas con las portadas de mis libros preferidos: *El amor pende de un hilo*, *Tres citas con Carter*, *Alas de sangre*, *El príncipe cruel*, *La hipótesis del amor...* que hay en una mesa rodeada de cupcakes adornados con corazones y glaseado rosa.

—¡Has venido! —exclamo al ver a mi hermana.

Estaba deseando que viese la librería. Le pregunté varias veces si le apetecía pasarse, pero me confesó que no se encontraba bien y solo quería estar en su apartamento. No se lo eché en cara, por supuesto. Es cierto que me hubiese gustado contar con su opinión y me habría venido genial un poco de ayuda extra, pero lo primero es su bienestar.

Greta lo observa todo sin decir nada. Se da la vuelta y se queda mirando la pared pintada con los retratos de las escritoras, la que le encargué a la artista local. Mi hermana no comparte mi pasión por la lectura, aunque sí tiene muy buen gusto. Espero que le agrade la decoración.

—¿Te gusta? —pregunto nerviosa, al ver que guarda silencio.

Se vuelve hacia mí con un gesto que no sé descifrar. Tiene los ojos brillantes y una sonrisa tensa en los labios.

—Te habrás esforzado mucho —dice al fin—. Siento no haberte ayudado. He pasado unos días muy complicados adaptándome a mi nueva rutina.

—¡No pasa nada! —Le doy un abrazo y la retengo un poco. No quiero que se sienta culpable. Lo importante es que está aquí. Mi hermana me corresponde con una tensión que achaco a su estado de ansiedad—. ¿Qué te parece?

—Es muy tú.

Se me cae al alma a los pies. No sé qué diantres significa, pero tengo la impresión de que no ha sido un halago.

Me aparto para mirarla, sin poder ocultar mi decepción.

—No te gusta —digo consternada—. Ya sé que tenemos estilos diferentes. ¿Es demasiado naif? ¿Es eso?

—No me eches cuenta. —Hace un gesto con la mano—. Ya sabes que prefiero los tonos neutros y la decoración minimalista. Es un sitio... mono. Muy de tu estilo.

Sus palabras me dejan descolocada. Ni siquiera sé qué responder a eso. «Mono» y «muy de tu estilo» no parecen comentarios positivos que una hermana le haría a otra. Al menos, no una que se alegra de que su hermana pequeña por fin haya cumplido su sueño.

—Pues a mí me encanta —interviene mi cuñada, lanzándole una mirada furibunda a mi hermana—. Es la librería de mis sueños. Soy Chiara, por cierto. La hermana de Stefano.

Greta parece sorprendida. Le tiende la mano, recuperando su compostura habitual.

—Encantada de conocerte. Isabella me ha hablado mucho de ti.

—Lo mismo digo —responde Chiara, con una tirantez que no me pasa desapercibida—. Isabella te adora y no deja de hablar de ti. Algún día podrías hacernos una visita. Al fin y al cabo, ahora somos familia. Siempre serás bien recibida en nuestra casa.

—Claro —responde mi hermana—. Isabella es afortunada de tener una cuñada que la aprecia tanto.

—Oh, la suerte es mía. —Chiara me da un sonoro beso en la mejilla—. Siempre quise tener una hermana mayor a la que robarle la ropa. Además, mi hermano está loquito por ella y ahora somos dos contra uno. Siempre nos salimos con la nuestra.

Me rio para distender la tensión que acaba de formarse. Mi hermana esboza una sonrisa falsa, consciente de que mi cuñada ha intervenido para sacar las uñas por mí. No debería sentirme agradecida, pues mi hermana no es mi enemiga. Pero la verdad es que me reconforta después de que Greta fuese incapaz de decir algo amable sobre mi trabajo.

Chiara va a ayudar a Lara, por lo que nos quedamos solas. Ignoro la punzada de dudas y le cojo la mano a Greta. En el fondo, lo único que importa es que ella se divorcie del maltratador de su marido y sea capaz de rehacer su vida. Siempre estaré ahí para ella.

—¿Qué tal estás? ¿Raffaele ha intentado ponerse en contacto contigo? —me preocupo.

—No. —Me suelta la mano y se coloca un mechón que se le ha escapado del recogido—. Massimo me ha proporcionado un abogado que tramitará los papeles del divorcio. Raffaele no se ha opuesto, respeta demasiado a Massimo. El abogado dice que debería pedirle más, pero me conformo con una pensión compensatoria y el piso del centro. No necesito más.

—Eso es estupendo, Greta —digo, feliz de que tenga independencia—. ¿Has pensado en lo que harás después? Tienes un gusto exquisito para la moda. Podrías abrir tu propia boutique. Si necesitas que te ayude, puedo...

—No todas tenemos un marido que sufraga nuestros caprichos —me corta exasperada, sobresaltándose—. No tengo dinero para montar una boutique. Si se lo pido a nuestro padre, me obligará a casarme con otro hombre igual o peor que Raffaele.

—Yo podría ayudarte económicamente —contesto con un hilo de voz.

Greta esboza una mueca.

—¿Tú? —replica con tono mordaz—. No quiero ser hiriente, Isabella. Pero ambas sabemos que el dinero que me prestarías pertenece a Stefano. Tengo demasiada dignidad para aceptar su caridad.

Es como si me hubiera pegado una bofetada.

—¿Insinúas que yo no tengo dignidad? —replico dolida.

Greta gira la cabeza para observar las estanterías, como si eso lo dijera todo.

—No te culpo por dejarte querer. Soñabas con tener tu propio negocio y lo has conseguido. Solo espero que no creas lo que dijo tu cuñada. No está loquito por ti. No seas tonta. Al final se acabará cansando, te pedirá el divorcio y te romperá el corazón. Y si no, pregúntaselo a ella. —Señala con la cabeza a las mujeres que acaban de entrar en la librería. Una de ellas es Sofía, la mujer de Massimo, que va acompañada de una guapísima morena a la que no reconozco—. Venga, pregúntaselo. A ver qué te dice de tu flamante marido. Todas lo conocemos por haberse tirado a la mitad de Sicilia. Es un mujeriego que solo se está divirtiendo contigo. No eres especial.

—Cuidado con como hablas de él —le espeto indignada—. Es mi marido, y me es fiel.

Suelta un resoplido.

—No seas ingenua.

Aprieto los labios, destrozada por su pulla. No permitiré que sus palabras me hagan dudar. Stefano no ha hecho nada para traicionar mi confianza. Su pasado me trae sin cuidado. Me ha demostrado que solo tiene ojos para mí desde el día que nos casamos. Eso es lo único que

me importa.

—No te lo tendré en cuenta porque sé que estás pasando un mal momento —digo con voz queda y a la vez firme—. Pero quiero que te quede muy clara una cosa: Stefano es mi marido. Sí, gracias a él he cumplido mi sueño. Es evidente que sin su apoyo no habría podido abrir esta librería. Ese hombre ha hecho más por mí que algunas personas que dicen quererme. No necesito escuchar un «te quiero» de sus labios, porque me demuestra cada día lo importante que soy para él. Me hace sentir valiosa, única y protegida. Así que la próxima vez que digas que soy una ingenua o te atrevas a hablar mal de mi esposo, recuerda que siempre lo elegiré a él porque ahora es mi familia.

Greta me mira atónita. No necesito ni quiero escuchar su respuesta. Le doy la espalda y cruzo la librería como una exhalación para saludar a los primeros clientes. Stefano me observa con interés desde el otro extremo de la librería, por lo que le regalo una sonrisa cálida para que sepa que todo va bien.

Es mi momento. *Nuestro*, porque no lo habría conseguido sin él. No permitiré que nada ni nadie nos lo arruine. Ni siquiera mi hermana.

55

Isabella

—¡Enhorabuena! —me felicita Sofía.

Su amiga se limita a mirarme con interés, pero no hay animosidad en sus ojos. Le sonrío para que sepa que no tengo nada en contra de ella. Mi hermana tiene razón en algo: Stefano fue un mujeriego que se acostó con muchas mujeres. Si tuviese que llevarme mal con todas, tendría demasiadas enemigas, cosa que no me apetece. Lo maduro e inteligente es que acepte que su pasado no cuenta porque ha decidido construir un futuro conmigo.

—Muchas gracias por venir —digo con sinceridad, y añado en voz baja—: Y también por lo que hiciste por mi hermana.

Sofía se cuelga de mi brazo.

—Este mundo no es tan complicado si nos apoyamos entre nosotras —me dice al oído, arrastrándome hacia su acompañante—. Te presento a Mónica, mi mejor amiga. Es una gran lectora de novela romántica. Solo habla inglés y español, aunque se va soltando con el italiano.

—Encantada de conocerte —le digo en inglés—. Tenemos una sección de libros en inglés. Son novedades que aún no se han traducido al italiano. Espero que te guste la librería.

—Es preciosa —contesta asintiendo—. Has hecho un gran trabajo.

Me sonrojo de placer, pues parece sincera. Es agradable que te feliciten después de haberte esforzado. Ojalá mi hermana lo hubiese hecho, en vez de criticar a mi marido. El cual, por cierto, no nos quita la vista de encima mientras charla con otro hombre. Creo que está preocupado por si discuto con Mónica, cosa que no pienso hacer. Aprovecho que el camarero pasa por nuestro lado para coger dos copas de mimosa y le tiendo una:

—¿Zumo de naranja con champagne? —pregunto con tono cordial—. Es mi cóctel favorito.

—Sí, gracias —acepta, mirando un segundo en dirección a Stefano antes de centrarse en mí. Le da un sorbo a la copa y me observa con sinceridad—. No he venido a montar una escena. Me encanta la novela romántica y quería acompañar a mi amiga. No estoy aquí por otros motivos. Te lo prometo.

—Te creo —le aseguro, sin ganas de entrar en guerra. Parece que es honesta y siempre le doy un voto de confianza a todo el mundo—. Me alegro de que te animases a venir, y espero verte por aquí más a menudo.

—Si tienes libros en inglés, seguro que sí. —Se le iluminan los ojos al ver la colección de libros de dark romance—. Penelope Douglas es mi autora favorita.

—¿En serio? Estoy obsesionada con la saga *Devil's Night*.

Me coge la mano y se inclina hacia mí con complicidad.

—Dime que Damon es el mejor de la saga. No acepto otra respuesta.

—Su libro es mi favorito. La pareja que hace con Winter es... —suelto un suspiro de emoción.

—Tú y yo vamos a llevarnos muy bien —dice convencida—. ¡Por fin he encontrado a una librera especializada en novela romántica!

—No entiendo cómo os puede gustar el dark romance —interviene Sofía, negando con la cabeza—. Yo soy más de romances sanos: Hannah Grace, Elle Kennedy...

—Mira quién fue a hablar —replica Mónica, poniendo los ojos en blanco—. La que está casada con *Il Diavolo*.

—¡No lo llares así! —protesta, roja de indignación.

Su hija se despierta y rompe a llorar. Sofía fulmina a su amiga, que levanta las manos con inocencia.

—¿Sabes lo que me ha costado dormirla? —se queja, cogiendo a la bebé en brazos.

—Oh —murmuro embelesada. Me encantan los bebés. Aún soy joven para tener hijos, pero me encantaría ser madre en un futuro. Es una bebé preciosa, rubia y con los ojos verdes. Es

igualita que Sofía—. ¿La puedo coger? Si no te molesta. Me gustaría intentar calmarla.

—Uy, toda tuya. —Me la entrega sin dudar—. Tiene muchísimo genio. Buena suerte.

La arrullo contra mi pecho, inhalando el característico olor a bebé. La niña berrea cada vez con más fuerza. Hago lo que puedo para consolarla, pero no sirve de nada. Justo cuando me rindo y voy a devolvérsela a su madre, alguien me toca el hombro.

—Déjamela —dice Stefano—. Echa de menos a su padrino.

Lo miro con escepticismo.

—¿Crees que lo harás mejor que yo?

—Sí.

Tuerzo el gesto, pero se la entrego solo para ver la cara que pondrá cuando no logre calmarla. Stefano me sorprende al cogerla con destreza, como si fuera lo más normal del mundo. La cara de adoración que pone al ver a su ahijada es demasiado para mis hormonas. Da un paseo por la librería mientras la mese y le dice algo que no llego a oír. Me quedo incrédula cuando la niña deja de llorar.

—Qué fuerte. —Miro a Sofía, que se muerde el labio, sin ocultar la ternura que siente—. ¿Cómo lo ha hecho?

—Ni idea, pero te acabas acostumbrando cuando ves que tu hija se duerme en los brazos de su padrino. Tengo la teoría de que se siente muy protegida con él, casi tanto como con su padre.

Me arden las mejillas y siento un cosquilleo en el estómago. Me percató de que Mónica suelta un suspiro y se abanica con la mano.

—¿Qué? —se defiende, al ver que enarco una ceja—. Estuve colgada, pero ya lo he superado. No me culpes por apreciar lo bien que se le dan los bebés. No es algo muy normal. Tengo derecho a fantasear con un buen padre para mis futuros hijos. Además —añade, dándome un codazo sin fuerza—, Stefano solo tiene ojos para ti. Si fuera mala, me encantaría que se cumpliese lo que le dije la última vez que nos vimos.

—¿El qué? —pregunto con una mezcla de interés y miedo.

—Le dije que algún día se cruzaría con una mujer inmune a su atractivo y probaría de su propia medicina. —Se cruza de brazos y suelta un resoplido burlón, sin maldad—. Pero, por cómo lo miras, diría que tú sientes lo mismo por él.

No sé qué responder a eso. Ninguno de nosotros ha hablado de amor, pero siento que estamos en el mismo punto. Es obvio que no soy indiferente a Stefano. Se me nota en la cara. Soy demasiado transparente para fingir que no estoy coladita por él. Tampoco quiero fingir lo contrario. Ya no.

—¡Isabella! —grita una voz que llevo bastante tiempo sin oír.

Me vuelvo confundida hacia su dueña. Noemi viene corriendo hacia mí, acompañada de Valeria. Son mis antiguas compañeras de la universidad, a las que no invité a la inauguración porque viven en Roma y no quise ponerlas en un compromiso. Las abrazo confundida mientras la alegría se abre paso en mi pecho.

—¿Qué hacéis aquí? —les pregunto emocionada. Valeria y Noemi son inseparables. En el fondo siempre sentí que estaba en medio de ellas. Son muy buenas amigas, pero perdí el contacto al acabar la universidad y volver a mi vida con un padre déspota y maltratador que no me dejaba una pizca de libertad.

—¡No puedo creer que no nos avisaras! —exclama Valeria, con más tristeza que reproche—. ¿Sabes lo contenta que nos pusimos cuando tu marido nos contó que ibas a abrir una librería?

Ah, Stefano. Nuestras miradas se encuentran y noto una calidez reconfortante. No tengo ni idea de lo que se siente al estar enamorada, pero esto se parece demasiado. Mi pulso se dispara y un montón de mariposas revolotean en mi estómago.

—Os habría invitado a la boda —comienzo a disculparme—, pero...

—Cielo, comprendemos los motivos. Seguro que no fue una boda... típica —dice con tiento. Ambas saben de quién soy hija, aunque nunca haya sacado el tema. Conocen el mundo al que pertenezco y las normas que lo rigen—. Lo único que nos importa es que tú estés bien. Si eres feliz, nosotras también. Deberías habérmelo contado. Podríamos haber venido a echarte un cable.

—No quería molestaros —respondo avergonzada.

—Eres la persona menos molesta que conozco —apunta Noemi—. Nunca nos has pedido nada. Nosotras, por el contrario, sí te pedimos un montón de favores. Como aquella vez que estuviste un fin de semana entero ayudándome con Literatura clásica...

—... no fue nada —contesto, porque es la pura verdad.

—... o cuando necesité dinero para pagar el alquiler y le robaste la tarjeta de crédito a tu padre, aunque podrías haberte metido en un lío por mi culpa —añade Valeria.

—No me pilló —digo orgullosa—. Tenía que ayudarte.

—Lo que intentamos decirte es que puedes contar con nosotras —sigue Noemi—. La amistad es algo recíproco. Siento que hayas creído que no te apreciamos lo suficiente para hacer un pequeño viaje, aparcar nuestras obligaciones por un día, y celebrar contigo la apertura de tu librería.

—Puedes contar con nosotras —asegura Valeria—. Siempre, ¿vale? Somos tus amigas.

Asiento emocionada. Estaba demasiado ciega para aceptar que me aprecian de verdad. No quería ser una molestia, por eso nunca les pedí ningún favor. En el fondo, pensé que solo eran mis amigas por miedo a las represalias que pudiera tomar contra ellas al ser la hija de un capo de la mafia siciliana.

Qué equivocada estaba.

Menos mal que ahora formo parte de una familia que en la que me siento querida y valorada.

Chiara levanta el pulgar y me sonrío.

Stefano sigue meciendo a la niña y me guiña un ojo con suficiencia, pero hay una calidez en su mirada que no logra ocultar.

Greta, delgada, pálida y seria, coge una copa de champagne y se la bebe de un trago con la mirada fija en Stefano, que solo tiene ojos para mí. Solo entonces acepto que el amor que sientes no siempre es recíproco ni sano, y que, a veces, estás tan ciego que no ves lo que tienes delante porque es demasiado doloroso.

56

Stefano

La inauguración ha sido un éxito.

Isabella y Lara no dan abasto para atender a los clientes. La verdad es que llamé a todos mis conocidos y les pedí que vinieran acompañados de sus mujeres para llenar la librería. Estaba convencido de que Isabella triunfaría sin mi ayuda, pero decidí darle un pequeño empujón, por si las moscas.

Por fin puedo respirar aliviado. Soy bueno enmascarando mis emociones, así que ella no se ha dado cuenta de que estaba agobiado. Mi mujer ha puesto toda su ilusión y talento en la librería. Al verla abarrotada de clientes, siento un profundo orgullo.

Estoy casado con una mujer inteligente y trabajadora. Se desenvuelve como pez en el agua por la librería, metiéndose a todos en el bolsillo. No la pierdo de vista en ningún momento, pero le doy su espacio porque es su momento de brillar. A veces se da la vuelta y sus ojos se iluminan al darse cuenta de que la observo embelesado, como si acaso pudiera mirar a otra persona. Y cuando me sonrío... daría lo que fuera para que no dejase de hacerlo nunca.

Sí, llamé a sus amigas de la universidad. Soy plenamente consciente de que Isabella tiene pocas amistades. No por timidez, pues es una persona extrovertida y afable, sino porque el cabrón de su padre apenas la dejaba respirar. Quería que compartiese su éxito con personas que la aprecian de verdad, así que me puse en contacto con Noemi y Valeria. No me sorprendió que estuviesen encantadas de asistir a la inauguración. Me aseguraron que podían pagar los billetes y el alojamiento, pero son amigas de mi mujer. Quería que viajasen en primera clase y se hospedasen en un buen hotel, por lo que corrí con los gastos.

—Me gustaría decir unas palabras —dice Isabella, colocándose en el centro de la librería.

Todos guardan silencio y la miran expectantes. Ella se ruboriza, pues no le gusta ser el centro de atención. Me doy cuenta de que busca a alguien entre el público. Supongo que se trata de su hermana o sus amigas, hasta que sus ojos se posan en mí y su postura corporal se relaja. Le

sonríó para infundirle ánimo y asiento con la cabeza, alentándola a seguir.

—Simplemente quería daros las gracias por acompañarme en este día tan especial —continúa sin dejar de mirarme, como si fuese su punto de apoyo. Es lo que quiero ser para ella: el pilar en el que se sostenga siempre que lo necesite. Porque, para mí, ella es mi mundo entero—. Mi intención al abrir *L'Isola dell'Amore* es que todos los amantes de la novela romántica encuentren un hogar para hablar de esos libros que nos aceleran el corazón y hacen nuestros días más llevaderos. Los libros han sido un refugio para mí —admite, con los ojos empañados por la emoción—, al que acudir en días difíciles que se hacían más llevaderos gracias a las historias contenidas en sus páginas. De pequeña soñaba con tener mi propia librería, y hoy debo reconocer que este lugar no sería posible sin el apoyo incondicional de una persona que me anima siempre a perseguir mis sueños.

El corazón me da un vuelco cuando Isabella corta la distancia que nos separa, me rodea el cuello con los brazos y me besa delante de todos. Creo oír aplausos, pero no estoy del todo seguro porque pierdo la noción de la realidad al sentir su boca contra la mía. Se aparta para mirarme y la estrecho por la cintura, disgustado de que el beso haya durado tan poco.

—Gracias, Stefano —dice sonriéndome, y juro por mi vida que nunca me había parecido tan hermosa como ahora.

No sé qué responder. Me ha dejado sin palabras. No esperaba que presumiera de mí en público. Al besarme, Isabella le ha dejado claro a todos que somos un matrimonio de verdad y no se arrepiente de haberse casado conmigo.

Le paso un brazo por los hombros, pegándola más a mí, y la beso en la mejilla. Siento lo bien que encajamos, y me pregunto en qué momento fui tan estúpido para creer que algún día me divorciaría de ella. Nunca renunciaré a Isabella. Si quiere dejarme, pelearé con uñas y dientes para que se quede a mi lado.

No imagino lo difícil que ha debido de ser para ella tomar esta decisión. Sobre todo al ver que mi cuñada es incapaz de disimular su expresión rabiosa, se da la vuelta y desaparece entre el público. Isabella se da cuenta y suspira decepcionada, pero mantiene su actitud de perfecta anfitriona y habla con una clienta que acaba de acercarse a felicitarla.

Aprovecho el momento para resolver la situación de una vez por todas.

Sí, es su hermana. Pero no permitiré que esa maldita zorra siga interponiéndose entre nosotros. Es hora de aclararle a mi cuñada lo que pasa cuando alguien le hace daño a Isabella. Si no lo entiende por las buenas, lo hará por las malas.

Stefano

—Greta —digo con sequedad, entrando en el almacén.

Ella se da la vuelta, sobresaltada. Es tan falsa que se lleva una mano al pecho y suelta una risita nerviosa, patética. Cierro la puerta con pestillo. No quiero que nadie sea testigo de esta conversación.

Mantengo la distancia, pero la miro de arriba abajo para que entienda que la tengo calada. No sé cómo pudo parecerme atractiva. Es tan diferente a Isabella que me cuesta creer que sean hermanas, salvo por el pelo rubio, que lleva recogido en la coronilla. Mientras que Isabella desprende calidez, Greta es la típica rubia estirada de familia rica con una apariencia tan insulsa como su carácter.

—Ah, hola, Stefano —saluda, recobrando la compostura—. Hacía mucho que no estábamos solos.

—¿Te encuentras mal? —pregunto, haciendo un gran esfuerzo para que mi tono suene casual.

—¿Por qué lo preguntas? —Se aparta un mechón que se ha escapado del recogido con lo que cree que es un gesto coqueto—. Necesitaba estar sola. Allí hay demasiada gente.

—Así que por eso te escondes aquí después del discurso de tu hermana.

Greta resopla y se cruza de brazos, perdiendo la compostura.

—¿Podemos dejar de hablar de Isabella? —replica molesta, acercándose a mí—. ¡El mundo no gira a su alrededor!

«El mío sí».

—Cuidado —le advierto—. Tengo la impresión de que estás celosa.

Greta se echa hacia atrás, indignada. Se le dilatan las aletas de la nariz y el rubor le sube desde el cuello hasta las mejillas.

—¡Oh, por favor! —exclama riendo—. ¿Se supone que tengo que estar impresionada? Todos sabemos que tú has pagado este circo. Isabella no lo habría conseguido sin tu dinero. ¡Lo que ha hecho no tiene ningún mérito! Que escogiese el color de las paredes y llenase las estanterías con esos libros cursis no la convierte en una empresaria de éxito, ni mucho menos en una mujer independiente. Incluso ella lo sabe. Por eso te ha dado las gracias. Es consciente de que no sería nada sin ti.

—Isabella es impresionante por sí misma —le espeto, furioso—. No necesita la ayuda de nadie para brillar.

—Oh, venga ya. —Pone los ojos en blanco—. ¿No esperarás que me crea que estás enamorado de ella? —No me da tiempo a responder, porque se adelanta—. Solo te interesa porque se hizo la difícil. Acabarás aburriéndote de ella. Y lo sabes.

—No tienes ni idea de lo que siento por tu hermana —le aclaro, conteniendo a duras

penas las ganas de partírla el cuello.

—Es patética —dice, soltando el veneno que acumula contra su hermana pequeña—. Ni siquiera sus antiguas compañeras de la universidad la soportan. Ella sabe que solo le tienen lástima. ¿Qué les has ofrecido para que vinieran? Te habrá debido de costar muy caro.

—Hay personas que de verdad valoran a Isabella y la quieren por como es.

—Guau —murmura con sorna—, te la debe de chupar muy bien.

Soy tan rápido que no me ve venir. La empujo contra la pared y ella suelta un grito, pero se calla al ver mi expresión asesina. Si no la mato es porque no quiero que Isabella sufra, aunque ganas no me faltan.

—¿Cuándo empezaste a sentir celos? —pregunto, manteniendo la distancia porque me da asco tocarla—. Seguramente desde que erais unas crías, cuando te diste cuenta de que todos la prefieren. Lo peor es que Isabella ni siquiera debe hacer nada especial para destacar. No lo necesita. Es más guapa, lista y generosa que tú.

Sus ojos se llenan de lágrimas porque he dado en el clavo. Sacudo la cabeza, incrédulo. Isabella daría la vida por su hermana, que lleva años despreciándola y sintiendo una envidia que la carcome.

—Debe de ser terrible vivir a su sombra, ¿no? —continúo—. Fuiste la hija dócil mientras te preguntabas por qué a ella no le daba miedo desobedecer a tu padre. Todo para acabar casada con un tipejo peor que tu padre y que fuese la hermana a la que tanta rabia le tienes la que te salvase el pellejo.

—¡Cállate! —grita fuera de sí, dándome un empujón que no me mueve del sitio—. ¿Qué tiene ella que yo no?

Pongo cara de asco porque me escupe en la cara al gritar. Me limpio con el dorso de la mano y respondo sin dudar:

—Todo.

Tiene los ojos desorbitados por la ira, los puños apretados y el rostro surcado por las lágrimas. Ignoro la punzada de repugnancia que me invade al sostenerle la barbilla con un dedo para que me mire.

—Tienes suerte de ser su hermana, porque de lo contrario ya estarías muerta —le aclaro, por si le quedaba alguna duda. Le tiembla el mentón y aparto los dedos, incapaz de seguir tocándola—. A partir de ahora, serás una hermana mayor ejemplar.

Deja de llorar y frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir? —replica, como si estuviese en disposición de protestar.

—Eres una buena mentirosa. Lo reconozco. Por eso no te costará mucho esfuerzo fingir que te alegras de corazón de que le vaya bien a Isabella. Cuando salgas del almacén, lo harás con una sonrisa de oreja a oreja y felicitarás a tu hermana. Dile que habías tenido un mal día, o invéntate cualquier excusa. Me da igual.

—¿O si no qué? —Se cruza de brazos, haciéndose la digna.

Chasqueo la lengua. Es más tonta de lo que pensaba.

—O si no —aclaro, con una sonrisa malévola—, convenceré a Massimo de que te devuelva a tu marido. Ni siquiera tendré que ensuciarme las manos, porque Raffaele te matará de una paliza.

—¡Tengo su protección! —exclama hecha una furia—. ¡Y la de su mujer!

—Que son íntimos amigos míos —respondo sin inmutarme—. No me costará convencerlos. Pero adelante, ponme a prueba.

Mis amigos no abandonarían a esta pobre diabla, incluso si es una mala pécora. Aunque ella no lo sabe, y pienso aprovecharme de su ignorancia. De todos modos, no es una advertencia en vano. Si sigue siendo cruel con Isabella, será un placer encargarme de ella.

Greta me observa con los ojos entrecerrados, como si estuviese preguntándose si voy de farol. Lo que ve en mi expresión la hace palidecer.

—Ah, una última cosa —digo, dirigiéndome a la puerta sin mirarla—. Si vuelves a interponerte entre Isabella y yo, te mataré y fingiré que has sufrido una sobredosis de esas pastillas azules a las que eres adicta.

Se le escapa un gemido de horror.

—¿Cómo sabes qué...?

Abro el pestillo y salgo del almacén sin terminar de escucharla. No me interesan sus dramas. He dicho todo lo que quería. Más le vale dejar de ser un problema. No soy de los que amenazan en vano.

58

Isabella

—Deja que te ayude a recoger —dice mi hermana, para mi sorpresa.

La miro descolocada. Pensé que se había marchado después de mi discurso. Supuse que estaba enfadada, pues no ocultó su decepción cuando le di las gracias a Stefano. Me descoloca que siga aquí cuando todos se han ido, salvo Stefano, Chiara y Lara, que se han quedado para echarme un cable.

—No tienes por qué —respondo incómoda.

Sé que está molesta por lo de antes, y estoy demasiado exhausta para ser comprensiva o ceder. Stefano es mi marido. No elegí casarme con él, pero tengo derecho a darle una oportunidad a nuestro matrimonio.

—Entre las dos acabaremos antes.

Coge la bolsa de basura y comienza a meter platos de plástico y vasos desperdigados por las mesas. Trabajamos en silencio, mirándonos de reojo. Me muero de ganas de darle un abrazo y suplicarle que hagamos borrón y cuenta nueva. Antes hirió mis sentimientos al decir que Stefano es un mujeriego que solo se divierte conmigo y que soy una ingenua por creer que ha cambiado, pero estoy dispuesta a olvidarlo si acepta mi decisión.

—Lo siento —masculla.

Parpadeo incrédula, creyendo que no la he oído bien. Greta resopla y se da la vuelta para quedar de cara a mí. Tiene los ojos hinchados, como si hubiese estado llorando. Me muerdo el labio, apesadumbrada. Yo también siento que hayamos discutido. Solo quiero que volvamos a ser las mismas de siempre.

—No pasa nada —aseguro, forzando una sonrisa conciliadora—. Sé que te alegras de corazón por mí.

Su semblante se tensa un segundo antes de relajarse y asentir una sola vez. Luego me abraza, con excesiva fuerza. Ignoro el daño que me hace y la envuelvo entre mis brazos, refugiándome en su olor. Utiliza el mismo perfume de nuestra madre. Eso es lo único que me importa.

—Te quiero, Greta —digo emocionada—. Eres una de las personas que más me importan y quiero que formes partes de mi vida. Por favor, dale una oportunidad a Stefano. Entiendo que no se portó del todo bien contigo, pero eso fue antes de conocernos y... te suplico que hagas un esfuerzo por mí.

—Vale.

¿Vale? ¿Ha dicho vale?

Me aparto confundida. Tiene el semblante sereno, circunspecto.

—¿Te... parece bien? —pregunto indecisa.

—Sí. —Me pone una mano en el hombro y me regala una sonrisa que no llega a sus ojos—. Tampoco tienes que pedirme permiso. Ya eres mayorcita.

Ignoro el retintín con el que pronuncia la última palabra.

—Sabes que tu opinión es muy importante para mí.

—Stefano mataría por ti —dice con frialdad—. Es más de lo que tienen la mayoría de las personas.

Se me hiela la sangre porque es una frase extraña y bastante certera.

—No sé si eso es del todo bueno —comento descolocada—. ¿A qué se debe tu cambio de actitud?

Greta no responde. Se limita a mirarme de una forma que me pone los vellos de punta.

Entonces parpadea, como si acabase de salir de un trance.

—Solo quería protegerte, pero os he visto y es obvio que estaba equivocada. Está loco por ti. Lamento haberme metido donde no me llamaban. No volverá a pasar.

Estoy tan impresionada que no sé qué decir. Hay algo que se me escapa. Lo sé. Sin embargo, cuando Greta sugiere que pidamos comida tailandesa —mi favorita—, y cenemos todos en la librería mientras terminamos de recoger, estoy tan feliz de que las cosas por fin empiecen a funcionar que aparco mis dudas y decido disfrutar del momento.

Stefano

—¿Dónde está el cargamento? —Lo agarro del pelo de la frente y tiro hacia atrás con fuerza.

Dario, un joven hasta ahora leal a la organización, tiene el rostro empapado en sangre y un ojo morado. Me cabrea que este idiota con cara de no haber roto un plato nos haya engañado. Por su culpa hemos perdido un cargamento de armas ilegales. Creyó que podía vender la información a una familia rival, sacar tajada y seguir trabajando para nosotros.

Lo que más me enfurece es que soy el mayor culpable, pues estaba tan centrado en conquistar a Isabella que he dejado de lado mis obligaciones como *consigliere*. Yo recluté a Dario hace cinco años. Confiaba ciegamente en él. Si hubiera estado más atento, podría haber evitado que un cargamento de AK-47 cayese en manos de los Esposito.

Massimo me hace un gesto para que salgamos del almacén. Hay preocupación bajo su semblante circunspecto y gélido. A mí no me engaña. Son demasiados años de amistad.

—No va a hablar —dice hastiado—. Líbrate de esa rata traidora antes de que lo haga yo con mis propias manos.

—Lo hará —respondo convencido, remangándome las mangas de la camisa. Están salpicadas de la sangre de Dario.

No quería llegar a este punto. Soy consciente de que en las últimas semanas me he ablandado. Temo no ser el que era antes. Nunca me ha costado tomar decisiones difíciles, por muy cuestionables que fueran. No me reconozco, y me da miedo.

—No tenemos tiempo que perder —insiste mi amigo, con un deje de crispación que me hiela la sangre—. Los Esposito no son tan poderosos como nosotros, pero ahora tienen un cargamento de AK-47. Lorenzo Esposito es un codicioso hijo de puta, demasiado egocéntrico e impulsivo. Sabe que no puede ganar una guerra, pero no le importará sacrificar a un puñado de sus hombres para llegar hasta a mí.

Entiendo su postura. Massimo no es el tipo de líder que sacrifica a los suyos. Por eso se ha ganado el respeto de nuestra gente. Se supone que yo soy su mano derecha y debo prever este tipo de situaciones, en lugar de jugar a las casitas con mi mujer y pensar a todas horas en hacerle el amor.

Frunzo el ceño y me echo hacia atrás, horrorizado. ¿He dicho «hacerle el amor»? Quería decir follar con ella. Trago saliva y me aflojo el nudo de la corbata.

—¿Qué te pasa? —pregunta Massimo, entrecerrando los ojos.

—Nada —mascullo, furioso conmigo mismo—. Es culpa mía, pero lo solucionaré. Te doy mi palabra.

—Oye. —Me toca el hombro—. Todos cometemos errores. No he dicho que tengas la culpa.

—No hace falta. Ambos lo sabemos.

—Es normal no estar siempre al cien por cien. Al principio de mi relación con Sofía...

Sé lo que va a decir, por eso entro en el almacén sin escucharlo. No necesito su compasión. En nuestro mundo, la compasión no sirve de nada, excepto para conseguir que te maten. Claro que recuerdo que se convirtió en un tipo débil que tomaba malas decisiones porque priorizaba el amor desmedido por su mujer. Pero yo no puedo permitirme tal cosa. Massimo es el Don, y yo soy su *consigliere*. Un buen *consigliere* debe mantener la cabeza fría, sin emociones que lo distraigan.

—Ya te he dicho que no sé nada —titubea Dario, cuando me acerco a él.

Saco el móvil y le enseño la pantalla. El color abandona de golpe su rostro. Se inclina hacia delante, como si así pudiera salvar a la niña que aparece jugando en el parque. Es su sobrina. Ordené que siguieran a la niña y su madre en cuanto supe que el bastardo nos traicionó.

—Hay un francotirador apuntándole a la cabeza —digo con tono inexpresivo—, y otro a la de tu hermana. La primera en morir será la madre. Sus vidas están en tus manos.

—¡No serás capaz! —berrea, intentando zafarse de las ataduras que lo inmovilizan contra la silla.

Flexiono las rodillas para quedar a su altura. Ya debería haber dado la orden de que disparasen a la mujer. Él es el único culpable. Sabe que nuestras familias son las primeras en pagar por nuestros pecados. ¿Es justo? Claro que no. Pero yo no hice las reglas. Pienso en Isabella y Chiara. Si uno de mis enemigos les hiciera daño, no tendría mundo en el que esconderse. Pero vengarme no me serviría de nada, porque habría perdido a las personas que más me importan. Siento un vacío en el pecho que me enfría de golpe. Sé que debo dar la orden, pero no puedo.

Maldición, no puedo.

Es la primera vez en mi vida que dudo.

Dario me lo nota en los ojos y el muy idiota respira aliviado, como si creyese que soy incapaz de cargar con la muerte de una mujer inocente. Eso me obliga a llevarme el móvil al oído. No puedo permitir que me ponga a prueba mientras Massimo me observa sin decir nada.

—Dispara a la mujer —le ordeno al hombre al otro lado del teléfono. El temblor de mi voz delata mi impotencia.

Dario abre mucho los ojos y suelta un gruñido animal, como si lo hubieran apuñalado en el corazón.

—La tengo a tiro —responde mi hombre—. ¿Disparo a matar?

El altavoz está encendido y Dario escucha la pregunta. Inspiro hondo, imaginando la cara de decepción de Isabella si supiera que estoy a punto de ordenar el asesinato de una madre. Eso es lo único que me frena antes de que Dario grite:

—¡Está en un almacén abandonado de Brancaccio! —solloza fuera de sí—. ¡Por favor, no les hagas daño!

—¿Stefano? —insiste mi hombre.

—Mantenlas a tiro hasta que confirmemos la ubicación —respondo sin perder la compostura, aunque siento un poderoso alivio—. Espera mis órdenes.

Dos horas después, recuperamos el cargamento de armas ilegales y Dario acaba con un tiro entre ceja y ceja. La traición se paga con la muerte. La niña y la madre siguen jugando en el parque, ajenas al destino que estuvieron a punto de sufrir. Pero soy incapaz de deshacerme de esta sensación helada que me retuerce las entrañas. Ni siquiera cuando subo al coche, dispuesto a regresar a casa para hacerle el a... *follar*, sí, *follar* con mi mujer. Eso es lo que quería decir.

—Lo has hecho bien —me asegura Massimo.

Sacudo la cabeza y suelto una risa desganada.

—Sabes que no.

Isabella

Le envío un mensaje a Stefano por si le apetece que almorcemos juntos, pero no responde. Tampoco me coge el teléfono. Qué raro. Entiendo que es un hombre muy ocupado, pero siempre está disponible para mí. Me extraña que lleve dos horas sin tener noticias tuyas. Lo normal sería que me hubiese respondido, aunque solo fuera para decirme que no puede comer conmigo.

Tampoco logro dar con él por la tarde. Quizá debería llamar a Massimo, pero no quiero molestar. Seguramente tendrán alguna reunión importante, y no quiero presionarlo ni nada por el estilo. Cada día me demuestra que soy su prioridad. Eso es lo único que me importa.

—Voy a la trastienda a colocar estas cajas —dice Lara.

Asiento ensimismada. Tengo la corazonada de que algo va mal. No sé por qué. Es ridículo. Las cosas van mejor que nunca entre nosotros. Soy consciente de que me estoy enamorando de Stefano. Y creo... que él siente lo mismo. O eso espero.

La campanilla de la puerta suena cuando alguien entra. Pongo mi mejor sonrisa para atender al cliente. La librería lleva dos semanas abiertas. Desde entonces no hemos parado. Menos mal que tengo a Lara. No sé qué haría sin ella.

—Buenas tardes —lo saludo—. Bienvenido a *L'Isola dell'Amore*. ¿En qué puedo ayudarte?

El hombre se quita el sombrero y se me corta el cuerpo al ver quién es. Mi padre me sonríe enseñando los dientes de forma amenazadora. Es una sonrisa venenosa. No lo veía desde la boda. Me tiemblan las rodillas y me agarro al mostrador, sin poder ocultar mi estado de shock. Él se da cuenta y las comisuras de sus labios se curvan aún más.

—Qué lugar tan pintoresco —dice, observándolo con ojos maliciosos—. Me informaron bien. Tu marido te consiente tanto como había oído.

Una llamarada de rabia me sube por el pecho. Rodeo el mostrador y salgo a su encuentro. No permitiré que dé un paso más. Su presencia mancilla la librería. Ya no soy la chiquilla que estaba obligada a soportar sus golpes sin poder defenderse. No le pertenezco.

—¿Qué quieres? —Me cruzo de brazos, fingiendo más aplomo del que siento.

Levanta los brazos como si viniera en son de paz. Su sonrisa se ensancha, como si tuviera la situación controlada. No sé cómo se atreve a venir aquí. Ambos sabemos que solo tengo que llamar a Stefano para que le borre esa sonrisa estúpida de la cara. Sí, el mismo que lleva todo el día sin cogerme el teléfono...

—¿No puedo hacerle una visita a mi hija? —se hace el inocente.

—Tú no eres mi padre.

—Llevas mi sangre por mucho que te fastidie —responde con suficiencia.

—Un verdadero padre no utiliza a sus hijas para hacer negocios, ni las golpea...

—Solo te puse la mano encima a ti —me recuerda—. Nunca golpeé a tu hermana. Ella no me daba motivos. Y mira para lo que me ha servido. Por tu culpa se ha divorciado de Raffaele y he perdido otro socio. Al final no me habéis servido para nada.

—Me alegro —respondo fríamente. Y tanto que sí. Al menos no ha forjado alianzas a nuestra costa.

—No te alegrarás tanto cuando tu marido te pida el divorcio y dejes de contar con su protección —me amenaza—. ¿Qué crees que pasará entonces?

—Stefano y yo no vamos a divorciarnos.

—Solo eres el juguete al que se folla hasta que se canse.

Aprieto los puños. No sabe nada de nosotros. Es normal que esté tan seguro. Es incapaz de querer a nadie. No tiene ni idea de lo que es el amor.

—¿A eso has venido? —replico con sorna. Ignoro el temblor de mi cuerpo y doy un paso para plantarle cara. Ha venido a mi negocio a amenazarme. No se lo permitiré—. Supongo que has perdido tantas alianzas desde que Stefano te estranguló en público, dejándote en ridículo, que tienes tiempo de sobra para venir hasta aquí. Pero ya no te tengo miedo. No puedes hacerme nada. —Levanto la barbilla y le devuelvo la sonrisa—. ¿Qué se siente al perder el poder, papá?

Se abalanza sobre mí, pero no retrocedo. Mi calma lo deja petrificado, con los puños cerrados y los hombros tensos. Que se atreva a tocarme.

—Adelante —lo animo—. ¿Qué crees que hará Stefano cuando descubra que me has golpeado? Sí, ese marido que supuestamente me pedirá el divorcio.

Miro a mi alrededor, orgullosa de lo que he conseguido y de poder restregarle por la cara mi triunfo. Seguro que para él no significa nada, pero en el fondo ha venido para ver qué tal me iba. Necesitaba saber si tenía algún tipo de influencia sobre mí. Sé que solo está aquí porque aspiraba a ver algún indicio de fractura en mi matrimonio.

—Toma, un regalo. —Cojo un ejemplar de *Jane Eyre*, uno de mis libros favoritos. Lo aprieto contra su pecho y él da un respingo—. La historia de una mujer que se libera de su familia tóxica y encuentra el amor bajo sus propios términos. Deberías leerlo. Tal vez te resulte inspirador.

Mi padre retrocede y el libro acaba en el suelo. Abre la boca para decir algo, pero no sale ni una palabra. Me cruzo de brazos y enarco una ceja, retándolo.

—No pudiste doblegarme cuando era una cría, ni mucho menos ahora que soy una mujer libre. —Lo golpeo con el hombro al ir hacia la puerta, que abro de par en par—. Fuera de mi librería.

Espero que se resista o intente agredirme. Por eso me sorprende que salga sin mirarme, tan rápido como una exhalación. No soy estúpida. Cierro con llave y cuelgo el cartel de cerrado cuando lo veo subir al coche. Solo entonces me doy la vuelta y me llevo una mano al corazón acelerado. Me escuece la garganta por las lágrimas que he evitado llorar en su presencia.

«Se ha ido —me tranquilizo a mí misma—, lo he hecho muy bien».

Eso no impide que me derrumbe en el suelo y rompa a llorar.

Stefano

Isabella me envió un par de mensajes. En uno me preguntaba si me apetecía que almorzásemos juntos, y en otro si todo iba bien. Tampoco le cogí el teléfono. No me siento bien, aunque prefiero culpar al cansancio y no al vacío que siento por ignorarla.

Ni siquiera sé qué pretendo demostrar.

¿Qué no tiene tanto poder sobre mí? ¿Qué no dejaré cualquier cosa que esté haciendo para ir por ella si tiene un problema?

—Alegra esa cara —dice Massimo—. Acabamos de recuperar el cargamento de AK-47.

Tiene razón. Debería estar satisfecho de haber resuelto la situación, pero solo siento inquietud. No me gusta la influencia que mi esposa tiene sobre mí. Se parece demasiado a la sensación de vulnerabilidad que me producía la falta de amor materno. Pasé demasiados años echando de menos a mi madre, para luego descubrir que no me quería. No volveré a necesitar a nadie de esa manera. Mucho menos a Isabella.

Una parte de mí creyó que ella se arrepentiría y volvería a buscarnos. Estaba deseoso de importarle. Habría hecho cualquier cosa por ganarme su afecto, hasta que comprendí que no la necesitábamos. Mi hermana nunca llegó a quererla porque no se acordaba de ella, mientras que yo tuve que luchar contra la patética necesidad de ganarme su aprobación.

Creí que me había convertido en un hombre hecho y derecho que no necesitaba la aprobación de nadie. Sin embargo, estuve a punto de perder un cargamento de armas porque fui incapaz de dar una orden. Todo porque supe que Isabella se sentirá muy decepcionada de mí. Dios, me duele tanto defraudarla...

Lo peor es que soy consciente de que no puedo aspirar a su amor. La he conquistado a base de mentiras. Ni siquiera he desinstalado la aplicación espía de su móvil porque sigo teniendo pánico de que me abandone.

¿Cómo va a quererme, si ni siquiera yo me creo digno de ella? La he engañado, manipulado... Y, aun así, no puedo dejar de desear que algún día me mire como si lo mereciera.

Ni siquiera debería importarme tanto. Su amor no me sirve de nada. No lo necesito. Hace unas horas estuve a punto de meter a nuestra organización en un problema porque mi matrimonio me ha convertido en un blandengue.

Mierda.

Me pasa una mano por la cara, hastiado de sentir tantos sentimientos contradictorios. Debería divorciarme de Isabella, pero soy incapaz de renunciar a ella. Me pongo enfermo de solo pensar que no dormiremos en la misma habitación. Quiero que ella sea lo primero que veo al despertar, aspirar su olor como una droga, y hacerla sonreír cada día hasta que me muera.

Me suena el móvil. Me digo a mí mismo que no lo cogeré si es Isabella. Ya basta de que sea mi prioridad. Pero me olvido de lo que acabo de prometerme al ver quién me llama. Es Lara,

su empleada.

Algo va mal. Mi corazón lo sabe antes de que Lara lo confirme, porque Isabella está en mi mente, incluso cuando no quiero que lo esté.

—Hola, Stefano —parece nerviosa y habla en voz baja—. Siento molestarte. Isabella no quiere que te llame, así que me he encerrado en el almacén.

—¿Qué pasa? —pregunto angustiado. Siento una punzada de culpabilidad. Joder, debería haberle cogido el teléfono esta mañana, en vez de intentar demostrar que no estoy loco por ella—. ¿Está bien?

—Acaba de sufrir un ataque de ansiedad.

No necesito más para coger mi americana y subirme al coche, sin darle explicaciones a Massimo, que me mira con el ceño fruncido. Le hago un gesto de mano, como si eso lo explicase todo. Debe de notarme en la cara que se trata de Isabella, ya que se limita a asentir.

—Voy para allá —respondo, arrancando el coche.

—No sé qué ha pasado —continúa—. Estaba en el almacén ordenando unas cajas cuando un hombre entró en la tienda. Fui al mostrador para consultar un pedido en el ordenador justo cuando él se marchó. Nada más irse, Isabella rompió a llorar. Le costaba respirar y estaba muy angustiada. Le pregunté quién era, pero no quiso decírmelo. Me pidió que no te llamara. Quizá me estoy equivocando...

—Has hecho bien —la tranquilizo—. Cierra la librería. Tardaré menos de diez minutos en llegar.

Estoy a más de veinte minutos, pero cada segundo sin verla me parece una eternidad. Piso el acelerador, incapaz de soportar la idea de que esté sufriendo y yo no esté allí para protegerla. Maldigo para mis adentros. Hace tres días, Isabella me pidió que retirase a Vito, el hombre que la vigilaba. No pude negarme cuando me dijo que su presencia la incomodaba. Debería haberme opuesto, aunque se enfadase. Pero soy incapaz de negarle cualquier cosa que me pida.

Aprieto el volante con fuerza. Ese es el problema. Mi am... *obsesión*, sí, quería decir obsesión. La obsesión que siento por Isabella es enfermiza. Soy incapaz de tomar buenas decisiones desde que la conozco. Se ha metido debajo de mi piel. Está en todas partes. No puedo razonar porque pienso en ella las veinticuatro horas del día.

Esto tiene que parar, joder.

Se tiene que acabar.

Tengo un nudo en la garganta y el pecho atenazado por la impotencia. Por primera vez, no sé qué decisión tomar. Y eso, para un hombre acostumbrado a resolver situaciones difíciles, es un gravísimo problema.

Entro en la librería y encuentro a Isabella sentada detrás del mostrador, respirando en una bolsa de papel mientras Lara le acaricia la espalda. Su empleada muestra un visible alivio al verme. Mi esposa está pálida y demacrada, como si hubiese visto un fantasma. Ni siquiera necesito preguntarle quién le ha hecho eso. Solo hay un hombre capaz de causarle tanto dolor.

Su padre.

Voy a acabar con ese cabrón. Utilizaré mis torturas favoritas. Será lento y muy doloroso.

Isabella levanta la cabeza al notar mi presencia. Se vuelve hacia Lara con expresión recriminatoria. La joven pone cara de circunstancias. Me gusta que haya recurrido a mí en primer lugar. Si hubiese llamado a la inútil de mi cuñada, se las habría visto conmigo.

—Déjanos solos —le pido, cogiendo su bolso y el abrigo para acompañarla a la salida. Le abro la puerta y añado—: Gracias.

Lara asiente, lanzándole una mirada preocupada a Isabella.

—Yo me encargo —aseguro.

Lo que ve en mi expresión debe calmarla, pues se marcha sin dudar. Isabella ya está de pie cuando me vuelvo hacia ella. Tiene los ojos vidriosos y la cara pálida. Su dolor me atraviesa el pecho como un cuchillo. Me destroza verla sufrir. Abre la boca para decir algo, pero le tiembla la barbilla. Suelta un suspiro trémulo y se aferra al borde del mostrador con una mano.

—Odio que me afecte de esta forma —murmura, negando con la cabeza—. Al menos lo puse en su sitio. Deberías haberle visto la cara.

Me acerco despacio, cuidando cada movimiento, como si cualquier paso en falso pudiera romperla. No la toco, pero estoy listo para envolverla en mis brazos al menor indicio de que lo necesite. La observo con una mezcla de tristeza y admiración. Estoy seguro de que le plantó cara. Ya lo hacía cuando vivía bajo su techo. Es una mujer muy fuerte.

—Sé que solo vino para comprobar si le sigo teniendo miedo. —Se borra una lágrima que rueda por su mejilla—. Se llevó un chasco. Pero en cuanto se fue, me vine abajo...

Se inclina hacia delante, indecisa, como si buscase mi contacto. No necesito más. Acorto la distancia que nos separa y la estrecho entre mis brazos. Isabella rompe a llorar. La beso en la frente, con fuerza, dejando la boca apoyada contra su piel. Tiembla bajo mis brazos, a pesar de que jamás la soltaría. No importa lo que pensase hace unos minutos. Me da igual que no sea mía, porque yo sí soy suyo. Le pertenezco desde la primera vez que la vi. No hubo otra desde entonces, ni la habrá jamás.

Le beso las mejillas mojadas y los párpados. Le acaricio cada centímetro de su preciosa cara con la boca hasta que ella se relaja poco a poco. Entonces, echa la cabeza hacia atrás y me mira con los ojos llenos de lágrimas.

—Dijo que dejaré de contar con tu protección cuando nos divorciemos —murmura sin ocultar su angustia—. Que solo soy el juguete al que te follas hasta que te canses...

Le pongo las manos en las mejillas, acercándola de nuevo a mí. Me horroriza que crea las palabras de su padre. La idea de que sus mentiras puedan calar en ella me llena de rabia y una necesidad urgente de demostrarle lo contrario. Nunca la vi como un juguete. Ni siquiera cuando me casé con ella por una razón absurda.

—¿Y tú qué crees, amor? —le acaricio la mejilla con una delicadeza extrema.

Parece tan indecisa que estoy a punto de postrarme a sus pies y confesarle todos los sentimientos que me guardo. Unos confusos, que me oprimen el pecho y me niego a aceptar porque siento un pánico atroz.

—Le dije que no nos vamos a divorciar —responde, sonriendo con debilidad. Inclina la cabeza contra la palma de mi mano.

—No es eso lo que te he preguntado, aunque tienes razón: no tengo la intención de divorciarme, Isabella. Ni ahora, ni mañana, ni nunca.

Presiono mi boca contra la suya, con una desesperación que espero que note. Quiero demostrarle lo que pienso sobre el divorcio. Para otros es una opción. Para nosotros, en absoluto.

Mi lengua se enreda con la suya y siento que acabo de tocar el cielo. No es normal lo que me hace sentir: algo maravilloso, intenso.

Mis manos se deslizan desde su rostro a sus brazos, notando la calidez de su piel por encima del jersey de punto. Quiero hacerle el amor. Sí, el amor. Nada de follar como animales. Esta vez no. Le haré el amor hasta que entienda que para mí no es un juguete, ni una posesión, sino una mujer extraordinaria que se ha adueñado de mi alma.

—¿Qué crees, amor? —insisto, cogiéndola en brazos para llevarla hasta el almacén.

Cierro la puerta de una patada.

—Creo... —responde jadeando mientras le beso el cuello y la empotro contra la pared—, ...que nadie me ve como tú. No quiero... que esto termine nunca... que dejes de... mirarme así...

—No puedo, Isabella —admito con voz ronca.

Entierra los dedos en mi pelo, tirando un poco al mismo tiempo que me masajea el cuero cabelludo. Sabe que es mi debilidad.

—No quiero que tengas que protegerme de mi padre —murmulla, echando la cabeza hacia atrás para que le bese la garganta—. Quiero ser valiente, pero...

Deslizo la boca por su piel, sintiendo que se le acelera el pulso. Separo los labios y los presiono. Succiono y deslizo la lengua, disfrutando del gemido ronco que emite.

—Eres valiente, fuerte... —le aseguro, metiendo las manos por dentro de su jersey para acariciarle el abdomen—. Por eso me casé contigo. Pero puedes permitirte ser vulnerable, Isabella, porque yo estoy a tu lado. Haría cualquier cosa por ti, cualquier cosa que me pidieras.

—¿Cualquier cosa? —pregunta, indecisa.

Asiento sin dudar. Su padre es hombre muerto si me lo pide. Si no, también.

—Absolutamente.

Me arranca la chaqueta y después me desabrocha los botones de la camisa. La ayudo a quitármela. Sus manos se deslizan por mis brazos. No es la primera vez que noto cómo mira mis tatuajes.

—No significan nada —admito—. Me hice el primer tatuaje al empezar a trabajar para el padre de Massimo. El dolor me hacía sentir bien. No sé si tiene algún sentido.

—Me gustan —acaricia los remolinos de tinta. Inclina la cabeza para besarme la rosa con espinas del hombro—. Te quedan bien.

La agarro del cuello, sin fuerza pero con firmeza, para que vuelva a mirarme.

—Pídemelo —digo sin poder contener la furia que siento hacia su padre.

—¿Cualquier cosa?

—Sí.

—No le hagas daño.

—Isabella...

—Has dicho que te pidiera cualquier cosa. Eso es lo que quiero —dice sin dudar—. Quiero sentir que tengo el control. Que no te necesito para plantarle cara. De lo contrario, nunca dejaré de tenerle miedo, incluso si no respira.

Entiendo su decisión, pero me enfurece de todos modos. No puedo prometer que me mantendré al margen si Marcello vuelve a molestarla. Como ese cabrón se acerque a menos de quince metros de Isabella, es hombre muerto.

—Stefano —insiste.

—De acuerdo —respondo de mala gana, deseando que mi suegro dé un paso en falso para incumplir la promesa que acabo de hacerle—. ¿Por dónde íbamos, amor?

Le saco el jersey por la cabeza y me quedo sin aliento al ver el sujetador de encaje negro que se ha puesto. Tengo que contenerme para no arrancárselo. Ella me sonríe con picardía.

—Lo habrías visto antes si me hubieses cogido el teléfono. —No hay reproche en su voz. No sospecha que la ignoré porque tenía miedo del poder que ejerce sobre mí.

Le cojo la mano y deposito un beso en su palma, sin dejar de mirarla.

—No volverá a pasar —prometo—. Siempre te elegiré. Nunca dudes de lo que significas para mí, porque eres todo lo que me importa.

63

Isabella

Hay algo diferente en su forma de tocarme.

Sus manos se mueven sobre mi piel con una ternura que nunca había sentido antes. Siempre me toca con maestría, con el control de alguien que sabe lo que hace. Pero esta vez... esta vez es distinta.

Stefano nunca tiene prisa en desnudarme. Le gusta tomarse su tiempo en acariciar y besar cada centímetro de mi piel. Es muy generoso en el sexo. Sabe cómo tocarme y se empeña al máximo para que disfrute. Pero ahora, al mirarme a los ojos mientras termina de quitarme la ropa, siento que me dice algo que aún no ha aceptado del todo.

Su mirada está llena de calidez, de una emoción que se cuela entre mis grietas, de algo

poderoso que me atraviesa como una promesa silenciosa. Sus manos, grandes y firmes, me sostienen como si fuera un tesoro que teme perder. Es la forma en que sus dedos se detienen en mi cintura, como si memorizara cada curva, o cómo su respiración se entrecorta al deslizar los labios por mi clavícula. Cada gesto me grita que somos más que un momento pasajero; que estamos hechos el uno para el otro; que tomamos la decisión correcta al casarnos.

Sus brazos fuertes me envuelven para llevarme hacia el sofá, como si fuese algo frágil y valioso que está dispuesto a cuidar durante el resto de su vida. No aparta sus ojos de los míos cuando lleva su mano a mi sexo. Presiona el pulgar contra mi clítoris, observando mi reacción.

—Eres preciosa —dice maravillado.

Soy consciente de mi aspecto porque mi padre siempre lo utilizó para hacer negocios con otros hombres. Jamás me sentí orgullosa hasta que conocí a Stefano. Habrá miles de mujeres más hermosas, pero estoy absolutamente convencida de que para él solo existo yo. Quiero que él esté tan seguro de mí como lo estoy de él. Por eso le rodeo el cuello y digo:

—Solo quiero estar contigo.

Mi confesión parece sorprenderlo. De verdad necesitaba oírlo. Quiero que entienda que mis sentimientos son más profundos y sinceros que los que alguna vez llegué a albergar por mi antiguo guardaespaldas, que no le quepa ninguna duda.

—Para mí no hay nadie más.

Se le escapa un gruñido de satisfacción antes de besarme. Es un beso posesivo, pero también repleto de cariño. Me penetra con dos dedos a la vez que su lengua se adentra en mi boca. La primera vez que nos acostamos me dijo que no le gustaba follar suave, así que no entiendo nada. Porque esto se parece demasiado a hacer el amor.

Me besa como si no pudiera detenerse, como si mi boca fuese el único refugio donde se siente seguro. Se está entregando por completo a mí. Y, por primera vez, no tengo miedo de pertenecerle tanto como él me pertenece a mí.

No deja de besarme mientras me acaricia los pechos con la otra mano. Ni tampoco cuando se agarra la polla y se frota contra mis labios hinchados y resbaladizos. Me coge del cuello al enterrarse dentro de mí, justo como me gusta: con firmeza pero suavidad, diciéndome que soy suya, pero que nunca me hará daño.

—Isabella. —Apoya su frente contra la mía, tomando aliento—, nada me hace sentir tan bien como tú.

Sus embestidas son lentas y profundas. Me está llevando al límite. Le clavo las uñas en la espalda y le muerdo el hombro. Esto es demasiado. Tan bueno, tan perfecto, tan dulce... Es todo lo que siempre he querido, y a la vez más.

—Ponte encima —ordena, con un tono que se parece más a una súplica—. Quiero ver tu cara mientras te corres.

Pone una mano en mi cintura y envuelve la otra en mi pelo. Me mira con los ojos vidriosos por la lujuria, como si fuera lo mejor que le ha pasado en la vida. Sacudo las caderas hacia delante y atrás, despacio, con ese ritmo que sé que lo vuelve loco. Le acaricio el pecho, deslizando las manos hacia sus hombros y apretando esos brazos fuertes y cálidos que tanto me gustan.

—Dime la verdad —le pido, jadeando—. ¿Alguna vez habías hecho esto con otra mujer?

Parece aturdido, como si no supiera qué responder ni a qué viene esa pregunta. Acabo de pillarlo con la guardia baja. Está sonrojado y despeinado. Es guapísimo.

—No —responde finalmente, mirándome a los ojos. La mano que está en mi cintura sube hasta mi cara, atrayéndome hacia él—. Sabes que no.

Asiento más calmada. Lo sabía, sí. Pero necesitaba oírsele decir. Eso no aplaca el huracán que se desata en mi pecho.

—Todo lo que hacemos es jodidamente nuevo para mí —admite, inclinándose para rozar mi boca—, y no sabes lo aterrador que me resulta.

No debe tener miedo, yo siento lo mismo. Quiero decirle que estamos en el mismo punto. Que no importa que se haya sentido solo, ni el daño que le hicieran, porque me tiene a mí. Que yo jamás heriré sus sentimientos, porque me importan más que los míos. Que yo también puedo cuidar de él. Que somos un equipo.

Pero no lo hago.

Guardo silencio, desbordada por los sentimientos y el orgasmo que me invade. Me pego más a él, tirándole del pelo mientras pronuncia mi nombre. Termino desmadejada sobre su cuerpo, dándole besos por el cuello al mismo tiempo que él me acaricia la espalda. No sé cuánto tiempo transcurre antes de que me aleje para mirarlo a los ojos, satisfecha y mimosa. Apenas lo pienso al decir:

—Creo que me estoy enamorando de ti.

64

Isabella

Estamos tumbados de lado en el incómodo sofá de dos plazas. Mi espalda descansa contra su pecho y me rodea con un brazo fuerte pero sorprendentemente tierno. Tiene una rodilla entre mis piernas y su aliento cálido me acaricia la nuca con cada exhalación. Estoy calentita y cómoda. Siento una felicidad extraña, como si una leve brisa pudiera desmoronarla.

Soy consciente de que Stefano no ha abierto la boca desde que le dije que me estoy enamorando de él. Lo siento tenso detrás de mí, como si cargar con el peso de mis palabras lo estuviera aplastando. Lo conozco demasiado bien: está asustado. Él siempre ha sido quien se acercó a mí, pero desde el principio supe que tiene una coraza que no se quitará a menos que yo dé el primer paso.

Me doy la vuelta para quedar de cara a él. Su expresión es cautelosa, una mezcla de incertidumbre y pánico, como si temiera que fuese a obligarle a hablar de sus sentimientos.

—Echo de menos a mi madre —le confieso por primera vez.

Greta es la única persona con la que he hablado de ella, hasta ahora. Stefano me observa sin decir nada. Presiona la palma de su mano contra mi mejilla. Es un gesto suave y cargado de

una dulzura que me reconforta y me invita a seguir hablando.

—Greta me dijo una vez que es absurdo que la añore porque apenas la conocí. Solo tenía cuatro años cuando murió.

Stefano aprieta los labios cuando pronuncio el nombre de mi hermana. Me acaricia el pómulo con delicadeza, como si tratara de borrar cualquier rastro de dolor de mi rostro.

—Tienes derecho a echarla de menos. Era tu madre.

—Tengo pocos recuerdos de ella. Sé que tenía una voz muy bonita. Me cantaba todas las noches. Olía a flores porque siempre estaba cultivando rosas en su jardín. Su recuerdo me reconforta porque sé que me quiso mucho —digo emocionada—. A menudo me pregunto cómo sería mi vida si ella siguiese viva. Me gusta pensar que me habría protegido de ese monstruo.

Cierro los ojos, apesadumbrada. También me gusta pensar que le daría el visto bueno a Stefano.

—Mi padre creyó que tenía una aventura con el jardinero —continuó, sin ocultar mi tono mordaz—. Estaba equivocado. Me lo contó una de mis niñeras, cuando cumplí catorce años. Él era su confidente, pero solo eran buenos amigos. En realidad estaba enamorado de mi niñera, le había pedido matrimonio.

Abro los ojos y lo miro. Stefano me observa sin pestañear, en silencio, como si temiese que cualquier reacción pudiera callarme. Pero he decidido contárselo. Quiero que lo sepa todo de mí.

—Le tengo miedo a las tormentas porque él la asesinó una noche en la que llovía y tronaba —murmuro, con la garganta atenazada por las lágrimas—. La policía dijo que ella se suicidó, pero mi madre nunca nos habría abandonado. Ni siquiera tomaba medicación para la depresión. Ese monstruo fingió su suicidio y sobornó al forense.

—Lo siento, Isabella —dice, abrazándome—. Conozco la historia.

—¿Lo sabías? —Me aparto contrariada y lo miro—. No me dijiste nada.

—No quería presionarte. Supuse que me lo contarías si algún día estabas preparada.

Tiene sentido. Me habría encerrado en mí misma si él me hubiese presionado. No deja de ser un secreto a voces. Todos saben cómo se las gasta Marcello Ricci.

—Si hay algo que tú quieras contarme... —digo con tiento—. Estoy aquí, Stefano. Puedes confiar en mí.

No dice nada, ni tampoco se mueve. Por un instante, parece que quiere decirme algo, pero entonces veo cómo endurece la mandíbula, como si cerrara la puerta a lo que sea que esté sintiendo. Entiendo que lleva muchos años lidiando con sus propios demonios. Se convirtió en el padre de Chiara. Está acostumbrado a sacarse las castañas del fuego, pero me gustaría que entendiera que ahora puede contar conmigo.

—¿Quieres hablarme de tus padres? —pregunto con suavidad.

Stefano se aparta bruscamente, y el movimiento me hace retroceder como si me hubiera empujado. Tiene los hombros tensos y la mandíbula apretada. Es evidente que he cruzado un límite que no estaba preparada para afrontar. Se sienta en el sofá y comienza a recoger su ropa, sin mirarme. Su reacción me escuece. Pensé que habíamos avanzado, pero es evidente que me

equivocaba.

—No quiero hablar del tema —responde malhumorado—. Ni ahora ni nunca.

El «nunca» me golpea como una bofetada. Estaba a punto de tocarle la espalda y dejo caer la mano. Me muerdo el labio inferior, intentando controlar las lágrimas que amenazan con salir. Entiendo que necesite tiempo, pero soy su mujer. En algún momento deberá confiar en mí si quiere que nuestro matrimonio tenga futuro

—No me arrepiento de haberte dicho que me estoy enamorando de ti —digo con la voz quebrada, para que le entre de una vez en la cabeza—. No lo dije por la emoción post orgasmo. Lo siento de verdad.

Stefano se vuelve hacia mí, y por un segundo creo ver dolor en su mirada. Parece deshecho, avergonzado, roto. Pero esa emoción desaparece rápidamente, sustituida por algo frío y distante.

—No sabes lo que dices.

—Claro que sí —respondo, irritada por su desprecio hacia mis sentimientos.

—No, Isabella. —Sacude la cabeza y desvía la mirada—. No puedes quererme porque no me conoces de verdad.

Su confesión me deja tan atónita que me quedo inmóvil cuando se levanta y comienza a vestirse. Espero que diga algo, que se desdiga, pero ni siquiera me mira mientras se sube los pantalones.

¿Que no lo conozco de verdad? Al salir del estado de shock, me invade una rabia peligrosa. Sé quién es Stefano Lombardi: un hombre que moriría por mí. Estoy tan convencida de sus sentimientos que ni siquiera necesito que diga que me ama. Porque lo sé. Lo veo en sus ojos. Lo noto en su forma de tratarme, de tocarme, de quererme. Lo que pasa es que tiene tantísimo miedo de no ser merecedor de mi amor que prefiere huir antes que aceptar que se ha enamorado de mí.

—Tú me quieres —digo segura, poniéndome de pie.

Stefano se vuelve para mirarme. Tiene el ceño fruncido. Me da igual estar desnuda mientras que él ya se ha vestido. No siento vergüenza.

—Basta, Isabella.

—Me quieres —insisto, señalándolo con un dedo—. Puedes negártelo a ti mismo, pero lo sabes igual que yo. Puedes gritar que estoy loca. Te has enamorado de mí, Stefano. No sé qué mierda tienes en la cabeza, ni por qué estás tan asustado, pero eso no cambia el amor que sientes por mí.

Me mira incrédulo. Sé que no esperaba mi reacción. Pero no puede cuidarme, tratarme como una reina, recibirme en su familia, hacerme el amor, y no esperar que luego me haga ilusiones.

—No —responde con voz temblorosa, retrocediendo hacia la puerta—. No te quiero, Isabella.

—¡Y tanto que sí! —exclamo en mis trece—. Si no me quisieras, no habrías conducido hasta aquí cuando Lara te llamó.

—Mi obligación es protegerte —responde con frialdad—. Soy tu marido.

Me muerdo los carrillos. Me entran ganas de zarandearlo hasta que le saque esas dos palabras a la fuerza. Porque me ama. Estoy absolutamente convencida.

—No me proteges porque soy tu esposa, sino porque me amas.

Se ríe y el sonido me deja helada. Es una carcajada vacía, desprovista de humor, como si intentara herirme para protegerse.

—No eres el centro de mi mundo, aunque te haya hecho creer lo contrario —espeta, con una crueldad que me deja atónita—. No estoy enamorado de ti, Isabella. Métetelo en la cabeza.

Me quedo deshecha cuando sale del almacén. Espero que vuelva y me suplique que lo perdone. Pero no lo hace. Cuando la puerta se cierra tras él, algo en mí se rompe.

No lo reconozco. No tengo ni idea de quién es ese cobarde, incapaz de luchar por mí. Permanezco de brazos cruzados, a la espera de que regrese a disculparse. Pero cuando los minutos pasan sin que la puerta se abra, comprendo que hay una pequeña posibilidad de que Stefano dijese la verdad. Por primera vez, me entran dudas sobre sus sentimientos.

Isabella

Stefano y yo no nos dirigimos la palabra de regreso a casa. Siento una opresión en el pecho, tanto por su rechazo como por su frialdad. Me duele que no de desdiga, casi tanto como que no me suplique perdón por haber herido mis sentimientos. Pero lo que más me duele es que se comporte como si yo no le importase. ¿Cómo puede alguien que me ha hecho sentir tan amada actuar de una forma tan ruin?

Siento un poderoso alivio cuando aparca delante de nuestra casa. Tal vez podamos hablar cuando se tranquilice. Bajo del coche con la esperanza de encauzar la situación. Por eso me deja atónita que él no haga lo mismo. Doy la vuelta para ir hasta su puerta, pero no me da tiempo a golpear su ventanilla y preguntarle qué demonios le pasa. Pisa el acelerador y desaparece carretera abajo.

Me quedo de piedra, inmóvil por la sorpresa. Debe de estar de broma. ¿Es en serio?

—¡Idiota! —le grito, aunque sé que no puede oírme.

Chiara está en el porche, observándome con los ojos muy abiertos. Intento mantener la compostura para no alarmarla, pero la rabia y la confusión son demasiado fuertes. Suelto un gruñido de impotencia y entro en la casa. De acuerdo, que se largue. Allá él si quiere comportarse como un inmaduro. Que se pudra donde quiera que esté.

Cuatro horas después, estoy que me subo por las paredes. Nunca me había tratado así. No estoy acostumbrada a que huya de mí, ni a que pase la noche fuera de casa. Temo que haga alguna tontería. No me refiero a serme infiel, mi marido no es de ese estilo. Sé que no ha tocado ni mirado a otra mujer desde que nos casamos. Pero tengo miedo de que tome una mala decisión para sentirse mejor. Cierro los ojos e intento no pensar en dónde estará, pero las imágenes de él conduciendo sin rumbo, furioso, no dejan de aparecer en mi mente.

Dios mío, ¿y si tiene un accidente?

A las cinco de la madrugada sigo sin tener noticias tuyas. Tampoco me coge el teléfono. Ignoro lo humillada que me siento. Primero desprecia mis sentimientos y dice que no me ama, y luego se larga de casa. Lo entierro muy hondo, porque estoy demasiado preocupada por él para que me pueda el orgullo.

No me queda más remedio que llamar a Sofía. No sé a quién acudir. Ella responde al tercer tono con voz somnolienta.

—Isabella, ¿qué pasa?

—Stefano se ha ido de casa —voy directa al grano, intentando sonar más calmada de lo que estoy—. Hemos discutido. No es habitual en él. Siento molestarte a esta hora, pero me da miedo que cometa una estupidez. No sabía a quién llamar.

—Has hecho bien —dice, más espabilada—. Hablaré con Massimo. Seguro que él sabe dónde encontrarlo.

Respiro aliviada. Eso espero. Porque, por mucho que Stefano me haya herido, no puedo

quedarme tranquila sin saber que está bien. No puedo estar enfadada con él hasta que vea con mis propios ojos que no le ha pasado nada malo. Solo entonces podré gritarle que es un imbécil.

Stefano

«Me quieres. Puedes negártelo a ti mismo, pero lo sabes igual que yo. Puedes gritar que estoy loca. Te has enamorado de mí, Stefano. No sé qué mierda tienes en la cabeza, ni por qué estás tan asustado, pero eso no cambia el amor que sientes por mí».

Las palabras de Isabella resuenan en mi cabeza con una fuerza demoledora.

Intento convencerme de que no estoy enamorado de ella mientras apuro la copa de whisky de un trago. La levanto con mano temblorosa y pido otra. Trato de no recordar su expresión dolida cuando le dije que no era el centro de mi mundo. Una mentira tan burda que me entran ganas de arrancarme la piel, conducir de regreso a casa y ponerme de rodillas para suplicarle perdón.

Otra mentira. Otra excusa para justificar mi cobardía.

¿Qué clase de hombre soy para huir de mi propia esposa? Para destrozarla con palabras falsas. Porque sé que ella tiene razón. Me conoce mejor de lo que me atrevo a admitir.

Soy un cabrón. Un manipulador. Un jodido fraude. Isabella cree que se está enamorando de mí porque no sabe quién soy de verdad. No tiene idea de las cosas que he hecho. Si las supiera, si conociera al monstruo detrás de la máscara, me dejaría. Me miraría con el mismo desprecio que yo siento por mí mismo.

He cometido tantos errores... Soy una puta vergüenza como marido.

No puedo volver a casa. Seré incapaz de enfrentarme a sus reproches, ni a su expresión herida. No me ama. No puede hacerlo. Se ha enamorado de un hombre que no existe. De un jodido embustero. Cuando sepa la clase de persona que soy, me pedirá el divorcio.

Me abandonará, igual que mi madre. Y volveré a estar solo.

Me hago pequeño en el taburete, dejando que la culpa me aplaste como un puño invisible. No solo la herí; la traicioné desde el principio. Cada decisión que tomé fue un acto egoísta, destinado a ganar su corazón a cualquier precio.

Alguien me pone una mano pesada en el hombro. Sonrío para mis adentros. Es justo lo que necesitaba: alguien con quien desquitarme. Mi sonrisa se esfuma de golpe al ver a Massimo.

—Es patético que ahogues las penas en el alcohol. —Me arranca la copa, ignorando mi mirada rabiosa—. Te llevo a casa.

—¿Qué demonios haces aquí? —mascullo sorprendido, sintiendo como la rabia y la vergüenza se mezclan en mi estómago como un veneno.

Estiro el brazo para recuperar la copa, pero él me planta una mano en el pecho para inmovilizarme. Estoy demasiado ebrio para plantarle cara, y lo sabe.

—Isabella llamó a Sofía —su voz está cargada de una mezcla de reproche y desaprobación—. Sofía me ha ordenado que te lleve a tu casa. No sé qué te ha llevado a emborracharte en este bar de mala muerte, pero como no muevas el puto culo y me acompañes,

te juro que me lío a puñetazos contigo. Me das vergüenza, amigo. Tu mujer está preocupada por ti mientras tú ahogas las penas en el alcohol. No te reconozco.

Sus palabras me espabilan un poco. Me levanto con un gruñido, meto la mano en el bolsillo y saco dos billetes de cincuenta euros que dejo caer en la barra.

—No tienes ni idea —mascullo, arrastrando los pies de mala gana hacia su coche.

Estoy hecho polvo. No soy de los que se emborrachan hasta caer rendido, pero necesitaba no sentir nada. Me desplomo sobre el asiento del copiloto. Estoy mareado y tengo ganas de vomitar.

—Si quieres echar la pota, abre la ventanilla —intuye, mirándome de soslayo con la mandíbula apretada—. ¿Qué cojones te pasa, Stefano?

Guardo silencio. No sé cómo explicárselo.

Mi amigo conduce en silencio. Al cabo de un rato, me sobreviene una arcada y levanto la mano para que frene. Al menos tengo la decencia de vomitar fuera del coche, pero no me siento mejor después de vaciar el estómago.

Siento un autodesprecio tan grande que me entran ganas de llorar. Noto una presión dolorosa en el pecho. Un nudo denso me sube por la garganta, quemándome. Me escuecen los ojos porque me niego a dejar que las lágrimas caigan. No puedo derrumbarme delante de mi jefe, de mi amigo. Tengo una imagen que mantener.

Regreso al asiento y me desplomo, apoyando los codos en las rodillas y tapándome la cara con las manos. El temblor de mi cuerpo me delata, al igual que mi respiración entrecortada. Estoy al borde de sufrir un colapso por culpa de los sollozos que contengo a duras penas.

Me duele la mandíbula de tanto apretarla y tengo los hombros rígidos. Intento mantener la compostura. Se supone que soy un hombre frío, fuerte, implacable, pero ahora solo me siento como un niño atrapado en el cuerpo de un adulto, incapaz de afrontar con valentía su propio desastre.

Escucho a Massimo maldecir por lo bajo. Luego siento su mano en mi espalda. Me da un par de palmaditas torpes, como si no tuviera la menor idea de cómo consolarme. Su contacto termina de romperme. Mis hombros se sacuden y apenas logro ahogar el primer sollozo. Me trago las lágrimas, inhalando de forma temblorosa sin dejar de taparme la cara, mortificado por el bochorno y el autodesprecio.

«No llores, joder —me repito una y otra vez—, por lo que más quieras, no llores».

La humedad se acumula en mis ojos y siento una presión insoportable en el pecho.

—¿Qué pasa? ¿Qué has hecho?

Niego con la cabeza, incapaz de hablar. Siento que el mundo se me viene encima. Engañé a Isabella, la manipulé y, para colmo, herí sus sentimientos y me reí como un cabrón cuando ella me suplicó que admitiese que la amo. Le dije cosas muy crueles que podrían romperle el corazón para siempre.

Crucé límites imperdonables. No tengo excusa.

Joder.

La voy a perder.

Lo tengo tan claro que me entran ganas de pedirle que me lleve de regreso al bar para seguir bebiendo hasta sufrir un coma etílico. Si no lo hago es porque Isabella debe de estar tan asustada que tuvo que recurrir a Sofía.

No puedo seguir haciéndole daño. Es hora de que me comporte como un hombre y le cuente la verdad, aunque eso signifique que ella se marche para siempre.

Isabella

Me espabilo de golpe al escuchar el motor de un coche. Estaba tan angustiada que me tomé dos tilas y cuatro pastillas de valeriana para tranquilizarme. Me quedé adormilada en el banco de la ventana, esperando a Stefano. Siento una mezcla de gratitud, alivio y furia al ver que Massimo lo ayuda a salir del coche. Le pasa un brazo por debajo de las axilas, busca las llaves en sus bolsillos y lo arrastra hacia la casa.

Inspiro hondo.

Está borracho.

Al menos no ha tenido un accidente.

Mi primer impulso es ir a cantarle las cuarenta, pero freno antes de salir del dormitorio, pensándolo mejor. No quiero discutir con él delante de Massimo. Además, ha bebido. Mañana se sentirá mortificado de que lo viese en ese estado tan lamentable. Si quiero que se abra conmigo, será mejor que espere a que se le pase la borrachera. Quizá se muestre más dialogante si lo consulta con la almohada.

No debería hacerlo, pero me quedo escuchando detrás de la puerta.

—Al dormitorio no —le pide Stefano—. No quiero despertarla.

Pongo los ojos en blanco. Qué amable por su parte. Lástima que no tuviera tanta consideración antes de largarse sin decir nada.

—¿Adónde? —pregunta Massimo, resollando, supongo que por el esfuerzo de cargar con él.

—Sofá —balbuce mi marido.

—Joder, cómo pesas, cabrón.

No necesito seguir escuchando. Lo dejaré que duerma la mona. Mañana será otro día.

—Me quiero morir —emite un ruido estrangulado, de lo más raro, que me hace agudizar el oído.

¿Qué acaba de decir?

No puede ser. ¿Está... está llorando?

Siento tal incredulidad y preocupación que abro la puerta con mucho cuidado. Salgo a hurtadillas de la habitación y me escondo detrás de la puerta del salón, mirando por la rendija entreabierta. Lo que veo me deja helada: Stefano está desplomado en el sofá, con los codos apoyados en las rodillas y cubriéndose la cara con las manos. Sus hombros están tensos, pero tiemblan ligeramente. Parece completamente destrozado. A su lado, su amigo lo observa sin dar crédito, poniéndole una mano en el hombro.

—No te vas a morir —dice Massimo, intentando sonar firme, pero parece incómodo.

—Debería —responde Stefano, sin descubrirse.

Su voz suena más ronca de lo habitual, como si se estuviera conteniendo para no derrumbarse. Me impacta verlo así, tan vulnerable. Stefano nunca muestra debilidad. Jamás. Pero ahora parece roto. Tengo que contener la necesidad de ir hasta él y abrazarlo.

—No sé de qué se trata, pero seguro que Isabella podrá perdonarte.

Stefano suelta una risa seca, amarga, demasiado parecida a la que emitió antes de decirme que no soy el centro de su mundo ni está enamorado de mí. Una que me da escalofríos.

Tengo un mal presentimiento. Debería encerrarme en la habitación antes de escuchar una conversación privada, pero necesito saberlo.

—Y una mierda —replica Stefano, apartando las manos para mirar a su amigo.

Está de espaldas y no puedo verle la cara. Massimo debe de descubrir algo alarmante en su expresión, ya que frunce el ceño y entrecierra los ojos.

—¿Qué cojones has hecho que sea tan imperdonable? —le pregunta, pero Stefano no responde. Su silencio me pone los vellos de punta—. Descansa, anda. Estoy seguro de que mañana podrás ganarte su perdón. Isabella te ama y...

—No me ama —dice convencido.

Me aprieto las palmas de las manos contra los ojos. ¡Y dale! Le dije que me estaba enamorando de él. Debería haber sido más específica: lo amo. Estoy enamorada de ese zoquete, aunque le cueste aceptarlo.

—Nunca podrás amarme, y menos después de saber todas las cosas horribles que hice.

Eso despierta mi atención de golpe. ¿A qué se refiere? ¿Qué cosas tan horribles?

Siento un cosquilleo nervioso que me sube por las piernas.

—Es tan absurdamente ingenua que nunca se dio cuenta de que la estuve manipulando todo este tiempo —dice con un tono que me congela la sangre, sacudiendo la cabeza mientras su amigo lo observa contrariado.

Mi mente intenta entender lo que acaba de confesar. Me apoyo en la pared. ¿Cómo que me ha estado manipulando? Debo de haberlo oído mal. No puede ser. Está borracho. No sabe lo que dice.

—Solo me casé con ella porque quería follármela —admite y, aunque lo sospechaba, oírsele decir en voz alta con tanta frialdad es como si me clavarán un alfiler en el corazón—. Desde el principio tuve claro que nos divorciaríamos. Estaba convencido de librarme de ella después de salirme con la mía.

Divorcio.

La palabra me golpea con crudeza.

Justo lo que me advirtió mi padre.

Hace unas horas, juró que no tenía intención de divorciarse. Ni ahora, ni mañana, ni nunca.

¿De qué está hablando?

—Por eso instalé esa aplicación espía en su móvil —continúa, ante la mirada incrédula de

Massimo.

Siento que el suelo se abre bajo mis pies.

¿Qué? ¿Una aplicación espía? No lo entiendo...

—Una aplicación espía —repite Massimo, sin dar crédito.

—Es una aplicación que me informa de su paradero, las llamadas y los mensajes que recibe, las búsquedas que hace en internet...

La revelación me deja aturdida, en estado de shock. Soy incapaz de dar crédito a lo que oigo. Sabía que era posesivo, pero nunca imaginé que pudiera ser tan... tan..., ni siquiera encuentro una palabra para definirlo.

Por el amor de Dios. ¿Con quién me he casado?

Una oleada de rabia y asco me sube por la garganta ante semejante violación de mi intimidad. Me clavo las uñas en las palmas de las manos hasta el punto de hacerme sangre.

—Me ayudó a ganarme su confianza. A conocer sus gustos...

Recuerdo su súbito antojo de comida tailandesa. El día anterior, busqué restaurantes tailandeses en Google Maps. Me pareció una coincidencia adorable que tuviésemos los mismos gustos. Cada gesto suyo, cada detalle que pensé que era auténtico, fue una farsa meticulosamente planeada.

Me tapo la boca con ambas manos para reprimir un sollozo. He vivido en una mentira. ¿Quién es este hombre?

—Mierda, Stefano —le reprocha Massimo, espantado—. ¿Cómo pudiste hacer algo así?

Stefano no se inmuta. Parece decidido a destruir cualquier buena impresión que pudiera quedarle a su amigo, y desde luego, a mí.

—Eso no es todo —continúa mi marido, con un tono que me revuelve el estómago—. Contraté a una prostituta para que se acostase con Enzo y luego le enviase las fotos a Isabella. Quería que dejase de preocuparse por ese cretino que no la merece. Pero lo más irónico de todo es que se casó con alguien mucho peor.

Se me hiela la sangre.

Él contrató a la mujer con la que se enrolló Enzo, sin importarle el sufrimiento que pudiera causarme. Luego actuó con naturalidad cuando me emborraché y le confesé lo destrozada que me sentía. Estaba detrás de todo.

Mi estómago se revuelve. Siento náuseas. Pensé que Stefano comprendía mejor que nadie por qué me sentía tan sola, pero ahora sé que solo se aprovechó de mi necesidad de ser amada.

Dios mío.

Retrocedo impactada, con los ojos abiertos y el corazón destrozado por la verdad.

—De lo único que no me arrepiento es de haber amenazado a la zorra embustera de su hermana.

Doy un respingo al escuchar cómo se refiere a mi hermana. ¿Cómo se atreve a insultarla? Estoy a punto de entrar y arañarle la cara cuando añade:

—Greta siente celos de Isabella. Lo suyo es increíble. Nunca la ha querido de verdad. No soporta vivir bajo su sombra. Cuando la confronté, me dijo que su hermana es patética. Hasta me preguntó qué tenía Isabella que ella no porque no le entra en la cabeza que me fijase en Isabella —su voz tiembla de rabia—. Tuve que contenerme para no matarla allí mismo.

¿Greta dijo que soy patética? ¿De verdad le preguntó una cosa tan desagradable?

Lo peor de todo es que sé que es cierto. No tiene motivos para mentir ahora que no sabe que lo estoy escuchando. La actitud extraña de mi hermana, su necesidad de alejarme de Stefano... de repente, todo cobra sentido.

—Le contó muchas mentiras para alejarla de mí —continúa furioso—. Era un gran inconveniente entre nosotros. Por eso la amenacé con devolverla a los brazos de ese maltratador si no dejaba en paz a su hermana.

Me entran ganas de vomitar. Ahora entiendo el repentino cambio de actitud de Greta: mi marido la amenazó. Siento una mezcla de lástima e ira hacia ella. Si me hubiera apreciado un poco, me lo habría contado. Pero Stefano tiene razón; Greta no me quiere. No perderé el tiempo en preguntarme si alguna vez lo hizo, o estaba tan celosa de mi relación con Stefano que empezó a mirarme de otra forma.

Me da igual. Son iguales. Dos mentirosos de mierda.

Siento el sabor amargo de la traición en la punta de la lengua, mezclado con las lágrimas que me corren por las mejillas. Massimo le dice algo a Stefano. Retrocedo hasta mi habitación, incapaz de seguir escuchando. Me duele demasiado.

Se acabó.

El amor se desvanece como una sombra ante la aplastante realidad de sus mentiras. Lo único que queda es la certeza de que debo huir.

Mi mente está llena de preguntas, dolor, incredulidad, ira, confusión... pero, por encima de todo, siento una increíble fascinación por la facilidad con la que se puede pasar del amor al odio.

Isabella

Greta está muy sorprendida cuando llamo a su puerta. No es para menos. Aparezco con una maleta y los ojos hinchados de tanto llorar, aunque delante de ella mantengo una actitud estoica, indiferente. No estaría aquí si tuviera otra opción. Es la única persona a la que puedo acudir. Esta será la última vez que acuda en su ayuda. Al fin y al cabo, me lo debe por todas las veces que di la cara por ella.

—¡Isabella! —exclama aturdida. Extiende los brazos para darme un abrazo y se lleva un chasco cuando doy un paso atrás para impedírselo. Enarca las cejas, desconcertada—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué te pasa?

—¿De verdad le dijiste a Stefano que te parezco patética? —pregunto con un tono impropio de mí, frío y repleto de amargura—. ¿En serio le preguntaste que tengo que tú no?

Greta pone los ojos como platos y se agarra al marco de la puerta. Acabo de pillarla con la guardia baja. Su actitud es todo lo que necesito para confirmar lo que ya sospechaba. Es una lástima que estuviera demasiado ciega para aceptar la verdad. Pero siempre lo supe, ahora no me engaño. Lo que pasa es que la amaba incondicionalmente. Por eso no quise aceptar sus verdaderos sentimientos por mí.

—No sé qué te habrá contado... —murmura con voz temblorosa.

—Oh, nada. —Hago un gesto con la mano, sonriendo con tristeza—. Stefano no me ha dicho nada. Lo pillé diciéndole unas cosas muy interesantes a Massimo. Entre ellas, que sientes celos de mí. Te juro que no me entra en la cabeza, pero supongo que ahora todo tiene más sentido, ¿no? Intentaste separarme de Stefano porque querías estar en mi lugar desde que lo conociste. Tranquila, tienes el camino libre. Todo tuyo.

En honor a la verdad, mi hermana parece confundida, como si no creyese lo que digo, o dudase que tiene una oportunidad real con mi marido. Me da igual. No estoy aquí para que me dé una explicación. Solo quiero que sepa que ya no estoy ciega, y que haga algo por mí. No tengo la menor intención de volver a verla. Ni a ella, ni al cabrón mentiroso y manipulador de Stefano.

—Puedo explicarlo —balbucea, pálida como una estatua. Extiende el brazo para tocarme, pero la mirada gélida que le lanzo la paraliza. Está acostumbrada a que yo busque su cariño, no a que la rechace—. Yo te quiero, Isa. Te juro que sí. Eres mi única amiga. Siempre has sido buena y generosa conmigo, pero a veces te miraba y... no logro entender por qué, quizá porque nos faltó el amor de nuestra madre y tenemos un padre que...

—No te atrevas a echarle la culpa a ese maltratador —la interrumpo con aspereza—. Nadie tiene la culpa de tu falta de amor fraternal. Ni siquiera él.

—¡Claro que te quiero! —exclama, rompiendo a llorar—. Nunca quise que te pasara nada malo. Es solo que, a veces... me hubiera gustado estar en tu lugar.

—¿Para recibir las palizas de nuestro padre? —replico atónita, dolida.

—No —susurra con voz quebrada—, para ser tan valiente como tú, que no pareces

tenerlo miedo a nada. Ni a nuestro padre, ni a nuestro mundo...

—Por supuesto que tengo miedo —respondo suspirando.

—Tienes razón: estaba furiosa contigo porque me habría encantado estar en tu lugar. Me encapriché de Stefano nada más verlo —confiesa con pesar y una pizca de lo que parece remordimiento. Juega con sus manos, nerviosa y con la cabeza gacha, incapaz de mirarme a los ojos—. Acepté que él no quisiera nada serio porque sabía que era un mujeriego que nunca sentaría la cabeza. Pero cuando el día de mi boda, ¡mi boda, Isabella!, incluso tuviste que hacerme sombra aquel día. —Se muerde los labios, rabiosa—, cuando os casasteis aquel día, todas mis malditas inseguridades respecto a ti salieron a flote. Sentí furia, envidia, frustración..., y un montón de sentimientos de los que te aseguro que no me siento orgullosa.

Niego con la cabeza, resignada. Es increíble que sea capaz de echarme en cara algo así. Sabe que no fue mi intención. Si conocí a Stefano fue solo porque quise protegerla.

—No te lo mereces —admite, avergonzada—. Tú sólo querías protegerme. Eres mi hermana pequeña, pero has cuidado de mí toda la vida.

—Créeme, lo sé —respondo sin inmutarme—. No estoy aquí para hacerte reproches o arreglar la situación. Me marcho de la ciudad. Tuviste razón en una cosa: todo lo que tengo es gracias a Stefano; mi falsa independencia, la librería...

—¿De qué hablas? —replica contrariada—. No seas tonta. Solo lo dije porque te tenía envidia. Debes estar orgullosa de lo que has conseguido.

—No quiero nada que venga de Stefano. Quiero empezar de cero, lejos de él, de ti.

Se encoge como si la hubiera golpeado, aunque es la verdad. Son las dos personas más importantes de mi vida y me han roto el corazón. No creo que sea capaz de confiar en alguien más.

—¿Por qué? ¿Qué os ha pasado? —Parece preocupada de verdad.

—Da igual. —No es asunto suyo. Ya no—. Necesito que me prestes dinero. Te lo devolveré en un futuro. No mucho. Lo justo para mudarme e ir tirando un par de meses hasta que encuentre un trabajo.

—Pero... —Se muerde el labio, indecisa—. Él te encontrará. Nunca había visto ese tipo de amor tan...

—¿...enfermizo? —respondo por ella, irónica—. Stefano no me ama. No sabe querer a nadie. ¿Me vas a ayudar o no?

Tarda un instante en responder. Al final asiente, entra en su apartamento y regresa con un fajo de billetes. Los guardo en mi bolso sin contarlos. Tendrá que ser suficiente. La primera vez que escapé de mi padre lo hice sin un céntimo y sobreviví dos semanas antes de que él me encontrase. Ahora estoy más preparada. Es curioso. La decepción es un poderoso motivo para empezar de nuevo.

—Adiós —digo, agarrando la maleta. Los ojos de mi hermana se llenan de lágrimas. Puede que sea incapaz de perdonar a Stefano, pero no quiero empezar una nueva vida lastrada por el rencor, así que digo—: Te perdono, Greta. Quiero que las cosas te vayan bien. Ojalá encuentres lo que buscas y te enamores de alguien que te trate bien. Deseo de corazón que seas

feliz.

Apenas he dado tres pasos cuando me pilla desprevenida al abrazarme por la espalda. Lo hace con fuerza, aunque sin hacerme daño. Sus brazos son cálidos, tan parecidos a los de mi madre, que pongo mis manos encima de las suyas e inspiro hondo, incapaz de fingir que no la quiero con toda mi alma.

—Lo siento, lo siento, lo siento —solloza, con la cara enterrada en mi pelo—. Te echaré de menos.

Le acaricio las manos antes de soltarla. Debo irme antes de que sea demasiado tarde. Estoy absolutamente segura de cuál será la reacción de Stefano cuando descubra que lo abandoné. Será mejor que esté lejos, muy lejos de él.

—Isabella —dice mi hermana, antes de que baje el primer escalón—. Stefano te quiere.

Me tiembla la mano al coger la maleta. Quizá tenga razón. Nunca he dudado del amor de Stefano, ni siquiera cuando él fue incapaz de admitir sus sentimientos. El problema es que no sabe quererme bien. No me ama como merezco, ni como necesito. Por eso salgo del edificio y decido que hoy es el primer día de mi nueva vida.

Stefano

Despierto mareado y con un intenso dolor de cabeza.

Mierda, me duele todo el cuerpo.

Logro incorporarme en el asiento, con los codos apoyados en las rodillas. No soy de beber hasta caer rendido, pero anoche lo necesitaba. Menos mal que Isabella llamó a Sofía para que Massimo fuera a buscarme. Si mi amigo no me hubiese traído a casa, seguramente estaría durmiendo en algún callejón de mala muerte o habría tenido un accidente de coche.

Recuerdo todo lo que le confesé anoche a Massimo. Aún no olvido su expresión censuradora, repleta de reproche. Rompí a llorar después de admitir todos mis errores en voz alta. Ni siquiera me importó derrumbarme delante de él. Mi amigo, mi jefe, el hombre al que más admiro.

Necesitaba encontrar el valor necesario para sincerarme con Isabella. Dios mío, Isabella. No puedo quitarme de la cabeza su expresión dolida cuando le dije que no la amaba, ni era el centro de mi mundo. ¿En qué cojones estaba pensando? Estaba aterrado porque necesito tanto su amor que me horroriza que se haya enamorado de mí por las razones equivocadas. Por eso le dije que no podía quererme. Por eso me marché como un cobarde, dejándola tan asustada que tuvo que recurrir a mis amigos.

Tengo que asumir mis errores. No creo que pueda perdonarme, al menos por el momento. Se quedará en estado de shock, eso lo tengo claro. Ojalá con el paso del tiempo puedo llegar a... No lo sé.

Dudo que pueda volver a mirarme a la cara cuando le hable de la aplicación espía y le confiese todas mis mentiras. Siento una vergüenza que me aplasta el pecho y me revuelve el estómago. Quiero arrancarme el corazón y entregárselo para que haga con él lo que quiera, ya que siempre ha sido suyo. Desde la primera vez que la vi. Le pertenece, le pertenezco.

Estoy enamorado de Isabella. Creo que la quiero desde que me dio aquel puñetazo y prácticamente me obligó a amarla.

Haré cualquier cosa que me pida. No me importa. Anoche le confesé a Massimo, antes de caer rendido, que dejaría mi cargo si ella me lo pide. Massimo me aconsejó que no tomase decisiones precipitadas, pero no tiene ni idea de hasta dónde estoy dispuesto a llegar para merecer el perdón de Isabella.

No me interesa ser *consigliere* si ella no está a mi lado.

¿Quiere que deje la mafia? Hecho.

¿Quiere mudarse de esta casa? Hecho. Viviré donde ella prefiera.

¿Quiere que la ayude en la librería? Hecho. Seré el mejor librero.

¿Quiere hijos? Hecho, también. Le daré hijos. Todos los que quiera. Seré un padre ejemplar.

Solo tiene que pedírmelo. Solo quiero hacerla feliz y pasar el resto de mi vida enmendando mis malditos errores.

—Isabella —digo con voz ronca, levantándome.

Joder, qué mal me encuentro. No volveré a beber.

Chiara está desayunando en la cocina. Voy a por un vaso de agua porque tengo la garganta irritada. Pone una cara extraña al verme, y ni siquiera me da los buenos días. Supongo que está enfadada porque anoche me largué de casa. Me lo tengo más que merecido. Está más que bien que se ponga de parte de mi esposa, igual que hizo Massimo. Quiero que la apoyen y la protejan. Quiero que todos estén de su lado, hasta que logre volver a convencerla de que su lugar está conmigo.

—Buenos días —la saludo tras beber el agua de un trago.

—Que te den.

Asiento, resignado. Sí, me lo merezco.

Voy al dormitorio y llamo a la puerta. El silencio que recibo es como un puñetazo en las costillas. Por supuesto que no espero que me lo ponga fácil, pero necesito hablar con ella. Quiero mirarla a esos preciosos ojos verdes, decirle que la amo y confesar todas mis mentiras. Luego me pondré de rodillas y rogaré por su perdón.

—Isabella —insisto desesperado—. ¿Podemos hablar?

Silencio.

Apoyo la frente en la puerta. Joder, ¿qué esperaba? Claro que está furiosa.

—Isabella —suplico—, voy a entrar. Por favor, solo quiero hablar contigo. Sé que tienes motivos de sobra para estar enfadada. Ojalá anoche no me hubiese comportado como un maldito cobarde.

Agarro el pomo y comienzo a girarlo, sin obtener respuesta. Me trago el nudo que tengo en la garganta.

—Estaba asustado porque... porque te amo, cariño. Claro que te amo. Te quiero tanto que creo que voy a morir si no dejas que abra la puerta, porque la distancia que anoche puse entre nosotros me está matando.

Este silencio no es propio de ella. No puedo soportarlo más. Estoy al borde de las lágrimas y me duele el pecho. No me cree, debe de ser eso.

—No eres el centro de mi mundo —digo completamente roto, recordando lo que le dije—, no lo eres, porque eres todo mi mundo.

Dejo escapar una respiración temblorosa al inhalar. Giro el pomo y empujo la puerta, preparado para sus gritos y reproches. Sin embargo, encuentro la cama hecha y el armario abierto de par en par. Doy un paso atrás, llevándome la mano al pecho, conmocionado.

—¿Qué cojones...?

Voy a su armario solo para cerciorarme de que faltan algunas prendas y la maleta de mano. El corazón me martillea de forma dolorosa contra las costillas. Estoy tan mareado que apoyo una mano en la pared, sin comprender nada y sintiendo como la resaca me abandona de

golpe por una sensación más terrible y angustiante.

—Isabella —susurro, saliendo a toda prisa del dormitorio para buscarla por toda la casa—. ¡Isabella!

Reviso cada habitación dos veces: el vestidor, la habitación de lectura, el salón, el baño, la habitación de Chiara. Regreso de nuevo al dormitorio, desconcertado, sin saber qué hacer.

No es posible. No puede haberse ido. No de verdad.

¿Dónde está mi mujer? ¿Dónde demonios está mi mujer?

Rebusco en los cajones mientras maldigo en voz alta, pero lo único que encuentro es el silencio aplastante de su abandono. Tiro de un golpe la lámpara de la mesita de noche. Me agarro el pecho, temiendo que el corazón vaya a salirse de la impresión.

—¡Isabella! —grito completamente fuera de mí, saliendo de la casa. Me derrumbo en el porche, cubriéndome la cara con las manos—. ¡Isabella!

No entiendo nada. ¿Por qué se ha marchado? Sé que anoche metí la pata hasta el fondo, pero ella no es una persona rencorosa. Su actitud no tiene ningún sentido. A menos que...

El sabor del miedo me sube por la garganta, inmovilizándome. Ni siquiera siento la presencia de mi hermana hasta que se planta a mi lado. Me vuelvo hacia ella, consternado y con la esperanza de que sepa algo.

—¿Dónde está? —exijo saber.

—Te sangra la mano —dice, señalando la sangre de mis nudillos.

Ni siquiera me duele. Me habré hecho daño al golpear la lámpara. Me pongo de pie, mirándola de una forma que no la intimida, aunque lo intento. Siento una humedad extraña en los ojos. Mierda, estoy llorando.

—¿Dónde está mi esposa? —insisto, sin importarme sonar al borde de la desesperación.

—Se ha ido —responde finalmente, suspirando con pesadez—. Te escuchó hablar con Massimo. Lo sabe todo.

No.

No, no, no.

No, Dios mío. Por favor, no.

—La sorprendí cuando se marchaba —continúa con calma—. Me suplicó que no te despertase. Estaba tan... —Se abraza a sí misma, viniéndose abajo—, asustada y perdida. Rota. Desconcertada, como si no entendiera nada.

Me paso una mano por el pelo, tirando con fuerza. Le doy la espalda, incapaz de seguir mirándola. No puedo enfrentarme a su decepción en este momento. Todo es demasiado insoportable.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no intentaste detenerla?

—Porque me dio pena y te mereces sufrir por haberla engañado. Porque fui incapaz de no ponerme de su parte. ¡Porque al verla tan destrozada lo único que pude hacer por ella fue pedirle un taxi y disculparme por no haber sido honesta con ella! —Mi hermana me empuja por la

espalda, rompiendo a llorar—. La has perdido. No hay nada que puedas hacer para recuperarla. Lo vi en sus ojos.

El dolor me atraviesa el pecho como una puñalada. Me desestabilizo hacia delante, apoyándome en el pilar. Tengo ganas de vomitar, de romper algo, de ir tras ella, aunque no tengo la menor idea de dónde está.

A no ser que...

Salgo corriendo hacia el dormitorio para...

...encontrar su teléfono encima de la cama, junto a una nota. Por supuesto que se ha deshecho de él después de saber que soy un cabrón que le instaló una aplicación para espiarla. El alma se me cae a los pies. No porque quiera seguir engañándola, sino porque no sé cómo llegar hasta ella.

Cojo la nota con dedos tembloroso y la leo.

Ahora sé quién eres realmente. Tenías razón: no puedo quererte.

Stefano

—Te repito que no sé dónde ha ido—insiste Greta, sin dejar de llorar.

Aprieto los puños con tanta fuerza que los nudillos se vuelven blancos. Siento esa mezcla de furia y desesperación que me consume desde que supe que Isabella se marchó. Mis hombres están rastreando cada pista posible para localizar a Isabella. El problema es que no sé por dónde empezar a buscar. He sobornado a empleados de estaciones, aeropuertos, y policías de tráfico para acceder a las grabaciones de seguridad y los peajes, pero todo sigue siendo un maldito callejón sin salida.

Es como buscar una aguja en un pajar. Se fue en mitad de la noche, sola, enfadada y aterrada. Es una experta en escapar, y ahora tiene un poderoso motivo para que no la encuentre.

Mierda, estoy muerto de miedo. ¿Cómo voy a cuidarla si no sé dónde está?

—De verdad —asegura Greta, visiblemente consternada.

Me sorprende que parezca tan deshecha. No creo que esté mintiendo. Es casi irónico: ambos estamos arrepentidos de haber perdido a Isabella por mentirle. Aunque dudo que ella diese la vida por su hermana, mientras que yo le ofrecería un cuchillo y la animaría a apuñalarme el corazón si con eso me gano su perdón.

—Le di dinero. Eso es todo lo que puedo decirte. Es lista y está muy enfadada contigo. Te costará encontrarla.

—Eso ya lo sé —gruño, frustrado.

—Espero que no te rindas.

La miro con los ojos entornados, sin saber si va en serio. Greta se cruza de brazos, resoplando.

—Tú y yo nunca seremos amigos —puntualiza—, pero sé que amas a mi hermana. Me da igual lo que hayas hecho. Mueve el puto culo y ve a por ella. No sé si será capaz de perdonarte, pero Isabella es la persona menos rencorosa que conozco. Aún tengo la esperanza de recuperar nuestra relación y ser la hermana mayor que ella merece. Si puede perdonarte, quizá haya una oportunidad para nosotras.

Me guardo lo que pienso sobre ella. A buenas horas valora a su hermana. Nunca merecerá su amor, aunque estoy convencido de que Isabella ya la ha perdonado. Si no digo nada es porque soy el menos indicado para recriminarle que fue una zorra con Isabella.

Será mejor que me vaya. Solo vine por si podía darme alguna información de utilidad sobre el paradero de Isabella.

—Le dije que la encontrarías —añade cuando me doy la vuelta—, y que la querías.

—¿Y qué respondió? —pregunto con repentino interés.

—Que no la amas y no sabes querer a nadie.

—Se equivoca —respondo sin ocultar mi amargura—. Amarla era inevitable. Desde el momento que la vi supe que no tenía escapatoria. Pero aceptarlo... aceptarlo me aterraba.

—Entonces no te queda más remedio que demostrarle que se equivoca.

Asiento, decidido. Por una vez estoy de acuerdo con ella.

Stefano

Un mes después...

He perdido la cuenta de cuántos lugares he buscado. Cada día empiezo con la esperanza de encontrarla, pero cada noche acabo con las manos vacías.

¿Dónde estás, Isabella? Vuelve, por favor. Te echo de menos. Vuelve, o déjame llegar hasta a ti, te lo suplico.

Stefano

Dos meses después...

La obsesión me consume. Apenas duermo, apenas como. Mi vida se ha reducido a su ausencia. Todo me recuerda a ella: una sombra rubia en una calle, el olor de un perfume a flores silvestres en el aire, aquel libro que dejó sin leer...

¿Por qué me haces esto? ¿No sabes que no puedo respirar sin ti? ¿No sabes que eres mi vida?

Stefano

Tres meses después...

Estoy al borde de la locura. No hay rastro de ella. Es como si se hubiera desvanecido como un fantasma. Me despierto todas las noches con su nombre en los labios.

¿Me odias tanto? ¿De verdad crees que soy incapaz de amarte como mereces? Déjame demostrarte que estás equivocada. Déjame encontrarte, Isabella. Por favor.

Isabella

—¡Espero que disfrute de la lectura! —le entrego la bolsa con el libro—. Que tenga un buen día. Gracias por su visita.

—Gracias a ti, corazón —la mujer me sonríe radiante de felicidad—. ¡Qué ganas tengo de conocer a Nathan Hawkins!

Es el protagonista del libro que acabo de venderle. Da gusto cuando las clientas se dejan guiar por mis recomendaciones.

—Esta chica es un tesoro —le dice a Sabina, la dueña de la librería—. Cuídala, siempre vengo por ella. Es simpatiquísima y siempre acierta con los libros que me recomienda.

Me sonrojo de placer cuando Sabina asiente, dándole la razón. Hace casi tres meses que trabajo aquí. Llegué a la capital completamente perdida, sin saber qué sería de mí. Eché currículos por todas partes mientras me alojaba en una pensión con humedades en el techo. Un día pasé por delante del escaparate de la librería y vi que buscaban dependienta. No me fui hasta que Sabina me dio una oportunidad. Le aseguré que trabajaría gratis una semana y echaría horas extra sin que tuviese que pagármelas. Tuve que darle bastante pena, porque me contrató en el acto.

Me gusta trabajar aquí. No es mi querida L'isola dell'amore, pero por algo debía empezar. Al recordar mi librería, siento una punzada de tristeza y añoranza. No sé si seguirá abierta. Espero que Stefano permitiese que Lara se quedase trabajando. Ojalá se la haya traspasado. Me duele pensar que ha cerrado sus puertas.

—Isabella —dice mi jefa, que se ha convertido en algo muy parecido a una amiga—. Deberías haber salido hace media hora.

—Puedo quedarme más tiempo —digo, mirándola con ojitos de cordero. Sabina niega con la cabeza, así que le cojo las manos. Necesito trabajar. Es la única forma de mantener la mente ocupada—. ¡Por favor! Ni siquiera tienes que pagarme. Puedo limpiar el polvo de las estanterías, ordenar el almacén, redecorar el escaparate, ir a por café...

—Querida —dice con suavidad, poniéndome las manos en las mejillas—, eres joven, sal a divertirte. Todo en la vida no es trabajar. Incluso podrías darle una oportunidad a Nico, que ya no sabe cómo pedirte una cita.

Nico es mi otro compañero. Es simpático y me demostró desde que llegué que le intereso, pero lo último que quiero es abrir mi corazón a otra persona, sobre todo cuando no ha sanado y sigue añorando a Stefano, muy a mi pesar.

—Necesito estar ocupada —insisto, sonriendo con debilidad, a riesgo de parecer patética—. Por favor, una hora más.

Sabina suspira derrotada, pero asiente. No lo hace porque quiera explotarme, es una buena jefa, sino porque entiende que llegué a la librería con una gran mochila emocional.

Voy al almacén, satisfecha de tener la cabeza enterrada entre más libros. Las horas que

paso en la librería son mis únicos ratitos de paz. Si tengo la mente ocupada, no pienso en todo lo que dejé atrás. Me acaricio el dedo desnudo en el que llevaba la alianza, que por algún motivo me traje conmigo. Está guardada en un cajón de la mesita de noche del estudio en el que vivo, a las afueras de la ciudad. Un cuchitril que es lo único que puedo permitirme con mi sueldo de librería.

—¿Te ayudo? —pregunta Nico, asomando la cabeza por el almacén—. Oye, no vale trabajar más de la cuenta. Así me haces quedar mal con Sabina.

—Sabina está harta de mí —respondo riendo, pero no es una risa alegre, sino impostada—. No hace falta que me ayudes, gracias.

—Tengo una idea. —Nico entra para quitarme la pesada caja de los brazos—. Mi turno termina en diez minutos y conozco una heladería muy cerca. Te invito a un helado y me cuentas por qué te encanta trabajar aquí por un sueldo tan miserable.

—Nico... —Pongo cara de circunstancias. Es majo y apuesto, aunque ni de lejos tan dolorosamente atractivo como Stefano—, no quiero tomar un helado contigo, ni hacer planes después del trabajo. Me caes fenomenal, pero estoy pasando por una mala racha y me apetece estar sola.

—Vamos, que te han roto el corazón —intuye comprensivo—. Dime quién es, para ponerlo en su sitio. No hay derecho a que le hagan daño a una chica tan impresionante.

«No soy impresionante —pienso—, en todo caso, soy impresionantemente ingenua».

Tanto que me tragué las mentiras de Stefano porque necesitaba sentirme querida y protegida.

Nico se lleva una mano al pecho y añade:

—Tranquila, no te molestaré más. Entiendo que necesites estar sola una temporada. —Me guiña un ojo, sin perder su sonrisa afable—. Pero avísame si tengo una oportunidad, o si ese idiota que te rompió el corazón vuelve a molestarte.

No tendría ninguna posibilidad contra ese «idiota». De hecho, ese idiota le daría una paliza su supiera que intenta ligar conmigo todos los días.

Nico sale del almacén, dejándome sola con mis pensamientos. Por esta razón me gusta trabajar. Si estoy ocupada, no pienso en Stefano. Me enfurece echarlo de menos, a pesar de todas sus mentiras. Me enfurece añorar sus brazos cálidos, sus sonrisas de lado y sus ojos color avellana oscurecidos por el deseo que siente por mí. Me enfurece necesitar sus abrazos en las noches de tormenta y sus palabras reconfortantes. Me enfurece preguntarme cuándo me encontrará, porque estoy segura de que no ha dejado de buscarme. Me enfurece no estar preparada para volver a verlo. Me enfurece no poder odiarlo, aunque lo intente con todas mis fuerzas.

Al menos me siento orgullosa de no habérselo puesto fácil. Han pasado tres meses. Nunca conseguí escapar de mi padre durante tanto tiempo, pero soy una mujer que aprende de sus errores. Esta vez utilicé una aplicación de coche compartido, ya que no tengo carnet, y le pagué un dinero extra al conductor para que utilizara una carretera secundaria, evitando los peajes y las cámaras de tráfico. Elegí Roma como destino porque supuse que Stefano pensaría que estoy en España o Portugal. Demasiado cerca de él, y a la vez tan lejos.

Sabina me echa de la librería al cabo de una hora, sin atender a mis súplicas. Escojo el paseo más largo hasta mi casa, ya que sé que me vendré abajo en cuanto llegue al estudio. No me gusta vivir allí. Es frío y la única ventana da a un cementerio cercano. No es que deba preocuparme por los muertos, pero no son unas vistas muy agradables.

Al llegar me doy un ducha hasta que gasto el agua caliente, preparo un sándwich y me siento en el desvencijado sofá cama. Pongo un capítulo de *Veronica Mars* porque ni siquiera tengo ganas de leer. Stefano me ha arrebatado incluso el placer de la lectura. Ni siquiera me apetece leer novelas románticas porque ahora soy incapaz de creer en el amor.

Debería dormir, pero no logro conciliar bien el sueño. Voy a la cocina a buscar un par de valerianas. Mejor que sean cuatro. Las trago con un sorbo de agua y regreso al sofá, aplastando mi móvil con el culo. La pantalla está encendida; acaba de llegarme un email.

Mi corazón se salta un latido al ver quién es el remitente.

No puede ser.

¿Cómo ha conseguido mi cuenta de correo electrónico?

Stefano.

Ni siquiera lo he leído, pero ya siento un picor en los ojos por las lágrimas que intento contener. No debería leerlo, lo sé. Me puede la impaciencia, la necesidad de saber de él, así que abro el email e ignoro la punzada de reproche que me invade hacia mí misma.

de: Stefano Lombardi

para: Isabella

asunto: por favor, léelo

Sé que te estarás preguntando cómo he averiguado tu dirección de email. No quiero que haya más mentiras entre nosotros. Desde el instante en el que descubrí horrorizado que me habías abandonado, decidí ser el hombre que mereces, aunque sea demasiado tarde.

Eres tan buena que necesitabas calmar a Isabella, así que le enviaste un email en el que le pedías que no se preocupase por ti y le dijiste que estabas bien. No sé si creerte, Isabella. ¿De verdad estás a salvo? ¿Tienes un techo? ¿Comida caliente? ¿Necesitas dinero? ¿Estás a salvo? ¿Tienes lo necesario para vivir? Ni siquiera tenemos por qué vernos. Si me das un número de cuenta, te haré una transferencia. Te prometo que no quiero nada a cambio. Ya sé que mis promesas no valen nada para ti. Lo entiendo. Fui un imbécil. No tengo justificación. Pero, por favor, deja que cuide de ti, aunque no lo merezca, te lo ruego.

Por cierto, ahí va otra confesión, ahora que he decidido ser sincero: rastree la dirección ip nada más leer el email que le enviaste a mi hermana. Fui a Florencia, pero no te encontré. Puse la ciudad patas arriba. No hubo puerta a la que no llamase ni persona a la que no amenazara con hacer daño si no me decía tu paradero. Y me topé contra un muro. Qué lista eres. Supongo que aprovechaste que estabas de paso en la ciudad para enviarle el correo. Bien hecho.

Isabella no me contó lo del email. Sigue enfadada conmigo porque arruiné nuestro matrimonio. Yo también estoy enfadado conmigo mismo. No entiendo cómo pude tener algo tan preciado y perderlo por culpa de mis malditas inseguridades.

Sigo viviendo en la mañana que descubrí que te fuiste. Me despierto todas las noches, rezando para que sea una pesadilla. Tomaste la mejor decisión al marcharte porque yo nunca podría haberte dejado ir. La necesidad que siento de estar a tu lado es enfermiza, obsesiva. No hay nada más desde que te fuiste. No hay nada que me importe.

Lo peor es que no puedo justificarme, porque no tengo excusa.

Sí, te mentí.

Sí, te manipulé.

Sí, instalé aquella maldita aplicación en tu teléfono porque soy un imbécil inseguro que necesitaba controlarte.

Sí, hice un millón de cosas horribles, ¿y sabes qué? No estoy seguro de no hacerlas de nuevo si volviese atrás, porque sigo pensando que no soy bueno para ti. Por eso seguiré rogando por tu perdón, aunque no lo merezca.

Siempre tuyo,

Stefano.

Estoy destrozada después de leer su correo. No quiero imaginar la desesperación que sintió al descubrir que me marché. Pero no cambia nada. Sigue siendo el mismo hombre del que me enamoré. El mismo mentiroso. El mismo manipulador. Así que borro el email e intento fingir que no lo he leído.

Isabella

de: Stefano Lombardi

para: mi esposa, el amor de mi vida

asunto: aunque nunca me perdones

Estoy intentando enmendar los errores que cometí. Lo mínimo que te debo es la verdad. El día que me preguntaste por mis padres, estaba tan asustado y avergonzado que fui incapaz de abrirte mi corazón. Pero es tuyo. Siempre lo fue. Si existe la mínima posibilidad de que sigas sintiendo algo de amor por mí, quiero que me conozcas realmente.

No tuve unos buenos padres. Mi padre trabajaba para el padre de Massimo cuando yo solo era un crío. Le gustaba apostar, y era buenísimo perdiendo más dinero del que tenía. Mi madre, por su parte, estaba cansada de la situación. Vivíamos acuciados por las deudas, y él decidió cometer una locura para saldarlas: robarle a su jefe. Robarle a la puta mafia. ¿Te lo puedes creer? Supongo que lo de ser un imbécil me viene de familia...

Por aquel entonces Massimo y yo ya éramos inseparables. Cuando se descubrió el robo, el padre de Massimo mandó ejecutar al mío, y a toda mi familia. Mi madre se enteró y decidió huir sola. Sí, nos abandonó. Prefirió largarse porque creyó que tendría una oportunidad si se marchaba sin sus hijos. Por suerte, Massimo abogó por nosotros y convenció a su padre de que yo le sería muy útil si me entrenaba para formar parte de la organización. Luego su padre murió, él se convirtió en Don, y yo pasé a ser su consigliere. No me siento orgulloso de las cosas que hice para llegar a ser su mano derecha, pero volvería a hacerlas con tal de proteger a Chiara. Nunca tuve elección. O formaba parte de la mafia de la Cosa Nostra, o aceptaba nuestra sentencia de muerte.

Mi madre regresó al enterarse de que me convertí en un hombre muy rico. Me aseguró que estaba arrepentida y que se marchó sin saber el destino que estuvimos a punto de correr. Supe que mentía, pero quise creerla de todos modos porque la echaba de menos. Le dejé dinero, y eso fue todo. Desapareció de nuevo, como la mujer egoísta que siempre fue. Chiara nunca supo lo que pasó, menos mal. Desde entonces, intenta ponerse en contacto conmigo. Ya he aceptado que nunca nos quiso, pero me sigue doliendo de todos modos. En mis peores momentos me pregunto qué hice mal para no merecer el amor de mi madre.

¿Te cuento esto para que te compadezcas de mí? ¿Para que entiendas que fui incapaz de aceptar tu amor porque tengo una herida maternal que no ha cicatrizado? No, Isabella. Mis malditos traumas no justifican que no fuera capaz de ser valiente y decirte que te amaba, que te amo.

Solo te cuento la verdad porque eres mi esposa, y quiero luchar por nuestro matrimonio.

Te amo.

No quise decírtelo porque estaba muerto de miedo, pero ahora acepto mis sentimientos porque el amor que siento es lo único que me queda de ti.

Ojalá puedas perdonarme algún día,
Stefano.

de: Stefano Lombardi

para: mi amor

asunto: aunque no lo leas

Te echo de menos.

Odio tu silencio. Odio no saber si estás bien. Odio sentirme patético. Odio no hablarme con Chiara porque sigo enfadado de que no me despertase aquella noche. Odio tu ausencia. Y me odio por ser el único culpable de todo.

Te quiero, Isabella.

de: Stefano Lombardi

para: la librera más increíble

asunto: por si te interesa

L'isola dell'amore sigue funcionando. Le dije a Lara que te has tomado una excedencia. Supongo que sabe que miento, pero no dijo nada. Solo quiero que sepas que la librería es un éxito. Le pedí a Lara que siguiera con tus planes, por si decides volver algún día. Ha decidido montar el club de lectura del que le hablaste. El primer libro que comentamos la semana pasada fue *Una corte de rosas y espinas*. Sí, participé en el club de lectura. Chiara, Sofía y Mónica también fueron y me miraron mal todo el rato. Me desprecian. Por favor, dime que no me parezco al tipo ese del pelo rubio. Me gusta más el moreno, no recuerdo cómo se llama.

Necesito que vuelvas. La librería no es lo mismo sin ti. Todos te echamos de menos. Quiero ver tu sonrisa mientras le recomiendas un libro a un cliente.

Te quiero. No sé por qué no te lo dije antes. Ahora me resulta muy sencillo.

Te echo de menos,

Stefano.

de: Stefano Lombardi

para: Isabella

asunto: ¿estarás eternamente enfadada?

Dímelo sin rodeos. Dime qué quieres que haga para ganarme tu perdón. ¿Quieres que deje mi cargo como consigliere? ¿Quieres que nos mudemos al centro? ¿Quieres que adoptemos un perro? Lo que sea. Te daré lo que sea, cualquier cosa que me pidas es tuya.

Por favor, Isabella, perdóname.

de: Stefano Lombardi

para: la mujer más terca del mundo

asunto: se acabó.

Iré a por ti. Te encontraré y te arrastraré de vuelta a casa, tu hogar. Tu lugar está a mi lado. Sabes de lo que soy capaz. Chiara me está mirando mal mientras escribo este email, pero me importa una mierda. Te encontraré, amor. Y todo volverá a ser como antes (excepto por las mentiras).

de: Stefano Lombardi

para: Isabella

asunto: por favor, no leas mi anterior email

Lo siento, estaba borracho. No se me da bien vivir sin ti.

Isabella

—Hasta mañana, Isabella —dice mi jefa.

Me despido con la mano y Nico me abre la puerta para que salga. Le sonrío agradecida y le doy un beso en la mejilla. Es un hombre estupendo. Solo lo veo como un amigo, y estoy segura de que en un futuro encontrará a una mujer a la que hará muy feliz.

Apenas pongo un pie fuera de la librería cuando lo veo.

Mis piernas se vuelven de plomo. La respiración se me corta, como si el aire se negara a entrar en mis pulmones. Mis dedos se crispan alrededor del bolso, y siento que mi pecho explota con un torrente de emociones imposibles de controlar.

El corazón me late con una fuerza dolorosa, como si tuviese un tambor de guerra dentro del pecho. Intento respirar, pero el aire me quema la garganta.

Todos mis músculos se tensan, en alerta, ante el reflejo involuntario de la necesidad de escapar. Pero mis pies no se mueven. Estoy atrapada, paralizada por el estupor y algo más poderoso. Mi mirada se encuentra con la suya, y el resto del mundo desaparece. Todo a mi alrededor se difumina, dejando solo esos ojos color avellana con los que sueño todas las noches.

Está más delgado. Tiene una barba incipiente y unas profundas ojeras. Parece haber envejecido diez años de golpe.

Permanece inmóvil, cauteloso, a unos metros de distancia, como si temiera dar un paso en falso y que yo echase a correr. Desde esta distancia puedo ver la emoción que se refleja en su rostro con una intensidad que me atraviesa. Me mira pasmado, como si yo fuese lo único que existe en el mundo, como si en el fondo creyese que la imaginación le está jugando una mala pasada.

Tres meses, dos semanas y cuatro días. Ese es el tiempo que hemos pasado separados.

Sus ojos color avellana se van llenando de una mezcla de alivio y desesperación que me deja sin aliento. Tiene los hombros rígidos y los brazos ligeramente hacia delante, como si se estuviera conteniendo para no cortar la distancia que nos separa. Su pecho sube y baja con cada respiración temblorosa.

Nunca lo había visto así, tan deshecho... parece a punto de romperse.

Le tiemblan las manos y las cierra, extendiendo un puño hacia mí porque se muere de ganas de tocarme. Aprieto el bolso contra mi costado, cada vez más nerviosa. Stefano parpadea despacio, incrédulo. Tiene los ojos vidriosos, a duras penas conteniendo las lágrimas.

—Isabella...

—¿Qué haces aquí? —baluceo, impactada—. ¿Cómo me has encontrado?

—Leíste mis emails.

Claro que sí. No pude evitarlo, aunque no respondí a ninguno. Cada email fue una caricia

venenosa a mi corazón. Estuve tentada de responder para pedirle que me dejase en paz, pero no quería que averiguara mi paradero. Sin embargo, aquí está.

—Inserté un píxel rastreador en el email que te envié —confiesa, con una mezcla de arrepentimiento y alivio—. Es una imagen diminuta, invisible, que se activa cuando abres el correo. Me dio tu ubicación aproximada al cargarla.

Me paso una mano por la cara, sorprendida y extenuada. Siempre supe que acabaría encontrándome, pero me hierve la sangre de que lo lograra por culpa de mi debilidad. Si no hubiera leído sus emails, no lo habría conseguido. Pensé que solo podía rastrear a si le respondía. Qué tonta soy.

—Has sido muy inteligente.

—No te atrevas a ser condescendiente conmigo —le espeto, indignada—. No tienes derecho a estar aquí.

—Necesitaba verte.

—¿Eso no justifica que me hayas seguido! —exclamo, cada vez más furiosa—. Además, ¿por qué has tardado tanto si sabías desde hace tiempo dónde estoy?

—Inserté el píxel en el último email porque tenía la esperanza de que respondieras a alguno —admite entre dientes, avergonzado—. No supe tu paradero exacto hasta hace tres días. Fui a todas las librerías de la ciudad hasta dar con esta. Llevo toda la mañana observándote.

Se me ponen los vellos de punta. Por eso sentía su presencia. Sabía que no estaba loca al sospechar que estaba acechándome desde alguna esquina.

—Te parecerá romántico —siseo, irónica.

—No —reconoce apesadumbrado—, pero me moría si no veía con mis propios ojos que estás a salvo y eres feliz.

—Estupendo —asiento, incapaz de mirarlo—. Ya lo sabes. Ahora, lárgate.

—No eres feliz, Isabella.

—¿Y tú qué sabes? —replico sobresaltada, porque ambos sabemos que ha acertado de pleno.

—Sé que a las diez y media te encerraste en el baño porque te dio un ataque de ansiedad cuando se te cayó un libro —responde sin perder la calma—, y a las doce menos cuarto rompiste a llorar después de atender a una cliente. No eres feliz, Isabella. Ni yo tampoco, porque me faltas.

—No pienso volver contigo a Sicilia —le advierto, cruzada de brazos.

—De acuerdo —da un paso hacia mí y me olvido de cómo respirar—. Pues me quedo en Roma, contigo.

—No...

Me cubro la cara con las manos, al borde de sufrir un ataque de histeria. Inspiro hondo, intentando calmarme.

—Me refiero a que no quiero que estemos juntos —aclaro con firmeza—. Ni en Sicilia, ni en Roma, ni en ningún otro sitio. Se acabó, Stefano. No solo me mentiste, sino que jugaste

conmigo. Me costó mucho confiar en ti y has arruinado cualquier posibilidad de que vuelva hacerlo. Me da igual no ser feliz nunca mientras estés muy lejos de mí.

Stefano apenas se sobresalta. No es ingenuo. Sabía cuál sería mi reacción, pero vino a buscarme de todos modos.

—¿Va todo bien? —interviene Nico, saliendo de la librería y plantándose a mi lado. Observa a Stefano y luego a mí, pasándome un brazo protector alrededor de los hombros—. ¿Te está molestando?

Stefano resopla con desprecio. Me pongo alerta. Como intente hacerle daño a Nico, juro que lo estrangulo. Me sorprende que permanezca impasible, mirando a Nico sin perder la calma, como quien ve a una molesta mosca y cree que se acabará cansando.

—No pasa nada, Nico —lo tranquilizo.

Nico sigue mirando a Stefano con desconfianza.

—¿Quién eres? —le pregunta mi compañero—. ¿El capullo que le rompió el corazón?

—Sí —reconoce Stefano—, el mismo. Si no te importa, me gustaría intentar recuperar a mi esposa, pero gracias por ser tan protector y cuidar de ella.

Observo a Stefano con los ojos entrecerrados. No cuela. Sé lo posesivo que es.

—Alguien debía hacerlo —masculla Nico, malhumorado. Se vuelve hacia mí—. ¿Quieres que os deje solos?

Asiento sin pensar. Prefiero que no se meta. Además, no me trago la nueva faceta conciliadora de Stefano. No me quedo tranquila hasta que se marcha y sé que Stefano no le arrancará la cabeza.

—¿Esperas que me crea que no estás celoso? —me burlo.

—Claro que lo estoy. Él pudo disfrutar tres meses de tu compañía mientras que yo no sabía dónde estabas y pensaba que te había pasado algo horrible. Pero solo sois amigos. Para desgracia de él, que te mira con la esperanza de ser algo más. Lo único que calma mi instinto asesino es saber que no lo miras con los mismos ojos que a mí antes de que lo arruinara todo.

—Eso se acabó —digo, cada vez más tensa—. Como ves, tu preocupación no estaba justificada. Ya puedes irte. Me las sé apañar sola.

—Pues yo no —admite—, se me da fatal vivir sin ti, ya te lo dije.

Intento que sus palabras no me afecten, ni se cuelen entre las grietas del corazón que rompió. No soy capaz de pedirle que se detenga cuando avanza hacia mí, deteniéndose a una distancia que me duele porque me muero por que me toque, aunque tengo miedo de que lo haga.

—Lo siento —dice, levantando el brazo para acariciarme la mejilla. Lo deja caer al ver cómo lo miro—. Tenías razón: te amo.

—No me amas. No sabes quererme bien. Estás enfermo —suelto, deseando devolverle parte del daño que me hizo—. Me espiaste por el móvil. Me mentiste. Hiciste cosas horribles. Querías divorciarte...

—No quería divorciarme. Al principio sí, pero luego no tuve la menor intención de separarme de ti.

—¡Eso no cambia nada!

—Por favor, Isabella...

Comienzo a darme la vuelta, incapaz de seguir escuchándolo. No quiero que me ruegue. Él nos ha hecho esto. Su necesidad enfermiza de controlarme, de poseerme. Nunca cambiará. Sé que me ama, pero no de la forma correcta. Su amor acabará destrozándonos.

De repente, escucho un ruido sordo. Giro la cabeza justo a tiempo para verlo caer de rodillas, como si le hubieran fallado las piernas. Stefano apoya las manos en el suelo, respirando de forma acelerada. Sus ojos son una presa a punto de desbordarse. Tiene la expresión descompuesta con una mezcla de desesperación, arrepentimiento y amor infinito.

—¡Stefano! —exclamo horrorizada—. ¿Qué... qué haces?

—Por favor, Isabella... —su voz tiembla, ronca, llena de desesperación. Apenas puede hablar mientras baja la cabeza—. No puedo perderte... Dime qué debo hacer. Lo que sea. Haré lo que sea.

El sonido de su voz, rota de angustia, me perfora el pecho. Siento la mirada de la gente a nuestro alrededor, sus murmullos curiosos. Pero a Stefano no le importa. Está de rodillas frente a mí, en medio de la acera, en pleno día. El hombre más orgulloso y terco que jamás he conocido está aquí, expuesto y vulnerable, suplicando una segunda oportunidad.

Mi garganta se cierra. Me tiemblan las manos mientras trato de contener las lágrimas que se deslizan sin control por mis mejillas. Quiero apartarme, quiero gritarle que se levante, que deje de humillarse de esta manera, pero no puedo moverme. La intensidad de su mirada, el dolor reflejado en sus ojos, me paraliza.

El nudo en mi estómago se aprieta más hasta volverse insoportable. Y lo peor de todo es que, pese al daño que me ha hecho, todavía hay una parte de mí que quiere creerle. Que quiere perdonarlo.

—Haré lo que sea —insiste, consumido por la desesperación, aferrado a cualquier esperanza—. Dejaré mi cargo como *consigliere*, nos mudaremos a otra ciudad para empezar de cero, iremos a terapia de pareja, donaré toda mi fortuna a las causas benéficas que elijas... Lo que sea, Isabella. Cualquier cosa que me pidas a cambio de una segunda oportunidad. Déjame demostrarte que puedo ser el hombre que mereces.

Cualquier cosa.

Una segunda oportunidad.

El hombre que merezco.

Retrocedo con paso tembloroso, levantándolo de los brazos. Stefano tiene los ojos anegados por las lágrimas. Nunca lo había visto tan roto, vulnerable, humano. Se me escapa el aire que estaba conteniendo mientras le acaricio el rostro por última vez, notando cómo se estremece.

—Lo único que puedes hacer por mí —digo, apartando la mano—, es concederme el divorcio.

Isabella

«No puedo perderte... Dime qué debo hacer. Lo que sea. Haré lo que sea».

Suelto un gruñido de frustración y me tapo la cabeza con la almohada. Hace cinco días que Stefano se arrodilló para pedirme perdón. No he vuelto a verlo desde entonces, ni tampoco a recibir ningún email. Debería sentirme aliviada, pero sé que mi marido no se rendirá. Por desgracia, una parte de mí quiere que no lo haga, mientras la otra me regaña por ser tan ingenua y creer que puede cambiar.

Pego un salto del sofá cama al escuchar un trueno. Malditas tormentas. ¿Por qué llueve tanto este año?

Voy a la cocina a prepararme una tila con el corazón acelerado por el miedo. Enciendo la luz y me caliento las manos en la taza, mirando por la única ventana del estudio, la que da al cementerio. Suelto un alarido al ver una sombra moviéndose debajo del enorme ciprés de la entrada.

La taza se me cae al suelo por culpa de la impresión, rompiéndose en pedazos. No creo en los fantasmas, así que pego la cara al cristal y entrecierro los ojos.

No puede ser.

Stefano está cobijándose de la lluvia, mirando hacia aquí, como si me estuviera vigilando. Saco el móvil para enviarle un email, furiosa.

de: Isabella

para: el idiota de mi futuro exmarido

asunto: ¿qué crees que estás haciendo?

Stefano, vete a casa. Deja de vigilarme.

Su respuesta no tarda en llegar.

de: Stefano

para: Isabella

asunto: no te vigilo

Tienes miedo a las tormentas. Solo quiero estar aquí, por si me necesitas. Te aseguro que no hay otro motivo oculto.

Maldito manipulador, embustero y sinvergüenza. ¿Cree que puede calarse debajo de un árbol, frente a la puerta de mi casa, mientras me quedo mirando como si nada? ¿De verdad pretende engatusarme? ¿Se supone que debo sentir lástima de él? ¿Qué se me acelerará el corazón después de saber que lleva horas ahí plantado?

Salgo del estudio hecha una furia, bajando las escaleras a toda prisa. Ni siquiera me molesto en coger un paraguas o ponerme un anorak encima del pijama. Stefano está calado hasta los huesos, como esperaba. Tiene el pelo y la ropa empapadas, y peor aspecto que el otro día.

—¿No puedes dormir? —pregunta—. ¿Necesitas que te abrace?

—¡No necesito nada de ti!

Le doy una bofetada que le dobla la cara hacia un lado. Me mira aturdido, como si no se lo hubiera esperado. Se acaricia la mejilla, dolido, sin decir nada. Mi pecho sube y baja a causa de la respiración acelerada. Me paso una mano temblorosa por el pelo mojado, horrorizada de lo que acabo de hacer.

—Dios mío —sollozo, rompiéndome del todo.

Otro trueno me sobresalta y suelto una maldición. Antes de que pueda ser consciente de lo que pasa, unos brazos fuertes me envuelven contra un pecho cálido. Estallo en lágrimas, incapaz de resistirme al consuelo que me ofrece. No quería pegarle. No me siento orgullosa.

—No puedes estar aquí —murmuro entre hipidos.

—No quiero estar en otro lugar. No puedo estar lejos si sé que estás sufriendo —responde, acariciándome la espalda mientras me estrecha con fuerza—. Golpéame, grítame..., pero no me apartes.

—No confío en ti —respondo, agarrándolo de la camisa empapada. Echo la cabeza hacia atrás, muriéndome de ganas de besarlo y consternada por mi debilidad. Suelto su camisa, meto la mano en el bolsillo de mi pantalón del pijama y saco una sortija. La pongo en la palma de su mano—. Se acabó, Stefano.

Mi marido agacha la cabeza para observar lo que le he dado. Es nuestra alianza. Al verla, se echa hacia atrás como si el golpe fuese mayor que la bofetada que le di hace un momento. Aprovecho su instante de confusión para soltarme de su abrazo y cruzar la carretera a toda prisa sin mirar.

—¡Isabella! —grita mi nombre—. ¡Cuidado!

Me vuelvo a tiempo de ver el todoterreno negro que se cierne sobre mí a toda velocidad. El pánico me paraliza. Mis piernas no responden, a pesar de que sé que debo moverme. De repente, algo duro impacta contra mí, sacándome de la carretera. No alcanzo a procesar lo que ocurre hasta que mi cuerpo golpea el suelo con fuerza. El aire se me escapa de los pulmones. Siento los codos y las rodillas raspados del roce contra el asfalto. Levanto la cabeza justo a tiempo para escuchar un golpe sordo que me hiela la sangre.

—Stefano! —grito horrorizada al verlo caer.

Está tendido unos metros más allá, su cuerpo tendido en una posición antinatural. El todoterreno se detiene unos metros después, dejando tras de sí marcas de neumáticos y un chirrido que aún resuena en mis oídos. Me levanto y corro hacia él, gritando. Ha recibido un impacto al sacarme de la carretera porque no le dio tiempo a esquivar del todo el coche. Tiene la camisa desgarrada y un hematoma que le baja desde el hombro y comienza a oscurecerse.

—¿Qué has hecho? —susurro con la voz quebrada, arrodillándome a su lado.

Stefano abre los ojos cuando le rozo la mejilla y suelta un gemido entrecortado. Sigue

vivo. Gracias a Dios, está vivo.

—No tenías que hacerlo —balbuceo, sollozando—. ¿Dónde te duele?

Me aprieta la mano para demostrarme que no es grave. El todoterreno debió golpearlo de lado cuando me sacó de la carretera. No llegó a atropellarlo. De lo contrario, ahora estaría muerto. Me derrumbo junto a él, cubriéndolo con mi cuerpo de la lluvia. Es un gesto absurdo, pero no sé qué otra cosa hacer mientras saco el teléfono y llamo a emergencias.

El conductor del coche llega hasta nosotros, pálido y horrorizado. No ha sido culpa suya. Debería haber mirado antes de cruzar la carretera. El remordimiento y el miedo me abruman mientras presiono su mano con fuerza, rezando para que no me abandone justo ahora. Él me devuelve el apretón y me sonríe con debilidad.

—Estoy bien —resuella, acariciándome la mano para consolarme—. Creo que solo me he dislocado el hombro.

—¿No te vas a morir?

—No —se ríe con debilidad, lo que le saca un gruñido de dolor—. Aunque hace un momento, cuando me devolviste la alianza, juraría que se me paró el corazón.

Isabella

Tienen que operar de urgencia a Stefano: se ha roto la clavícula. Con que solo tenía el hombro dislocado. Uf, qué hombre. A pesar de que le pedí el divorcio, permanezco en la sala de espera, rompiendo a llorar a cada instante mientras la gente me mira de reojo. Nadie se atreve a sentarse en el asiento libre que hay a mi lado.

Lo atropellaron... por mi culpa. Es el gesto de amor más puro y desmedido del mundo. Muy típico de él.

Me muerdo todas las uñas de la mano derecha. Necesito que salga de quirófano para hablar con él. Voy a empezar con la mano izquierda cuando una enfermera me informa de que la operación ha sido un éxito y puedo pasar a verlo. Me levanto de un salto, sintiendo una mezcla de alivio y nerviosismo. Lo que está por venir no es fácil, pero es lo mejor.

Stefano está tumbado en la cama, pero intenta incorporarse nada más verme. Lleva un cabestrillo ajustado al cuello y torso. Intenta disimular el dolor con expresión estoica. Me sobreviene una punzada de culpabilidad al recordar cómo sucedió todo.

—No —me lee la mente—. Yo soy el único culpable.

No es del todo cierto. No debería haberle devuelto la alianza de aquella forma, ni mucho menos cruzar la carretera sin mirar. Pero ya está hecho. Por eso sonrío con debilidad y le acaricio la mano.

—¿Cómo estás?

—Hasta arriba de calmantes —responde—, y feliz de volver a verte.

No por mucho tiempo, me temo.

—Lo que pasó evidencia que...

—Te amo —me interrumpe, mirándome a los ojos con una franqueza que me desarma y lo hace aún más difícil—. Es lo único en lo que podía pensar antes de que me anestesiaran para la operación.

Se me llenan los ojos de lágrimas e inspiro de forma temblorosa.

—Lo sé, Stefano —asiendo cabizbaja—. Yo también te amo.

—¿Por qué pones esa cara? —pregunta con el ceño fruncido, preocupado—. ¿Qué pasa, amor? ¿Qué tienes? ¿Te hiciste daño? Voy a llamar al médico para que te inspeccione por si...

—Stefano —digo más seria—. Si de verdad me amas, debes firmar los papeles del divorcio. No quiero absolutamente nada. Solo mi libertad. Y que te vayas de la ciudad y no vuelvas a buscarme.

Suelta mi mano como si quemara, mientras su mirada se nubla. Su expresión se llena de dolor y confusión. No quiero abandonarlo en la habitación de un hospital, pero tengo que hacerlo.

—Pensé que... —traga saliva, su voz se rompe—. Cuando me preguntaste si me iba a morir, creí que... que tal vez te importaba lo suficiente para quedarte.

Cierra los ojos, apenado. Al abrirlos, una lágrima se desliza por su mejilla. Vuelve la cara para evitar que lo vea llorando y suelta un suspiro resignado

—De acuerdo, Isabella.

¿Lo he oído bien? ¿De verdad piensa concederme el divorcio?

—Te daré la mitad de mis bienes —añade con un tono decidido que contradice el temblor de su voz—. No pienso divorciarme a menos que aceptes lo que te pertenece.

—Eso no es justo.

—Lo que no es justo es renunciar a la mujer que amo —responde, volviendo la cara para mirarme como si quisiera memorizar mi rostro—. Pero lo haré, si eso garantiza tu felicidad. Si es lo que reamente quieres.

Mi felicidad... dudo que pueda ser feliz lejos de este hombre que ha demostrado ser capaz de todo, incluso de cosas imperdonables, con tal de tenerme.

—Es lo que quiero.

—Llamaré a mi abogado en cuanto salgas por la puerta —dice, con la voz cargada de dolor. Extiende el brazo hacia mí como si quisiera tocarme por última vez, pero al final lo deja caer con una resignación que me rompe en pedazos—. Lamento haberlo estropeado.

Si no me voy justo ahora, jamás podré tomar la decisión. Me duele en el alma, pero tengo que hacerlo. Es lo mejor para ambos. Nuestra única posibilidad. Apenas he dado tres pasos cuando dice:

—Isabella.

Su nombre me acaricia de esa forma que me estremece. Me vuelvo hacia él, con el corazón acelerado por las dudas. Los ojos de Stefano están llenos de calidez, sin ningún reproche. No parece un hombre malherido en la cama de un hospital al que acaban de pedirle el divorcio.

—Si algún día cambias de opinión y decides estar conmigo, aunque pasen diez años o toda una vida, no dudes en llamarme —su voz se rompe, pero mantiene la mirada firme—. Siempre estaré aquí, esperándote, aferrado a la vana esperanza de que puedas perdonarme y encontrar en tu corazón el amor que una vez sentiste por mí.

Soy incapaz de responderle. Salgo de la habitación con el corazón lleno de dudas, sin saber si he tomado la decisión correcta.

Stefano

Dos semanas después...

—¡Venga, Stefano! —apremia mi hermana—. ¡Sal de la cama de una vez!

Me hago un ovillo debajo del edredón y mascullo que me deje en paz. No me da la gana. Ayer firmé los papeles del divorcio. Isabella por fin se ha librado de mí. Espero que esté contenta. Quizá le dé una oportunidad al panoli de la librería. No es asunto mío.

—¡Stefano! —Mi hermana se tira encima de mí, clavándome los dedos donde pilla—. ¡No puedes quedarte aquí de por vida!

Y una mierda. Claro que sí. Esta cama todavía huele al perfume de mi esposa, digo... exesposa. Es lo único que me queda de ella, además de sus libros y la ropa que dejó en el armario, como si se hubiera marchado con la ida de volver algún día. Pero estamos divorciados. Se acabó. Es hora de que me haga a la idea. O puedo seguir en esta cama tan caliente y cómoda.

—Francamente, prefería cuando no me dirigías la palabra —digo, sacando la cabeza del edredón para fulminarla con la mirada.

—Es que me das pena. Eres tan patético que ya ni siquiera puedo estar enfadada contigo. De hecho, me cuesta creer que Isabella te pidiese el divorcio después de que le salvaras la vida. Es tan miserable por su parte que te dejase en aquella habitación de hospital...

Sí, se lo conté después de emborracharme. Massimo me trajo a casa y estuve toda la noche hablándoles de Isabella. Creo que lloré. Prefiero no acordarme.

—No hables mal de ella.

Mi hermana pone los ojos como platos.

—¿En serio la defiendes después de que te pidiese el divorcio? —pregunta, atónita.

La defenderé durante el resto de mi vida. Yo estropeé nuestro matrimonio, soy el único culpable. Me dolió que me abandonase mientras me recuperaba de una operación, pero es menos de lo que merecía.

—¡No me quiero enamorar en la vida! —exclama, saliendo de la habitación—. Menudo ejemplo me estás dando.

Uno lamentable, lo reconozco. Debería darme una ducha e ir a trabajar, pero no me da la gana. Por el momento Massimo me ha dejado en paz, aunque supongo que no tardará en gritarme que mueva el culo y cumpla con mis obligaciones. El problema es que nada me importa si ella no está en mi vida.

No sé qué hora es cuando por fin me digno a salir del dormitorio. Donna y Chiara están charlando en la cocina. Al verme, ponen cara de desaprobación y mi asistente murmura en voz baja que nadie se muere de desamor. Me encantaría llevarle la contraria, pero el taxi que aparca delante de la entrada de mi casa me llama la atención.

—No quiero visitas —les ladro—. ¡Dile que se largue!

Supongo que es Sofía, que ha venido a hacer de buena samaritana. Chiara se levanta de un salto y suelta un silbido, abrazando a Donna.

—¡Te lo dije! —exclama triunfal—. ¡Me debes veinte pavos!

Donna saca el dinero, cabeceando mientras sonrío aliviada. No sé a qué viene eso. ¿A quién estaban esperando?

—Creo que esta visita te interesa —dice mi hermana.

—No quiero ver a nadie —insisto cabizbajo, arrastrando los pies hacia el dormitorio.

—¿Ni siquiera a tu exmujer? —pregunta mi hermana, riéndose.

Me detengo con brusquedad, llevándome una mano al pecho. Mi corazón acaba de paralizarse de la emoción. No puede hacerme esas bromas. ¿Qué demonios le pasa? ¡Está castigada! ¿Cree que es gracioso?

—Si no me crees, asómate por la ventana —dice, sin dejar de reír—. Juraría que ese pelo rubio y esos ojos verdes...

Corro a la ventana de la cocina, empujando sin querer a la pobre Donna, que casi pierde el equilibrio. Mis ojos se agrandan al ver a la mujer que se baja del taxi: cabello rubio y ondulado, piernas largas y un rostro que se vuelve hacia la casa con una mezcla de indecisión y miedo.

Es ella.

Isabella.

Por todos los dioses, está aquí. Y eso solo debe de significar una cosa, ¿no? Apenas puedo respirar mientras salgo mareado de la cocina, corriendo a buscarla. Freno de golpe al darme cuenta de mi aspecto lamentable: voy en pijama y sin afeitarse. A la mierda. Necesito cerciorarme de que no es una alucinación.

Isabella camina hacia la casa justo cuando salgo al porche. Está más preciosa que nunca, o quizá la he echado tanto de menos que no soy imparcial. Se frota las manos e inspira hondo, como si estuviera haciendo acopio de valor. Entonces, levanta la cabeza y me ve. Su sorpresa inicial muda en un horror genuino mientras sus ojos resbalan por mi rostro.

—Hola —digo con voz rasposa, avanzando hacia ella sin dudar—. ¿Qué haces aquí?

—Stefano —susurra conmovida—, estás horrible.

Me percaté de las maletas que hay detrás de ella. Se me acelera el corazón ante la posibilidad de que haya vuelto para quedarse.

—No puedo dormir desde que me pediste el divorcio —confieso, compungido.

Isabella se tapa el rostro con las manos y rompe a llorar. Siempre me destroza verla llorar. Corto la distancia que nos separa con largas zancadas para envolverla entre mis brazos, justo donde debe estar. Le beso el pelo, con fuerza, inhalado ese olor que tanto he echado de menos.

—Lo siento —murmura, sin apartar la cara de mi pecho—. Tuve que hacerlo. Era la única forma. Necesitaba saber si eras capaz de renunciar a mí. Solo quería descubrir si ya no eras

tan egoísta. No podía volver hasta firmar el divorcio, aunque me muriese de ganas.

—Siempre seré egoísta si se trata de ti, amor —admito emocionado, acariciándole el pelo—. No creo que haya cambiado mucho.

No más mentiras, ya no. Incluso si la pierdo al ser sincero. No soportaría herirla de nuevo.

—No fuiste egoísta al salvarme —dice, sorbiéndose las lágrimas. Se echa hacia atrás para mirarme a los ojos—. Ni tampoco lo fuiste cuando me diste el divorcio y la mitad de tus bienes. Oh, Stefano. ¿En qué estabas pensando?

—En hacerte feliz.

Isabella rompe a llorar de nuevo, pero esta vez se inclina para rozar mis labios, indecisa, como si temiera que puedo rechazarla. Suelto un gruñido de satisfacción antes de besarla. Sigue siendo mi mujer. Me importa una mierda lo que diga un papel. No tardaré en arrodillarme para pedirle que se case conmigo.

—Al menos tardaste menos de diez años —digo, acariciándole la boca con la mía.

El comentario la hace sonreír. Me rodea el cuello con los brazos y me sonríe de esa forma que me derrite.

—Te quiero. —Le doy un beso en la frente y la miro emocionado—. Gracias por darme otra oportunidad.

No tengo dudas de que esta vez funcionará. Le daré todo lo que soy, todo lo que tengo. Me emplearé a fondo para ser un buen marido. Sin mentiras, sin manipulaciones. Solo el amor que nos tenemos. Ahora sé que con eso basta.

Epílogo

Isabella

Seis meses después...

—Si seguimos así, tendré que contratar a otra persona —digo emocionada.

Lara asiente satisfecha. La librería cada vez va mejor. El club de lectura es un éxito. Tenemos lectoras habituales como Chiara, Sofía y Mónica, así como otras que se van sumando poco a poco. Incluso mi hermana se animó a venir en un par de ocasiones. Respecto a nuestra relación, vamos mejorando. El viernes pasado almorzamos juntas, y el otro día se vino de compras con Chiara y yo. Sé que Stefano y ella nunca serán grandes amigos, pero se soportan.

—Venga, ya cierro yo. —Lara me da un empujón suave hacia la puerta—. No lo hagas sufrir más.

Le saco la lengua, pero cojo el bolso y salgo de la librería. Stefano está esperándome en la entrada, con esa sonrisa tonta que se le pone cada vez que me ve. Voy hacia él y le doy un beso largo y desesperado. Solo llevamos unas horas separados, pero lo echaba de menos. No sé cómo pude pasar tanto tiempo lejos de él.

—¿Dónde quieres almorzar? —pregunta, apartándose el pelo de la cara con afecto.

—Yo elegí ayer. Hoy te toca a ti.

Me da la mano y echamos a andar. Su pulgar me acaricia el dorso. Observo en los escaparates nuestro reflejo y pienso que hacemos una pareja muy bonita. Nos va bien, mejor de lo que pensé. Estos seis meses han sido como vivir en un sueño.

—Vamos a ese mexicano que está en la avenida principal —decide—. El de los margaritas de mango.

Pongo los ojos en blanco. Lo dice porque sabe que me encanta. Nunca cambiará. Se desvive por consentirme.

—Puedes elegir ese restaurante de tapas español que tanto te gusta, en serio.

—Me apetece comida mexicana.

Le doy un pellizco suave en el costado.

—¿Qué dijimos de las mentiras? —lo regaño, riendo.

Stefano pone cara de inocencia y levanta la mano, cruzando dos dedos.

—Me gusta ver cómo devoras las quesadillas de pollo como si llevaras tres semanas sin comer.

—¡Qué bonito! —protesto, sonrojada.

Nos tomamos el pelo durante todo el camino, hasta que cruzamos por una calle más tranquila. Stefano tira de mi mano para que me detenga.

—¿Qué pasa? —pregunto, desconcertada.

—Se te ha caído algo.

Señala con la cabeza a mi espalda, por lo que me doy la vuelta para ver de qué se trata. No veo nada. Me palpo los bolsillos, pero lo llevo todo. Me giro hacia él y lo veo plantado de rodillas, sonriendo con una mezcla de vulnerabilidad y esperanza. Es la segunda vez que se arrodilla en mitad de la calle. La primera no me trae buenos recuerdos, pero ahora tiene un anillo de oro rosa con un enorme diamante.

Ay... madre mía...

Me abanico con la mano. ¡Pensé que no me lo pediría nunca! Solo me divorcié porque era la única forma de confiar de nuevo en él. Supuse que me lo pediría a las pocas semanas, hasta que comprendí que tenía miedo de que lo rechazase.

—¿Te quieres casar conmigo? —pregunta con la voz ronca por la emoción, y añade con una sonrisa pícar—: otra vez. Te prometo que esta será la definitiva. Haré que funcione.

Extiendo la mano para que me ponga el anillo, asintiendo sin dudar.

—Sí —susurro—. ¿Por qué has tardado tanto?

Se pone de pie, visiblemente aliviado. Me toma del rostro y me sonríe de una forma que me desarma.

—No quería presionarte. Pensé que seis meses era un tiempo prudencial para demostrarte que soy el hombre que mereces.

—Estoy justo donde quiero —admito, acercando mi boca a la suya—. Eres mi hogar.

¿Te has quedado con ganas de más?

Si quieres estar al tanto de mis novedades, te animo a seguirme por Instagram **@Becca.devereux** o enviarme un email beccadevereuxautora@gmail.com

Tu opinión es muy importante para mí, por lo que te animo a dejar una valoración en Amazon. Espero de corazón que hayas disfrutado de la historia de Isabella y Stefano.

¡Muchas gracias por darle una oportunidad!